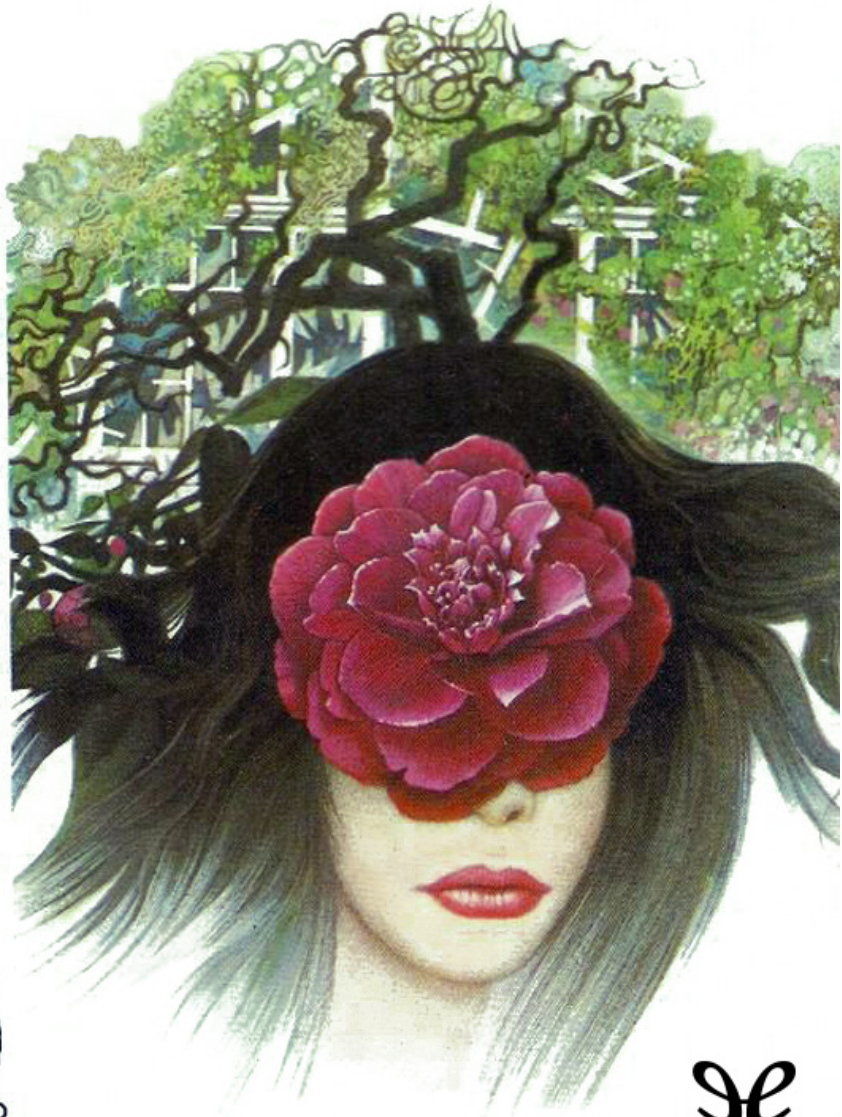
AGATHA CHRISTIE

NÉMESIS

Selecciones de Biblioteca Oro



Tras la muerte del millonario mister Rafiel, miss Marple recibe, a través de sus albaceas, una carta del difunto. Rafiel le pide que resuelva un crimen, acerca del cual no le da más pistas que una palabra clave: «Némesis». Como recompensa, miss Marple obtendrá un cuantioso legado, pero el dinero será un aliciente menor para la anciana, que ve en este caso un excitante reto.

Agatha Christie

Némesis

Miss Marple 12

ePub r1.1
Titivillus 24.09.17

Título original: *Nemesis*
Agatha Christie, 1971
Traducción: Miguel Margalef Llambrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0

Para Dauphne Honeybone.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANDERSON, ESTHER: De soltera Esther Walters, ex secretaria de Mr. Rafiel.
BARLETT, Miss: Personaje que saluda casualmente a miss Marple en el jardín de su casa.
BARROW, Miss: Señora de mediana edad que participa en la excursión de Casas y Jardines Famosos de Gran Bretaña junto con miss Cooke.
BRABAZON, Archidiácono: Clérigo, antiguo amigo de Elizabeth Temple y de Michael Rafiel y Verity Hunt.
BRADBURY-SCOTT, ANTHEA: La hermana menor de las tres que acogen en su casa a miss Marple y que parece algo retrasada.
BRADBURY-SCOTT, CLOTILDE: Una de las tres hermanas que acogen en su casa a miss Marple.
BROADRIBB, Mr.: Abogado miembro de Broadbribb & Schuster, albaceas de Amos Rafiel, que informan a miss Marple de su legado.
BROAD, NORA: Muchacha ligera de cascos que desapareció hace algunos años del pueblo.
CASPAR: Mr.: Uno de los participantes en la excursión que habla un raro inglés con expresiones intercaladas en francés y alemán.
CHERRY: Actual asistenta de miss Marple.
COOKE, miss: Señora de mediana edad que participa en la excursión junto con miss Barrow y le recuerda a alguien a miss Marple.

CRAWFORD, JOANNA: Joven sobrina de Mrs. Riseley-Porter que participa también en la excursión y es testigo de un accidente.
GLYNNE, LAVINIA: Hermana de Anthea y Clotilde Bradbury-Scott, las tres hermanas que acogen en su casa a miss Marple durante el viaje.
HUNT, VERITY: Huérfana prohijada por las hermanas Bradbury-Scott que murió asesinada hace algunos años.
MARPLE, JANE: Anciana ya muy mayor, protagonista de esta novela, que recibe un legado y el regalo de un viaje con Casas y Jardines Famosos de Gran Bretaña a la muerte de Mr. Amos Rafiel.
PRICE, EMLYN: Joven de veinte años que participa en la excursión y es testigo de un accidente.
RAFIEL, AMOS: Financiero y hombre de negocios fallecido que conoció a miss Marple en la novela de la misma autora Misterio en el Caribe.
RAFIEL, MICHAEL: Joven hijo de Amos Rafiel condenado por el asesinato de Verity Hunt.
RISELEY-PORTER, Mrs.: mujer muy mandona que viaja acompañada de su sobrina Joanna.
TEMPLE, ELIZABETH: Antigua directora de un colegio de señoritas muy bien considerada en los ambientes educativos.
SANDBOURNE, Mrs.: Guía de la excursión organizada por Casas y Jardines Famosos de Gran Bretaña.
SCHUSTER, Mr.: Abogado socio de la firma Boadbribb & Schuster, abogados y notarios, albaceas testamentarios de Amos Rafiel.
WALKER, Coronel: Junto con su esposa, ambos participan en la excursión.
WANSTEAD, Profesor: Antiguo amigo de Amos Rafiel que participa también en la excursión de Casas y Jardines.

Capítulo I

Obertura

Miss Jane Marple tenía la costumbre de leer por las tardes su segundo periódico. Cada mañana recibía en su casa dos periódicos. El primero lo leía mientras tomaba el primer té de la mañana, siempre, claro está, que se lo entregaran a tiempo. El chico que repartía los periódicos era bastante errático en la administración de su tiempo. También bastante frecuentemente se daba el caso de que se tratara de un repartidor nuevo o de algún otro chico que reemplazara temporalmente al primero. Todos parecían tener opiniones diferentes respecto a las rutas geográficas a seguir en el reparto. Quizá lo hacían para aliviar la monotonía, pero para aquellos clientes acostumbrados a leer el periódico a primera hora, para poder enterarse de las noticias más interesantes del día, antes de salir de sus casas para ir en busca del autobús, el tren o cualquier otro sistema de transporte moderno que los llevara a su trabajo, era un fastidio no tener el periódico a tiempo, pues las señoras maduras y ancianas que residían beatíficamente en St. Mary Mead eran todas partidarias de leer el periódico mientras desayunaban en la cama.

Hoy, miss Marple había leído la primera plana y algunos de los artículos publicados por el periódico que ella había rebautizado con el nombre de «Cajón de sastre», como una alusión satírica al hecho de que el *Daily Newsgiver*, debido a un cambio de propietario, se dedicaba ahora, con gran enfado de ella y de muchas de sus amigas, a publicar artículos sobre moda masculina, cotilleos femeninos, competiciones infantiles y una sección de cartas de las lectoras, al tiempo que se las había apañado con considerable éxito para desplazar las noticias a algún oscuro rincón donde resultaba

imposible encontrarlas. Miss Marple, chapada a la antigua como era, prefería que los diarios le suministraran noticias y no tonterías.

Por la tarde, después de comer y de echar una cabezadita de veinte minutos en una butaca de respaldo recto, comprada especialmente por ser muy adecuada para aquéllos que tenían dolores reumáticos en la espalda, había abierto *The Times*, que se prestaba a una lectura más tranquila. No es que *The Times* ahora ya no fuera lo que había sido. Lo irritante con *The Times* es que ya no encontrabas nada. En vez de comenzar por la portada y saber exactamente dónde estaba todo de forma que se pudiera ir sin tropiezos a cualquier artículo sobre temas que te interesaban, ahora se producían cambios extraordinarios a un orden ratificado por el paso de los años. Sin venir a cuento, aparecían dos páginas dedicadas a una visita turística a Capri con abundantes fotos. Los deportes parecían recibir una atención mucho más importante que en épocas pasadas. Sólo las crónicas de los juzgados y las necrológicas se mantenían algo más fieles a la rutina. Los nacimientos, los matrimonios y los fallecimientos, que habían merecido una dedicación especial por parte de miss Marple, sobre todo porque aparecían en un lugar prominente, habían recorrido diversas páginas del periódico, aunque ahora, según había observado miss Marple, habían encontrado un refugio más o menos permanente en la última página.

Miss Marple dedicó su atención en primer lugar a los titulares de portada. Tampoco se entretuvo demasiado porque era prácticamente lo mismo que había leído por la mañana, si bien presentado de una manera un poco más digna. Echó un vistazo al sumario: artículos, comentarios, ciencia, deporte; luego, fiel a su costumbre, pasó a la última página para una rápida lectura de los nacimientos, matrimonios y fallecimientos, antes de ir a las cartas de los lectores, donde siempre encontraba algo interesante. Después pasaría a las crónica de los juzgados que compartían página con las subastas. También incluía algunos artículos breves de ciencia, pero no los leía porque casi nunca los entendía.

Ahora que miraba la última página, miss Marple se dijo a sí misma, como en tantas ocasiones anteriores: «Es muy triste, pero en la actualidad los únicos que me interesan son los muertos».

Las parejas tenían hijos, pero no era probable que miss Marple conociera ahora el nombre de nadie en condiciones de tener hijos. Si algún día decidían incluir una columna dedicada a nietos, era posible que se llevara una grata sorpresa: «Vaya, vaya, así que Mary Prendergast ha tenido su tercera nieta», pero incluso eso era algo muy remoto.

Pasó rápidamente por la columna de matrimonios, porque la mayoría de los hijos e hijas de sus viejos amigos ya se habían casado hacía años, y llegó finalmente a las necrológicas. Aquí sí que se concentró para asegurarse de que no se le escapaba ningún nombre: Alloway, Angopastro, Arden, Barton, Bedshaw, Burgoweiseer (cielos, que nombre más alemán, aunque aparentemente era alguien de Leeds). Carpenter, Camperdown, Clegg. ¿Clegg? ¿Sería uno de los Clegg que ella conocía? No, no parecía serlo. Janet Clegg. En algún lugar de Yorkshire. McDonald, McKenzie, Nicholson. ¿Nicholson? No. Una vez más, no podía ser uno de los Nicholson que ella conocía. Ogg, Ormerord, ésta debía ser una de sus tías, se dijo. Sí, era lo más probable. Linda Ormerod. No, no la había conocido. ¿Quantril? Vaya, ésta no podía ser otra que Elizabeth Quantril. Ochenta y cinco. ¡Vaya, vaya! Llevaba años convencida de que Elizabeth Quantril estaba muerta. ¡Curioso que llegara a vivir tanto! Siempre había tenido el aspecto de ser una persona muy delicada. Nadie había esperado que llegara a vieja. Race, Radley, Rafiel. ¿Rafiel? Algo se removió en su interior. El nombre le resultaba conocido. Rafiel. Belford Park, Maidstone. No, no recordaba esa dirección. No enviar flores. Amos Rafiel. Por cierto que era un nombre poco corriente. Supuso que lo había oído en alguna parte. Ross-Perkins. ¿Podía tratarse de…? No. ¿Ryland? Emily Ryland. No. Nunca había conocido a ninguna Emily Ryland. Muy amada por su esposo e hijos. Bueno, muy bonito o muy triste, según como se mirara.

Miss Marple dejó el periódico, miró distraída las palabras cruzadas mientras intentaba recordar por qué el nombre Rafiel le resultaba conocido.

«Ya lo recordaré», pensó miss Marple, conocedora por experiencia propia de la manera que funcionaba la memoria de las personas mayores. «No tengo la menor duda de que lo recordaré».

Contempló el jardín a través de la ventana, desvió la mirada e intentó borrar el jardín de su mente. El jardín había sido fuente de inmenso placer para ella y también de mucho trabajo duro durante muchos, muchísimos años. Ahora, debido al capricho de los médicos, le estaba absolutamente prohibido trabajar en su jardín. Una vez había intentado luchar contra la prohibición, pero después había decidido que más le valía aceptar lo que le habían dicho. Acomodó su butaca en una posición desde la que resultaba prácticamente imposible ver el jardín, a menos que quisiera hacerlo con una intención determinada para ver algo en particular. Suspiró, cogió su bolsa de labor y sacó un jersey de bebé a medio hacer. Tenía acabados la espalda y el pecho. Ahora tenía que seguir con las mangas, algo la mar de aburrido. Dos mangas, exactamente iguales. Sí, muy aburrido. Sin embargo, era una lana de un color rosa muy bonito. Lana rosa. Un momento, ¿dónde encajaba la lana rosa? Sí, sí, encajaba con el nombre que acababa de leer en el periódico. Lana rosa. Un mar azul. El mar Caribe. Una playa de arena blanca. Sol. Ella tejiendo y, claro, por supuesto, Mr. Rafiel. El viaje que ella había hecho al Caribe. A la isla de St. Honoré. Un obsequio de su sobrino Raymond, y ahora recordó la advertencia de Joan, su sobrina política, la esposa de Raymond: «No se mezcle en más asesinatos, tía Jane. No es bueno para usted».

Bueno, ella no había querido mezclarse en ningún asesinato, pero así habían ocurrido las cosas sin más, sencillamente porque un viejo comandante con un ojo de cristal había insistido en contarles unas historias interminables y aburridísimas. Pobre comandante. ¿Cómo se llamaba? Lo había olvidado. Mr. Rafiel y su secretaria, Mrs… Mrs. Walters, sí, Esther Walters, y su asistente masajista, Jackson. Ahora lo recordaba todo. Bueno, bueno. Pobre Mr. Rafiel. Así que Mr. Rafiel estaba muerto. Sabía que no tardaría mucho en morir. Él mismo casi se lo había dicho. Por lo visto, había durado más de lo que habían creído los médicos. Era un hombre fuerte, obstinado y muy rico. Miss Marple continuó recordando, mientras trabajaba automáticamente en la prenda infantil. Su mente estaba puesta en el difunto Mr. Rafiel e intentaba recordar todo lo posible. En realidad no era un hombre fácil de olvidar. Lo veía en su imaginación con toda claridad. Sí, una personalidad muy definida,

un hombre difícil, irritable, de una rudeza en ocasiones sorprendente. No obstante, nadie se molestaba nunca por su rudeza, eso también lo recordaba. No se molestaban porque era muy rico. Sí, había sido millonario. Llevaba a una secretaria con él y a un asistente masajista. No podía moverse muy bien sin ayuda.

El asistente había sido un personaje un tanto extraño, recordó miss Marple. Mr. Rafiel lo había tratado sin el menor miramiento, y él nunca parecía molestarse. Una vez más, por supuesto, porque Mr. Rafiel era tan rico.

—Nadie más le pagaría ni la mitad de lo que le pago —había dicho Mr. Rafiel—, y él lo sabe. Claro que es muy bueno en su trabajo. Todo hay que decirlo.

Miss Marple se preguntó si ¿Jackson? ¿Johnson? se habría quedado con Mr. Rafiel durante lo que podía ser ¿un año? Un año y tres o cuatro meses. Se respondió a sí misma que no. Mr. Rafiel era de las personas a las que les gustaban los cambios. Se cansaba de las personas, de sus modales, de sus rostros, de sus voces.

Esto era algo que miss Marple comprendía. Había sentido lo mismo en algunas ocasiones con aquella dama de compañía, aquella mujer atenta, agradable y una pesada de cuidado, con aquella voz melosa… «Ah, sin duda fue un cambio para bien que se marchara».

Rayos y truenos, ahora había olvidado su nombre. ¿Miss Bishop? No, no era miss Bishop. Qué confuso era ahora todo.

Volvió a pensar en Mr. Rafiel y en… no, no era Johnson, el nombre era Jackson. Arthur Jackson.

«Siempre me equivoco cuando se trata de los nombres. Aquella mujer era miss Knight. No miss Bishop. ¿Por qué he pensado en ella como miss Bishop?». La respuesta fue inmediata. El ajedrez. Una pieza de ajedrez. Un caballo [*knight*], un alfil [*bishop*].

«La próxima vez que la recuerde diré que se llama miss Castle [torre] o miss Rook [enroque], aunque realmente no era de esa clase de personas que podrían enrocar a nadie. Seguro que no. ¿Cuál era el nombre de la bonita secretaria de Mr. Rafiel? Ah, sí. Esther Walters. Correcto. ¿Qué se habrá hecho de Esther Walters? ¿Heredó dinero? Seguramente ahora heredará algo».

Recordó que Mr. Rafiel le había comentado algo al respecto, o ella había… que confuso resultaba todo cuando intentaba precisar

algo. Esther Walters. Aquel asunto en el Caribe había sido un golpe tremendo, pero seguramente lo había superado. Era viuda, ¿no? Miss Marple confiaba en que Esther Walters estaría ya casada con algún hombre bueno, amable y digno de toda confianza. Sin embargo, era poco probable. Esther Walters, se dijo, tenía una habilidad innata para casarse con los hombres que menos le convenían.

Miss Marple volvió a pensar en Mr. Rafiel. No enviar flores. No es que ella se le hubiera pasado por la cabeza enviarle flores a Mr. Rafiel. Hubiera podido comprar todos los invernaderos de Inglaterra. Además, no había ninguna razón para enviarle flores. No habían sido amigos. Habían sido… ¿cuál era la palabra adecuada…? Aliados. Sí, habían sido aliados durante un período muy corto. Un período muy emocionante, y él había sido un aliado muy valioso, eso lo tenía muy claro. Lo había pensado mientras corría a buscarlo en medio de una noche caribeña. Recordó que ella llevaba aquella prenda de lana rosa. ¿Cómo la llamaban cuando ella era joven? Un rebociño, una toca de lana rosa que ella llevaba puesta en la cabeza, y él la había mirado y se había echado a reír y, más tarde, cuando ella pronunció una palabra —sonrió al recordarlo—, él se rió aún más, pero al final ya no se reía nada de ella. No, hizo lo que ella le había pedido y, por tanto… ¡Ah! Miss Marple tenía que admitir que todo había sido muy emocionante. Nunca se lo había comentado a su sobrino ni a su querida Joan porque, después de todo, hizo precisamente lo que le habían dicho que no hiciera. Miss Marple asintió mientras murmuraba: «Pobre Mr. Rafiel. Espero que no haya sufrido».

Seguramente no. Lo más probable era que los médicos lo hubieran tenido sedado para que tuviera una muerte tranquila. Había sufrido mucho durante aquellas semanas en el Caribe. El dolor no le había abandonado casi nunca. Un hombre valiente.

Lamentaba su muerte porque, aunque había sido un hombre mayor, inválido y enfermo, el mundo había perdido algo con su desaparición. No tenía mucha idea de cómo debía haber sido en el mundo de los negocios. Despiadado, se dijo, rudo, prepotente y agresivo. Un gran adversario, pero un buen amigo. Alguien dotado en lo más profundo de una bondad que se había cuidado mucho de

ocultar. Un hombre digno de su respeto y admiración. Bueno, lamentaba su muerte, pero confiaba en que a él no le hubiera importado mucho y que hubiera muerto sin sufrimientos. Ahora incinerarían el cadáver y depositarían sus cenizas en algún grande y elegante mausoleo de mármol. Ni siquiera sabía si había estado casado. Nunca mencionó a una esposa o que tuviera hijos. ¿Era un hombre solitario o su vida había sido tan plena que nunca se había sentido solo?

Aquella tarde dedicó mucho tiempo a pensar en Mr. Rafiel. Nunca había esperado volver a verle a su regreso a Inglaterra y nunca se habían vuelto a encontrar. No obstante, por curioso que le pareciera, siempre había tenido la sensación de que podía ponerse en contacto con él en cualquier momento si él la hubiese llamado o le hubiese sugerido que se volvieran a encontrar, llevado quizá por el vínculo surgido por haber salvado una vida entre ambos. Un vínculo…

—Sin duda —exclamó miss Marple, escandalizada por lo que se le acababa de ocurrir—, no es posible que el hecho de ser despiadados nos uniera. ¿Soy una persona despiadada? Esto es extraordinario. Nunca me lo había planteado. No obstante, creo que podría serlo.

Se abrió la puerta y asomó la cabeza una joven morena. Se trataba de Cherry, la bienvenida sucesora de miss Bishop, no, miss Knight.

—¿Decía usted algo? —preguntó la muchacha.

—Estaba hablando conmigo misma. Sólo me preguntaba si podría ser despiadada.

—¿Quién, usted? ¡Nunca! Es la bondad en persona.

—En cualquier caso —insistió la anciana—, creo que podría serlo si hubiera una causa justificada.

—¿A qué llamaría usted una causa justificada?

—La causa de la justicia.

—Admito que se mostró usted feroz con el pequeño Gary Hopkins —señaló Cherry—, el día que le pilló torturando a su gato. ¡Nunca vi nada igual! ¡El pobre se llevó un susto de muerte! No lo ha olvidado.

—Espero que no haya vuelto a torturar a ningún otro gato.

—Si lo ha hecho, se habrá asegurado de que no estuviera usted cerca, y creo que el susto también se lo llevaron los otros niños que le acompañaban. Al verla a usted con esas prendas de lana tan bonitas que usted hace y todo eso, cualquiera pensaría que es usted mansa como una cordera. Pero hay momentos en los que sin duda se comporta como una leona si la provocan.

Miss Marple adoptó una expresión de duda. No se veía en el personaje que le asignaba Cherry. ¿Se había visto alguna vez así? Hizo una pausa en la reflexión y recordó varios momentos en los que se había sentido muy enfadada con miss Bishop, no, Knight. (No podía ser que se olvidara continuamente de los nombres). Pero su enojo se había manifestado a través de comentarios más o menos irónicos. Los leones no utilizaban la ironía, saltaban sobre su presa. Rugían. Empleaban las garras y acababan desgarrando a dentelladas a sus víctimas.

—La verdad es que no creo haberme comportado nunca de esa manera —protestó con vehemencia miss Marple.

Aquella tarde, mientras paseaba por el jardín cada vez más irritada, volvió a considerar el tema ante la visión de una mata de dragoncillos. Le había dicho mil veces al viejo George que sólo quería dragoncillos de color amarillo azufre y no de ese detestable tono rojizo que tanto gustaba a los jardineros.

—Amarillo azufre —exclamó miss Marple.

Alguien al otro lado de la valla que separaba el jardín del sendero que pasaba junto a la casa, se sintió aludido.

—¿Perdón? ¿Me decía usted algo?

—Hablaba conmigo misma —respondió miss Marple, volviéndose para mirar por encima de la valla.

Era una persona desconocida y ella conocía a la mayoría de los habitantes de St. Mary Mead. Por lo menos, los conocía de vista. Se trataba de una mujer robusta, vestida con una falda raída, pero de buena calidad, e iba bien calzada. Llevaba un jersey verde esmeralda y una bufanda de lana.

—Es algo habitual cuando se tiene mi edad —añadió.

—Tiene usted un jardín muy bonito —comentó la desconocida.

—No se puede decir que ahora lo sea. Cuando podía atenderlo personalmente…

—Oh, ya sé. Comprendo muy bien como se siente. Supongo que tiene usted a uno de esos… tengo muchos nombres para describirlos, la mayoría bastante groseros… hombres mayores que creen saberlo todo de jardinería. Algunas veces es verdad, pero otras veces no saben nada de nada. Llegan, se toman unas cuantas tazas de té y arrancan unos cuantos hierbajos sin demasiado entusiasmo. Algunos son tipos bastante agradables, pero así y todo te sacan de tus casillas. Por cierto que yo también soy jardinera.

—¿Vive usted aquí? —preguntó miss Marple con cierto interés.

—Me alojo en la casa de una tal Mrs. Hastings. Creo que le he oído hablar de usted. Usted es miss Marple, ¿no es así?

—Así es.

—Estoy aquí como dama de compañía y jardinera. Por cierto, me llamo Barlett. Miss Barlett. La verdad es que no hay apenas nada que hacer. Mrs. Hastings participa en los concursos anuales. No hay mucho a lo que puedas hincarle el diente. —Abrió la boca y le mostró los dientes cuando hizo el comentario—. Por supuesto, también hago otras cosas: la compra y cosas por el estilo. En cualquier caso, si quiere que alguien le atienda el jardín, podría arreglármelas para disponer de un par de horas para usted. Yo diría que lo haría mejor que cualquiera que tenga ahora.

—Eso sería fácil —replicó miss Marple—. Prefiero las flores. No me interesa tener un huerto.

—Yo me ocupo del huerto de Mrs. Hastings. Es algo aburrido, pero necesario. Bien, tengo que marcharme. —Miró a la anciana de pies a cabeza como si quisiera memorizar su figura, se despidió alegremente y se alejó a buen paso.

¿Mrs. Hastings? Miss Marple no recordaba a nadie con ese nombre. Desde luego, Mrs. Hastings no era una vieja amiga. Nunca había sido una de sus amigas jardineras. Ah, por supuesto, tenía que ser alguien de las casas nuevas construidas al final de Gibraltar Road. Varias familias se habían mudado allí durante el año pasado. Miss Marple suspiró, volvió a mirar con enfado las matas de dragoncillos, vio varios hierbajos que deseó arrancar, y un par de exuberantes trepadoras que le hubiera gustado atacar ahora mismo con la azada y, por último, sobreponiéndose como toda una dama a la creciente tentación, acabó de dar su paseo y entró en la casa. Una

vez más, sus pensamientos se centraron en Mr. Rafiel. Habían sido… ¿cuál era el título del libro aquél que citaban tanto en su juventud? *Barcos que pasan en la noche*. Un título muy adecuado, ahora que lo pensaba. Barcos que pasan en la noche. Había sido durante la noche que ella había ido a buscarle para pedirle… no, para exigirle su ayuda. Para insistir, para decirle que no debía perder ni un segundo. Él había aceptado y ambos se habían puesto en marcha inmediatamente. ¿Quizás ella se había comportado como una leona en aquella ocasión? No, la comparación no era correcta. No había sido furia lo que había sentido. Había sido su insistencia en algo que se debía hacer sin tardanza. Mr. Rafiel lo había comprendido.

Pobre Mr. Rafiel. El barco que había pasado en la noche había sido un navío interesante. ¿Hubiese podido ser un hombre agradable si una se acostumbraba a su rudeza? ¡No! Meneó la cabeza. Mr. Rafiel nunca hubiera podido ser un hombre agradable. Era hora de olvidar a Mr. Rafiel.

Barcos que pasan en la noche y se hablan el uno al otro al pasar; tan sólo una señal y una voz distante en la oscuridad.

Probablemente nunca más volvería a pensar en él. Quizás miraría si *The Times* publicaba una necrológica, pero lo dudaba. No era un personaje muy conocido, no era famoso, sólo había sido muy rico. Por supuesto, se publicaban muchas necrológicas de personas sólo porque eran muy ricas; pero, a su juicio, la riqueza de Mr. Rafiel no era de esa clase. No había sido un gran empresario ni un genio de las finanzas. Todo lo que había hecho en su vida había sido amasar dinero.

Capítulo II

Nombre En Clave: NÉMESIS

1

Había transcurrido poco más de una semana desde la muerte de Mr. Rafiel cuando miss Marple cogió una de las cartas depositadas en la bandeja del desayuno y le echó una ojeada antes de abrirla. Las otras dos cartas que habían llegado por la mañana eran facturas o cualquier otra cosa sin interés. En cambio, esta otra prometía.

Matasellos de Londres, dirección escrita a máquina, sobre de buena calidad. Miss Marple rasgó el sobre con el abrecartas que siempre tenía a mano. El membrete era de Messrs. Broadribb y Schuster, abogados y notarios, con dirección en Bloomsbury. La invitaban, con frases muy corteses, a visitarlos un día de la semana siguiente en su despacho, para tratar de una propuesta que podía ser de su interés. Sugerían el jueves 24. Si la fecha no era conveniente, quizás ella podría informarles de otra fecha más adecuada. Añadían que eran los abogados del difunto Mr. Rafiel, que había sido conocido suyo.

Miss Marple frunció el entrecejo un tanto sorprendida. Se levantó con más lentitud de la habitual, con el pensamiento puesto en la carta. Cherry la escoltó escaleras abajo, siempre atenta en el vestíbulo para ocuparse de que su patrona no se hiciera ningún

daño bajando las escaleras, que eran del tipo anticuado, con una curva muy cerrada justo en el medio.

—Se preocupa usted mucho por mí, Cherry.

—Tengo que hacerlo —respondió Cherry con su peculiar forma de hablar—. Las buenas personas escasean.

—Muchas gracias por el cumplido —dijo miss Marple, apoyando el pie en el suelo del vestíbulo.

—No pasa nada, ¿verdad? —preguntó la joven—. Tiene usted pinta de haber recibido una sacudida, usted ya me entiende.

—No, no pasa nada. Es que acabo de recibir una carta fuera de lo corriente de una firma de abogados.

—No le habrán puesto una demanda, ¿verdad? —exclamó Cherry, que era una de esas personas que siempre vinculan las cartas de los abogados con toda clase de desgracias.

—No, no lo creo. No se trata de ninguna demanda. Sólo preguntan si puedo ir a verles la semana que viene a Londres.

—Quizá le han dejado una fortuna —comentó Cherry con un tono más alegre.

—Eso sí que es prácticamente imposible.

—Bueno, nunca se sabe.

Miss Marple se sentó en su butaca, sacó la labor de la bolsa y, mientras movía rápidamente las agujas, consideró la posibilidad de que Mr. Rafiel le hubiese dejado una fortuna. Le pareció todavía más increíble que cuando se lo había sugerido Cherry. Mr. Rafiel, se dijo, no era de esa clase de hombres.

No le era posible ir en la fecha propuesta. Tenía una reunión en el instituto femenino para discutir la obtención de fondos necesarios para construir un par más de habitaciones, pero escribió, señalando un día de la semana siguiente. Su carta recibió debida respuesta y se confirmó la cita. Se preguntó cómo serían los señores Broadribb y Schuster. La carta la había firmado Mr. J.R. Broadribb quien, al parecer, era el socio principal. También era posible, pensó miss Marple, que Mr. Rafiel hubiera decidido dejarle algún pequeño recuerdo. Quizás algún libro sobre flores extrañas que tuviera en su biblioteca y que hubiera juzgado que pudiera ser de interés para una vieja dama aficionada a la jardinería, o tal vez algún camafeo que hubiera pertenecido a alguna de sus tías abuelas. Se entretuvo

con estas fantasías. Sólo eran fantasías, se dijo, porque en cualquier caso los albaceas testamentarios —si estos abogados eran los albaceas— le habrían enviado el objeto de marras por correo. No tenía ningún sentido solicitar una entrevista.

«Bueno —dijo miss Marple—, ya me enteraré el martes».

2

—Me pregunto qué aspecto tendrá —le comentó Mr. Broadribb a Mr. Schuster, mirando el reloj.

—Llegará dentro de un cuarto de hora —manifestó Mr. Schuster —. ¿Crees que será puntual?

—Yo diría que sí. Es una persona mayor, si no me equivoco y, por tanto, no querrá llegar tarde. Nada parecido a esos cabezas de chorlito de hoy en día que desconocen la puntualidad.

—¿Gorda o delgada? —planteó Mr. Schuster.

El socio mayor meneó la cabeza.

—¿Rafiel no te la describió?

—Se mostró extraordinariamente parco en todo lo que dijo sobre nuestra visitante.

—Todo este asunto me resulta extrañísimo. Si tan sólo supiésemos algo más.

—Podría ser —señaló Mr. Broadribb con un tono pensativo— que tuviera alguna relación con Michael.

—¿Qué? ¿Después de todos estos años? No puede ser. ¿De dónde has sacado esa idea? Mencionó…

—No, no mencionó absolutamente nada. No me dio ninguna pista de lo que se traía entre manos. Sólo me dio las instrucciones.

—¿Crees que se estaba volviendo un poco excéntrico hacia el final?

—Para nada. Siguió siendo una mente brillante hasta el final. La enfermedad nunca le afectó el cerebro. En los dos últimos meses de

su vida ganó otras doscientas mil libras. Como si nada.

—Tenía un don —afirmó Mr. Schuster con la reverencia debida —. Desde luego que tenía un don.

—Un gran cerebro para las finanzas —manifestó Mr. Broadribb con el mismo tono—. No había muchos como él y eso es una lástima.

Sonó un teléfono interno. Mr. Schuster atendió la llamada.

—Ha llegado miss Marple para una cita con Mr. Broadribb —le informó una voz femenina.

Mr. Schuster miró a su socio y enarcó una ceja para conocer la respuesta. Mr. Broadribb asintió.

—Hágala pasar. —dijo Mr. Schuster, que añadió—: Ahora saldremos de dudas.

Miss Marple entró en una habitación donde un caballero de mediana edad, alto, enjuto y con un rostro de expresión un tanto melancólica, se puso de pie para saludarla. Por lo visto, él era Mr. Broadribb, cuya apariencia contradecía un tanto a su nombre[1]. Le acompañaba otro caballero algo más joven y de amplias proporciones. Tenía el pelo negro, ojillos de mirada penetrante y una tendencia a la doble papada.

—Mi socio, Mr. Schuster —le presentó Mr. Broadribb.

—Espero que las escaleras no le hayan resultado en exceso fatigosas —comentó Mr. Schuster mientras pensaba: «Setenta largos si es que no tiene los ochenta».

—Siempre me falta el aliento cuando subo escaleras.

—Es un edificio antiguo —señaló Mr. Broadribb con un leve tono de disculpa—. No tiene ascensor. Somos una firma muy antigua y no nos van muchos de los artilugios modernos que quizás esperan nuestros clientes.

—Esta habitación es muy bonita —manifestó miss Marple.

Aceptó la silla que le ofrecía Mr. Broadribb. Mr. Schuster se retiró discretamente.

—Espero que la silla sea cómoda —dijo Mr. Broadribb—. ¿Le parece bien si cierro un poco la cortina? Quizás el sol le moleste un poco en los ojos.

—Muchas gracias —respondió miss Marple agradecida.

Se sentó muy erguida como era su costumbre. Llevaba un

vestido de tweed liviano, un collar de perlas y una toca de terciopelo. Mientras tanto, el abogado se decía: «La dama de provincias. Buena presencia. Quizá no rija muy bien, pero quién sabe. Tiene la mirada muy despierta. Me pregunto dónde la habrá conocido Rafiel. ¿Será la tía de alguien?». Mientras pensaba, iba haciendo los habituales comentarios sobre el tiempo, los desafortunados efectos de las heladas tardías y otros temas adecuados para romper el hielo.

Miss Marple dio todas las respuestas correctas y esperó plácidamente a la apertura de los preliminares.

—Se preguntará usted de qué va todo este asunto —manifestó Mr. Broadribb con una amable sonrisa mientras acomodaba unos papeles que tenía sobre el escritorio—. Supongo que está usted enterada del fallecimiento de Mr. Rafiel.

—Leí la noticia en el periódico.

—Tengo entendido que eran amigos.

—Nos conocimos hace poco más de un año. Durante un viaje a las Antillas.

—Ah, ya lo recuerdo. Hizo el viaje por cuestiones de salud. Quizá le ayudó un poco, pero ya era un hombre muy enfermo y casi no podía moverse.

—Así es.

—¿Le conocía usted bien?

—No, mentiría si dijera lo contrario. Sólo éramos huéspedes en el mismo hotel. Tuvimos alguna conversación. Nunca más le volví a ver después de mi regreso a Inglaterra. Llevo una vida muy tranquila en un pequeño pueblo rural y supongo que él estaría dedicado por completo a sus negocios.

—Se ocupó de ellos casi hasta el día de su muerte —afirmó Mr. Broadribb—. Tenía un don especial para las finanzas.

—No me cabe la menor duda. No tardé mucho en darme cuenta de que era un personaje muy especial.

—No sé si tiene usted alguna idea… si Mr. Rafiel le comentó algo en algún momento sobre la propuesta que se me ha encomendado hacerle.

—No se me ocurre qué clase de propuesta podría desear hacerme Mr. Rafiel. Parece algo muy poco probable.

—Tenía una excelente opinión de usted.

—Muy amable de su parte, pero muy poco justificada —replicó miss Marple—. Soy una persona muy sencilla.

—Como usted sin duda comprenderá, murió siendo un hombre muy rico. Las disposiciones del testamento son en su conjunto bastante simples. Ya había dispuesto cómo se repartiría su fortuna con bastante anticipación. Fondos de inversión, fideicomisos y todo lo demás.

—Eso, según creo, es el procedimiento habitual en la actualidad, aunque no estoy muy al corriente de las cuestiones financieras.

—El propósito de esta reunión —señaló el abogado— es que se me encomendó informarle de que se ha dispuesto una suma de dinero que será suya al cabo de un año, pero con la condición de que acepte cierta propuesta que debo poner ahora en su conocimiento.

Cogió un sobre sellado que tenía en el escritorio y se lo alcanzó.

—Creo —prosiguió Mr. Broadribb— que lo mejor es que lea usted misma cuál es la propuesta. Tómese su tiempo. No hay prisa.

Miss Marple se tomó su tiempo. Se hizo con el pequeño abrecartas que le ofreció el abogado, abrió el sobre, sacó la hoja mecanografiada y la leyó. Plegó la hoja por un momento, después volvió a leerla y por último miró a Mr. Broadribb.

—Esto es resulta un tanto vago. ¿No hay ninguna otra explicación de cualquier tipo?

—No en lo que a mí respecta. Tenía que entregarle la carta y decirle el monto del legado. La cantidad es de veinte mil libras, libres de derechos reales.

Miss Marple miró al letrado. La sorpresa la había dejado sin palabras. Mr. Broadribb no dijo nada más por el momento. La observaba con mucha atención. No había ninguna duda de su sorpresa. Era obvio que no se esperaba nada parecido. Se preguntó cuáles serían sus primeras palabras. La anciana le miraba con la misma fijeza y severidad que cualquiera de sus tías en la misma situación. Cuando miss Marple habló, lo hizo con un tono casi acusador.

—Es una suma de dinero muy considerable.

—No tanto como solía ser —replicó Mr. Broadribb, que a duras

penas consiguió reprimir el comentario: «Dinero para pipas en estos tiempos».

—Debo confesar —manifestó miss Marple— que estoy asombrada. Francamente asombrada —Recogió la carta y volvió a leerla—. Supongo que está usted enterado del texto.

—Sí. Me lo dictó Mr. Rafiel en persona.

—¿No le dio ninguna explicación?

—No, no lo hizo.

—Supongo que usted le sugeriría la conveniencia de que lo hiciera —señaló miss Marple con un tono un tanto desabrido.

Mr. Broadribb esbozó una sonrisa.

—Tiene usted razón. Lo hice. Dije que quizás a usted le resultaría difícil comprender exactamente sus intenciones.

—Muy curioso.

—No hay ninguna necesidad, por supuesto, de que me dé una respuesta ahora mismo.

—No. Tendré que pensármelo.

—Es, como usted dijo, una cantidad apreciable.

—Soy una vieja —manifestó miss Marple—. Ahora decimos mayor, pero vieja es una palabra más acertada. Muy vieja. Es posible y por cierto probable que quizá no viva el año que necesito para ganar ese dinero, en el caso bastante dudoso de que sea capaz de ganármelo.

—No hay motivos para despreciar el dinero a ninguna edad.

—Podría ayudar a ciertas beneficencias de las que formo parte, y siempre hay personas a las que una quisiera poder ayudar, pero no tienes recursos suficientes para hacerlo. Tampoco diré que no tengo ninguna ambición ni deseo, hay cosas que no te puedes permitir. Creo que Mr. Rafiel sabía muy bien que tener la posibilidad de hacerlas y de una forma bastante inesperada, podría resultar muy placentero para una persona mayor.

—Así es —asintió el abogado—. ¿Quizás un crucero? ¿Alguno de esos magníficos viajes que ofrecen en la actualidad? Funciones de teatro, conciertos, llenar la bodega.

—Mis gustos son bastante más moderados —señaló miss Marple —. Una perdiz —añadió pensativamente—. Es muy difícil conseguir perdices en estos tiempos y son carísimas. Disfrutaría muchísimo

comiéndome una perdiz, una entera, yo sola. Una caja de *marrons glacés* es otro lujo que no me puedo permitir. Tal vez ir a la ópera. Eso significa tomar un taxi para ir y volver de Covent Garden y el gasto de una noche de hotel. Pero no es hora de dedicarme a charlas inútiles. Me llevaré esta carta y me lo plantearé a fondo. No entiendo qué motivos pudo tener Mr. Rafiel… ¿No tiene usted idea de por qué decidió hacerme esta propuesta, o por qué creyó que yo podría serle útil de alguna manera? Sin duda sabía que había pasado más de un año, casi dos, desde que nos conocimos y que ahora podría estar mucho más débil de lo que estoy y estar ya incapacitada para aprovechar cualquier pequeño talento que pueda tener. Estaba corriendo un riesgo. Hay muchas personas mucho mejor capacitadas para asumir una investigación de esta naturaleza.

—Francamente cualquiera diría lo mismo —reconoció Mr. Broadribb—, pero él la escogió a usted. Perdóneme una pequeña indiscreción pero ¿ha tenido usted alguna relación con el crimen o con la investigación criminal?

—Por supuesto que no, quiero decir nada que se pueda considerar como una actuación profesional. Nunca he sido oficial de justicia, ni magistrada ni tampoco he tenido relación alguna con una agencia de detectives. Lo único que puedo decirle, Mr. Broadribb, porque creo que es justo que lo sepa y creo que Mr. Rafiel tendría que habérselo dicho, es que durante nuestra estancia en las Antillas, ambos, Mr. Rafiel y yo, tuvimos cierta vinculación con un crimen que ocurrió allí. Un asesinato muy curioso y sin ninguna explicación aparente.

—¿Usted y Mr. Rafiel aclararon el misterio?

—Yo no lo diría así. Mr. Rafiel, con la fuerza de su personalidad, y yo, relacionando algunos detalles obvios que llegaron a mi conocimiento, tuvimos éxito en impedir un segundo asesinato en el momento preciso en que iba a cometerse. No hubiera podido hacerlo sola. Me fallaban las fuerzas físicas, y a Mr. Rafiel también porque era un inválido. Sin embargo, actuamos como aliados.

—Hay otra pregunta que me gustaría hacerle, miss Marple. ¿La palabra «Némesis» significa algo para usted?

—Némesis —repitió la anciana, mientras aparecía una sonrisa en su rostro—. Sí, significa algo para mí. También lo significaba para

Mr. Rafiel. Fui yo quien se la dije, y a él le pareció muy gracioso que me describiera a mí misma con ese nombre.

Resultó obvio que Mr. Broadribb había esperado oír cualquier cosa menos esto. Miró a miss Marple más o menos con el mismo asombro con que la había mirado Mr. Rafiel en el hotel junto al mar Caribe. Una anciana agradable y muy inteligente. ¡Pero de eso a Némesis!

—Veo que usted siente lo mismo —dijo miss Marple, levantándose—. Si usted encuentra o recibe nuevas instrucciones en este asunto, Mr. Broadribb, hágamelo saber. Me resulta extraordinario que no haya nada de nada. Esto me deja completamente a oscuras sobre lo que Mr. Rafiel me pide o intenta que haga.

—¿No conoce usted a su familia, sus amigos…?

—No, ya se lo he dicho. Fuimos huéspedes del mismo hotel en un país extranjero. Tuvimos cierta relación como aliados en un tema muy misterioso. Nada más. —Cuando ya se disponía a salir de la habitación, se volvió bruscamente y preguntó—: Tenía una secretaría, Mrs. Esther Walters. ¿Sería una falta de etiqueta si pregunto si Mr. Rafiel le ha dejado cincuenta mil libras?

—El testamento aparecerá en la prensa —manifestó el letrado—, y puedo responder afirmativamente a su pregunta. Por cierto, el nombre de Mrs. Walters es ahora Mrs. Anderson. Ha vuelto a casarse.

—Me alegra saberlo. Era viuda con una hija y, al parecer, una excelente secretaria. Comprendía muy bien a Mr. Rafiel. Una mujer agradable. Me complace saber que se ha beneficiado.

Aquella noche, miss Marple, sentada en su butaca de respaldo recto y los pies cerca del hogar, donde ardía un pequeño fuego hogareño, encendido por causa de una súbita ola de frío que, como es habitual, siempre suele abatirse sobre Inglaterra en el momento seleccionado por ella misma, volvió a sacar del sobre el documento que le habían entregado por la mañana. Todavía dominada por cierta incredulidad, lo releyó musitando las palabras como si quisiera grabarlas en su mente:

«A miss Marple, residente en el pueblo de St. Mary Mead.

La presente le será entregada gracias a los buenos oficios de mi

abogado, James Broadribb, después de mi fallecimiento. Es el hombre que empleo para aquellos asuntos legales que entran en el campo de mis asuntos privados, y sin ninguna relación con mis actividades empresariales. Es un abogado sensato y digno de toda confianza. Como la mayoría de la raza humana, es susceptible al pecado de la curiosidad. No se la he satisfecho. En algunos aspectos, éste es un asunto que quedará entre usted y yo. Nuestra palabra clave, mi querida señora, es Némesis. No creo que usted haya olvidado el lugar y las circunstancias en las que me dijo aquella palabra. En el curso de mis actividades empresariales, que se han prolongado durante muchos años, he aprendido una cosa sobre la persona que quiero emplear. Tiene que tener instinto, un instinto para la tarea que quiero encomendarle. No se trata de profundos conocimientos ni tampoco experiencia. La única palabra que lo describe es instinto. Un instinto natural para hacer una cosa determinada.

Usted, querida, si me permite llamarla así, tiene un instinto natural para la justicia y eso la ha llevado a tener un instinto natural para el crimen. Quiero que usted investigue un crimen. He ordenado que se le destine una suma, de manera tal que, si usted acepta la propuesta y como resultado de la investigación se aclara el crimen, el dinero será suyo. El plazo para que cumpla su misión es de un año. No es usted joven, pero es, si me permite decirlo, resistente. Creo que puedo confiar en que usted viva un año más por lo menos.

Creo que la propuesta no le resultará desagradable. Tiene usted un genio natural para la investigación. Los fondos necesarios para realizar esta investigación le serán suministrados durante el período fijado cada vez que los pida. Le hago esta propuesta como una alternativa a lo que esté haciendo en estos momentos.

Me la imagino sentada en una silla, una silla cómoda y adecuada para la clase de reumatismo que pueda usted sufrir. Creo que todas las personas de su edad sufren de alguna clase de reumatismo. Si este mal le afecta las rodillas o la espalda, no le será fácil moverse y supongo que pasa la mayor parte de sus horas haciendo calceta. La veo, como la vi aquella noche cuando me despertó, envuelta en una nube de lana rosa.

Me la imagino tejiendo más jerseys, chales, bufandas y muchas otras cosas de las que ni siquiera sé el nombre. Si prefiere continuar haciendo calceta, es cosa suya. Si prefiere servir a la causa de la justicia, espero

que por lo menos le resulte interesante.

Dejemos que la justicia corra como el agua, y la rectitud como un manantial inagotable.

Amos».

Capítulo III

Miss Marple Toma Una Decisión

1

Miss Marple leyó la carta tres veces. Luego la dejó a un lado y se dedicó a reflexionar, frunciendo el entrecejo, sobre el contenido de la carta y sus implicaciones.

El primer hecho curioso era la sorprendente falta de información concreta. ¿Recibiría en su momento más información a través de Mr. Broadribb? Tenía casi la certeza de que no sería así. Eso no encajaba con los planes de Mr. Rafiel. Sin embargo, por Dios bendito, ¿cómo podía esperar Mr. Rafiel que ella hiciera alguna cosa, emprendiera cualquier acción en un asunto del que no sabía absolutamente nada? Resultaba de lo más desconcertante. Después de pensarlo un poco más, decidió que Mr. Rafiel había deseado que así fuera. Pensó una vez más en el hombre, en el breve tiempo que lo había tratado. Su invalidez, el mal genio, los momentos de brillantez, los destellos de humor. Disfrutaba, se dijo, pinchando a la gente. Había disfrutado, y la carta era una prueba evidente, azuzando la curiosidad natural de Mr. Broadribb.

No había en la carta ni la más mínima pista sobre la índole del asunto. No le facilitaba ninguna ayuda. Mr. Rafiel, pensó, había tenido muy claro que no debía suministrársela. Había tenido otras

ideas. En cualquier caso, ella no podía comenzar de la nada. Esto era como un crucigrama en blanco. Tenía que haber pistas. Necesitaba saber qué se pretendía que hiciera, dónde debía ir, si tenía que resolver un problema sentada en su butaca o dejar a un lado la labor para concentrarse. ¿Mr. Rafiel quería que subiera a un avión o a un barco con destino a las Antillas, a Sudamérica o a algún otro lugar? ¿Tendría que descubrir por sí misma lo que debía hacer o, en caso contrario, recibiría indicaciones específicas? Quizás había creído que ella tenía el ingenio suficiente para adivinar las cosas, averiguar el camino a seguir. No, no lo creía.

—Si lo pensó —dijo miss Marple en voz alta—, es que estaba senil. —Pero no creía en la senilidad de Mr. Rafiel—. Recibiré instrucciones. Pero ¿cuáles y cuándo?

Fue entonces cuando, sin más, se le ocurrió que, sin darse cuenta, había aceptado el encargo. Continuó hablando en voz alta:

—Creo en la vida eterna. No sé exactamente dónde está usted, Mr. Rafiel, pero no dudo que está en alguna parte. Haré todo lo posible por complacer sus deseos.

2

Miss Marple escribió a Mr. Broadribb al cabo de tres días. Fue una carta muy breve y que iba directamente al grano.

«Estimado Mr. Broadribb:

He considerado la sugerencia que me hizo y le comunico que he decidido aceptar la propuesta formulada por el difunto Mr. Rafiel. Haré todo lo posible por cumplir sus deseos, aunque no estoy segura del éxito. En realidad, me cuesta creer que pueda salir con bien del empeño. No he recibido ninguna instrucción directa en su carta, ni se me ha dado explicación alguna. Si usted tiene en su poder alguna otra misiva en la que se me comuniquen instrucciones claras, le ruego que me la envíe, aunque supongo que, como no lo ha hecho,

éste no es el caso.

Supongo que Mr. Rafiel estaba en plena posesión de sus facultades mentales cuando murió. Creo tener toda la razón de mi parte si le pregunto si ocurrió en los últimos tiempos algún hecho criminal que le interesó, ya fuera en el curso de sus actividades empresariales o en sus relaciones personales. ¿Alguna vez le comunicó a usted su disgusto o enfado por alguna injusticia? Si es así, le suplico que me lo haga saber. ¿Algún familiar o amigo suyo fue víctima de una flagrante injusticia, o algo que él quizá consideró como tal?

Estoy segura de que usted comprenderá mis razones para formular estas preguntas. Creo que Mr. Rafiel esperaba que las hiciera».

3

Mr. Broadribb le mostró la carta a Mr. Schuster, que se reclinó en la silla y silbó.

—¿Así que acepta la propuesta? Una anciana deportista —comentó—. Supongo que sabe algo sobre el asunto, ¿no crees?

—No lo creo.

—Lamento que tampoco nosotros lo sepamos. Era todo un personaje.

—Un hombre difícil.

—La verdad es que no tengo ni la menor idea. ¿Tú qué opinas?

—Yo tampoco sé absolutamente nada, y creo que no quería que lo supiera.

—La verdad es que de esta manera pone las cosas muy difíciles. No creo que una vieja que vive en el campo pueda meterse en la mente de un muerto y descubrir qué fantasía lo llevaba de cabeza. ¿No crees que podría tratarse de una tomadura de pelo? ¿Una broma pesada? Quizá creía que ella se las daba de gran

investigadora porque había resuelto un par de cosillas en el pueblo, y pretendía darle una lección.

—No —negó Mr. Broadribb—. No creo que sea eso. Rafiel no era de esa clase de hombres.

—En ocasiones era un auténtico diablo dispuesto a las peores travesuras.

—Sí, pero creo que en este caso se trata de algo serio. Había algo que le preocupaba. No me cabe duda de que estaba preocupado.

—¿No te dijo lo que era ni te dio ninguna pista?

—No, no lo hizo.

—Entonces, ¿cómo diablos espera…? —Schuster se interrumpió.

—No puede haber esperado obtener ningún resultado de todo esto —señaló Mr. Broadribb—. Me refiero a ¿cómo puede ella saber por dónde comenzar?

—Insisto en que es una broma pesada.

—Veinte mil libras es una suma muy respetable.

—Sí, pero no si sabes que no las van a cobrar.

—No. Ése sería un proceder muy poco deportivo. Debía estar convencido de que ella tendría una buena oportunidad para hacer o descubrir lo que sea.

—¿Qué haremos nosotros mientras tanto? —preguntó Schuster.

—Esperar. Debemos esperar y ver qué pasa a continuación. Después de todo, tendrá que ocurrir alguna otra cosa.

—Tienes guardado otro sobre con órdenes, ¿no es así?

—Mi querido Schuster, Mr. Rafiel confiaba en mi discreción y en mi ética como abogado. Las instrucciones selladas se abrirán sólo si se dan determinadas circunstancias, ninguna de las cuales se ha dado hasta el momento.

—Ni se darán —afirmó Mr. Schuster, dando por concluido el tema.

4

Mr. Broadribb y Mr. Schuster eran afortunados en tanto y en cuanto tenían una vida profesional que atender. Miss Marple no tenía tanta suerte. Hacía calceta, pensaba y también salía a dar paseos, que le costaban alguna que otra regañina por parte de Cherry.

—Ya sabe lo que le dijo el médico. No tiene que hacer demasiado ejercicio.

—Camino muy despacio, y no hago absolutamente nada. Me refiero a nada de escardar o plantar en el jardín. Sólo pongo un pie delante del otro y pienso cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Cherry con evidente interés.

—Ojalá lo supiera —respondió miss Marple, y le pidió a Cherry que le trajera otro chal porque comenzaba a soplar un viento helado.

—Lo que a mí me gustaría saber es qué le baila por la cabeza —le comentó Cherry a su marido mientras le servía un plato de arroz blanco y picadillo de riñones—. Hoy toca comida china.

Su marido asintió satisfecho.

—Cada día que pasa cocinas mejor.

—Me tiene preocupada. Me preocupa porque la veo preocupada. Recibió una carta y, desde entonces, está inquieta.

—Lo que ella necesita es mucha tranquilidad —opinó el marido de Cherry—. Estarse sentada, tomarse las cosas con calma, recoger unos cuantos libros de la biblioteca y tener un par de amigas que la vengan a visitar de vez en cuando.

—Está pensando alguna cosa —afirmó Cherry—. Está pensando algún plan. Está pensando en cómo enfocar un asunto, es así como lo veo.

Interrumpió la conversación y le llevó a miss Marple la bandeja con el café.

—¿Conoce a una mujer llamada Mrs. Hastings que vive en alguna de las casas nuevas y a alguien llamado miss Barlett, que vive con ella? —preguntó miss Marple.

—¿Se refiere a las casas que han rehabilitado al final del pueblo? Esa gente ha venido a vivir aquí hace poco. No sé cómo se llaman. ¿Por qué quiere saberlo? No parecen personas muy

interesantes. Al menos yo diría que no lo son.

—¿Son parientes?

—No. Creo que son amigas.

—Me pregunto si… —Miss Marple se interrumpió.

—¿Qué se pregunta?

—Nada. Por favor, arregle un poco el escritorio, y tráigame papel y mi estilográfica. Voy a escribir una carta.

—¿A quién? —preguntó Cherry, llevada por la curiosidad natural de su clase.

—A la hermana de un clérigo. Se llama Prescott.

—Es el clérigo que conoció en las Antillas, ¿no? Me mostró su foto en el álbum.

—Así es.

—No se sentirá mal, ¿verdad? Quiero decir que como se pone a escribirle a un clérigo…

—Me siento perfectamente bien y estoy ansiosa por hacer algo. Es posible que miss Prescott pueda ayudarme.

Miss Marple se puso a escribir:

«Querida miss Prescott:

Espero que no me haya usted olvidado. La conocí a usted y a su hermano en las Antillas, en St. Honoré. Confío en que nuestro querido clérigo se encuentre bien y que no haya sufrido mucho con el asma el invierno pasado, que fue tan frío.

Le escribo para pedirle si tiene la dirección de Mrs. Walters, Esther Walters, a quien quizás usted recuerde de los días pasados en el Caribe. Era la secretaria de Mr. Rafiel. Me dio su dirección allí, pero desgraciadamente la he perdido. Deseo escribirle para informarle de un tema de horticultura que me consultó, pero que no pude aclarárselo entonces. Hace poco me enteré por una persona que se ha vuelto a casar, pero no creo que dicha persona conociera muy bien los detalles. Quizás usted sepa algo más de lo que yo sé. Espero que esto no sea para usted una molestia.

Muchísimos saludos para su hermano y mis mejores deseos para usted. Jane Marple».

Miss Marple se sintió mejor después de enviar esta carta.

«Por lo menos —se dijo—, ya he hecho algo. No es que espere gran cosa de esto, pero todo ayuda».

Miss Prescott respondió a su carta casi a vuelta de correo. Era una mujer muy eficiente. Le escribió una misiva muy amable donde incluyó la dirección que le interesaba.

«No he sabido nada directamente de Esther Walters, pero lo mismo que usted me enteré por un amigo que había visto publicado el anuncio de su boda. Creo que ahora su nombre es Mrs. Alderson o Anderson. La dirección es Winslow Lodge, cerca de Alton, Hants. Mi hermano le envía sus más afectuosos saludos. Es una pena que vivamos tan separados. Nosotros estamos en el norte de Inglaterra y usted al sur de Londres. Espero que tengamos ocasión de encontrarnos en alguna ocasión. Cordialmente, Joan Prescott».

«Winston Lodge, Alton», repitió miss Marple, escribiendo la dirección. «En realidad, no está muy lejos de aquí. No, no lo está. No sé cuál será el mejor método para ir hasta allí. Posiblemente en uno de los taxis de Inch. Un tanto extravagante, pero si consigo algo positivo, lo podría cargar en la cuenta de gastos con todo derecho. ¿Qué hago? ¿Le envío una carta o lo dejo al azar? Creo que lo mejor será dejarlo al azar. Pobre Esther. No creo que me recuerde con demasiado afecto o placer».

Miss Marple se perdió en sus pensamientos. Era muy posible que sus acciones en el Caribe salvaran a Esther Walters de ser asesinada en un plazo más o menos breve. Por lo menos, eso creía miss Marple, pero probablemente Esther Walters no era de la misma opinión. «Una mujer agradable —pensó la anciana en voz alta—, una mujer muy agradable. De ésas que se casan con los pillos más redomados. De hecho, de esas mujeres que se casarían con un asesino a la primera oportunidad».

«Sin embargo —prosiguió miss Marple con un tono pensativo—, es probable que le salvara la vida. Mejor dicho, estoy casi segura de haberlo hecho, aunque no creo que ella comparta mi punto de vista. Es probable que me deteste, cosa que complica su utilidad como fuente de información. En cualquier caso, habrá que intentarlo. Es mejor que estar sentada aquí esperando, esperando y esperando».

¿Había estado Mr. Rafiel divirtiéndose a su costa cuando había escrito aquella carta? No había sido un hombre especialmente amable y podían importarle muy poco los sentimientos ajenos.

«En cualquier caso —se dijo miss Marple, que echó una ojeada al

reloj y decidió irse a la cama temprano—, cuando una piensa las cosas justo antes de quedarse dormida, a menudo aparecen las soluciones. Bien pudiera funcionar así en este caso».

—¿Ha dormido bien? —le preguntó Cherry cuando fue a servirle el primer té de la mañana.

—He tenido un sueño curioso.

—¿Una pesadilla?

—No, no, nada por el estilo. Hablaba con alguien, una persona a la que no conocía muy bien. Sólo hablaba. Entonces, cuando miré, vi que no era la persona con la que hablaba. Era otra persona. Muy curioso.

—Una confusión de personajes —comentó Cherry siempre dispuesta a ayudar.

—Me recordó una cosa —añadió miss Marple—, o mejor dicho a alguien que conocí una vez. Por favor, llame a Inch. Que esté aquí alrededor de las once y media.

Inch formaba parte del pasado de miss Marple. Mr. Inch había sido el propietario del único taxi del pueblo hacía muchos años atrás y, a su fallecimiento, le había sucedido su hijo, el «joven Inch», que entonces tenía cuarenta y cuatro años. El heredero había convertido el negocio familiar en un garaje y había comprado otros dos coches viejos. Cuando murió, el garaje pasó a manos de un nuevo propietario. Desde entonces había sido Pip's Cars, Jame's Taxis y Coches de Alquiler Arthur's, pero los más ancianos seguían hablando de Inch.

—No pensará ir a Londres, ¿verdad?

—No, no voy a Londres. Creo que iré a comer a Haslemere.

—¿Qué se trae entre manos? —preguntó Cherry, mirándola con suspicacia.

—Pretendo encontrar a alguien y conseguir que parezca algo totalmente casual. No es muy sencillo, pero espero poder conseguirlo.

El taxi se presentó a las once y media. Miss Marple le dio instrucciones a Cherry.

—Llame a este número. Pregunte si Mrs. Anderson está en casa. Si responde Mrs. Anderson o si se pone al teléfono, dígale que Mr. Broadribb quiere hablar con ella. Usted es la secretaria de Mr.

Broadribb. Si no está, averigüe a qué hora regresará.

—Si hablo con ella ¿qué le digo?

—Pregúntele qué día de la semana que viene le va bien para entrevistarse con Mr. Broadribb en su despacho. Si le dice un día, tome nota y cuelgue.

—¡Las cosas que se le ocurren! ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué quiere que lo haga?

—La memoria es algo curioso —respondió la anciana—. Algunas veces se recuerdan las voces aunque haga más de un año que no las oyes.

—No creo que esa señora como-se-llame haya oído nunca mi voz.

—No. Por eso es usted quien debe hacer la llamada.

Cherry cumplió con el encargo. Le informaron que Mrs. Anderson había salido de compras, pero que regresaría a la hora de comer y que pasaría toda la tarde en casa.

—Bueno, eso simplifica las cosas —opinó miss Marple—. ¿Inch está aquí? Ah, sí. Buenos días, Edward —saludó al actual chofer de los taxis de Arthur's, cuyo verdadero nombre era George—. Ésta es la dirección a la que quiero ir. No creo que tardemos más de hora y media.

La expedición se puso en marcha.

Capítulo IV

Esther Walters

Esther Anderson salió del supermercado y caminó hacia donde tenía aparcado el coche. Cada día resultaba más difícil encontrar un sitio donde aparcar. Tropezó con alguien, una mujer mayor que cojeaba un poco y que venía en su dirección. Se disculpó, pero la otra mujer soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Vaya, pero si es Mrs. Walters! Usted es Esther Walters, ¿no es así? Supongo que usted no me recuerda. Jane Marple. Nos conocimos en el hotel de St. Honoré de esto hace ya mucho tiempo. Un año y medio.

—¿Miss Marple? Ahora sí, por supuesto. ¡Qué casualidad encontrarnos aquí!

—Es una sorpresa muy agradable. Tengo que ir a comer con unas amigas que viven aquí cerca, pero después volveré a pasar por Alton. ¿Estará usted en su casa esta tarde? Me gustaría tanto charlar un rato. Siempre es grato volver a ver a una vieja amiga.

—Sí, por supuesto. Cuando usted quiera a partir de las tres.

Esther le dio la dirección y se despidieron hasta más tarde.

«La vieja Jane Marple», pensó Esther, sonriendo para sus adentros. «Es curioso. Creía que había muerto hace tiempo».

Miss Marple se presentó en Winslow Lodge a las tres y media. Esther le abrió la puerta y la invitó a entrar.

La anciana se sentó en la silla que le ofrecía, comportándose con la agitación que era habitual en ella cuando se sentía nerviosa. En realidad, estaba exagerando porque las cosas habían resultado tal como ella quería que resultaran.

—Es tan agradable volver a verla —le dijo a Esther—. Muy

agradable. A veces las cosas ocurren de la manera más extraña. Esperas encontrar a una persona y estás segura de que la encontraras. Entonces pasa el tiempo y de pronto vas y te la encuentras.

—Bueno, ya sabe usted lo que dicen: el mundo es un pañuelo.

—Sí, y creo que a veces tienen razón. Quiero decir que el mundo nos parece enorme y que las Antillas están muy lejos de Inglaterra. Por supuesto que nos podríamos haber encontrado en cualquier otra parte. En Londres, en Harrods, en una estación de tren o en el autobús. Hay tantas posibilidades.

—Sí, hay muchísimas posibilidades. Desde luego no esperaba encontrármela aquí, porque no creo que éste sea un lugar que usted visite con frecuencia.

—No, no lo es, aunque la verdad es que tampoco está muy lejos de St. Mary Mead. Yo diría que no hay más de veinticinco millas. Claro que veinticinco millas en el campo, cuando no tienes coche, y por supuesto no puedo permitirme tener uno, y tampoco podría conducirlo si lo tuviera, así que no tiene mucho sentido, y la única manera de ver a los vecinos es encontrándotelos en el autobús o cuando tomas un taxi.

—Tiene usted un aspecto maravilloso.

—Lo mismo iba a decir de usted, querida. No tenía idea de que viviera por aquí.

—Llevo aquí sólo unos meses. Desde que me casé.

—Oh, no lo sabía. Qué interesante. Supongo que lo habré pasado por alto. Siempre leo los anuncios de matrimonios.

—Llevo casada cuatro o cinco meses. Ahora me apellido Anderson.

—Mrs. Anderson. Sí, procuraré no olvidarlo. ¿Y su marido?

Hubiera sido poco natural, se dijo miss Marple, no preguntar por el marido. Ya se sabía que las ancianas eran muy curiosas.

—Es ingeniero. Trabaja en una empresa de automoción. Es… —Esther vaciló— un poco más joven que yo.

—Mucho mejor —afirmó miss Marple en el acto—. Oh, muchísimo mejor. En estos tiempos los hombres envejecen muchísimo más rápidamente que las mujeres. Sé que antes no era así, pero en la actualidad es muy cierto. Les pasan muchas más

cosas. Yo creo que es por las preocupaciones y el exceso de trabajo. Tienen problemas de tensión arterial, cuando no es el corazón. También son propensos a padecer úlceras de estómago. Nosotras no nos preocupamos tanto. En mi opinión, el sexo fuerte somos nosotras.

—Quizá tenga usted razón.

Le sonrió a la anciana y miss Marple se sintió más tranquila. La última vez que había visto a Esther, ella parecía odiarla y probablemente todavía la odiaba, pero ahora quizá le estuviera agradecida. Tal vez había comprendido que ahora podría estar sepultada debajo de una lápida en algún cementerio, en lugar de vivir felizmente casada con Mr. Anderson.

—La veo muy bien y muy alegre.

—Usted también, miss Marple.

—Gracias, pero, por supuesto, ahora ya soy un tanto mayor y una tiene tantos males. No quiero decir que sean graves, ni nada por el estilo, pero siempre tienes un poco de reuma, o te duele esto o aquello. Los pies ya no los tienes como antes y, cuando no te duele la espalda o el hombro, entonces te duelen las manos. Pero ya está bien de lamentarse. Qué casa tan bonita.

—Sí, no llevamos aquí mucho tiempo. Vinimos hace cuatro meses.

Miss Marple echó una ojeada. Ya había supuesto que la habían ocupado hacía poco y que lo habían hecho a lo grande. El mobiliario era caro, cómodo y casi lujoso. Cortinas y tapizados de calidad, pero no de muy buen gusto. Claro que tampoco lo había esperado. Creía saber las razones de esta apariencia de prosperidad. Pensó en la cuantía del legado del difunto Mr. Rafiel. Le alegraba saber que Mr. Rafiel no había cambiado de opinión.

—Supongo que habrá usted leído la noticia de la muerte de Mr. Rafiel —dijo Esther como si hubiera leído los pensamientos de la anciana.

—Sí, sí, desde luego. Fue hace cosa de un mes, ¿no es así? Lo lamenté tanto. Me apenó mucho, aunque supongo que él ya lo sabía. Él mismo lo había admitido. Insinuó varias veces que no le quedaba mucho tiempo. Creo que se comportó con mucha valentía.

—Sí, era un hombre muy valiente y también muy bueno.

Cuando comencé a trabajar para él, me dijo que me pagaría un buen sueldo, pero que tendría que ahorrar porque no debía esperar nada más de su parte. Desde luego, no esperaba recibir nada. Era un hombre de palabra. Sin embargo, aparentemente cambió de opinión.

—Sí. Me alegro mucho de que lo hiciera. Creí que quizá… por supuesto no me comentó nada pero no me extraña.

—Me dejó un legado bastante considerable. Una cantidad de dinero considerable. Me quedé pasmada. Al principio no podía creérmelo.

—Creo que deseaba que fuera una sorpresa. Creo que era de esa clase de hombres —manifestó miss Marple—. Por cierto, ¿le dejó algo a… cómo se llamaba… a aquel hombre que le atendía, el masajista?

—Oh, ¿se refiere usted a Jackson? No, no le dejó nada, pero creo que le hizo varios regalos importantes en el último año.

—¿Ha vuelto a saber algo de Jackson?

—No. No le volví a ver desde que estuvimos en las Antillas. No continuó trabajando para Mr. Rafiel cuando regresaron a Inglaterra. Creo que se marchó para trabajar con algún lord que vive en Jersey o Guernesey.

—Me hubiera gustado ver a Mr. Rafiel. Resulta extraño después de haber pasado por todo aquello. Él, usted, yo y varios más. Después, más tarde, cuando regresé a casa, al cabo de unos seis meses, un día se me ocurrió lo muy unidos que habíamos estado en aquellos momentos de gran tensión y lo poco que sabía realmente de Mr. Rafiel. Lo volví a pensar el otro día, después de ver la noticia de su fallecimiento. Lamenté no haberlo conocido mejor. Su lugar de nacimiento, quiénes eran sus padres, cómo eran, si tenía hijos, sobrinos, primos o algún familiar. Son cosas que me hubiera gustado saber.

Esther Anderson esbozó una sonrisa. Miró a miss Marple y su expresión parecía decir: «Sí, estoy segura de que usted siempre quiere saber todas esas cosas de cualquier persona que conoce», pero se limitó a responder:

—No. Sólo había una cosa que todo el mundo sabía de Mr. Rafiel…

—Que era muy rico —afirmó miss Marple inmediatamente—. Se refiere usted a eso, ¿no es así? Cuando conoces a alguien que es muy rico, ya no preguntas nada más. Me refiero a que no quieres saber nada más. Dices: «Es muy rico» o «Es multimillonario», y lo dices en voz baja porque es impresionante cuando conoces a alguien que es inmensamente rico.

Esther se rió al oír el comentario de miss Marple.

—No estaba casado, ¿verdad? Nunca mencionó a una esposa.

—Perdió a su mujer a los pocos años de casarse. Creo que ella era mucho más joven. Murió víctima de un cáncer. Algo muy triste.

—¿Tuvieron hijos?

—Oh sí, dos hijas y un hijo. Una hija está casada y vive en Estados Unidos. La otra hija falleció joven. Conocí a la que vive en Estados Unidos. No se parecía en nada a su padre. Una joven callada y de aspecto deprimido. Mr. Rafiel nunca hablaba de su hijo. Creo que había tenido problemas con él. Un escándalo o algo así. Me parece que murió hace algunos años. Su padre nunca lo mencionaba.

—Vaya. Eso es muy triste.

—Creo que eso pasó hace mucho tiempo. Se marchó a algún lugar en el extranjero y no regresó. Al parecer, fue allí donde murió.

—¿Mr. Rafiel se mostró muy afectado?

—Eso es algo imposible de saber —respondió Esther—. Era de esos hombres que siempre deciden cortar por lo sano. Si el hijo no respondió a sus expectativas, si se convirtió en una carga en lugar de una bendición, creo que sencillamente se lo quitó de encima. Supongo que se ocupó de pasarle una pensión, pero nunca más volvió a pensar en el muchacho.

—¿Nunca más habló de él o hizo algún comentario?

—No sé si usted lo recuerda, pero era un hombre que nunca hablaba de sus sentimientos o de su vida privada.

—No, no, por supuesto que no. Pero creía que tal vez, como usted fue su secretaria durante tantos años, quizá le hubiera confiado algunos de sus problemas.

—No era hombre que explicara sus problemas a nadie, si es que tenía alguno, cosa que dudo. Vivía única y exclusivamente para sus negocios. Se habían convertido en sus hijos. Disfrutaba con las

inversiones, ganando dinero.

—No digas que un hombre es feliz hasta que está muerto —murmuró miss Marple, repitiendo las palabras como quien dice un lema, cosa que así era aparentemente en estos días o al menos eso creía—. ¿Así que no había nada que le preocupara antes de su muerte?

—No. ¿Por qué lo pregunta? —Esther parecía sorprendida.

—En realidad no lo sé —replicó miss Marple—. Sólo me lo preguntaba porque hay cosas que preocupan más a las personas cuando se… bueno, no diré que se hagan viejas, porque él no era un anciano, pero me refiero a que las cosas te preocupan más cuando estás impedido y no puedes hacer lo mismo que antes y tomarte las cosas con calma. Entonces comienzas a preocuparte y esas preocupaciones se hacen sentir.

—Sí, ya le entiendo, pero no creo que ése fuera el caso de Mr. Rafiel. En cualquier caso, dejé de trabajar como su secretaria hace algún tiempo. Dos o tres meses después de conocer a Edmund.

—Ah sí. Su marido. Mr. Rafiel debió molestarse mucho al perderla como secretaria.

—No lo creo —respondió Esther sin darle mucha importancia—. No era de esas personas que se molestan por esas cosas. Contrató otra secretaria al día siguiente. Le aseguro que si después no resultó de su agrado, no hubiera tenido el menor reparo en despedirla y contratar a otra, hasta dar con la persona adecuada. Era un hombre que no paraba mientes.

—Sí, sí, ya me di cuenta. Perdía los estribos con mucha facilidad.

—Le encantaba enfadarse —señaló Esther—. Era como interpretar un papel dramático.

—Un drama —dijo miss Marple pensativamente—. Hay algo que siempre me he preguntado. ¿Cree usted que Mr. Rafiel sentía un interés especial por la criminología, me refiero al estudio del tema? Él… bueno, no sé…

—¿Lo dice por lo que sucedió en el Caribe? —La voz de Esther adquirió un tono áspero.

Miss Marple dudó sobre la conveniencia de decir nada más, pero debía hacerlo si quería enterarse de algo útil.

—No, no por aquello, pero quizá después se interesó por la psicología de estas cosas, o tal vez se interesó en los casos en que la justicia no se administró correctamente…

La anciana parecía cada vez más confusa en sus ideas.

—¿Por qué iba él a interesarse por esos temas? Ahora no me saque a relucir aquella historia horrible de St. Honoré.

—Oh no. Creo que tiene usted toda la razón. Le aseguro que lo siento mucho. Sólo estaba pensando en algunas de las cosas que dijo Mr. Rafiel. La manera de decir ciertas frases, y me preguntaba si había tenido alguna teoría sobre las causas de los crímenes.

—Su interés siempre estuvo centrado en las finanzas —afirmó Esther en un tono seco—. Una estafa muy astuta podría haberle interesado, pero nada más.

La mujer continuó mirando a miss Marple con frialdad.

—Lo siento —se disculpó la anciana—. No tendría que haber hablado de temas que, afortunadamente, ya son cosa del pasado. Por cierto, ya es hora de marcharme. Tengo que coger el tren y no me queda mucho tiempo. Ay, ¿qué habré hecho con mi bolso? Ah, sí, aquí está.

Recogió el bolso, el paraguas y unas cuantas cosas más, y continuó mostrándose muy agitada hasta que desapareció la tensión. Mientras salía, se volvió un momento para mirar a Esther que insistía en que se quedara a tomar una taza de té.

—No, muchas gracias, querida. Tengo muy poco tiempo. Me alegro de haber tenido ocasión de verla y le deseo que sea usted muy feliz en su matrimonio. Supongo que no piensa usted en volver a trabajar, ¿verdad?

—Oh, algunas personas lo hacen. Dicen que es interesante, se aburren cuando no tienen nada que hacer. Pero creo que me gustará llevar una vida ociosa. También disfrutaré del legado que me dejó Mr. Rafiel. Fue muy bondadoso de su parte y creo que él quería que lo disfrutara incluso si lo hago de una forma un tanto tonta y femenina. Vestidos caros, un nuevo peinado y cosas por el estilo. Él lo habría considerado ridículo. —Hizo una pausa para después añadir bruscamente—: Yo le apreciaba. Sí, le apreciaba mucho. Sobre todo porque para mí representaba un desafío. Era un hombre difícil de tratar y, por lo tanto, disfrutaba manejándole.

—¿Manejándole?

—Bueno, no manejándole, pero quizás impidiendo que él fuera el único en llevar la voz cantante.

Miss Marple se encaminó hacia la estación. Miró por encima del hombro y agitó una mano. Esther Anderson respondió al saludo desde la puerta de su casa.

«Creía que esto tendría alguna relación con ella o con algo que ella podría saber», se dijo miss Marple. «Es obvio que estaba equivocada. No, no creo que esté vinculada con este asunto de ninguna manera, sea lo que sea. Tengo la sensación de que Mr. Rafiel esperaba que fuera mucho más inteligente de lo que soy. Creo que esperaba que uniera los eslabones, pero ¿cuáles? ¿Qué se supone que debo hacer ahora?». Meneó la cabeza.

Tenía que pensarlo todo más a fondo. Había dejado este asunto en sus manos para que lo rechazara, lo aceptara o para que comprendiera de qué se trataba. O para que, sin comprenderlo, siguiera adelante confiando que en algún momento recibiría una indicación concreta. De vez en cuando, cerraba los ojos, e intentaba imaginar el rostro de Mr. Rafiel. Sentado en el jardín del hotel en las Antillas, con su traje tropical, el rostro curtido y una expresión agria, sus ocasionales estallidos de mal humor. Lo que ella quería era descubrir lo que había pasado por su mente mientras organizaba este plan, la razón para ponerlo en marcha, para tentarla, para persuadirla, para obligarla a que lo aceptara. Esto último era lo más probable, conociendo a Mr. Rafiel. Quería que se hiciera una cosa y la había escogido a ella. Pero ¿por qué? ¿Por qué había pensado en ella? ¿Qué le había llevado a pensar en ella?

Volvió a pensar en Mr. Rafiel y en los hechos ocurridos en St. Honoré. ¿Era posible que el problema que había estado considerando poco antes de su muerte le hubiera hecho recordar la visita a las Antillas? ¿Estaba vinculado de alguna manera con alguien que había estado allí, que había participado o había sido un espectador y eso le había hecho recordar a miss Marple? ¿Había un vínculo o alguna conexión? Si no era así, ¿por qué, sin más, había pensado en ella? ¿Qué tenía ella que podía ser útil a sus intereses en cualquier sentido? Era una persona mayor, un tanto confundida, no muy fuerte físicamente y no tan alerta mentalmente como antes.

¿Cuáles eran sus méritos especiales, si es que los tenía? No se le ocurrió ninguno. ¿Podía tratarse de una broma por parte de Mr. Rafiel? Quizá cuando estaba a punto de morir se le había ocurrido una broma que satisfaría su peculiar sentido del humor.

No podía negar que era muy posible que Mr. Rafiel quisiera disfrutar de una broma, incluso a las puertas de la muerte. Tal vez así habría culminado alguna broma que le debía.

«Debo tener algún mérito especial —se dijo miss Marple firmemente—. Debo servir para algo». Después de todo, dado que Mr. Rafiel ya no estaba en este mundo, no podía disfrutar de la broma. ¿Qué cualidades poseía? «¿Qué cualidades tengo que pueden ser útiles de algún modo a alguien?», se preguntó la anciana.

Se consideró a sí misma con la debida humildad. Era curiosa, hacía preguntas, tenía la edad adecuada y era la clase de persona de la que se esperaba que las hiciera. Ése era un punto. Podías enviar a un detective privado o a algún investigador psicológico, pero en realidad resultaba mucho más sencillo enviar a una anciana con el hábito de curiosear y hacer preguntas, de hablar demasiado, de querer averiguar cosas y que pareciera algo perfectamente natural.

«Una vieja cotilla —se dijo miss Marple—. Sí, se me puede considerar como una vieja cotilla. Hay muchas viejas cotillas y todas son muy parecidas. Por supuesto, no me distingo de ninguna de las otras. Una vieja cotilla como tantas otras, y eso, desde luego, es un excelente disfraz. Me pregunto si voy por el camino correcto. Algunas veces sé cómo son las personas. Me refiero a que sé como son las personas, porque me recuerdan a otras que he conocido, así que deduzco algunos de sus defectos y algunas de sus virtudes. Sé de qué pie cojean las personas. Eso no se me discute».

Recordó una vez más St. Honoré y el hotel de la Palmera Dorada. Hizo otro intento de buscar algo útil en la conversación mantenida con Esther Walters. Decidió que había sido totalmente improductiva. No había nada que sacar, nada que pudiera relacionarse con la misión a realizar y de cuya naturaleza no tenía ni la menor idea.

—¡No hay duda de que es usted capaz de sacar de sus casillas al más pintado, Mr. Rafiel! —Lo dijo en voz alta y en su voz había un

tono de reproche bien claro.

Sin embargo, más tarde, mientras se metía en la cama y arrimaba la botella de agua caliente a las partes más doloridas de su espalda, habló de nuevo para manifestar lo que parecía una disculpa: «He hecho todo lo posible».

Esto también lo dijo en voz alta y como si se dirigiera a alguien presente en la habitación. Era verdad que él podía estar en cualquier parte, pero podía haber alguna comunicación telepática o telefónica y, si era así, estaba dispuesta a hablar con claridad e ir al grano.

«He hecho todo lo posible. Lo máximo dentro de mis posibilidades, y ahora debo dejar que usted se ocupe del resto».

Dicho esto, estiró la mano, apagó la luz y se durmió.

Capítulo V

Instrucciones Del Más Allá

1

Al cabo de tres o cuatro días, el correo de la tarde trajo una carta para miss Marple. Ella cogió la carta, hizo lo que hacía con todas las cartas, miró el sobre por las dos caras, observó el sello, la letra y cuando se convenció de que no era una factura, la abrió. El texto de la misiva estaba mecanografiado.

«Estimada miss Marple:

Cuando usted lea esto, yo estaré muerto y enterrado. Me alegra pensar que no me habrán incinerado. Siempre me ha parecido poco probable que uno consiga levantarse de una hermosa urna de bronce llena de cenizas para perseguir a alguien si quieres hacerlo. En cambio, la idea de levantarse de la tumba para perseguir a quien quieras es muy posible. ¿Querré hacerlo? ¿Quién sabe? Quizás incluso desee comunicarme con usted.

A estas alturas, mis abogados ya se habrán comunicado con usted y le habrán hecho cierta proposición. Espero que la haya aceptado. Si no es así, no sienta ningún remordimiento. Habrá sido su decisión.

Esta carta tiene que llegarle, si mis abogados han hecho lo que debían y el correo ha cumplido con su deber, el 11 de este mes.

Dentro de dos días recibirá usted una carta de una agencia de viajes de Londres. Confío en que el ofrecimiento que le harán no le resulte desagradable. No es necesario que le cuente nada más. Quiero que mantenga usted la mente bien abierta. Cuídese. Creo que puede hacerlo. Es usted una persona muy astuta. Le deseo la mejor de las suertes, pero su ángel de la guarda estará a su lado cuidándola. Tal vez pueda necesitarlo. Su amigo, A.B. Rafiel».

—¡Dos días! —exclamó miss Marple.

Se le hicieron interminables, pero el servicio de correos cumplió con su deber y lo mismo hizo Casas y Jardines Famosos de la Gran Bretaña.

«Estimada miss Jane Marple:

De acuerdo con las instrucciones recibidas del difunto Mr. Rafiel, le enviamos los detalles de nuestro recorrido n° 37 de Casas y Jardines Famosos de Gran Bretaña que saldrá de Londres el próximo jueves, día 17.

Si le fuera a usted posible visitar nuestras oficinas en Londres, Mrs. Sandbourne, que acompañará a los participantes del viaje, le dará todas las explicaciones y responderá a sus preguntas.

Nuestros recorridos tienen una duración de dos a tres semanas. Este viaje, en opinión de Mr. Rafiel, le resultará muy interesante ya que la llevará a una parte de Inglaterra que hasta donde él sabe usted no ha visitado, y le dará la oportunidad de ver algunos jardines y lugares de gran belleza. Ha dispuesto que se aloje usted en los mejores hoteles y que disfrute de todos los lujos que podemos proveer.

¿Sería usted tan amable de hacernos saber qué día le resulta más conveniente para visitar nuestras oficinas en Berkeley Street?».

Miss Marple anotó el número de teléfono, guardó la carta en su bolso, pensó en algunas amigas suyas, llamó a dos de ellas, una de las cuales había participado en uno de los viajes de Casas y Jardines Famosos, y que le contó maravillas, mientras que la otra, si bien no había estado en ninguno de los viajes, sí tenía amigas que habían viajado con esta empresa y le contaron que estaba muy bien, aunque resultaba bastante caro, pero que no era demasiado fatigoso para las personas mayores. Luego llamó a la agencia y comunicó que iría el próximo martes.

Al día siguiente, habló del tema con Cherry.

—Me marcho de viaje, Cherry. De excursión.

—¿De excursión? ¿Uno de esos recorridos turísticos? ¿Quiere decir que se va al extranjero?

—No, al extranjero no. Por el país. Se trata de visitar edificios y jardines históricos.

—¿Cree que le conviene hacer algo así a su edad? Esas cosas pueden ser muy cansadas. Algunas veces tienes que caminar durante horas.

—Tengo una salud excelente —afirmó miss Marple—, y siempre he oído decir que en esos viajes procuran que haya días de descanso para aquellas personas que no son muy fuertes.

—Lo único que le digo es que se cuide. No queremos que caiga fulminada de un ataque al corazón, mientras esté mirando alguna fuente muy bonita o cualquier otra cosa. Usted es un poco mayor para hacer estos viajes. Perdone que se lo diga, puede que parezca insolente, pero no me gustaría verla muerta por haberse excedido.

—Puedo cuidar de mí misma —afirmó miss Marple, con un tono muy digno.

—De acuerdo, pero cuídese —insistió Cherry.

Miss Marple preparó una maleta, se fue a Londres, alquiló una habitación en un hotel modesto. («Ah, el Bertram's —pensó—, qué hotel tan maravilloso. Vaya, debo olvidarme de esas cosas, el St. George es un lugar muy agradable»). A la hora señalada se presentó en Berkeley Street y la hicieron pasar a un despacho donde una mujer elegante de unos treinta y cinco años se levantó para saludarla, le dijo que su nombre era Mrs. Sandbourne y que sería la encargada del viaje.

—¿Debo entender que en mi caso el viaje está…? —Vaciló.

Mrs. Sandbourne notó la leve incomodidad de la visitante y se apresuró a decir:

—Oh, sí, quizá tendría que habérselo explicado mejor en la carta que le enviamos. Mr. Rafiel ya pagó todos los gastos.

—¿Sabe usted que está muerto?

—Sí, por supuesto, pero todo esto fue convenido mucho antes de su muerte. Mencionó que estaba mal de salud, pero que quería hacerle un regalo a una vieja amiga que no había tenido ocasión de

viajar tanto como hubiese deseado.

2

Dos días más tarde, miss Marple confió su nueva y elegante maleta al conductor y subió con su maletín a un cómodo y lujoso autocar que salió de Londres en dirección al noroeste; arrellanada en su asiento leía la lista de pasajeros que acompañaba al folleto, en el que se ofrecían detalles del itinerario, junto con diversas informaciones sobre los hoteles, comidas, lugares de interés y las alternativas para algunos días en los que, aunque no se recalcaba el detalle, se insinuaba que la visita a realizar era para los más jóvenes y activos, y que los mayores, aquéllos a quienes les dolían los pies, que sufrían de artritis o reumatismo, preferirían tomarse un respiro y no tener que caminar largas distancias o subir demasiadas colinas, todo en un lenguaje muy discreto.

Miss Marple leyó la lista y observó a sus compañeros de viaje. Esto no representaba ninguna dificultad porque los demás hacían lo mismo. Se miraban unos a otros, pero nadie parecía dedicarle una atención especial hasta donde ella podía ver.

La lista la componían las siguientes personas:

Mrs. Riseley-Porter
Miss Joanna Crawford
Coronel Walker y señora
Miss Elizabeth Temple
Profesor Wanstead
Mr. Richard Jameson
Miss Lumley
Miss Bentham
Mr. Caspar
Miss Cooke
Miss Barrow

Mr. Emlyn Price

Miss Jane Marple.

Había cuatro señoras mayores. Miss Marple se fijó primero en ellas para así descartarlas y no tener que preocuparse más de ellas. Dos viajaban juntas. Calculó que tendrían unos setenta años. Se las podía considerar más o menos de su misma quinta. Estaba claro que una de ellas era de esas mujeres quejicas, que quería el asiento de adelante si estaba atrás o a la inversa; que deseaba sentarse del lado con sol o que sólo soportaba los asientos con sombra; que reclamaba más aire fresco, o menos aire fresco. Llevaban mantas de viaje, bufandas de lana y un montón de guías de viaje. Eran achacosas, con dolores en los pies, la espalda o las rodillas, pero a pesar de la edad y los achaques estaban dispuestas a disfrutar de la vida mientras pudieran. Gallinas viejas, pero no de las que se quedaban en casa. Miss Marple escribió una nota en su agenda.

Eran quince sin incluirse a sí misma ni a Mrs. Sandbourne. A la vista de que la habían enviado a hacer este viaje, al menos uno de estos quince tenía que ser importante, bien como fuente de información, o como alguien vinculado con la ley o con un caso legal. E incluso pudiera ser un asesino, un criminal que quizá ya había matado o que se disponía a matar. Cualquier cosa era posible tratándose de Mr. Rafiel, pensó miss Marple. Haría bien en tomar nota de estas personas.

En el lado derecho de la página anotaría a aquéllos que podían ser de interés desde el punto de vista de Mr. Rafiel y, en el izquierdo, anotaría o tacharía a aquéllos que sólo podían ser de interés si le proporcionaban alguna información útil, una información que tal vez ni ellos mismos tenían idea de poseer e incluso en el caso de poseerla, desconocían su posible utilidad para ella, Mr. Rafiel, la ley o la Justicia. Por la noche, aprovecharía para escribir en la última página algún comentario, si cualquiera de ellos le recordaba a alguien conocido en St. Mary Mead y otros lugares. Cualquier parecido podría ser un dato muy útil. Lo había sido en otras ocasiones.

Las otras dos mujeres mayores aparentemente no tenían relación alguna. Ambas rondaban los sesenta. Una era una mujer todavía apuesta y bien vestida que, evidentemente, se consideraba

merecedora de una cierta consideración social. Hablaba con un tono demasiado alto y dictatorial. Al parecer, la acompañaba una muchacha de unos dieciocho o diecinueve años que la llamaba tía Geraldine. Miss Marple observó que la sobrina imitaba a la perfección los modales autoritarios de su tía. Parecía una muchacha competente además de atractiva.

Al otro lado del pasillo se sentaba un hombre desgarbado, cuyo cuerpo parecía haber sido montado por un niño con trozos de arcilla. Su rostro daba la impresión de que si bien la naturaleza había pretendido que fuera redondo, hubiera decidido rebelarse y conseguir un efecto cuadrado desarrollando una poderosa mandíbula. Tenía una abundante mata de pelo gris y unas cejas muy pobladas que se movían continuamente para dar énfasis a sus palabras. Sus comentarios sonaban como ladridos y cualquiera hubiera pensado en un perro pastor parlanchín. Su compañero de asiento era un extranjero alto y moreno que no dejaba de moverse y de gesticular. Hablaba un inglés muy peculiar, con expresiones intercaladas en alemán y en francés. El primero no mostraba ninguna dificultad ante estos cambios de idioma y respondía en uno u otro según conviniera. Después de echarles otra ojeada, decidió que el de las cejas pobladas debía ser el profesor Wanstead y el extranjero excitable Mr. Caspar.

Se preguntó cuál sería el tema de tan ardiente debate, sorprendida por la rapidez y la fuerza del discurso de Mr. Caspar.

El asiento de delante de los dos hombres lo ocupaba otra mujer también sesentona, alta y de una apostura que la hacía destacar en cualquier ambiente. Seguía siendo una mujer de mucha elegancia, con el pelo canoso recogido en un rodete. Su voz era clara e incisiva. «Una mujer de muchísima personalidad —se dijo miss Marple—. Me recuerda a Emily Waldron». Emily Waldron había sido decana de una de las facultades de Oxford y una científica de grandes méritos. Miss Marple había tenido ocasión de conocerla y nunca la había olvidado.

Miss Marple continuó con la observación del pasaje. Había dos matrimonios, uno de ellos norteamericano, personas amables, de mediana edad, una mujer charlatana y el marido que asentía complaciente. Era obvio que se trataba de una pareja muy viajera.

Los otros eran el típico matrimonio inglés que miss Marple identificó sin vacilar como un militar retirado y su esposa. Marcó en la lista al coronel Walker y a su señora.

El asiento de detrás de ella lo ocupaba un hombre alto y delgado, de unos treinta años, que, a juzgar por su vocabulario lleno de términos técnicos, era arquitecto. También había otras dos señoras de mediana edad que viajaban juntas y que ocupaban los primeros asientos. Se las veía muy entretenidas, discutiendo las atracciones ofrecidas en el folleto aparte de las visitas, casas y jardines. Una era morena y delgada, la otra rubia y fornida. El rostro de esta última le resultó vagamente familiar. Se preguntó si la habría visto o se la habrían presentado antes. Tal vez fuera alguien que hubiera conocido en un cóctel o con quien hubiera compartido algún viaje en tren. No había en ella nada especial para recordarla.

Sólo le faltaba valorar a un pasajero y se trataba de un joven de unos veinte años. Vestía las prendas apropiadas a su edad y sexo: pantalones negros ajustados, un suéter de cuello alto de color rojo. El pelo negro le llegaba hasta los hombros. Miraba interesado a la sobrina de la mujer mandona, y la muchacha, se dijo miss Marple, parecía corresponderle. A pesar de la preponderancia de viejas y mujeres maduras, al menos había dos jóvenes entre el pasaje.

Se detuvieron a comer en un agradable hotel ribereño y la visita de la tarde la dedicaron a Blenheim. Miss Marple había visitado Blenheim en dos ocasiones anteriores, así que sólo visitó lo mínimo indispensable y después se dedicó a disfrutar del jardín y la vista panorámica.

Cuando llegaron al hotel en el que pasarían la noche, los pasajeros ya habían comenzado a relacionarse. La eficiente Mrs. Sandbourne, muy activa a pesar del paseo de la tarde, se preocupó de formar pequeños grupos. Decía: «Debe usted conseguir que el coronel Walker le describa su jardín. Tiene una colección de fucsias realmente maravillosa». Con estas pequeñas frases, conseguía reunir a la gente.

Miss Marple ya sabía quién era cada uno. El hombre de las cejas pobladas resultó ser, tal como creía, el profesor Wanstead, y el extranjero era Mr. Caspar. La mujer mandona era Mrs. Riseley-

Porter y la sobrina se llamaba Joanna Crawford. El joven de pelo largo era Emlyn Price, y él y Joanna Crawford ya habían comenzado a descubrir las cosas que tenían en común sobre temas como la economía, el arte, la política, y otras cuestiones.

Las dos mujeres ancianas buscaron, como era natural, la compañía de miss Marple. Discutieron alegremente sobre la artritis, el reumatismo, las dietas, médicos nuevos, medicamentos, fórmulas magistrales y viejas recetas caseras que habían tenido éxito allí donde todo lo demás había fracasado. Hablaron de las muchas giras que habían hecho por Europa, los hoteles, las agencias de viaje y también del condado de Somerset, donde residían miss Lumley y miss Bentham, y donde las dificultades para encontrar jardineros capacitados eran realmente formidables.

Las dos señoras de edad mediana resultaron ser miss Cooke y miss Barrow. Miss Marple continuaba con la sensación de que una de ellas, la rubia, miss Cooke, le resultaba conocida, pero seguía sin recordar dónde o cuándo la había visto antes. Probablemente estaba en un error, como también podía ser un error la impresión de que ambas mujeres parecían evitarla. Cada vez que se acercaba, se mostraban muy ansiosas por alejarse. Claro que eso podían ser imaginaciones suyas.

Quince personas de las cuales al menos una debía ser importante. Aquella noche mencionó el nombre de Mr. Rafiel para ver si alguien reaccionaba de alguna manera, pero nadie lo hizo.

La mujer elegante resultó ser miss Elizabeth Temple, directora jubilada de un famoso colegio de señoritas.

Nadie parecía ser un asesino con la excepción de Mr. Caspar, y miss Marple lo atribuyó sencillamente a los prejuicios contra los extranjeros. El joven delgado era el arquitecto Richard Jameson.

«Quizá mañana tenga más suerte», se dijo miss Marple.

3

Miss Marple se metió en la cama agotada. Las visitas turísticas eran agradables pero agotadoras, e intentar valorar a quince personas a la vez y preguntarse cuál de ellas podía estar vinculada a un asesinato, más agotador todavía. En todo esto, había una sensación irreal que no se podía tomar en serio. Todos parecían personas agradables y normales, la clase de personas que participan en cruceros, viajes y todo lo demás. Sin embargo, echó otra ojeada a la lista de pasajeros y anotó unas cuantas cosas más en su libreta.

¿Mrs. Riseley-Porter? Ninguna vinculación criminal. Demasiado centrada en ella misma. Vida social activa.

¿La sobrina Joanna Crawford? ¿Lo mismo? Pero muy eficiente.

No obstante, Mrs. Riseley-Porter podía tener información de alguna clase. Debía mantener una buena relación con la señora.

¿Miss Elizabeth Temple? Un personaje. Interesante. No le recordaba a ninguna asesina que ella hubiera conocido. «De hecho —se dijo—, irradia integridad». Si hubiese cometido un asesinato, sería un crimen muy popular. ¿Quizá por alguna razón noble o por algún motivo que ella considerara noble? Pero eso tampoco resultaba satisfactorio. Miss Temple siempre sabría lo que hacía y por qué lo hacía, y nunca tendría una idea ridícula sobre la nobleza cuando se tratara de la maldad. «En cualquier caso —pensó—, es alguien y bien podría ser la persona que Mr. Rafiel quería que encontrara por alguna razón». Anotó estos pensamientos en el lado derecho de la página.

Cambió de perspectiva. Hasta ahora había considerado a un presunto asesino, pero ¿por qué no pensar en una presunta víctima? ¿Cuál entre todos ellos podría ser una posible víctima? Ninguno a primera vista. Quizá Mrs. Riseley-Porter podría entrar en la categoría; era rica y un tanto desagradable. La eficiente sobrina podría heredarla. Ella y el anarquista Emlyn Price podrían unirse en la causa anticapitalista. No era una idea muy creíble, pero no se le ocurría nada más.

¿El profesor Wanstead? Un hombre agradable, por supuesto, y también bondadoso. ¿Era un científico o un médico? No estaba muy segura, pero se inclinaba más por la ciencia.

¿Mr. y Mrs. Butler? Los tachó. Unos norteamericanos encantadores sin ninguna relación con nadie en las Antillas o con

alguien que ella conociera. No, no creía que los Butler pudieran ser importantes.

¿Richard Jameson? Éste era el arquitecto. Miss Marple no veía cómo podía encajar la arquitectura en todo esto, aunque nunca se sabía. ¿Quizás una habitación secreta? Tal vez en una de las casas que visitarían habría una habitación secreta que ocultara un esqueleto. Existía la posibilidad de que Mr. Jameson, siendo arquitecto, conociera dónde estaba la habitación secreta. Quizá la ayudaría a encontrarla o tal vez ella le ayudaría y, entonces, encontrarían un cadáver. «La verdad es que sólo pienso en tonterías», se reprochó miss Marple.

¿Miss Cooke y miss Barrow? Una pareja absolutamente vulgar. Sin embargo, estaba segura de haber visto antes a una de las dos. Por lo menos había visto antes a miss Cooke. Bien, ya lo recordaría cuando menos lo esperara.

¿El coronel Walker y señora? Personas agradables. El típico matrimonio militar. La mayor parte de su servicio pasado en el extranjero. Se podía charlar con ellos, pero no esperaba enterarse de nada importante.

¿Miss Benham y miss Lumley? Las dos viejas. Era poco probable que fueran unas asesinas, pero, siendo dos viejas charlatanas, quizás estaban al corriente de muchos cotilleos, tenían alguna información o sabían algo, aunque sólo fuera vinculado al reuma, a la artritis o a una fórmula magistral.

¿Mr. Caspar? Tal vez un personaje peligroso. Muy excitable. Por el momento lo mantendría en la lista.

¿Emlyn Price? Un estudiante. Los estudiantes eran muy violentos. ¿Mr. Rafiel la había enviado a seguirle la pista a un estudiante? Todo dependía de lo que el estudiante hubiese hecho, quisiera hacer o fuera a hacer. Tal vez fuera un anarquista.

«Ya está bien —se dijo miss Marple exhausta—. ¡Me voy a la cama!».

Le dolían los pies, la espalda y sus reacciones mentales eran cada vez más lentas. Se durmió en el acto y tuvo varios sueños.

En uno, al profesor Wanstead se le caían las cejas porque se trataba de cejas postizas. Se despertó y su primera impresión fue aquélla que tan a menudo sigue a los sueños, la convicción de que

el sueño lo había resuelto todo. «¡Por supuesto! —pensó—. ¡Por supuesto!». Las cejas eran postizas y eso aclaraba el misterio. Él era el criminal. Después comprendió que nada estaba resuelto. Que al profesor Wanstead se le cayeran las cejas no le serviría de ninguna ayuda.

Lamentablemente, ahora se había desvelado. Se levantó de la cama, se puso la bata y fue a sentarse en una silla de respaldo recto con un cuaderno que sacó de la maleta y comenzó a escribir.

«El proyecto que he emprendido está relacionado sin duda con un crimen de algún tipo. Mr. Rafiel lo dejó bien claro en su carta. Mencionó que yo tenía un instinto para la justicia y que eso incluía necesariamente un instinto para el crimen. Por lo tanto, hay un crimen de por medio y no se trata de un caso de espionaje, fraude o robo, porque nunca me he cruzado con ninguna de esas cosas, no tengo vinculaciones ni conocimientos del tema o una habilidad especial para afrontarlos. Lo único que Mr. Rafiel sabía de mí es lo que conoció durante el período que ambos estuvimos en St. Honoré. Allí estuvimos vinculados a un asesinato. Los asesinatos que aparecen en los periódicos nunca me han llamado la atención. Nunca he leído libros de criminología ni tampoco me ha interesado el tema. No, sólo se trata de que, con una frecuencia poco habitual, me he encontrado en el lugar donde se ha cometido un asesinato. Mi atención se ha dirigido hacia los asesinatos que han tenido alguna relación con amigos o conocidos. Estas curiosas coincidencias con temas especiales también las tienen otras personas. Recuerdo que una de mis tías naufragó en cinco ocasiones y una amiga mía tiene tendencia a sufrir accidentes. Sé que algunas de sus amigas se niegan a viajar en taxi con ella. Ha estado involucrada en cuatro accidentes de taxi, en tres de coches particulares y en dos accidentes ferroviarios. Cosas así les ocurren a determinadas personas sin ninguna razón aparente. No me agrada nada escribirlo, pero al parecer los asesinatos tienen una tendencia a producirse en mi vecindad».

Miss Marple hizo una pausa, cambió de posición, se puso un cojín en la espalda y continuó escribiendo.

«Debo procurar hacer un análisis lo más lógico posible de la tarea asumida. Mis instrucciones son, hasta ahora, muy poco

adecuadas, mejor dicho, prácticamente inexistentes. Por lo tanto, debo plantearme una pregunta muy clara. ¿De qué trata todo esto? ¡Respuesta! ¡No lo sé! Algo curioso e interesante. Una manera muy extraña de hacer las cosas, sobre todo para un hombre como Mr. Rafiel, máxime cuando era una figura descollante en los negocios y las finanzas. Quiere que adivine, que emplee el instinto, que observe y obedezca las indicaciones que se me den o me insinúen.

«Por lo tanto, número 1: recibiré indicaciones, las indicaciones de un hombre muerto. Número 2: La justicia está involucrada en el problema. Debo enmendar una injusticia o bien vengar un mal llevándolo ante la justicia. Esto concuerda con la palabra clave Némesis que me dio Mr. Rafiel.

«Después de las explicaciones sobre el comienzo del juego, recibí la primera indicación concreta. Mr. Rafiel dispuso antes de su muerte que yo debía participar en el recorrido n° 37 de las Casas y Jardines Famosos. ¿Por qué? Esto es lo que debo preguntarme, ¿Es por alguna razón geográfica o territorial? ¿Una vinculación o una pista? ¿Alguna de las casas famosas? ¿Es algo relacionado con algún jardín o un panorama? Esto último parece poco probable. La explicación más lógica apunta a las personas o, como mínimo, a una de las personas que forman el grupo. No conozco personalmente a ninguna de ellas, pero tiene que haber una que esté vinculada con el acertijo que debo resolver. Alguien del grupo está vinculado con un asesinato. Alguien tiene información o un vínculo especial con la víctima de un crimen, o alguien es un asesino, un criminal todavía insospechado».

Miss Marple dejó de escribir. Asintió complacida por el análisis hecho. Ahora tocaba irse a la cama. La anciana escribió una última frase:

«Aquí acaba el primer día».

Capítulo VI

Amor

A la mañana siguiente visitaron una pequeña mansión estilo Queen Anne. El viaje no fue muy largo ni fatigoso. Era una casa encantadora con una historia muy interesante y un jardín muy hermoso.

Richard Jameson, el arquitecto, mostró su admiración por la belleza estructural de la casa y, siendo como era uno de esos jóvenes enamorados de su voz, se detuvo en casi todas las habitaciones para señalar hasta las más mínimos detalles y ofrecer fechas y referencias históricas. Algunos de los miembros del grupo, hartos de la monótona conferencia, comenzaron a retrasarse. El cicerone local tampoco parecía satisfecho al ver sus funciones usurpadas por uno de los visitantes. Hizo varios intentos para poner las cosas en orden, pero no había manera de hacer callar a Mr. Jameson. El guía lo probó por última vez.

—Esta habitación, damas y caballeros, es la Sala Blanca, así llamada por la gente, y fue aquí donde encontraron el cadáver. Se trataba de un joven, apuñalado con una daga, que yacía sobre la alfombra. Ocurrió allá por el mil setecientos y pico. Dijeron que era el amante de lady Moffat. Entró por una pequeña puerta lateral y subió por una escalera muy empinada que comunica con esta habitación por un panel secreto que se encuentra a la izquierda de la chimenea. Sir Richard Moffat, el marido, se encontraba en los Países Bajos, pero, al parecer, regresó inesperadamente y sorprendió a los amantes.

Hizo una pausa, orgulloso al ver la respuesta de su público, que agradecía un respiro de tantos detalles arquitectónicos que le

habían hecho tragar.

—¿No es terriblemente romántico, Henry? —preguntó Mrs. Butler con su resonante acento transatlántico—. Desde luego que en esta habitación se nota algo especial. Yo lo percibo.

—Mamá es muy sensible a las atmósferas —afirmó el marido para conocimiento de todos quienes le rodeaban—. Recuerdo que en una ocasión, mientras visitábamos una casa muy antigua en Louisiana…

La narración sobre la sensibilidad extrema de Mamie se puso en marcha, y miss Marple, junto con dos o tres más, aprovecharon para salir discretamente de la habitación y bajar a la planta baja por unas escaleras bellamente decoradas.

—Una amiga mía —le comentó miss Marple a miss Cooke y a miss Barrow que la acompañaban— vivió una experiencia escalofriante hace unos pocos años. Una mañana encontraron un cadáver en su biblioteca.

—¿Alguien de la familia? —preguntó miss Barrow—. ¿Un ataque epiléptico?

—Oh, no, era un asesinato. Una muchacha desconocida con un vestido de noche. Rubia, pero teñida. En realidad, era morena y… oh… —Miss Marple se interrumpió con la mirada fija en el mechón de pelo rubio que asomaba por debajo del pañuelo que miss Cooke llevaba en la cabeza.

Lo había recordado bruscamente. Sabía por qué el rostro de miss Cooke le había resultado conocido y también sabía dónde lo había visto antes. Pero, en aquella ocasión, el pelo de miss Cooke mostraba un color oscuro, casi negro, y ahora era de un tono amarillo brillante.

Mrs. Riseley-Porter apareció en aquel instante. Acabó de bajar las escaleras y se abrió paso hacia ellas, en dirección a la salida mientras comentaba:

—Estoy harta de subir y bajar escaleras, y estar de pie en todas las habitaciones resulta agotador. Creo que el jardín, aunque no es muy grande, es realmente muy bonito. Les sugiero que vayamos a verlo sin más pérdida de tiempo. No creo que tarde mucho en nublarse. Tendremos lluvia antes de que se acabe la mañana.

La autoridad con la que Mrs. Riseley-Porter hacía sus

comentarios tuvo un efecto inmediato. Todos aquéllos que la oyeron la siguieron obedientes a través de los ventanales del comedor para ir al jardín. La buena señora no les había mentido y, acompañada por el coronel Walker, encabezó la marcha. Algunos los acompañaron y otros tomaron por senderos que iban en la dirección opuesta.

Miss Marple no perdió ni un segundo en encaminar sus pasos hacia un banco que, además del mérito artístico, prometía ser muy cómodo. Se sentó complacida y otro suspiro de satisfacción acompañó al suyo cuando miss Elizabeth Temple, que la había seguido, se sentó a su lado.

—Visitar casas siempre es cansado —manifestó miss Temple—. Es lo más agotador que te puedas imaginar y se hace insoportable si encima tienes que aguantar una conferencia en cada habitación.

—Todo lo que nos han dicho es muy interesante —opinó miss Marple con un tono de duda.

—¿Usted cree? —replicó miss Temple. Volvió la cabeza por un momento y cruzó una mirada con la anciana. Algo pasó entre las dos mujeres, una especie de mirada de comprensión mezclada con sorna.

—¿Usted no? —preguntó miss Marple.

—No.

Esta vez la comprensión quedó establecida definitivamente. Permanecieron un rato en amable silencio. Después, Elizabeth Temple comenzó a hablar de jardines y de este jardín en particular.

—Lo diseñó Holman entre 1798 y 1800. Murió joven. Una verdadera lástima. Era un genio.

—Es tan triste cuando alguien muere joven.

—No lo sé —señaló miss Temple con un tono reflexivo.

—Se pierden tantas cosas.

—O se evitan muchas.

—Vieja como soy ahora —dijo miss Marple—, supongo que no puedo evitar sentir que una muerte prematura significa perderse cosas.

—En cambio yo que he pasado casi toda mi vida entre jóvenes, miro la vida como un período completo en sí mismo. Como dijo T.S. Elliot: «El momento de la rosa y el momento del tejo duran lo

mismo».

—Comprendo lo que quiere decir. Una vida, con independencia de su duración, es una experiencia completa. Pero, no… —miss Marple vaciló—… ¿no cree usted que la vida puede ser incompleta si es demasiado corta?

—Sí, así es.

—Qué bonitas son las peonías —añadió miss Marple, contemplando las flores—. Parecen tan orgullosas y al mismo tiempo tan hermosas y frágiles.

—¿Ha venido en este viaje para ver las casas o los jardines? —preguntó miss Temple.

—Supongo que a ver casas. Disfrutaré mucho con los jardines pero las casas serán una experiencia nueva para mí. La variedad y la historia, los preciosos mobiliarios antiguos y los cuadros. Un bondadoso amigo me obsequió con este viaje. Le estoy muy agradecida. No he visto muchas mansiones famosas en mi vida.

—Un bonito regalo.

—¿Participa usted con frecuencia en estos recorridos turísticos?

—No. Para mí no es exactamente un recorrido turístico.

Miss Marple la miró interesada. Abrió la boca, pero consiguió evitar la pregunta. Miss Temple le sonrió.

—Se pregunta usted por qué estoy aquí, cuáles son mis motivos. ¿No quiere usted adivinar?

—No me gustaría hacerlo.

—Sí, por favor, hágalo —Elizabeth Temple habló con cierta urgencia—. Me interesa, sí, me interesa de verdad. Adivine.

Miss Marple permaneció en silencio durante unos instantes. Sus ojos miraban a Elizabeth Temple con firmeza, mientras meditaba la respuesta.

—Lo que diré no es por lo que sé de usted o lo que me han dicho de usted. Sé que es una persona de prestigio y que su colegio goza de una gran fama. No, sólo estoy adivinando a partir de lo que veo. Yo diría que es una peregrina. Tiene todo el aspecto de alguien que hace una peregrinación.

Se produjo una larga pausa, hasta que Elizabeth acabó confirmando:

—Eso lo describe muy bien. Sí, hago una peregrinación.

—El amigo que me envió a este viaje y pagó todos los gastos está muerto. Se llamaba Mr. Rafiel, un hombre muy rico. ¿Tuvo usted ocasión de conocerlo?

—¿Amos Rafiel? Lo conocí de nombre, por supuesto. Nunca traté con él en persona ni me lo presentaron. En una ocasión, entregó una gran suma a un proyecto educativo del que yo formaba parte. Me sentí muy agradecida. Como usted dice, era un hombre muy rico. Leí la noticia de su muerte hace unas semanas. ¿Era un viejo amigo suyo?

—No. Lo conocí hace poco más de un año en un viaje a las Antillas. Nunca supe gran cosa de él, de su vida, de su familia o de sus amigos. Era un gran financiero y un hombre que guardaba celosamente su vida privada. ¿Conocía usted a su familia o a alguien…? —Miss Marple hizo una pausa—. A menudo me lo he preguntado, pero no me gusta hacer preguntas ni parecer una curiosa.

—Una vez conocí a una muchacha —manifestó miss Temple—, una joven que fue alumna de Fallowfield, mi colegio. No era pariente de Mr. Rafiel, pero en una ocasión estuvo prometida con el hijo de Mr. Rafiel.

—Pero ¿no se casó con su prometido?

—No.

—¿Por qué no?

—Quisiera poder decir…, me gustaría decir que fue porque tenía un gran sentido común. Él no era la clase de joven con quien te gustaría ver casada a alguien que aprecias. Ella era una muchacha encantadora y muy dulce. No sé por qué no se casaron. Nunca nadie me lo dijo —Exhaló un suspiro—. En cualquier, caso, ella murió.

—¿Por qué murió?

Elizabeth Temple contempló las peonías durante unos minutos. Cuando respondió, la respuesta consistió en una sola palabra, y sonó como el tañido de una campana.

—¡Amor!

—¿Amor? —repitió miss Marple con un tono agudo.

—Una de las palabras más escalofriantes que existen en este mundo. Amor —dijo con voz amarga.

Capítulo VII

Una Invitación

Miss Marple decidió saltarse la visita de la tarde. Comentó que estaba un tanto cansada y que lo mejor sería no ir a visitar una antigua iglesia que tenía unos magníficos vitrales del siglo XIV. Descansaría un par de horas y se reuniría más tarde con los demás en el salón de té que había en la calle principal. La guía dijo que le parecía algo muy razonable.

La anciana se instaló en un banco que había delante del salón de té y reflexionó sobre lo que pensaba hacer a continuación y si sería prudente hacerlo.

Cuando se presentaron los demás, no le costó nada compartir mesa con miss Cooke y miss Barrow. La cuarta silla la ocupó Mr. Caspar, pero a miss Marple no le molestó su presencia porque su escaso dominio del inglés evitaría que se enterara de gran parte de la conversación. Probó una pasta y luego se encaró con miss Cooke.

—Sabe usted, estoy muy segura de que nos hemos visto antes. No he dejado de preguntarme cuándo fue, pero me cuesta un poco recordar las caras, pero estoy convencida de que tengo razón.

Miss Cooke mostró una expresión amable pero dubitativa. Miró a su amiga miss Barrow. Lo mismo hizo la anciana. Miss Barrow no manifestó ninguna intención de aclarar el misterio.

—No sé si alguna vez estuvo usted en la zona donde vivo —añadió miss Marple—. Tengo mi casa en St. Mary Mead. Un pueblo muy pequeño. Bueno, ahora no tanto porque están construyendo muchas casas como en todas partes. No está muy lejos de Much Benham y sólo a doce millas de la costa en Loomouth.

—Ah, deje que haga memoria —replicó miss Cooke—. Conozco

Loomouth bastante bien y quizá…

Miss Marple la interrumpió con una exclamación de placer.

—¡Por supuesto, ya lo tengo! Estaba yo un día en mi jardín y usted habló conmigo cuando pasaba por el sendero junto a mi casa. Usted me comentó que se alojaba en el pueblo con una amiga.

—Claro, claro, qué tonta soy —dijo miss Cooke—. Ahora lo recuerdo. Hablamos de lo difícil que resultaba encontrar a un jardinero de verdad, alguien dispuesto a trabajar.

—Así es. Usted no vivía allí. Estaba en casa de alguien.

—Sí, estaba con… con… —Miss Cooke vaciló un momento con el aire de quien no se acuerda de un nombre.

—¿No era Mrs. Sutherland? —sugirió miss Marple.

—No, no, era… Mrs…

—Hastings —afirmó miss Barrow mientras se servía un trozo de tarta de chocolate.

—Ah, sí, en una de las casas nuevas —señaló miss Marple.

—Hastings —intercaló Mr. Caspar inesperadamente. En su rostro apareció una expresión de alegría—. He visitado Hastings y también Eastbourne. Todo muy bonito. Junto al mar.

—Vaya coincidencia, ¿no? —añadió la anciana—, volver a encontrarnos tan pronto. El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

—A todas nos gustan tanto los jardines —comentó miss Cooke con un tono vago.

—Las flores son muy bonitas —dijo Mr. Caspar con otra sonrisa —. Me encantan las flores.

—Hay muchas variedades a cual más hermosa —apuntó miss Cooke.

Miss Marple continuó hablando de jardinería con la fluidez de una experta. Miss Cooke respondió adecuadamente. Miss Barrow hacía alguna aportación de vez en cuando. Mr. Caspar permaneció en silencio.

Mas tarde, durante su habitual descanso antes de la cena, miss Marple analizó lo que había averiguado. Miss Cooke había admitido su presencia en St. Mary Mead. Había admitido su paso junto a la casa de miss Marple y que se trataba de una coincidencia. «¿Coincidencia?», se preguntó, dándole vueltas a la palabra como un niño que no tiene claro el sabor de un caramelo y le da vueltas

en la boca. ¿Se trataba de una coincidencia o tenía alguna otra razón para estar aquí? ¿La habían enviado? Si era así, ¿para qué? ¿Era una tontería este planteamiento?

«Cualquier coincidencia siempre es digna de ser tenida en cuenta —se dijo miss Marple—. Después, la puedes olvidar si realmente se trata de una coincidencia».

Miss Cooke y miss Barrow tenían todo el aspecto de ser un par de amigas absolutamente normales que, según ellas, hacían esta clase de viajes todos los años. Habían ido a un crucero por las islas griegas el año pasado, el anterior a Holanda para ver los cultivos de tulipanes y antes a Irlanda del Norte. Sin embargo, le había parecido que miss Cooke había estado a punto de negar su presencia en St. Mary Mead. Había mirado a su amiga como si pidiera instrucciones sobre lo que debía decir. Al parecer, miss Barrow llevaba la voz cantante.

«Por supuesto, quizá no son más que imaginaciones mías y ambas no tienen el menor papel en este caso», pensó miss Marple.

La palabra peligro apareció de pronto en su mente. La había utilizado Mr. Rafiel en la primera carta y en la segunda había hablado de que necesitaría un ángel de la guarda. ¿Acaso correría algún peligro en este asunto? ¿Por qué? ¿Quién la amenazaría?

Sin duda, no podía tratarse de miss Cooke y miss Barrow, una pareja tan absolutamente normal.

De todas maneras, miss Cooke se había teñido el pelo y ahora se lo peinaba de otra manera. Había disfrazado su apariencia todo lo posible, algo que por lo menos se podía considerar extraño. Volvió a pensar en sus compañeros de viaje.

Resultaba mucho más fácil imaginar que Mr. Caspar podía ser peligroso. ¿Comprendía el inglés mucho mejor de lo que aparentaba? Comenzó a preguntarse por Mr. Caspar.

Miss Marple nunca se había librado del todo de su visión victoriana de los extranjeros. Nunca se sabía con los extranjeros. Una idea muy absurda, desde luego, porque ella tenía muchos amigos que lo eran. De todas maneras… Miss Cooke, miss Barrow, Mr. Caspar, aquel joven de la melena, Emlyn No-sé-qué. ¿Un revolucionario? ¿Un anarquista? Mr. y Mrs. Butler, una pareja norteamericana la mar de agradable, pero quizá demasiado para ser

cierto. «Vamos, deja de pensar tonterías», se dijo.

Volvió su atención al itinerario del viaje. Mañana tendrían un día agotador. Saldrían a primera hora para hacer un recorrido turístico en autocar y, por la tarde, una larga marcha atlética por un camino costero para ver algunas plantas marinas muy interesantes. Sí, sería agotador. Se añadía una amable sugerencia. Cualquiera que deseara descansar podía quedarse en el hotel, el Golden Boar, que disponía de un magnífico jardín, o podía hacer una breve excursión de una hora hasta una paraje de gran belleza. Se dijo que quizás optaría por esto último.

Pero, aunque entonces no lo sabía, sus planes se verían alterados drásticamente.

Al día siguiente, miss Marple se disponía a ir al comedor del Golden Boar, después de lavarse las manos en su habitación, cuando una mujer vestida con una chaqueta de tweed y una falda se acercó a ella.

—Perdón, ¿es usted miss Marple, miss Jane Marple? —preguntó un tanto nerviosa.

—Sí, soy yo —respondió miss Marple, un tanto sorprendida.

—Soy Mrs. Glynne. Lavinia Glynne. Mis dos hermanas y yo vivimos cerca y… bueno, nos enteramos de que usted vendría.

—¿Se enteraron de que vendría? —La sorpresa de miss Marple aumentaba por momentos.

—Sí. Nos escribió un viejo amigo nuestro, oh, de esto hace ya algún tiempo, alrededor de unas tres semanas, pero nos pidió que tomáramos nota de la fecha en que llegarían aquí los participantes de la excursión de Casas y Jardines Famosos. Decía que una gran amiga suya, o una pariente, no lo recuerdo muy bien, vendría en el grupo.

Miss Marple continuó mirando a la mujer sin disimular su asombro.

—Hablo de Mr. Rafiel —explicó Mrs. Glynne.

—¡Ah! Mr. Rafiel. ¿Sabía usted que…?

—¿Que había muerto? Sí. Una pena. Fue poco después de llegar la carta. Creo que tuvo que ser a los pocos días de escribirnos. Por esa razón, nos sentimos comprometidas a hacer lo que pedía. Sugirió que quizás usted aceptaría pasar un par de noches en

nuestra casa. Esta parte del viaje es bastante fatigosa. Me refiero a que está muy bien para los jóvenes, pero puede resultar pesada para los mayores. Hay que caminar varias millas, subir varias cuestas y meterse por senderos difíciles. Mis hermanas y yo estaríamos encantadas de que aceptara alojarse en nuestra casa. Sólo es un paseo de diez minutos desde el hotel y estoy segura de que podríamos enseñarle unos cuantos lugares bonitos que hay en los alrededores.

Miss Marple vaciló un minuto. Le gustaba el aspecto de Mrs. Glynne, regordeta, alegre y amable aunque un tanto tímida. Además, esto sin duda formaba parte de las instrucciones de Mr. Rafiel. ¿Sería el siguiente paso? Sí, tenía que serlo.

Se preguntó por qué se sentía nerviosa. Quizá porque ahora estaba a gusto con sus compañeros de viaje, se sentía miembro del grupo, aunque sólo llevaban tres días juntos. Miró a Mrs. Glynne, que aguardaba una respuesta con una expresión ansiosa.

—Muchas gracias, es muy amable de su parte. Me complacerá mucho aceptar su invitación.

Capítulo VIII

Las Tres Hermanas

Miss Marple se encontraba junto a la ventana. Sobre la cama tenía la maleta. Contemplaba el jardín con mirada ausente. No era algo frecuente que no mirara un jardín, ya fuera para admirarlo o para hacer una crítica. En este caso, se hubiera tratado de una crítica. Era un jardín abandonado, un jardín en el que se había invertido muy poco dinero en los últimos años y del que nadie se había preocupado. También la casa estaba muy descuidada. Un edificio bien proporcionado, con muebles de calidad, pero que había recibido poco o ningún cuidado en los últimos años. No era una casa estimada. Era una casa construida con gracia y belleza en la que las personas habían vivido felices, pero ahora los hijos y las hijas habían partido y ahora la ocupaba Mrs. Glynne, quien, por lo que había dicho mientras le mostraba a miss Marple su dormitorio, la había heredado junto con sus hermanas de un tío y había venido a vivir aquí con ellas a la muerte de su marido. Se habían hecho viejas, los ingresos habían disminuido y cada vez les había resultado más difícil encontrar personal de servicio.

Las otras dos hermanas, una mayor y la otra menor que Mrs. Glynne, eran solteras.

No había ningún rastro de la presencia de un niño. Ningún juguete perdido, ninguna prenda ni ningún mueble. Sólo era una casa con tres hermanas.

«Suena muy ruso —se dijo miss Marple—. Se refería a *Las tres hermanas*, ¿no? ¿De Chejov o Dostoyevsky?». Ahora no lo recordaba. Tres hermanas, pero estas tres seguro que no suspiraban por ir a Moscú, sino que estaban muy contentas de estar donde

estaban. Le habían presentado a las otras dos que le dieron la bienvenida. Sus modales eran correctos y elegantes. Eran lo que miss Marple en su juventud hubiera llamado «señoritas». Una vez había utilizado la expresión «señoritas gastadas» y su padre le había corregido. «No, Jane, gastadas no. Señoritas preocupadas».

En la actualidad era difícil que las señoritas pasaran angustias. Recibían la ayuda del gobierno, de entidades, de algún pariente rico o quizá de alguien como Mr. Rafiel. Porque, después de todo, esa era la cuestión, el motivo de su presencia en este lugar. Había sido cosa de Mr. Rafiel. Se había tomado un sinfín de molestias. Sin duda había sabido, unas cuatro o cinco semanas antes de su muerte, cuándo se produciría su fallecimiento con un cierto margen de error, porque los médicos solían ser moderadamente optimistas, sabiendo por experiencia que los pacientes que debían morir dentro de cierto período a menudo resistían y, aunque nada podía salvarlos, se obstinaban en no dar el paso final. Por otro lado, las enfermeras que estaban a cargo de un paciente siempre esperaban verlo muerto al día siguiente y se sorprendían mucho cuando no era así. Esto era algo que miss Marple había comprobado en más de una ocasión. Pero las enfermeras, al comunicar al médico sus pesimistas expectativas cuando llegaba, solían ser llevadas a un aparte para oír la siguiente opinión: «No se preocupe. Todavía le quedan varias semanas». Estaba muy bien que el médico fueran tan optimista, pero las enfermeras creían que se equivocaba. El médico no solía equivocarse. Sabía que a las personas, por mucho que sufran, les gusta vivir y quieren seguir viviendo. Se toman una de las pastillas del médico que les ayudará a pasar la noche, pero no están dispuestos a tomar más de las necesarias para traspasar el umbral de un mundo del que nada saben.

Mr. Rafiel. Ésa era la persona en la que pensaba miss Marple mientras miraba sin ver el jardín. ¿Mr. Rafiel? Ahora comenzaba a sentir que estaba más cerca de comprender la tarea que tenía por delante, el proyecto sugerido. Mr. Rafiel era un hombre que hacía planes. Los hacía de la misma manera que planeaba los tratos financieros y las compras de empresas. Cherry había dicho que él tenía un problema. Cuando Cherry tenía un problema, casi siempre se lo consultaba a miss Marple.

Éste era un problema que Mr. Rafiel no había podido resolver por sus propios medios, cosa que sin duda le habría disgustado mucho, se dijo miss Marple, porque por lo general él se encargaba de solucionar sus propios problemas e insistía en hacerlo. Pero estaba a punto de morir. Podía arreglar sus asuntos financieros, comunicarse con abogados, empleados, amigos y conocidos, pero había algo que no había podido arreglar: un problema pendiente de solución, un problema que quería resolver, un proyecto que quería culminar y, aparentemente, se trataba de algo que no se podía resolver por medio de las finanzas, los tratos comerciales o la ayuda de abogados.

«Entonces se acordó de mí», pensó miss Marple.

No dejaba de sorprenderla, y mucho. Sin embargo, ahora que lo analizaba de esta manera, la carta había sido muy explícita. Había afirmado que ella estaba capacitada para hacer algo. Tenía que ser algo relacionado con un crimen. Aparte de esto, Mr. Rafiel sólo sabía que ella era aficionada a la jardinería. No podía ser que él deseara que resolviera un problema de jardinería, pero sí podía aspirar a que resolviera algo vinculado con el crimen. Un asesinato en las Antillas y asesinatos en su pueblo.

¿Un asesinato? ¿Dónde?

Mr. Rafiel se había encargado de los preparativos. Primero, con los abogados que habían hecho su parte. Después del plazo indicado, le habían enviado la carta. Había sido una carta muy ponderada. Desde luego, podría haber sido más sencilla, diciéndole exactamente qué quería él que hiciera y por qué lo quería. Hasta cierto punto estaba sorprendida de que él no hubiera mandado a buscarla y, luego, desde su lecho de muerte, insistido en que ella aceptara su propuesta. Pero no, ésa no era la manera de actuar de Mr. Rafiel. Podía ser prepotente como nadie, pero éste no era un caso de prepotencia, y estaba segura de que él no quería rogarle o pedirle por favor que enmendara una injusticia. No, ése no hubiese sido el estilo de Mr. Rafiel. Quería, como había hecho toda su vida, pagar por lo que pedía. Quería pagarle y, por consiguiente, había querido provocar su interés para que disfrutara haciendo un determinado trabajo. El pago ofrecido era un cebo para provocar su curiosidad y lo había conseguido. No creía que se hubiera dicho a él

mismo: «Ofrécele una buena cantidad y la cogerá al vuelo» porque, como ella misma sabía muy bien, disponer de esa suma podía estar muy bien, pero ella no andaba necesitada de dinero. Tenía a su querido y afectuoso sobrino quien, si ella necesitaba una cantidad para sus gastos, para reparar la casa, para una visita a un especialista o para lo que fuera, siempre estaba dispuesto a dársela. No. La suma ofrecida debía ser excitante de la misma manera que es excitante cuando tienes un billete de lotería. Era una cantidad que no se podía conseguir por otro medio que no fuera el azar.

Pero, de todas maneras, también necesitaría un poco de suerte, además de trabajo duro. Tendría que pensar mucho y, posiblemente, lo que haría implicaría un cierto peligro. Claro que ella tendría que descubrir por su cuenta de qué se trataba, porque él no iba a decírselo. ¿Quizá porque no quería influenciarla? Es difícil decirle algo a alguien sin introducir nuestro punto de vista. Bien podría ser que Mr. Rafiel considerara que su punto de vista era erróneo. No era algo habitual en él, pero sí entraba en lo posible. Tal vez hubiera sospechado que su buen juicio estaba alterado por su enfermedad. Por tanto, ella, su agente, su empleada, debería llegar a sus propias conclusiones. Bien, ya era hora de que sacara unas cuantas conclusiones. En otras palabras, de vuelta otra vez a la vieja pregunta: ¿de qué se trataba todo esto?

La había dirigido, eso en primer lugar, la había dirigido un hombre que ahora estaba muerto. La había sacado de St. Mary Mead. Por consiguiente, la tarea, la que fuera, no podía ser realizada desde allí. No se trataba de un problema local, no era algo que se pudiera resolver sólo con mirar recortes de periódico o por medio de preguntas, porque primero debía saber qué preguntar. La había dirigido primero al despacho de un abogado; luego le había hecho leer dos cartas en su casa para después subirla a un autocar como pasajera de un viaje organizado por Casas y Jardines Famosos de la Gran Bretaña. Ahora había pasado al siguiente peldaño. Una vieja mansión en Jocelyn St. Mary, donde vivían miss Clotilde y miss Anthea Bradbury-Scott y Mrs. Glynne. Mr. Rafiel lo había arreglado unas semanas antes de su muerte. Probablemente fue lo primero que hizo después de dar instrucciones a sus abogados y de pagarle el viaje. Lo lógico era suponer que se encontraba en esta

casa por algún motivo. Tal vez sólo por dos noches, pero podían ser más. Quizás hubiera ciertas cosas dispuestas de un modo que le llevarían a quedarse más o le pedirían que se quedara más. Todo esto la traía otra vez a donde estaba ahora.

Mrs. Glynne y sus dos hermanas. Tenían que estar implicadas en lo que fuera. Tenía que descubrirlo, pero disponía de poco tiempo. Ésa era la única pega. Miss Marple no dudaba de su capacidad para descubrir cosas. Era una de esas viejas de las que la gente espera que charle continuamente, que haga preguntas y se comporte como una auténtica cotilla. Podría hablar de su infancia y eso llevaría a que las hermanas hablaran de las suyas. Podría hablar de comidas, de criadas, de hijas, primas y demás parientes, de viajes, bodas, nacimientos y también muertes. No debería aparecer ningún interés especial en su mirada cuando oyera hablar de una muerte. Nunca. Debería asegurarse de dar casi automáticamente una respuesta adecuada que podía ser: «¡Oh, que triste!». Tendría que descubrir las relaciones, los incidentes, las historias personales, ver si surgía algo sugerente. Podría tratarse de incidentes en el vecindario, sin una relación directa con esas tres personas. Algo que conocieran, algo que comentaran o que estuvieran dispuestas a comentar. Aquí tenía que encontrar algo, alguna pista, una indicación. En cuarenta y ocho horas tendría que volver con el grupo, a menos que en ese tiempo surgiera un motivo para no reintegrarse a la excursión. Pensó en los viajeros y en el autocar. Bien podría ser que lo que buscaba estuviera en el autocar, pero volvería a estar allí en el viaje de regreso. Una persona, varias personas, algunas inocentes y otras no tanto, alguna historia lejana. Frunció el entrecejo, intentando recordar una cosa, algo que había pasado por su mente y que le había hecho pensar: «Estoy segura de que…». ¿De qué había estado segura?

Volvió sus pensamientos hacia las hermanas. No debía permanecer mucho más en la habitación. Tenía que desempacar lo mínimo, sólo ropa para cambiarse, y después bajar para reunirse con sus anfitrionas y mantener una charla agradable. Había que aclarar un punto importante: ¿Las tres hermanas serían sus aliadas o sus enemigas? Podían ser cualquiera de las dos cosas. Debía pensarlo con mucho cuidado.

Llamaron a la puerta y Mrs. Glynne entró en el cuarto.

—Espero que esté usted cómoda. ¿Puedo ayudarla a deshacer la maleta? Tenemos una asistenta muy agradable que nos ayuda, pero sólo viene por las mañanas. Ella la ayudará en lo que necesite.

—Oh no, muchas gracias. Sólo he cogido lo mínimo.

—Creo que lo mejor será enseñarle el camino a la planta baja. La distribución de la casa es un poco complicada. Hay dos escaleras y la gente se desorienta.

—Es usted muy amable.

—Entonces venga conmigo a tomar una copa de jerez antes de la comida.

Miss Marple aceptó agradecida y siguió a su guía. Calculó que Mrs. Glynne era mucho más joven que ella. Tendría cincuenta años y pocos más. La anciana bajó las escaleras con cuidado, porque la rodilla izquierda siempre le daba problemas. De todos modos, había una barandilla. Las escaleras eran muy bonitas y así lo dijo.

—Realmente es una casa muy bonita. Supongo que la construyeron por el 1700. ¿Tengo razón?

—Es del 1780.

Mrs. Glynne pareció complacida con las alabanzas de la invitada. Acompañó a miss Marple hasta la sala. El mobiliario no estaba nada mal. Una mesa estilo Queen Anne y un armario en forma de concha estilo William y Mary. Varios divanes y butacas victorianas. Las cortinas eran de cretona, desteñidas y gastadas, y la alfombra irlandesa podía ser una Limerick Aubusson. El sofá era enorme y el tapizado de terciopelo brillaba por el uso.

Las otras dos hermanas estaban sentadas en el sofá. Se levantaron al ver a miss Marple. Una se acercó con una copa de jerez y la otra le indicó una butaca.

—No sé si le gustará sentarse más alta. Hay muchas personas que lo prefieren.

—Yo también. Es mucho más sencillo y bueno para la espalda.

Las hermanas demostraron saberlo todo sobre los problemas de espalda. La mayor era una morena alta y elegante, con el pelo negro recogido en un moño. La otra quizá era más joven, delgada y con un pelo canoso que una vez había sido una cabellera rubia hasta los hombros, pero mal peinado y con una apariencia un tanto hierática.

Miss Marple se dijo que podría representar muy bien el papel de una Ofelia madura.

Clotilde, pensó, no era ciertamente una Ofelia, pero podía ser una Clitemnestra estupenda, podía haber apuñalado a su marido en el baño con una expresión exultante. Pero, como nunca había tenido marido, la solución no era válida. Miss Marple no se la imaginaba asesinando a nadie que no fuera su marido y, desde luego, nunca había vivido con un Agamemnon.

Clotilde Bradbury-Scott, Anthea Bradbury-Scott y Lavinia Glynne. Clotilde era apuesta, Lavinia no era agraciada pero tenía un aspecto agradable y Anthea tenía un tic en uno de los párpados. Sus ojos eran grandes y grises, y tenía una extraña manera de mirar primero a la derecha, después a la izquierda y, a continuación, bruscamente, miraba por encima del hombro. Era como si experimentara la sensación de que alguien la observaba permanentemente. Extraño, se dijo miss Marple.

Se sentaron y comenzaron a charlar. Mrs. Glynne salió de la sala para ir a la cocina. Al parecer, era la más doméstica de las tres. La conversación siguió los caminos habituales. Clotilde explicó que la casa siempre había sido de la familia. La habían heredado de un tío y la habían ocupado cuando falleció.

—Sólo tenía un hijo —comentó Clotilde— y lo mataron en la guerra. En realidad, somos las últimas de la familia, excepto por unos primos muy lejanos.

—Es una casa muy bonita —afirmó miss Marple—. Su hermana me dijo que la construyeron en 1780.

—Sí, eso creo. Claro que una desearía que no fuera tan grande y con una distribución tan complicada.

—Las reparaciones son un problema en la actualidad.

—Por supuesto —Clotilde exhaló un suspiro—. Nos hemos visto forzadas a descuidar el mantenimiento. Es triste, pero no se puede hacer otra cosa. Las dependencias anexas se han derrumbado y lo mismo ha pasado con el invernadero. Teníamos un invernadero magnífico.

—Teníamos uva moscatel —apuntó Anthea— y rosas trepadoras. Lo echo mucho de menos. Por supuesto, durante la guerra no había manera de conseguir jardineros. Tuvimos a uno muy joven pero lo

llamaron a filas. No te podías quejar, pero fue imposible conseguir a alguien que lo reparara y el invernadero se vino abajo.

—Lo mismo pasó con el pabellón.

Las dos hermanas suspiraron con el suspiro de aquéllos que han visto el cambio de los tiempos, pero no para mejor.

Había una nota de melancolía en esta casa, se dijo miss Marple. Estaba impregnada de un pesar que no podía eliminarse porque había calado muy hondo. De pronto se estremeció.

Capítulo IX

Polygonum Baldschuanicum

La cena no fue nada del otro mundo. Un trozo de cordero, patatas asadas, una tarta de ciruela con crema y pastas. En el comedor había unos cuantos retratos de familia, retratos victorianos sin ningún mérito especial. El aparador de caoba era imponente. Las cortinas era de un color rojo oscuro y la mesa podía acomodar hasta diez comensales con toda holgura. Miss Marple comentó varias cosas del viaje que estaba realizando, pero como sólo llevaba tres días de excursión, no había mucho que contar.

—¿Mr. Rafiel era un viejo amigo suyo? —preguntó la mayor de las hermanas.

—Nos conocimos hace poco más de un año, en un viaje a las Antillas. Creo que había ido allí por razones de salud.

—Sí, llevaba años delicado y casi era un inválido —manifestó Anthea.

—Muy triste —opinó miss Marple—, realmente muy triste. Admiraba su fortaleza. No sé cómo se las arreglaba para mostrarse tan activo. Cada día le dictaba a su secretaria y no dejaba de enviar telegramas. No creo que se resignara fácilmente a ser una persona inválida.

—Nunca se resignó —dijo Anthea.

—La verdad es que no le vimos mucho en los últimos años —explicó Mrs. Glynne—. Era un hombre muy ocupado, pero nunca se olvidaba de nosotras cuando llegaba la Navidad.

—¿Vive usted en Londres, miss Marple? —preguntó Anthea.

—No, vivo en el campo. En un pueblo muy pequeño a medio camino entre Loomouth y Market Bassing, a unas veinticinco millas

de Londres. Solía ser un pueblo casi del siglo pasado, pero igual que en todos los demás pueblos en estos tiempos, cada día construyen más. ¿Mr. Rafiel vivía en Londres? Recuerdo que en el registro del hotel en St. Honoré aparecía una dirección en Eaton Square, ¿o era Belgrave Square?

—Tenía una mansión en Kent —señaló Clotilde—. Creo que allí agasajaba a sus amigos y también a sus relaciones de negocios, la mayoría personas extranjeras. No recuerdo que ninguna de nosotras le visitáramos allí. Casi siempre nos recibía en Londres en las pocas ocasiones en que nos encontrábamos.

—Fue muy amable de su parte sugerirles que me invitaran. Un detalle muy considerado. En realidad, nunca te esperas que un hombre tan ocupado tenga esta clase de gentilezas.

—Ya hemos recibido a otros amigos suyos que participaban en estos viajes. En general son muy considerados a la hora de arreglar las cosas, pero es imposible, por supuesto, complacer los gustos de todos. Los jóvenes quieren caminar como es lógico, hacer grandes excursiones, subir a las colinas para disfrutar del panorama y todas esas cosas. Los mayores, que no están para tantos esfuerzos, se quedan en los hoteles, pero los hoteles de por aquí no son nada lujosos. Estoy segura de que el viaje de hoy y el de mañana a St. Bonaventure le hubieran resultado agotadores. Creo que la visita de mañana es a una isla y a veces el mar está muy revuelto.

—Incluso visitar casas resulta muy fatigoso —afirmó Mrs. Glynne.

—Lo sé. Tanto caminar y sin un lugar donde sentarte. Acabas con los pies destrozados. Supongo que no debería embarcarme en estas expediciones, pero la tentación de ver hermosos edificios, habitaciones y mobiliarios suntuosos es demasiado grande. Hay tantas cosas bonitas, y no hablemos de los espléndidos jardines.

—Sí, los jardines —repitió Anthea—. A usted le gustan los jardines, ¿verdad?

—Sí, sobre todo los jardines —recalcó miss Marple—. Por la descripción del folleto, estoy esperando con ansia ver algunos de los maravillosos jardines de las mansiones históricas que todavía nos quedan por visitar —Miró a las hermanas con una expresión radiante.

Todo era muy agradable, muy natural, y sin embargo, se preguntaba cuál sería el motivo de que sintiera esa tensión, algo que resultaba antinatural en ese ambiente. Pero ¿qué quería decir con antinatural? La conversación no iba más allá de los tópicos. Ella misma sólo hacía comentarios baladíes y lo mismo las tres hermanas. Las tres hermanas, pensó miss Marple, preocupada otra vez por la frase. ¿Por qué cualquier cosa que se relacionara con tríos parecía sugerir una atmósfera siniestra? Las tres hermanas. Las tres brujas de Macbeth. No, no se podía comparar a las tres hermanas con tres brujas, aunque miss Marple siempre había opinado que los directores teatrales cometían un error a la hora de presentar el personaje de la bruja. Una vez había asistido a una representación donde las brujas eran unas criaturas de pantomima con alas y unos sombreros ridículos, que bailaban y se retorcían. Recordaba haberle comentado a su sobrino, que la había invitado a esta representación shakesperiana: «Sabes, Raymond, si algún día me tocara dirigir esta obra, presentaría a tres brujas muy diferentes. Serían tres viejas vulgares y corrientes. Tres viejas escocesas. No bailarían ni darían saltos. Se mirarían las unas a las otras con astucia y uno sentiría la amenaza oculta detrás de sus apariencias vulgares».

Miss Marple se comió el último bocado de tarta y miró a Anthea. Vulgar, desaliñada, con una expresión vaga, un tanto ida. ¿Creía que Anthea era siniestra?

«Me estoy imaginando cosas —se dijo—. No debo hacerlo».

Después de comer, la llevaron a dar un paseo por el jardín. Fue Anthea quien la acompañó. Fue algo penoso. Contemplaba lo que había sido un jardín bien cuidado, aunque sin ningún detalle sobresaliente. Tenía todos los elementos típicos de un jardín victoriano. Una zona de arbustos, un camino bordeado de laureles, lo que en otros tiempos había sido un césped bien cuidado, un huerto de un acre y medio, evidentemente demasiado grande para las tres personas que vivían en la casa. La mayor parte estaba sin cultivar y los hierbajos se habían hecho amos y señores. La correhuela ocupaba gran parte del suelo destinado a las flores, y miss Marple sintió un deseo tremendo de agacharse y comenzar a arrancar a la intrusa, pero consiguió dominarse. El pelo de Anthea

flotaba al viento y, de vez en cuando, una horquilla caía en el sendero o sobre la hierba.

—Supongo que usted tendrá un jardín muy bonito —dijo con voz entrecortada.

—Oh, es muy pequeño —replicó miss Marple.

Habían llegado al final de uno de los senderos y ahora contemplaban un montículo que acababa contra el muro del jardín.

—Nuestro invernadero —señaló Anthea con nostalgia.

—Ah, sí, donde tenían ustedes la parra.

—Teníamos tres. Una de moscatel, otra que daba unas uvas blancas pequeñas y muy dulces, y una Pinod Noire.

—También un heliotropo.

—Rosas trepadoras.

—Sí, eso es: rosas trepadoras. Un perfume muy agradable. ¿Tuvieron bombardeos por aquí? ¿Fue una bomba lo que derribó el invernadero?

—No, no, nunca pasamos por ese trance. Esta zona se libró de los bombardeos. No, se derrumbó porque nadie se encargó de repararlo en su momento. Hacía poco que habíamos venido a vivir aquí y no teníamos dinero para repararlo o para construir otro. La verdad es que tampoco valía la pena porque no hubiéramos podido ocuparnos de las plantas. Mucho me temo que dejamos que se derrumbara. No podíamos hacer otra cosa y, ahora, como puede ver, está cubierto de vegetación.

—Sí, está totalmente cubierto por… ¿cómo se llama esa enredadera que comienza a florecer?

—Es una enredadera bastante común. ¿Cómo se llama? Comienza con una P —respondió Anthea, no muy convencida—. Poly no sé cuantos, o algo así.

—Ah sí. Creo que sé el nombre. *Polygonum Baldschulanicum*. Es una planta que crece con mucha rapidez. Es muy útil cuando quieres disimular los restos de una construcción o cualquier otra cosa desagradable a la vista.

El montículo estaba completamente cubierto de la enredadera verde y blanca. Era, como bien sabía miss Marple, una amenaza para cualquier otra cosa que quisiera crecer. La *polygonum* lo cubría todo y lo hacía en un tiempo notablemente corto.

—El invernadero debía de ser muy grande —añadió miss Marple.

—Sí que lo era. Teníamos melocotones y nectarinas —Anthea parecía cada vez más triste.

—Ahora está muy bonito —la consoló miss Marple—. Las florecillas blancas son preciosas.

—Tenemos una magnolia muy bonita en este mismo sendero a la izquierda. Creo que en un tiempo había aquí un borde de flores, pero tampoco se conservó. Es muy difícil. Todo es muy difícil. Nada es como era, todo está arruinado por todas partes.

Tomó por otro camino paralelo al muro. Caminaba con tanta prisa que miss Marple apenas podía seguirla. Era, se dijo la anciana, como si la estuviera apartando con toda intención del montículo cubierto por la polygonum. Apartada de un lugar feo o desagradable. ¿Acaso le daba vergüenza mostrar las viejas glorias que ya no existían? La verdad era que la polygonum crecía sin orden ni concierto. No la cortaban ni la mantenían dentro de unas proporciones razonables. Creaba una especie de selva florida en aquel sector del jardín.

Daba toda la impresión de que estuviera huyendo, pensó miss Marple, mientras seguía a la anfitriona. Anthea acortó el paso para mostrarle un viejo chiquero donde crecían unas floribundas.

—Mi tío abuelo criaba aquí unos cuantos cerdos —le explicó Anthea—, pero, por supuesto, ahora a nadie se le ocurriría hacer algo así, ¿no le parece? Demasiado ruidoso. Hay más floribundas cerca de la casa. Creo que las floribundas son una magnífica respuesta a las dificultades.

—Lo sé.

Mencionó los nombres de unas cuantas variedades nuevas de rosas y tuvo la impresión de que todas eran desconocidas para miss Anthea.

—¿Participa usted con frecuencia en estas excursiones? —le preguntó Anthea bruscamente.

—¿Se refiere a la visita de casas y jardines?

—Sí. Hay personas que las hacen todos los años.

—No, no podría permitírmelo. Son muy caras. Fue un amigo mío quien decidió pagarme el viaje como un regalo de cumpleaños. Algo

muy bondadoso de su parte.

—Me preguntaba por qué ha venido. Me refiero a que resulta un viaje un tanto agotador. Claro que si suele usted viajar a las Antillas y lugares así…

—Oh, el viaje a las Antillas fue otra muestra de generosidad. Esta vez por parte de mi sobrino. Un muchacho estupendo. Siempre preocupado por su vieja tía.

—Comprendo. Sí, ya veo.

—La verdad es que no sé qué haríamos sin la generación joven —comentó miss Marple—. Los jóvenes son tan bondadosos.

—Supongo que sí. En realidad no lo sé. No tenemos ningún pariente joven.

—¿Su hermana, Mrs. Glynne, no tiene hijos? No mencionó ninguno y a una no le gusta preguntar.

—No. Ella y su marido nunca tuvieron hijos. Quizá fue para bien.

«¿Qué habrá querido decir con eso?», se preguntó miss Marple mientras volvían a la casa.

Capítulo X

¡Oh, Bellos Y Maravillosos Días De Antaño!

1

A las ocho y media de la mañana siguiente llamaron a la puerta y, en respuesta al «Pase» de miss Marple, se abrió la puerta y entró una mujer mayor que traía una bandeja con la tetera, una jarrita de leche y un plato con pan y mantequilla.

—El té de primera hora, señora —anunció la asistenta, con voz alegre—. Hace un día estupendo. Veo que ya ha descorrido las cortinas. ¿Ha dormido bien?

—De maravilla —respondió miss Marple, dejando a un lado el devocionario que había estado leyendo.

—Hace un día precioso, perfecto para los que vayan a visitar la isla, pero usted hace muy bien en no ir. Es un castigo tremendo para las piernas.

—Me siento muy contenta de estar aquí. Ha sido muy amable por parte de las señoritas Bradbury-Scott y Mrs. Glynne invitarme a pasar un par de días.

—También es agradable para ellas. Les alegra tener un poco de compañía en esta casa. En la actualidad es un lugar triste.

Abrió las cortinas un poco más, apartó una silla y dejó una jarra llena de agua caliente junto al lavabo.

—Hay un baño en el piso de arriba —añadió la mujer—, pero siempre pensamos que es mejor que las personas mayores dispongan de agua caliente aquí y se ahorren tener que subir las escaleras.

—Es muy amable de su parte. ¿Conoce usted bien esta casa?

—Trabajé aquí cuando era muy joven. Era doncella. Tenían tres criadas: una cocinera, dos doncellas y, durante un tiempo, una pinche de cocina. Fue en los tiempos del coronel. También tenía caballos y un mozo de cuadra. Ah, qué tiempos aquéllos. Es muy triste cuando las cosas ocurren de esa manera. El coronel perdió a su esposa cuando ella todavía era joven. Su hijo murió en la guerra y su única hija se fue a vivir al otro lado del mundo. Se casó con un neozelandés. Murió durante el parto y también murió el bebé. Era un hombre muy triste que vivía solo y se despreocupó de la casa, no la mantenía como era debido. Cuando falleció, la casa pasó a manos de su sobrina, miss Clotilde, y sus dos hermanas. Ella y miss Anthea vivieron a vivir aquí y, después, vino miss Lavinia cuando perdió a su marido —La mujer exhaló un suspiro y meneó la cabeza—. Nunca hicieron mucho por la casa, no tenían dinero, y también dejaron abandonado el jardín.

—Es una verdadera lástima.

—Todas eran unas damas encantadoras. Miss Anthea está un poco perdida, pero miss Clotilde fue a la universidad y es muy inteligente, habla tres idiomas, y Mrs. Glynne es toda una señora. Cuando vino a vivir aquí, creí que las cosas mejorarían. Pero nunca se sabe lo que nos deparará el futuro. Algunas veces creo que esta casa está maldita.

Miss Marple la miró con expresión interrogadora.

—Primero una cosa y después otra. Aquel terrible accidente de aviación. Fue en España y murieron todos. Los aviones son muy peligrosos. No me subiría a un avión por nada del mundo. Murieron los dos amigos de miss Clotilde, eran marido y mujer. Por fortuna, la hija todavía estaba en el colegio y se salvó. Miss Clotilde la trajo a vivir aquí y se lo dio todo. La llevaba de viaje al extranjero, a Italia y a Francia, y la trataba como a una hija. Era una muchacha

feliz y muy dulce. Nadie hubiera imaginado nunca que ocurriría algo tan espantoso.

—¿Algo espantoso? ¿Qué ocurrió? ¿Fue aquí?

—No, aquí no, gracias a Dios, aunque se podría decir que ocurrió aquí, porque fue aquí donde ella le conoció. Él vivía en la vecindad, y las señoritas conocían al padre, que era un hombre muy rico, así que vino aquí de visita. Así empezó todo.

—¿Se enamoraron?

—Sí, ella se enamoró en el acto. Él era un muchacho muy apuesto, que sabía hablar muy bien. Nadie hubiera imaginado ni por un momento… —La asistenta se interrumpió.

—¿Tuvieron una relación y salió mal? ¿La muchacha se suicidó?

—¿Suicidio? —La mujer miró a miss Marple sorprendida—. ¿Quién le ha dicho semejante cosa? Fue un asesinato, un asesinato de lo más bárbaro. La estrangularon y le machacaron la cabeza. Miss Clotilde tuvo que ir a identificarla. Desde entonces, nunca más volvió a ser la misma. Encontraron el cadáver a unas treinta millas de aquí, entre la maleza de una cantera abandonada. Creo que tampoco era su primer asesinato. Había matado a otras chicas. Permaneció desaparecida seis meses y la policía la buscó por todas partes. ¡Ah! Él era un verdadero demonio, malo y perverso desde el día en que nació. Ahora dicen que hay algunos que no pueden evitar lo que hacen, que no están bien de la cabeza y, por lo tanto, no se les puede hacer responsables. ¡No me creo ni una palabra! Los asesinos son asesinos. Ahora ni siquiera los ahorcan. Sé que a menudo se dan casos de locura en las viejas familias. Mire los Derwent de Brassington. Cada dos generaciones alguno de ellos moría en el manicomio, y también la vieja Mrs. Paulett, que paseaba por los caminos con una tiara de diamantes diciendo que era María Antonieta hasta que la encerraron. Pero no hacía nada malo, sólo era una vieja tonta. Pero este muchacho era el demonio en persona.

—¿Qué hicieron con él?

—Por aquel entonces ya habían abolido la pena de muerte o quizás era demasiado joven. Ahora no lo recuerdo. Lo declararon culpable. Creo que lo mandaron a Bostol o Broadsand, a uno de esos lugares que empiezan con «B».

—¿Cómo se llamaba el muchacho?

—Michael. No recuerdo el apellido. Han pasado diez años y me falla la memoria. Era un apellido italiano, como el de un cuadro. Alguien que pinta cuadros. Rafael o algo así.

—¿Michael Rafiel?

—¡Eso es! Corrió el rumor de que su padre era tan rico que consiguió sacarlo de la prisión. Arreglaron una fuga o algo así, pero yo no lo creo.

Así que no había sido un suicidio. Se trataba de un asesinato. Elizabeth Temple había dicho que el amor había sido la causa de la muerte de una muchacha. Hasta cierto punto tenía razón. Una muchacha se había enamorado de un asesino y, cegada por amor, había acabado muerta.

Miss Marple se estremeció. Ayer mismo, mientras paseaba por la calle principal del pueblo, había visto los titulares de un periódico: «Asesinato en Epsom. Descubren el cadáver de una segunda víctima. Interrogan a un joven sospechoso».

La historia volvía a repetirse. El mismo y horrible patrón. Recordó algunas frase de un viejo poema.

Rosada juventud, apasionada, pálida,
Un arroyo cantarino en un valle silencioso,
Un príncipe de hadas en un hermoso cuento,
Oh, no hay nada en la vida tan delicadamente frágil
como la rosada juventud.

¿Quién protegía a la juventud del dolor y la muerte? La juventud que no sabía, que nunca era capaz de protegerse a sí misma. ¿Sabía tan poco? ¿O es que sabía demasiado y por lo tanto creía saberlo todo?

2

Aquella mañana, miss Marple bajó las escaleras, quizás algo más

temprano de lo que creía, y no vio a ninguna de sus anfitrionas. Salió por la puerta principal y volvió a pasearse por el jardín. No es que disfrutara mucho con este jardín, pero tenía un vago presentimiento de que aquí había algo que debía ver, algo que le daría una idea o que ya se la había dado, pero que ella había sido incapaz de percibir. Algo que debía haber visto, algo que le marcaría un rumbo.

En estos momentos no tenía ningún interés por encontrarse con ninguna de las tres hermanas. Quería pensar unas cuantas cosas. Los nuevos hechos que le habían llegado a través de la charla de Janet.

Estaba abierta la puerta de la verja y por allí salió a la calle principal del pueblo. Pasó por delante de varias tiendas pequeñas para ir en dirección al campanario que anunciaba el lugar donde estaba la iglesia y el cementerio. Entró en el cementerio y paseó entre las tumbas. Primero vio las más antiguas cercanas a la entrada, otras más recientes, que casi tocaban uno de los muros de la iglesia, y vio que había un par más al otro lado de la valla que era la parte nueva del cementerio. No había nada de gran interés en las tumbas viejas. Algunos nombres se repetían como ocurre en los pueblos. Había muchos Prince. «Jasper Prince, tu recuerdo siempre estará con nosotros». Margery Prince, Edgar y Walter Prince, Melanie Prince, 4 años de edad. Todo un registro familiar. Hiram Broad, Ellen Jane Broad, Eliza Broad.

Acababa de apartarse de esta última tumba cuando vio a un hombre mayor que se movía con paso lento entre las sepulturas, arreglando las flores y quitando los hierbajos. Saludó a miss Marple con un gesto mientras murmuraba un «buenos días».

—Buenos días —contestó la anciana—. La mañana es muy bonita.

—Lloverá más tarde —afirmó el hombre.

—Veo que hay muchos Prince y Broad enterrados aquí.

—Sí, siempre ha habido Princes por aquí. Antaño poseían muchas tierras. También ha habido Broads desde hace muchos años.

—He visto la tumba de una niña. Resulta muy triste ver la tumba de una niña.

—Ah, se refiere usted a la pequeña Melanie. La llamábamos

Mellie. Sí, fue algo muy triste. La atropellaron. Cruzó la calle corriendo para ir a comprar caramelos. Es algo muy frecuente ahora porque los coches circulan a gran velocidad.

—Es muy triste pensar en que hay tanta gente que muere —comentó miss Marple—. No te das cuenta hasta que miras las lápidas en el cementerio. Enfermedades, la edad, niños atropellados, algunas veces incluso cosas más terribles. Muchachas muertas. Quiero decir asesinadas.

—Ah, sí, también hay mucho de eso. La mayoría son tontas y, en la actualidad, sus madres no tienen tiempo para cuidarlas como es debido, con eso de que todas trabajan.

Miss Marple estaba de acuerdo con la crítica, pero no podía perder tiempo hablando de los cambios en las costumbres.

—Está usted en la vieja mansión, ¿no es así? —añadió el viejo—. La vi llegar en el autocar de la excursión. Supongo que será demasiado para usted. No todos los viajeros lo resisten.

—Me resultó un poco agotador —confesó miss Marple—. Por fortuna, un amigo mío muy amable, Mr. Rafiel, le escribió a unas amigas suyas y me invitaron a pasar un par de noches en su casa.

El hombre no pareció inmutarse ante la mención del nombre de Mr. Rafiel.

—Mrs. Glynne y sus dos hermanas han sido muy cordiales. Supongo que deben llevar aquí mucho tiempo.

—No tanto. Quizá no hace ni veinte años. La casa pertenecía al viejo coronel Bradbury-Scott. Rondaba los setenta cuando murió.

—¿Tenía hijos?

—Un hijo que mataron en la guerra. Por eso dejó la casa a sus sobrinas. No tenía a nadie más.

El viejo se alejó para seguir con su trabajo.

Miss Marple entró en la iglesia. Se apreciaban las huellas de los restauradores victorianos, sobre todo en los vitrales. Unas pocas placas y algunos objetos de latón era todo lo que quedaba del pasado. Se sentó en un banco muy incómodo y una vez más se dedicó a analizar lo que sabía hasta ahora.

¿Estaba en la pista correcta? Las cosas comenzaban a relacionarse, pero las relaciones estaban muy poco claras.

Habían asesinado a una muchacha (mejor dicho, habían

asesinado a varias), la policía había tomado declaración a varios jóvenes sospechosos. Un patrón muy común, pero ésta era una historia antigua, ocurrida hacía diez o doce años. No había nada que descubrir, ningún problema que resolver. Una tragedia cerrada.

¿Qué podía hacer? ¿Qué quería Mr. Rafiel que hiciera?

Elizabeth Temple. Debía buscar a Elizabeth Temple para que le contara más cosas. La ex directora del colegio había hablado de una muchacha que se había prometido en matrimonio con Michael Rafiel. Pero ¿era cierto que todo había ido así? Al menos eso no parecía estar en conocimiento de las hermanas.

Miss Marple pensó en una versión más común, la misma que se presentaba con cierta frecuencia en su pueblo. Comenzaba como siempre con «Chico conoce chica» y seguía por los senderos habituales, «hasta que la chica acaba embarazada», se dijo miss Marple, «se lo dice y quiere casarse. Pero quizás él no quiera casarse, porque nunca pensó en el matrimonio. Tal vez el padre del muchacho se opone rotundamente mientras que los padres de la chica insisten en que «debe hacer lo correcto». Para entonces, él ya está harto, quizá ya tiene otra novia, así que actúa por la vía rápida y más brutal: la estrangula y le destroza la cabeza para evitar la identificación. Encaja con los antecedentes: un crimen sórdido y bárbaro, pero hecho y olvidado.

Echó una ojeada a la iglesia. Parecía todo tan pacífico. Resultaba difícil creer en la realidad del mal. Mr. Rafiel le había atribuido un instinto para detectar la maldad. Abandonó el templo y se entretuvo mirando el cementerio una vez más. Tampoco aquí, entre lápidas con inscripciones borrosas, experimentó ninguna sensación del mal.

¿Era el mal lo que había percibido ayer en la mansión? Aquella profunda desesperación, el terrible dolor. Anthea Bradbury-Scott mirando por encima del hombro, como si temiera la presencia de alguien que la vigilaba permanentemente.

Las tres hermanas sabían algo, pero ¿el qué?

Pensó otra vez en Elizabeth Temple. Se la imaginó con el grupo de viajeros, subiendo a una colina para contemplar el mar.

Mañana, cuando volviera a reunirse con el grupo, intentaría que Elizabeth Temple le contara algo más.

Miss Marple emprendió el camino de regreso a la casa.

Caminaba a paso lento porque estaba cansada. No había conseguido nada de provecho. Hasta ahora, la vieja mansión no le había dado ninguna idea y sólo se había enterado por boca de Janet de una tragedia antigua, pero siempre había viejas tragedias guardadas en los recuerdos de la servidumbre y que eran recordadas con la misma claridad que los acontecimientos felices, tales como bodas, fiestas e intervenciones quirúrgicas, o accidentes de los que alguien se había recuperado de una manera milagrosa.

Vio a dos mujeres que se encontraban junto a la verja de la mansión. Una de ellas se dirigió a su encuentro. Era Mrs. Glynne.

—Ah, ya está usted aquí. Nos preguntábamos dónde estaría. Supuse que habría ido a dar un paseo. Espero que no se haya cansado demasiado. De haber sabido que pensaba salir tan temprano, la hubiera acompañado para mostrarle las pocas cosas interesantes que tenemos en el pueblo.

—Sólo salí a dar una vuelta. Hasta el cementerio y la iglesia —respondió miss Marple—. Siempre me han interesado mucho las iglesias. A veces encuentras unos epitafios muy curiosos. Tengo toda una colección. Supongo que la iglesia fue restaurada durante la época victoriana.

—Sí, colocaron unos bancos bastantes feos. Madera de calidad, bien hechos, pero muy poco artísticos.

—Espero que no se llevaran nada de interés.

—No, no lo creo. En realidad no es una iglesia muy antigua.

—No vi muchas placas ni piezas de latón.

—¿Le interesa a usted mucho la arquitectura religiosa?

—No es que me dedique a su estudio ni nada parecido, pero, por supuesto, en mi pueblo, St. Mary Mead, las cosas siempre giran en torno a la iglesia. Me refiero a que siempre ha sido así o, al menos, así era durante mi juventud. Ahora, desde luego, es algo diferente. ¿Creció usted aquí?

—La verdad es que no. Vivíamos relativamente cerca, a unas treinta millas. En Little Herdsley. Mi padre era un militar retirado, comandante de artillería. Veníamos aquí de vez en cuando para ver a mi tío, incluso antes veníamos a visitar a mi tío abuelo. No, no he estado mucho por aquí en los últimos años. Mis hermanas se trasladaron a la casa después de fallecer mi tío, pero, por aquel

entonces, yo continuaba viviendo en el extranjero con mi marido. Me quedé viuda hace cinco años.

—Ah, comprendo.

—Tenían muchas ganas de que viniera a vivir con ellas y, en realidad, parecía lo más acertado. Vivimos en la India durante algunos años. Mi marido continuaba destinado allí cuando falleció. En la actualidad, resulta muy difícil decidir dónde quiere uno echar raíces.

—Sí, por supuesto, y lo comprendo. Usted sintió que tenía sus raíces aquí por ser el lugar donde su familia llevaba establecida desde hacía tanto tiempo.

—Sí, eso es lo que una siente. Claro que siempre mantuve el contacto con mis hermanas, venía a visitarlas. Pero las cosas siempre son muy diferentes de lo que te imaginas. Compré una pequeña casa cerca de Londres, en Hampton Court, donde paso la mayor parte del tiempo y, de vez en cuando, colaboro en una par de sociedades benéficas en Londres.

—O sea que tiene todo el tiempo ocupado. Eso está muy bien.

—Sin embargo, en los últimos tiempos he venido aquí con cierta frecuencia. Estoy algo preocupada por mis hermanas.

—¿Su salud? —preguntó miss Marple—. La verdad es que en estos tiempo tienes que preocuparte, sobre todo porque no se encuentra a nadie competente para cuidar de las personas cuando se hacen mayores o están enfermas. Son tantos los que padecen un reumatismo o una artritis. Siempre tienes miedo de que alguno se caiga en la bañera o tenga un accidente bajando las escaleras.

—Clotilde siempre ha sido muy fuerte —señaló Mrs. Glynne—. Yo la describiría como dura. Pero la que me preocupa más es Anthea. Va perdiendo facultades, se distrae. En ocasiones sale a vagar por ahí y no parece saber dónde está.

—Sí, es muy triste cuando las personas se preocupan. Hay tantos motivos de preocupación.

—No creo que Anthea tenga motivos para preocuparse.

—Quizá le preocupan los impuestos, asuntos de dinero.

—No, no creo que se trate de cuestiones de dinero. Lo que más le preocupa es el jardín. Lo recuerda como era antes y está deseando, sabe usted, invertir dinero y recuperarlo. Clotilde le ha

dicho mil veces que no podemos permitirnos ese lujo. Pero ella insiste y no deja de hablar del invernadero, de los melocotones, de las uvas y de todo lo demás.

—¿También la *polygonum* de las paredes? —sugirió miss Marple, recordando el comentario.

—Es curioso que usted lo recuerde. Sí, sí, es una de esas cosas que se recuerdan. Un perfume muy bonito. También las parras con aquella uva temprana pequeña y muy dulce. Ah, no es bueno recordar el pasado con demasiada frecuencia.

—¿Supongo que también querría césped bordeando los senderos?

—Sí, sí. A Anthea le encantaría tener una zona de césped bien cuidada, algo prácticamente imposible en la actualidad. Ya es difícil conseguir que alguien del pueblo venga a cortar el poco césped que queda. Cada año tienes que contratar a alguien diferente. También le gustaría plantar rosas blancas junto a los bordillos de piedra de los senderos, y una higuera delante mismo del invernadero. Recuerda todo lo que había y lo repite una y otra vez.

—Debe ser difícil para usted.

—Sí, lo es. No me van las discusiones. Clotilde, por supuesto, es muy clara en estas cosas. Se niega en redondo y dice que no quiere ni oír hablar del tema.

—Es difícil saber cómo comportarse en estos casos —opinó miss Marple—. Si hay que mostrarse firme, un tanto autoritario, incluso quizás un poco despiadado, o si hay que ser comprensivo. Escuchar lo que se dice y tal vez alimentar esperanzas que son imposibles. Sí, es complicado.

—Para mí es más sencillo porque me marcho y sólo vengo de vez en cuando. Por lo tanto, no me cuesta mucho decir que las cosas mejorarán y se podrá hacer algo más. Pero el otro día, cuando volví a casa, descubrí que Anthea había intentado contratar a una empresa de jardinería carísima para remozar el jardín y reconstruir el invernadero, cosa que es completamente absurda porque si plantas parras no tendrías uva hasta dentro de dos o tres años. Clotilde no sabía ni una palabra y se puso hecha un basilisco cuando encontró el presupuesto en el escritorio de Anthea. Se mostró muy dura.

—Hay tantas cosas que son difíciles —señaló miss Marple, repitiendo una frase que siempre era muy útil—. Creo que mañana me marcharé a primera hora. Llamé al Golden Boar y me dijeron que el autocar sale temprano. Alrededor de las nueve.

—Vaya por Dios. Espero que no le resulte demasiado fatigoso.

—No, no lo creo. Me parece que iremos a un lugar llamado Stirling St. Mary o algo parecido. No está muy lejos. En el camino hay una iglesia interesante y un castillo. Por la tarde, visitaremos un jardín que no es muy grande, pero con unas flores dignas de ver. Estoy segura de que, después de estos dos días de descanso tan agradables que he pasado aquí, estaré perfectamente. Me doy cuenta de que ahora estaría cansadísima si me hubiese pasado estos dos días subiendo y bajando acantilados.

—Le recomiendo que descanse esta tarde para estar bien fresca mañana —dijo Mrs. Glynne, mientras entraban en la casa—. Miss Marple estuvo visitando la iglesia —le comentó a Clotilde.

—No creo que haya mucho que ver —afirmó Clotilde—. Casi todas son vidrieras victorianas bastante horribles. No repararon en gastos y me temo que mi tío tuvo parte de culpa. Le encantaban los rojos y azules chillones.

—Siempre me han parecido vulgares y de muy mal gusto —señaló Mrs. Glynne.

Miss Marple hizo la siesta después de comer y no se reunió con sus anfitrionas hasta poco antes de la hora de la cena. Cenaron y luego se entretuvieron conversando hasta la hora de acostarse. La anciana habló de su juventud, de los lugares que había visitado, los viajes y las personas que había conocido.

Se fue a la cama cansada y con una sensación de fracaso. No se había enterado de nada más, quizá porque no lo había. Había querido pescar en un sitio donde no había peces. ¿Es que no había escogido el cebo adecuado?

Capítulo XI

Accidente

A miss Marple le sirvieron el té a las siete y media de la mañana para darle tiempo más que suficiente para levantarse y meter en la maleta las pocas cosas que había traído. Precisamente acababa de cerrar la maleta cuando llamaron a la puerta de su habitación y entró Clotilde, que parecía un tanto alterada.

—Miss Marple, abajo hay un joven que ha venido a verla. Emlyn Price. Es del grupo que viaja con usted y le han enviado aquí.

—Sí, ya sé quien es.

—Al parecer, ha venido para comunicarle una mala noticia. Lamento tener que decírselo, pero ha ocurrido un accidente.

—¿Un accidente? —Miss Marple la miró asombrada—. ¿Se refiere usted al autocar? ¿Ha tenido un accidente en la carretera? ¿Alguien ha resultado herido?

—No, el autocar no ha tenido ningún percance. Ocurrió en el transcurso de la excursión de ayer por la tarde. Quizás usted recuerde que soplaba mucho viento, aunque no sé que relación puede tener. Creo que el grupo se dispersó. Hay un camino, pero puedes subir por la ladera y cruzar por el otro lado. Los dos caminos llevan hasta Memorial Tower en lo más alto de Bonaventure, que es el lugar que iban a visitar. Todos se separaron y supongo que no había nadie que los guiara o se ocupara de vigilarlos como quizás hubieran tenido que hacer. Cualquiera puede dar un traspié y la pendiente que da al precipicio es muy pronunciada. Se produjo un desprendimiento de rocas en la ladera y una de las piedras alcanzó a una de las personas que estaban en el camino.

—Lo siento —dijo miss Marple—. Lo siento muchísimo. ¿Quién resultó herido?

—Una tal miss Temple o Tender.

—Elizabeth Temple. ¡Qué desgracia! Hablé mucho con ella. Nos sentábamos juntas en el autocar. Creo que había sido directora de un colegio de señoritas, un colegio muy famoso.

—Por supuesto. La conozco muy bien. Era la directora de Fallowfield, una institución muy famosa. No tenía idea de que participara en este viaje. Se retiró hará cosa de un par de años y ahora tienen una nueva directora bastante más joven y de ideas un tanto progresistas. Pero miss Temple no era una persona muy mayor. Muy activa, le gustaba mucho caminar y todo eso. En realidad es algo muy lamentable. Espero que no esté malherida. Todavía no me han informado de los detalles.

—Ya estoy lista —anunció miss Marple, cerrando la maleta—. Bajaré ahora mismo para hablar con Mr. Price.

Clotilde se hizo cargo de la maleta.

—Permítame, yo se la llevaré. Baje conmigo y tenga cuidado con las escaleras.

Miss Marple bajó al vestíbulo, donde la esperaba Emlyn Price. Tenía el pelo más alborotado que de costumbre y vestía un estrafalario atuendo de botas de fantasía, chaqueta de cuero y pantalones verde esmeralda.

—Un episodio tan desgraciado —comentó, cogiendo la mano de miss Marple—. Me pareció que sería mejor venir a verla y hablarle del accidente. Supongo que miss Bradbury-Scott se lo habrá dicho. Se trata de miss Temple, la directora de un colegio. No sé muy bien que estaba haciendo o lo que ocurrió, pero se desprendieron unas piedras, o mejor dicho peñascos, que rodaron ladera abajo. Es una pendiente muy pronunciada. Una de las piedras la derribó y anoche tuvieron que trasladarla al hospital. Tengo entendido que está grave. La cuestión es que se ha cancelado la excursión de hoy y nos quedaremos aquí a pasar la noche.

—Dios, cuanto lo siento.

—Creo que decidieron no continuar hoy porque tienen que esperar hasta saber cuál es el informe médico. Nos quedaremos una noche más en el Golden Boar y reorganizarán un poco el plan de

viaje, o sea que tal vez nos perdamos la excursión de mañana a Grangmering. Tampoco creo que nos vayamos a perder gran cosa porque, según me han dicho, no es muy interesante. Mrs. Sandbourne se ha marchado al hospital esta mañana a primera hora para ver cómo evolucionan las cosas. Se reunirá con nosotros en el hotel a las once. Me pareció que quizás a usted le interesaría venir y enterarse de las últimas noticias.

—Por supuesto que le acompañaré —manifestó la anciana—. Ahora mismo —Se volvió para despedirse de Clotilde y Mrs. Glynne, que acababan de hacer acto de presencia—. Quiero darles las gracias. Han sido ustedes muy amables y he disfrutado mucho de las dos noches pasadas aquí. Me siento muy descansada. Es una lástima que ocurriera esta desgracia.

—Si quisiera usted pasar otra noche con nosotros —manifestó Mrs. Glynne—, estoy segura de que… —Miró a Clotilde.

A miss Marple le pareció ver por el rabillo del ojo que Clotilde ponía cara de reproche y que incluso había meneado la cabeza, aunque de una manera prácticamente imperceptible. Así y todo, a la anciana le pareció que silenciaba la propuesta hecha por la hermana.

—… aunque por supuesto supongo que usted preferirá estar con los demás.

—Sí, creo que será lo más conveniente. Así podré enterarme de cuáles son los planes, lo que se hará, y quizá pueda ayudar en algo, nunca se sabe. Otra vez muchas gracias. Supongo que no será difícil conseguir una habitación en el Golden Boar —Miró a Emlyn.

—No habrá ningún problema —la tranquilizó el joven—. Hoy han quedado varias habitaciones libres. El hotel no está lleno. Creo que Mrs. Sandbourne se ha encargado de reservar habitaciones para todo el grupo, al menos para esta noche, y mañana ya veremos como evolucionan las cosas.

Después de despedirse una vez más, Emlyn Prince se hizo cargo de la maleta de miss Marple y los dos se marcharon rumbo al hotel a buen paso.

—El hotel está doblando la esquina y después la primera calle a la izquierda.

—Sí, creo que pasé por delante ayer por la tarde. Pobre miss

Temple. Espero que no esté malherida.

—Yo creo que lo está —replicó el joven—. Por supuesto, ya sabe usted como son los doctores y los hospitales. Siempre dicen lo mismo: «todo lo bien que se puede esperar». Aquí no hay ningún hospital, así que tuvieron que llevarla a Carristown, que está a unas ocho millas. En cualquier caso, Mrs. Sandbourne estará de regreso con las novedades dentro de un par de horas.

Llegaron al hotel cuando el grupo se disponía a tomar café. Mr. y Mrs. Butler llevaban la voz cantante.

—Oh, qué tragedia —afirmó Mrs. Butler—. Algo muy lamentable, ¿no les parece? Precisamente cuando todos estábamos tan felices y disfrutábamos de la excursión. Pobre miss Temple. Creía que era una buena andarina, pero ya lo ven, nunca se sabe, ¿no es así, Henry?

—Así es —respondió Henry—. Me preguntaba si… bueno, no tenemos mucho tiempo y me preguntaba si no sería mejor cancelar el viaje. A mí me parece que será un poco difícil que reanudemos el recorrido hasta que se aclaren las cosas. Me refiero a que si es algo tan grave que acabe teniendo un desenlace mortal, entonces tendrían que hacer una encuesta oficial o algo por el estilo.

—¡Por favor, Henry, no digas esas cosas!

—Estoy segura de que está siendo demasiado pesimista, Mr. Butler —señaló miss Cooke—. No creo que el estado de miss Temple sea tan grave.

—Sí, sí que lo es —manifestó Mr. Caspar con su acento extranjero—. Lo oí ayer cuando Mrs. Sandbourne hablaba por teléfono con el médico. Es muy, muy grave. Dicen que tiene fractura de cráneo. Vendrá un especialista para determinar si vale la pena operarla o si es imposible. Sí, es muy grave.

—Vaya —exclamó miss Lumley—, si hay algún problema, quizá tendríamos que volvernos a casa, Mildred. Consultaré el horario de trenes —Miró a Mrs. Butler—. Verá, concerté con mis vecinos que se ocuparan de mis gatos y, si me demoro un par de días, podría causar un sinfín de dificultades a todo el mundo.

—Creo que no es bueno que nos alarmemos tanto —opinó Mrs. Riseley-Porter con su voz autoritaria—. Joanna, tira este bollo a la papelera. Es incomible. La mermelada es malísima. Pero no quiero

dejarlo en el plato. Podría causar una mala impresión.

Joanna se deshizo del bollo.

—¿Creen que estaría bien si Emlyn y yo nos fuésemos a dar un paseo? —preguntó la muchacha—. Sólo para ver un poco la ciudad. No hacemos nada quedándonos aquí y lamentarnos. No hay nada que podamos hacer.

—Creo que es lo mejor que pueden hacer —afirmó miss Cooke.

—Sí, vayan a dar un paseo —manifestó miss Barrow antes de que la tía pudiera hablar.

Miss Cooke y miss Barrow intercambiaron una mirada y exhalaron un suspiro, meneando la cabeza.

—La hierba estaba muy resbaladiza —comentó miss Barrow—. Yo misma resbalé en un par de ocasiones. Cuando la hierba está cortada muy corta y se moja, es como caminar sobre el hielo.

—En cuanto a las piedras, hubo más de un desprendimiento —añadió miss Cooke—. Cayeron unas cuantas pequeñas precisamente cuando doblaba por una de las curvas del sendero. Recibí un golpe bastante fuerte en el hombro.

Después de acabar con el café, el té y las pastas, todo el mundo pareció sentirse incómodo y aislado de los demás. Cuando ocurre una catástrofe, es muy difícil saber la manera adecuada de hacerle frente. Todos habían manifestado su opinión y expresado la debida sorpresa y angustia. Ahora esperaban las últimas noticias y, al mismo tiempo, buscaban algo que les entretuviera durante el resto de la mañana. La comida la servían a la una, y a ninguno le hacía mucha gracia quedarse sentado y repetir los mismos lúgubres comentarios.

Miss Cooke y miss Barrow se levantaron a la vez y explicaron que necesitaban hacer algunas compras: un par de cosillas, aparte de ir a la oficina de correos.

—Quiero enviar un par de postales y necesito saber cuál es el franqueo para enviar una carta a China —dijo miss Barrow.

—Yo quiero ir a echar un vistazo a unos ovillos de lana —explicó miss Cooke—, y de paso ver un edificio muy interesante que está delante de la plaza del mercado.

—Soy de la opinión de que a todos nos vendría bien salir a dar un paseo —añadió miss Barrow.

El coronel Walker y su esposa aprobaron la idea e invitaron a la pareja norteamericana a que fuera con ellos. Mrs. Butler comentó que le interesaba ver alguna tienda de antigüedades.

—No me refiero exactamente a una tienda de antigüedades, sino a uno de esos lugares que venden trastos viejos. Algunas veces encuentras auténticas gangas.

Salieron en tropel. Emlyn Price ya había desaparecido en persecución de Joanna sin preocuparse por dar explicaciones. Mrs. Riseley-Porter, después de un inútil intento por retener a la sobrina, dijo que al menos en el vestíbulo se estaba más cómodo. Miss Lumley asintió y Mr. Caspar se encargó de escoltarlas.

El profesor Wanstead y miss Marple se quedaron solos.

—Creo —le dijo el profesor— que sería más agradable sentarse fuera. Hay una pequeña terraza que da a la calle. ¿Me acompaña?

Miss Marple le dio las gracias y se levantó. Apenas si había intercambiado alguna palabra que otra con el profesor Wanstead. Siempre iba cargado con unos cuantos libros científicos, y aprovechaba todos los momentos libres para leer, incluso en el autocar.

—Quizá prefiera usted ir de compras —añadió Wanstead—. Personalmente, prefiero esperar en algún lugar tranquilo a que vuelva Mrs. Sandbourne. Creo que es importante saber exactamente en qué estamos metidos.

—En eso estoy de acuerdo con usted. Ayer estuve paseando por la ciudad y no veo motivo para repetir la excursión. Prefiero esperar aquí por si puedo ayudar en algo. No es probable, pero nunca se sabe.

Dejaron el hotel y dieron la vuelta a la esquina donde había un pequeño jardín plantado en una terraza y varias sillas. No había nadie más, así que se sentaron. Miss Marple miró pensativamente a su acompañante: el rostro curtido, las cejas abundantes, el pelo gris. Caminaba un tanto encorvado. La anciana decidió que tenía un rostro interesante. Hablaba con un tono seco, casi cáustico.

—Si no me equivoco, usted es miss Jane Marple, ¿verdad?

—Sí, lo soy.

Se sintió un tanto sorprendida, pero no por ninguna razón en particular. No había estado con todos el tiempo necesario para ser

identificada por los demás viajeros. Las últimas dos noches no había estado con el resto del grupo. Era bastante natural.

—Me lo pareció por la descripción que me dieron de usted —añadió el profesor.

—¿Una descripción mía? —Miss Marple volvió a sorprenderse.

—Sí, tengo una descripción suya. —Wanstead hizo una pausa, y después añadió en voz un poco más baja pero perfectamente audible—: Me la dio Mr. Rafiel.

—¡Vaya, Mr. Rafiel!

—¿Está usted sorprendida?

—Sí, creo que un poco.

—No creo que debiera usted sorprenderse.

—No me esperaba… —comenzó miss Marple y se detuvo.

El profesor Wanstead permaneció en silencio. Se limitó a mirarla con atención. «Dentro de un par de minutos —se dijo la anciana—, me preguntará: ¿Cuáles son los síntomas, mi querida señora? ¿Dificultades al tragar? ¿No duerme bien? ¿Problemas digestivos?». Ahora tenía la seguridad de que era médico.

—¿Cuándo me describió? Tuvo que ser…

—Iba a usted a decir hace algún tiempo, unas semanas atrás. Sí, unas semanas antes de su muerte. Me dijo que participaría usted en el viaje.

—¿También sabía que usted vendría?

—Puede decirlo así si quiere. Me informó que vendría en esta excursión, que él se había encargado de hacer todos los arreglos necesarios.

—Fue muy amable de su parte —afirmó miss Marple—. Muy amable. Me llevé una gran sorpresa cuando me lo comunicaron. Un magnífico regalo, algo que nunca hubiera podido permitirme.

—Muy bien dicho —aprobó el profesor. Asintió como quien aplaude a un buen alumno.

—Es muy triste que se haya producido esta desgracia, precisamente cuando todos disfrutábamos cada vez más.

—Sí, es muy triste y también inesperado. ¿Tal vez para usted no lo es?

—¿Qué ha querido decir con eso, profesor Wanstead?

El hombre esbozó una sonrisa mientras se enfrentaba a la

mirada desafiante de miss Marple.

—Mr. Rafiel me habló de usted con cierta amplitud, miss Marple. Sugirió que debía estar en este viaje con usted y que en su momento nos conoceríamos, porque es inevitable que las personas que participan en un mismo viaje se conozcan, aunque es necesario que pasen un par de días para que se formen grupos de personas que comparten los mismos gustos o intereses. Además, me insinuó que no debía, por así decirlo, perderla de vista.

—¿No perderme de vista? —repitió miss Marple con cierto enfado—. ¿Se puede saber el motivo?

—Creo que el motivo es protegerla. Quería estar muy seguro de que no le pasara nada.

—¿Pasarme? Me gustaría saber qué podría pasarme.

—Quizá lo mismo que le pasó a miss Elizabeth Temple —contestó el profesor.

Joanna Crawford apareció por la esquina del hotel. Llevaba un cesto de la compra. Pasó por delante de ellos, insinuando un saludo mientras los miraba con cierta curiosidad y siguió su marcha. Wanstead permaneció en silencio hasta que la muchacha se perdió de vista.

—Una muchacha bonita y agradable —comentó—. Al menos, eso es lo que creo. Dispuesta por ahora a ser la bestia de carga de una tía autócrata, pero no tengo ninguna duda de que muy pronto llegará la hora de la rebelión.

—¿Qué ha querido decir con lo que acaba de manifestar? —dijo miss Marple sin el menor interés por la posible rebelión de Joanna.

—Ése es un tema que, quizá, debido a lo ocurrido, tendríamos que discutir.

—¿Se refiere usted al accidente?

—Sí, en el caso de que fuera un accidente.

—¿Usted cree que no lo fue?

—Creo que es posible, nada más.

—Por supuesto, yo no sé nada al respecto —señaló miss Marple, dudando.

—No. Usted estaba ausente de la escena. Usted estaba, digamos, ¿de servicio en otro lugar?

Miss Marple no respondió inmediatamente. Miró al profesor

durante unos segundos.

—Me parece que no entiendo muy bien lo que quiere decir.

—Es usted precavida. Hace usted muy bien.

—Se ha convertido en uno de mis hábitos.

—¿Ser precavida?

—Yo no lo diría así, pero me he acostumbrado a estar siempre preparada a creerme o a no creerme lo que me dicen.

—Una vez más, tiene usted toda la razón. No sabe nada de mí. Sólo conoce mi nombre porque aparece en la lista de pasajeros de un viaje muy agradable por casas históricas y sus jardines. Creo que los jardines son lo que más le interesa.

—Posiblemente.

—Nos acompañan otras personas interesadas en los jardines.

—O por lo menos eso dicen.

—¡Ah! Se ha fijado usted en ese detalle. Bien, a mí me tocaba observarla, mantener más o menos un control de lo que hacía, estar a mano por si aparecía en algún momento alguna posibilidad de juego sucio. Pero ahora la situación ha cambiado. Tendrá usted que decidir si soy su enemigo o su aliado.

—Tal vez tenga usted razón. Lo ha expresado todo con mucha claridad pero no me ha dado ninguna información referente a usted mismo para disponer de elementos de juicio. Supongo que era usted amigo del difunto Mr. Rafiel.

—No, no era amigo de Mr. Rafiel. Sólo nos habíamos cruzado en un par de ocasiones. La primera, en el comité de un hospital y, la segunda, en algún acto público. Sabía quien era y supongo que él estaba en antecedentes sobre quién era yo. Si le digo a usted, miss Marple, que soy un hombre con un cierto prestigio en mi profesión, quizá me tome por un presuntuoso.

—No lo creo. Yo diría, si afirma eso sobre usted mismo, que probablemente me estaría diciendo la verdad. Supongo que pertenece usted a la clase médica.

—Ah, es usted muy perspicaz, miss Marple. Sí, sí, es usted muy perspicaz. Soy licenciado en medicina, pero también tengo una especialidad. Soy patólogo y psicoanalista. No llevo credenciales. Tendrá usted que aceptar mi palabra hasta cierto punto, aunque puedo mostrarle cartas dirigidas a mí y, tal vez, algunos

documentos oficiales que podrían convencerla. En términos generales, la mayor parte de mi trabajo como especialista tiene relación con la jurisprudencia médica. Se lo explicaré en términos más sencillos. Me intereso por los diferentes tipos de cerebros criminales. Éste ha sido mi tema de estudio durante muchos años. He escrito varios libros al respecto. Algunos han sido objeto de violentas discusiones y otros han convencido a muchos de la validez de mis ideas. En la actualidad, ya no hago trabajo de campo, sino que la mayor parte de mi tiempo la dedico a escribir, centrándome en aquellos puntos que más me interesan. De vez en cuando me cruzo con cosas que me llaman la atención, hechos que deseo estudiar más a fondo. Mucho me temo que la estoy aburriendo.

—En absoluto. Espero que quizá, por lo que acaba de decirme, pueda explicarme algunas de las cosas que Mr. Rafiel no consideró oportuno explicarme en su momento. Me pidió que me embarcara en cierto proyecto pero no me facilitó ninguna información útil como punto de partida. Dejó la elección en mis manos y que actuara a oscuras. A mí me parece que enfocó este asunto de una manera muy poco sensata.

—¿Pero usted lo aceptó?

—Lo acepté. No quiero mentirle. Había un incentivo económico.

—¿Eso influyó en su decisión?

—Quizás usted no me crea —contestó miss Marple, después de reflexionar unos momentos—, pero mi respuesta es: «Realmente no».

—No me sorprende. Sin embargo, provocó su interés. Eso es lo que quiere decirme.

—Sí. Despertó mi curiosidad. No conocí muy bien a Mr. Rafiel. Sólo nos tratamos durante unas semanas en las Antillas. Veo que está usted más o menos al corriente.

—Sé que fue allí donde la conoció Mr. Rafiel y que ustedes dos colaboraron juntos en alguna actividad.

Miss Marple le miró con una expresión de duda.

—Vaya, ¿eso fue lo que dijo? —Meneó la cabeza.

—Sí, eso dijo. Añadió que usted poseía un instinto notable para el crimen.

—Supongo que a usted eso le parece algo bastante inverosímil

—señaló la anciana, enarcando las cejas—. Le sorprende.

—Rara vez me permito la sorpresa ante lo que ocurre —replicó el profesor—. Mr. Rafiel era un hombre muy inteligente y astuto, sabía juzgar a las personas. Decía que usted también sabía juzgar a las personas.

—Yo no diría tanto —manifestó miss Marple—. Sólo digo que algunas personas me recuerdan a otras que he conocido y, por tanto, considero que pueden actuar de la misma manera. Si usted cree que sé lo que estoy haciendo aquí, se equivoca.

—De una manera un tanto accidental, parece que nos hemos encontrado en el lugar adecuado para discutir ciertos asuntos. No hay peligro de que nos espíen. No estamos cerca de ninguna ventana o puerta y no hay ningún balcón o ventana por encima nuestro. O sea que podemos hablar.

—Se lo agradecería. Insisto en que no sé absolutamente nada sobre lo que estoy haciendo o se supone que debo hacer. No sé si Mr. Rafiel quería que fuera así.

—Puedo responderle. Quería que usted se enfrentara a una serie de hechos, de sucesos, libre de los prejuicios que pudiera transmitirle cualquiera.

—¿O sea que usted tampoco me dirá nada? —El tono de miss Marple reflejó su enfado—. ¡Ya está bien! ¡Todo tiene un límite!

—Sí —El profesor sonrió—. Estoy de acuerdo con usted. Debemos acabar con algunos de esos límites. Le explicaré ciertos hechos que le aclararán muchas cosas. Confío en que usted haga lo mismo y me hable de ciertos hechos.

—Lo dudo —replicó miss Marple—. Tal vez pueda explicarle algunas ideas vagas, pero que no son hechos.

—Por lo tanto… —Wanstead hizo una pausa.

—Por amor de Dios, cuénteme algo —rogó miss Marple.

Capítulo XII

Una Consulta

—No voy a contarle una historia muy larga. Le explicaré de la forma más sencilla posible cómo llegué a este asunto. De vez en cuando, actúo como consejero privado del Ministerio del Interior. También estoy en contacto con ciertas instituciones. Hay algunas instituciones que, cuando ocurre un crimen, proporcionan alojamiento y comida para ciertos tipos de criminales que han sido considerados culpables de ciertos actos. Permanecen allí en una situación que se llama oficialmente «a disposición de Su Majestad», algunas veces durante un período determinado y en relación directa con la edad. Si están por debajo de cierta edad, se les aloja en algún lugar de detención específico. Supongo que usted me comprende.

—Sí, le entiendo perfectamente.

—Por lo general, se me consulta a menudo después de cometido el crimen, para opinar en materias como el tratamiento, las posibilidades del caso, el diagnóstico favorable o desfavorable, y otras varias cosas que no es necesario citar. Pero, de vez en cuando, también me consulta el director responsable de una de esas instituciones por algún motivo particular. En este caso, recibí un aviso de cierto departamento a través del Ministerio del Interior y fui a visitar a cierto director, exactamente, al alcaide responsable de los prisioneros, los pacientes o como usted quiera llamarlos. Por cierto que esa persona era amiga mía, un amigo de hacía muchos años, aunque no íntimo. Acudí a la institución, y el alcaide me expuso sus preocupaciones. Se referían a un interno en particular. No estaba satisfecho con el interno. Tenía algunas dudas. Era el caso de un hombre joven o que había sido joven, de hecho poco

más que un adolescente, cuando llegó allí. Ahora ya hacía unos cuantos años. A medida que pasaba el tiempo y después de que el nuevo alcaide se instalara allí (no era el alcaide cuando llegó el prisionero), comenzó a preocuparse no porque fuera un profesional, aunque era un hombre con mucha experiencia en el trato con pacientes criminales y prisioneros. Para decirlo sin rodeos, se trataba de un muchacho que no había sido muy buena pieza desde que era niño. Puede usted llamarlo como quiera: delincuente juvenil, gamberro, una mala pieza, una persona con la responsabilidad disminuida. Hay muchos términos. Algunos encajan, otros no, y hay unos cuantos que no significan nada. Estaba muy claro que pertenecía al tipo criminal. Había pertenecido a bandas, había robado, defraudado y estafado, había atacado a personas. De hecho, era la clase de hijo que desespera a sus padres.

—Comprendo.

—¿Qué es lo que comprende, miss Marple?

—Que está usted hablando del hijo de Mr. Rafiel.

—Tiene usted razón. Hablo del hijo de Mr. Rafiel. ¿Qué sabe usted del joven?

—Nada. Sólo que oí mencionar, y fue justamente ayer, que Mr. Rafiel tenía un hijo que era un delincuente o una mala pieza, si quiere decirlo con palabras más suaves. Un hijo con antecedentes criminales. ¿Era el único hijo de Mr. Rafiel?

—No, era su único hijo varón. Mr. Rafiel también tenía dos hijas. Una murió cuando tenía catorce años y la mayor se casó pero no tuvo hijos.

—Algo muy triste para Mr. Rafiel.

—Quizá. Nunca se sabe —opinó el profesor Wanstead—. Su esposa murió joven y creo que su muerte le apenó muchísimo, aunque nunca quiso demostrarlo. No sé si quería a sus hijos. Los mantenía, les dio todo lo posible. Hizo todo lo que pudo por su hijo, pero no sé cuáles eran sus sentimientos. No era un hombre fácil de entender. Creo que toda su vida y su interés estaban centrados en hacer dinero. Era lo único que le interesaba, como a todos los grandes financieros. No el dinero por el dinero.

«Creo que hizo todo lo posible por su hijo. Lo sacó de líos en la escuela, contrató a los mejores abogados para que lo defendieran en

los juicios, pero después llegó el golpe final, quizá presagiado por los acontecimientos anteriores. El joven fue acusado de asalto a una joven. El jurado lo encontró culpable de los cargos de asalto y violación, y pasó un tiempo en la cárcel, pero la pena impuesta fue menor debido a su edad. Sin embargo, más tarde volvieron a acusarle de un delito mucho más grave.

—Asesinó a una muchacha, ¿no es así? ¿Es correcto? Es lo que he oído comentar.

—Engatusó a una muchacha para llevársela de su casa. Pasó algún tiempo antes de que encontraran el cadáver. La habían estrangulado y, después, le destrozaron el rostro y la cabeza con una piedra, aparentemente para impedir la identificación.

—Algo muy poco agradable —manifestó miss Marple con un tono muy compuesto.

El profesor Wanstead la observó durante unos segundos.

—¿Usted lo describe de esa manera?

—Es lo que me parece. No me gustan esas cosas. Nunca me han gustado. Si espera usted que sienta compasión, pesar, que lo atribuya a una infancia desgraciada, a las malas compañías, que llore por ese joven asesino, se equivoca. No me gustan las personas malvadas que hacen cosas malvadas.

—Me alegra saberlo. No se imagina usted lo que tengo que aguantar en mi profesión. Todas esas tonterías de personas que lloran y se lamentan atribuyéndolo todo a algún episodio infeliz del pasado. Si supieran que hay muchísimas personas que han tenido infancias difíciles, que han vivido en hogares desgraciados, que han tenido que soportar toda clase de penurias y, sin embargo, han sabido salir adelante y son personas honestas, no se sentirían tan dispuestos a defender ese punto de vista. Debemos compadecernos de esos desgraciados, sí, debemos compadecerlos por los genes con los que han nacido y sobre los que no tienen control, pero yo los compadezco de la misma manera que me compadezco de los epilépticos. No sé si usted sabe lo que son los genes…

—Tengo una idea como todo el mundo en estos tiempos. Claro que no tengo ningún conocimiento técnico ni químico.

—El alcaide, un hombre con mucha experiencia, me explicó exactamente sus razones para solicitar mi opinión. Cada vez estaba

más convencido de que el prisionero no era un asesino. No creía que fuera del tipo asesino, no era como ninguno de los asesinos que conocía. Opinaba que el muchacho pertenecía al tipo de criminales que nunca se reforman, que son inmunes a cualquier tratamiento y que no hay nada en el mundo que se pueda hacer, pero al mismo tiempo estaba cada vez más seguro de que el veredicto era erróneo. No creía que el muchacho asesinara a la chica, que primero la estrangulara y después le machacara el rostro y la cabeza con una piedra antes de echar el cadáver a una zanja. Le resultaba imposible creerlo por muchas vueltas que le diera. Estudió los antecedentes del caso, que parecían demostrar la culpabilidad del reo. El muchacho conocía a la chica, los habían visto juntos en diversas ocasiones antes del crimen. Todo indicaba que habían mantenido relaciones sexuales. Habían visto su coche cerca de la escena del crimen. También le habían visto a él y lo habían reconocido. Un caso sin aparentes cabos sueltos, pero mi amigo no estaba satisfecho. Era un hombre amante de la justicia. Necesitaba una segunda opinión. No le hacía falta la opinión de la policía, sino la de un médico. Ése era mi terreno, dijo, mi especialidad. Quería que fuera a ver al joven, que hablara con él, que hiciera una valoración profesional y después le diera mi opinión.

—Muy interesante —señaló miss Marple—. Sí, yo diría que es muy interesante. Después de todo, su amigo, me refiero al alcaide, era un hombre de experiencia, un hombre que amaba la justicia. Era un hombre al que estaba usted dispuesto a escuchar. Por lo tanto, deduzco que le escuchó.

—Sí, me sentía muy interesado. Vi al sujeto, mantuvimos varias conversaciones. Le hablé de las posibilidades de una revocación de la sentencia, de buscar a un abogado. Me acerqué a él como un amigo pero también como un enemigo para así poder observar sus reacciones. Le sometí a varias pruebas psicológicas tal como se acostumbra en estos tiempos.

—¿Cuál fue la conclusión?

—Me convencí de que mi amigo tenía razón. Michael Rafiel no era un asesino.

—¿Qué me dice del caso que mencionó antes?

—Eso influyó en su contra, por supuesto. No con el jurado,

porque no se enteraron hasta dar su veredicto, pero si en la mente del juez. Era un punto negativo, pero realicé algunas investigaciones por mi cuenta. Había atacado a una chica, era posible que la violara, pero no había intentado estrangularla y, en mi opinión, basada en los numerosos casos que me ha tocado atender, distaba mucho de ser una violación. Debe usted tener presente que las muchachas están ahora mucho más dispuestas a que las violen. Las madres insisten, muy a menudo, en que lo llamen violación. La chica del caso había tenido varios amigos que habían ido más allá de la pura amistad. No creo que eso contara mucho para la acusación. En cuanto al asesinato, porque no hay duda de que fue un asesinato, le aseguro que los resultados de las múltiples pruebas no concordaban con las características del crimen.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Me puse en contacto con Mr. Rafiel. Le dije que deseaba mantener una entrevista con él para hablar sobre un tema relacionado con su hijo. Fui a verlo. Le expliqué lo que creía, lo que creía el alcaide, que, por el momento, no teníamos pruebas, nada que nos permitiera apelar, pero que sin duda se había cometido un grave error judicial. Comenté la posibilidad de iniciar una investigación que costaría mucho dinero, pero que podía sacar a la luz ciertos hechos dignos de ser expuestos ante el Ministerio del Interior. El éxito no estaba asegurado. Siempre se puede encontrar algo si se busca a fondo. La investigación representaría un gasto considerable pero asumible para un hombre de su posición. Ya me había dado cuenta de que era un hombre muy enfermo. Él mismo me lo dijo. Me comentó que llevaba un par de años esperando morir en cualquier momento. Los médicos se lo habían vaticinado. Le pregunté qué sentía por su hijo.

—¿Qué sentía?

—Ah, le interesa saberlo. A mí también me interesó. Creo que fue muy sincero conmigo aunque me pareció…

—¿… algo despiadado? —intercaló miss Marple.

—Sí, ésa es la palabra correcta. Era un hombre despiadado, pero también justo y sincero. Me dijo: «Siempre he sabido cómo es mi hijo. No he intentado cambiarlo porque no creo que nadie pueda

cambiarlo. Él es así. Una persona deshonesta, un malhechor. Siempre andará metido en problemas. Nada ni nadie conseguirá que siga el camino recto, no me cabe la menor duda. En cierto sentido, me he lavado las manos, aunque no quiero decir legalmente. Siempre ha tenido dinero si lo ha pedido. Le he facilitado toda la asistencia posible cada vez que ha tenido problemas. He hecho lo mismo que hubiera hecho cualquier padre con un hijo enfermo. ¿Qué puedo hacer ahora?», me preguntó. Le respondí que eso dependía de su voluntad. Me dijo: «Eso está muy claro. Quiero verlo reivindicado, que salga de la cárcel. Quiero verlo libre para que viva lo mejor que pueda. Si se vuelve a meter en líos es cosa suya. Le dejaré dinero, haré por él todo lo que pueda. No quiero verle sufrir, que esté pagando por algo que no hizo. Si alguien mató a aquella muchacha, quiero que se descubra quién fue. Quiero que se le haga justicia. Pero soy un hombre enfermo. Lo que me queda de vida se cuenta por semanas».

»Le hablé de la posibilidad de contratar nuevos abogados, pero me interrumpió. «Sus abogados no le servirán de nada. Me ocuparé del asunto hasta donde pueda en el poco tiempo que me quede». Me ofreció una suma considerable para que me hiciera cargo de la investigación y que no reparara en gastos para conseguir mis fines. «Yo no puedo hacer nada personalmente —añadió—. Puedo morir en cualquier momento. Lo dejo todo en sus manos, y buscaré a cierta persona para que le ayude». Escribió un nombre: miss Jane Marple. «No le daré la dirección. Quiero que se conozcan en unas circunstancias determinadas». Después me habló de este viaje, un recorrido por casas y jardines famosos. Él se encargaría de las reservas. «Miss Marple será una de las viajeras. Usted la conocerá allí de una manera casual».

»Yo debía escoger el momento para darme a conocer. Usted ya me ha preguntado si mi amigo o yo teníamos razones para sospechar que el asesino fuera otra persona. El alcaide no sugirió nada por el estilo, e incluso había hablado con el superintendente que investigó el caso, un hombre de mucha experiencia».

—¿No se sugirió ningún otro hombre? ¿Algún amigo de la chica? ¿Algún antiguo novio resentido?

—No hubo ninguna mención. Le pedí a Mr. Rafiel que me

hablara un poco más de usted. No quiso hacerlo. Me dijo que era usted una persona mayor que conocía bien a las personas. También me dijo otra cosa —El profesor hizo una pausa.

—¿Qué otra cosa? Siento una curiosidad natural. La verdad es que no sé cuáles son mis virtudes. Estoy un poco sorda, no veo bien. En realidad, no sé que ventajas puedo ofrecer más allá de que soy una vieja de ésas que antes llamaban «vieja cotilla». No lo niego. ¿Fue eso lo que dijo?

—No. Según me dijo, usted tenía un instinto para reconocer el mal.

—Vaya —exclamó miss Marple.

—¿No diría usted que es cierto?

La anciana tardó bastante en dar su respuesta.

—Quizá sí, es probable. En más de una ocasión he tenido miedo, me he dado cuenta de la presencia del mal cerca de mí, de que alguien perverso estaba cerca y que tenía relación con lo que estaba ocurriendo —Miss Marple miró al profesor y sonrió—. Es como haber nacido con un sentido del olfato muy desarrollado. Puedes oler una fuga de gas cuando nadie más puede hacerlo, o eres capaz de distinguir un perfume de otro sin problemas. Recuerdo a una tía que, por lo visto, era capaz de saber que una persona mentía por el olor. Afirmaba que percibía un olor muy característico. Según ella, fruncían la nariz y entonces se notaba el olor. No sé si era verdad o no, pero acertó en más de una ocasión. Una vez le dijo a mi tío: «Jack, no contrates al joven con quien estuviste hablando esta mañana. No te dijo más que una sarta de mentiras», cosa que resultó muy cierta.

—La percepción de la maldad —dijo el profesor Wanstead—. Bien, si percibe usted la maldad, dígamelo. Me alegraría saberlo. No creo que yo sea capaz de percibir la maldad. Puedo percibir la enfermedad, pero no la maldad aquí arriba —Se tocó la frente.

—Creo que lo mejor será contarle cómo me metí en este asunto —manifestó miss Marple—. Mr. Rafiel, como usted ya sabe, falleció. Sus abogados me pidieron que fuera a verles y me hablaron de la propuesta. Recibí una carta del difunto en la que no explicaba nada. Después, no recibí noticias durante algún tiempo. Luego me llegó una carta de la agencia que organiza estos viajes. Decían que Mr.

Rafiel había hecho una reserva a mi nombre como un regalo sorpresa. Me sentí muy sorprendida, pero lo interpreté como el primer paso de la misión. Debía participar en este viaje y, supuestamente, en algún momento recibiría alguna otra pista o indicación. No me equivoqué. Ayer, no, anteayer, cuando llegamos aquí, vino a verme una señora que vive con sus dos hermanas en una vieja casona y me hizo una invitación. Comentó que Mr. Rafiel les había escrito una carta pocos días antes de su muerte, en la que les decía que una vieja amiga suya participaba en este viaje y que si tendrían la amabilidad de invitarme a pasar dos o tres días en su casa porque a su juicio no estaba yo para andar subiendo y bajando por las colinas de esta región y, mucho menos, hasta la torre que era el punto principal de la visita de ayer.

—¿Usted lo interpretó como una indicación de lo que debía hacer?

—Por supuesto —replicó la anciana—. No podía haber otro motivo. Mr. Rafiel no era hombre que hiciera nada sin una razón o porque le preocupara el bienestar de una vieja que no puede caminar mucho. No. Él quería que fuera a esa casona.

—¿Fue usted allí? ¿Qué encontró en la casona?

—Nada. Sólo a las tres hermanas.

—¿Tres hermanas locas?

—Tendrían que haberlo sido, pero no creo que lo sean. Al menos, no lo parecen. Todavía no lo sé. Parecían personas normales. La casa la heredaron de un tío abuelo y vinieron a vivir aquí hace unos años. No gozan de una situación económica holgada, son amables y no muy interesantes. Tampoco se parecen mucho. Ninguna de ellas conocía bien a Mr. Rafiel, o al menos eso es lo que saqué en limpio.

—¿O sea que fue una estancia poco provechosa?

—Me enteré de los hechos del caso que usted me acaba de mencionar, pero no por boca de ellas, sino por una vieja criada, que comenzó a recordar cosas desde los tiempos del tío abuelo. Conocía a Mr. Rafiel sólo de nombre, pero se mostró muy elocuente en el tema del asesinato: todo comenzó con una visita del hijo de Mr. Rafiel, que era un muchacho con muy mala fama. La muchacha se había enamorado, él la había estrangulado y toda había sido una

tragedia terrible. Desde luego, exageró mucho, aunque no deja de ser una historia repugnante y, según ella, la policía opinaba que el muchacho había cometido más de un crimen.

—¿Cree usted que puede tener alguna relación con las tres hermanas?

—No. Por lo visto, eran las tutoras de la muchacha y la querían muchísimo. Nada más.

—Quizá saben algo más, algo relacionado con otro hombre.

—Sí. Eso es lo que nos interesa, ¿verdad? El otro hombre, una persona brutal, alguien que no vacilaría en aplastar la cabeza de una muchacha después de asesinarla, la clase de hombre que enloquece de celos. Los hay.

—¿No ocurrió ninguna otra cosa curiosa en la casona?

—Nada importante. Una de las hermanas, creo que la más joven, hablaba constantemente del jardín. Daba la impresión de ser una gran aficionada a la jardinería, pero no debe de serlo porque no sabe ni la mitad de los nombres de las plantas. Le tendí un par de trampas y quedó claro que la jardinería no es lo suyo. Eso me recuerda…

—¿Qué le recuerda?

—Usted dirá que soy una tonta con tanto hablar de jardines y plantas, pero me refiero a que una sabe cosas del tema. Sé unas cuantas cosas de pájaros y de jardines.

—Me parece que no son los pájaros y los jardines los que la preocupan.

—Así es. ¿Se ha fijado usted en aquellas dos mujeres que nos acompañan? Miss Barrow y miss Cooke.

—Sí. Me he fijado en ellas. Un par de solteronas de mediana edad que viajan juntas.

—Efectivamente. Bueno, descubrí algo extraño en relación con miss Cooke. Ése es su nombre, ¿no? Me refiero a que ése es el nombre que aparece en la lista de pasajeros.

—¿Por qué? ¿Acaso tiene otro nombre?

—Creo que sí. Es la misma persona que me visitó… bueno, no me visitó, pero estaba al otro lado de la verja de mi jardín en St. Mary Mead, el pueblo donde vivo. Me hizo unos cuantos comentarios muy amables sobre mi jardín y hablamos del tema. Me

dijo que estaba viviendo en el pueblo. Al parecer, se ocupaba de atender el jardín de alguien que había comprado una casa en una de las nuevas urbanizaciones. Pero creo, sí, creo que me contó un montón de mentiras. Otra persona que no sabía nada de jardinería. Quiso hacerse pasar por una experta, pero no era así.

—¿Por qué cree que apareció por su pueblo?

—En aquel momento no se me ocurrió ningún motivo. Dijo que se llamaba Barlett y el nombre de alguien que la había empleado que comenzaba con hache, aunque ahora no lo recuerdo. Llevaba el pelo peinado de otra manera y, además, teñido. En cuanto a sus prendas, también eran diferentes. Cuando emprendimos este viaje, no la reconocí. Sólo me pregunté por qué su rostro me resultaba conocido. Entonces, de pronto lo recordé. Me había despistado el color del pelo. Le comenté que la había visto antes. Ella admitió haber estado en mi pueblo y que tampoco me había reconocido. Todo mentira.

—¿Cuál es su opinión?

—Hay una cosa muy clara. Miss Cooke, para llamarla por el nombre que emplea ahora, fue a St. Mary Mead sólo para verme y así asegurarse de que me reconocería la próxima vez que me viera.

—¿Por qué cree que tenía que hacerlo?

—No lo sé. Hay dos posibilidades, pero una de ellas no me hace ninguna gracia.

—Creo que a mí tampoco me la haría.

Permanecieron en silencio durante un par de minutos. El profesor añadió:

—No me gusta lo que le ocurrió a Elizabeth Temple. ¿Habló con ella durante el viaje?

—Sí, hablé con ella. Cuando esté mejor volveré a hablar con ella. Podrá decirme, decirnos, cosas de la muchacha que fue asesinada. Me la mencionó. Dijo que había sido alumna de su colegio, que había estado prometida en matrimonio con el hijo de Mr. Rafiel, pero que no se casaron, que la joven había muerto. Le pregunté cómo o por qué había muerto, y me respondió con una palabra: «Amor». Interpreté que había sido un suicidio, pero se trataba de un asesinato. Un crimen cometido por celos. Otro hombre. Una persona a la que debemos encontrar. Quizá miss

Temple nos diga quién era.

—¿Alguna otra posibilidad siniestra?

—Creo que necesitamos más información en general. No veo ninguna razón para pensar que ninguno de nuestros compañeros de viaje sea un personaje siniestro o que lo sean las hermanas que viven en la casona, pero una de las hermanas quizá sepa algo o recuerde algo que la muchacha o Michael dijeron en una ocasión. Clotilde se llevaba a la muchacha en sus viajes al extranjero. Por lo tanto, tal vez sepa algo que hubiera ocurrido en alguno de esos viajes, algo que la muchacha dijera, mencionara o hiciera. Tal vez algún hombre que conociera. Algo que no tenga ninguna relación con la casona. Es difícil porque, sólo a través de una conversación informal, podremos obtener alguna pista. La segunda hermana, Mrs. Glynne, se casó bastante joven y vivió durante años en la India donde estaba destinado su marido. Visitaba de vez en cuando a sus hermanas y, seguramente, llegó a conocer a la muchacha, pero no creo que sepa más que sus hermanas. No quiero decir que tal vez no sepa algunos hechos importantes relacionados con la joven muerta. La menor de las hermanas está un poco ida y no parece darse mucha cuenta de las cosas, aunque no descarto que pueda tener información sobre posibles amantes o novios, o que hubiera visto a la muchacha con algún desconocido. Por cierto, ahí va, es esa mujer que pasa ahora por delante del hotel.

Miss Marple, por muy inmersa que estuviera en la conversación, no había abandonado sus hábitos. Para ella, una calle siempre era un buen lugar de observación. De manera inconsciente se fijaba en todos los transeúntes.

—Anthea Bradbury-Scott es aquélla que va cargada con el paquete. Supongo que irá a la oficina de correos. Está a la vuelta de la esquina.

—Tiene todo el aspecto de estar un poco ida —comentó el profesor Wanstead—, con todo ese pelo cano flotando al viento. Parece una Ofelia cincuentona.

—Yo también pensé en Ofelia cuando me la presentaron. Cuánto me gustaría saber cuál es mi próximo paso. No sé si quedarme aquí otro par de días o continuar con el viaje. Es como buscar una aguja en un pajar. Si metes la mano e insistes en la búsqueda, acabas

encontrando algo, aunque te pinches los dedos.

Capítulo XIII

Cuadros Rojos Y Negros

1

Mrs. Sandbourne entró en el hotel cuando el grupo se sentaba a comer. Las noticias que traía no eran buenas. Miss Temple seguía inconsciente. No había esperanzas de una pronta recuperación, por lo cual no podía pensarse en trasladarla.

En cuanto acabó con su informe, Mrs. Sandbourne pasó a cuestiones prácticas. Repartió horarios de trenes para aquéllos que desearan regresar a Londres y propuso planes adecuados para reanudar el viaje al día siguiente o al otro. Comunicó que había coches de alquiler para llevar a aquellos dispuestos a participar en las excursiones por las cercanías durante la tarde.

El profesor Wanstead buscó a miss Marple cuando salían del comedor.

—Quizá quiera usted descansar durante la tarde. Si no es así, la pasaré a buscar dentro de una hora. Hay una iglesia muy bonita que podría interesarle.

—Será sin duda un paseo muy agradable —comentó la anciana.

2

Miss Marple permanecía sentada muy quieta en el coche que había venido a recogerla. El profesor Wanstead había sido puntual.

—Me pareció que a usted le gustaría ver esta iglesia. El pueblo donde está es muy bonito —explicó el profesor—. No hay ninguna razón para no disfrutar de los atractivos locales.

—Es muy amable de su parte —contestó miss Marple, mirándole con una expresión un tanto desconcertada—. Muy amable —repitió —, sólo que me parece un tanto despiadado, usted ya me entiende.

—Mi querida señora, miss Temple no es una vieja amiga suya ni nada que se le parezca, aunque no deja de ser un accidente muy lamentable.

Miss Marple se dijo que el profesor era muy atento al invitar a una mujer mayor a disfrutar de los atractivos locales. Podía haber elegido a alguien más joven, más interesante y, desde luego, mucho más atractivo. Le observó con aire pensativo, mientras Wanstead miraba a través de la ventanilla.

En cuanto salieron del pueblo y circulaban por una carretera secundaria que serpenteaba por la ladera de una colina, el profesor se volvió hacia su invitada.

—Mucho me temo que dejaremos la visita a la iglesia para otro momento.

—Sí, ya lo había pensado.

—Me lo suponía.

—¿Puedo preguntar cuál es nuestro punto de destino?

—Vamos a un hospital, en Carristown.

—Ah sí, el hospital donde está ingresada miss Temple.

—Así es. Mrs. Sandbourne la visitó y me trajo una carta del médico que la atiende. Hablé con él por teléfono antes de salir.

—¿Mejora?

—No, no mejora.

—Comprendo, aunque preferiría no comprenderlo.

—Su recuperación es muy problemática porque no se puede hacer nada. Quizá no vuelva a recuperar el conocimiento. Sin embargo, puede tener algunos momentos de lucidez.

—¿Por qué me lleva usted allí? Usted sabe que no soy amiga

suya. La conocí por primera vez en este viaje.

—Sí, me doy cuenta. La llevo allí porque en uno de los momentos de lucidez preguntó por usted.

—Comprendo. Me gustaría saber por qué preguntó por mí, qué le llevaría a pensar que podría serle de alguna utilidad. Es una mujer muy inteligente, una gran mujer, a su manera. Como directora de Fallowfield, ocupaba un lugar destacado en el mundo docente.

—Es el mejor colegio de señoritas del país, ¿no es así?

—Efectivamente. Ella fue quien lo convirtió en un gran centro docente. Era profesora de matemáticas, pero el término «educadora» la define mucho mejor. Sabía cuál era la verdadera vocación de sus alumnas y las estimulaba para que siguieran adelante. Por otro lado, colaboraba en una multitud de proyectos docentes. Sería algo muy triste y cruel que falleciera. Una gran pérdida. Aunque se había retirado, conservaba una gran influencia entre sus colegas. El accidente… —Miss Marple se interrumpió—. Quizá no quiera usted que hablemos del accidente.

—Creo que es el mejor momento para hacerlo. Un peñasco rodó ladera abajo. Es algo que ya había ocurrido en otras ocasiones, pero no es algo frecuente. No obstante, alguien vino a verme y me lo comentó.

—¿Alguien habló con usted del accidente? ¿Quién?

—En realidad, fueron aquellos dos jóvenes: Joanna Crawford y Emlyn Price.

—¿Qué dijeron?

—Joanna me dijo que había visto a alguien en lo alto de la colina. Ella y Emlyn subían por uno de los senderos. En el momento que doblaban un recodo, vieron con toda claridad recortada contra el cielo la silueta de un hombre o una mujer que empujaba un peñasco. Después de mucho empujar, el peñasco comenzó a rodar, al principio lentamente y, después, cada vez más rápido a medida que caía por la pendiente. Miss Temple, que caminaba por otro sendero un poco más abajo, se encontraba justo en la trayectoria del peñasco y resultó alcanzada. Si empujaron el peñasco con toda la intención de alcanzarla, no pudieron hacerlo mejor. No había muchas posibilidades de dar en el blanco, pero así fue.

—¿La figura que vieron era un hombre o una mujer?

—Lamentablemente, Joanna Crawford no lo sabe. La persona vestía pantalón y un jersey a cuadros rojos y negros. La figura desapareció de la vista casi de inmediato. Así y todo, opina que se trataba de un hombre.

—¿Usted, o ella, creen que fue un atentado deliberado contra la vida de miss Temple?

—La muchacha se inclina a pensar que fue un ataque deliberado, y su amigo comparte esa opinión.

—¿No tiene usted idea de quién pudo ser?

—Ninguna y ellos tampoco. Pudo ser alguien de nuestro grupo, alguien que aquella tarde saliera a dar un paseo, o alguien totalmente desconocido para nosotros que conociera el recorrido de la excursión y escogiera aquel lugar para atacar a uno de los pasajeros. Algún joven violento que quisiera hacer una travesura, o quizás algún enemigo de miss Temple.

—Parece algo muy melodramático hablar de un «enemigo secreto».

—Sí, así es. ¿Quién querría matar a una directora jubilada? Ésa es la pregunta que necesita una respuesta. Es posible, aunque no confío mucho en que así sea, que la misma miss Temple nos lo pueda decir. Tal vez reconociera a la figura en lo alto de la colina o sepa el nombre de alguien que quisiera vengarse de ella por alguna razón.

—Me parece poco probable.

—Estoy de acuerdo. Parece la persona menos indicada para ser el objetivo de un atentado criminal, aunque si reflexionamos un poco, veremos que una directora de colegio conoce a mucha gente y por sus manos han pasado infinidad de personas.

—Querrá usted decir una infinidad de muchachas.

—Sí, sí, a eso me refiero. A las muchachas y a sus familias. Una directora se entera de muchas cosas. Las aventuras románticas que puedan haber tenido las alumnas a espaldas de sus familias. Suele ocurrir y con bastante frecuencia, sobre todo en los últimos diez o veinte años. Se dice que las muchachas maduran antes. Eso es cierto en el aspecto físico, pero en lo que se refiere a su conocimiento del mundo, maduran más tarde. Siguen siendo infantiles durante más

tiempo. Son infantiles en las ropas que visten, infantiles en los peinados. Incluso las minifaldas representan el culto a la infancia. Las prendas interiores, las prendas de dormir, todo responde a una moda infantil. No quieren convertirse en adultas, no quieren aceptar las mismas responsabilidades que nosotros. Sin embargo, como todos los niños, quieren que se las considere como personas adultas, con plena libertad para hacer lo que creen cosas de adultos. Eso, algunas veces, conduce a verdaderas tragedias.

—¿Está usted pensando en algún caso en particular?

—No, no. Sólo estoy pensando en… digamos que dejo correr la imaginación. Me niego a creer que Elizabeth Temple pudiera tener un enemigo personal. Alguien tan despiadado que aprovechara la primera oportunidad para hacer algo así. Lo que pienso… —Miró a miss Marple—. ¿Quiere usted hacer alguna sugerencia?

—¿De una posibilidad? Creo saber qué está usted pensando. Usted sugiere que miss Temple sabía algo, algún hecho o algo que podía ser muy inconveniente e incluso peligroso para alguien si se divulgara.

—Sí, creo que eso resume muy bien lo que pienso.

—Por consiguiente, parece lógico suponer que alguien de nuestro grupo reconoció a miss Temple o sabía quien era, pero era alguien que, debido al paso de los años, no fue reconocido por miss Temple, aunque cabe la posibilidad de que ella no lo conociera. Todo parece llevarnos de vuelta a nuestros compañeros, ¿no es así? —Hizo una pausa—. El jersey que mencionó… ¿dijo usted que era a cuadros rojos y negros?

—¿Cómo? Ah, el jersey —Miró a miss Marple, con curiosidad—. ¿Por qué le llama la atención?

—Era muy llamativo. Eso al menos es lo que dan a entender sus palabras. Destacaba mucho. Tanto que esa muchacha, Joanna, lo mencionó con mucha claridad.

—Sí. ¿Le sugiere a usted algo?

—El ondear de las banderas —respondió miss Marple pensativamente—. Algo que será visto, recordado y reconocido.

—Siga. —El profesor Wanstead la miraba con una expresión de aliento.

—Si usted describe a una persona que ha visto no de cerca sino

a cierta distancia, lo primero que describirá serán sus prendas. No hablará de su cara, de las manos, de las piernas o de sus andares. Mencionará una capa roja, una chaqueta de cuero, un pañuelo amarillo, un jersey a cuadros negros y rojos. Algo muy visible, muy llamativo. La intención es que cuando la persona se quite la prenda, se deshaga de ella, la meta en una caja y la envíe por correo a una dirección, pongamos a cien millas de distancia, la arroje en un cubo de la basura o la queme, la reduzca a trocitos o la destruya, él o ella volverán a ser una persona vestida con mucha sencillez y discreción en la que nadie se fija ni considera como un presunto sospechoso. Usó aquel jersey a cuadros con toda intención. Quería que lo vieran aunque nunca más lo volverán a ver puesto en aquella persona.

—Una idea muy plausible —proclamó el profesor—. Como le dije, Fallowfield no está muy lejos de aquí. A unas dieciséis millas, si no me equivoco. O sea que ésta es su zona, el lugar donde es bien conocida y donde tal vez ella conozca a mucha gente.

—Sí, amplía las posibilidades —manifestó miss Marple—. Estoy de acuerdo con usted en que el atacante debió ser un hombre. Aquel peñasco, si se hizo con intención, cayó con mucha puntería y la puntería es una cualidad más masculina. Por otro lado, sería más fácil que se tratara de alguien que viajaba en el autocar, que no de alguien que viva en la zona, alguien al que miss Temple hubiere reconocido en la calle. Alguna alumna suya de hace algunos años, alguien al que quizá ella no hubiere reconocido al cabo de los años, pero la muchacha a la mujer sí que pudo haberla reconocido, pues una directora de más de sesenta años no se diferencia mucho de la misma directora a los cincuenta. Es reconocible. Alguna mujer que hubiera reconocido a su antigua directora y que también supiera que ella sabía algo en su contra. Alguien que pudiera resultar un peligro —Miss Marple exhaló un suspiro—. No conozco esta región, ¿usted sí?

—No —respondió Wanstead—, nunca he estado antes por aquí. Todo lo que sé de lo ocurrido en estos lugares es a través de usted. De no haberla conocido y si no me lo hubiera contado, estaría más en ayunas de lo que estoy.

»¿Qué está usted haciendo aquí? —añadió el profesor después de pensar unos instantes—. Usted no lo sabe. Sin embargo, la enviaron

aquí. Mr. Rafiel arregló con toda intención que usted viniera aquí, que participara en el viaje, que usted y yo nos conociéramos. Hay otros lugares en los que hemos hecho escala, y hemos pasado por muchos más, pero se hicieron arreglos para que usted pasara un par de noches en este lugar. La invitaron a alojarse con unas viejas amigas suyas que no podían rechazar la petición que les hizo. ¿Había alguna razón?

—Se hizo para que me enterara de ciertos hechos que debía conocer —respondió la anciana.

—¿Unos asesinatos que se cometieron muchos años atrás? —El profesor Wanstead la miró con una expresión de duda—. Eso no tiene nada de particular. Lo mismo se puede decir de muchos lugares de Inglaterra y Gales. Esas cosas siempre parecen ir en serie. Primero encuentran a una muchacha violada y asesinada. Luego, a otra en un lugar cercano. A continuación, a una tercera a unas veinte millas de distancia. Todas asesinadas de la misma manera.

»Se informó de la desaparición de dos muchachas de Jocelyn St. Mary. De una de ellas ya hemos hablado. Encontraron su cadáver al cabo de unos seis meses, a muchas millas de distancia. La habían visto por última vez en compañía de Michael Rafiel.

—¿Quién era la otra?

—Una joven llamada Nora Broad. No era una mosquita muerta. Quizá tenía demasiados novios. Nunca encontraron el cadáver. Ya lo encontrarán algún día. Sé de casos en que tardaron más de veinte años —Wanstead aminoró la marcha—. Ya hemos llegado. Esto es Carristown y aquél es el hospital.

Miss Marple entró en el hospital escoltada por el profesor. Era obvio que esperaban a Wanstead. Lo hicieron pasar inmediatamente a una habitación donde había una empleada.

—Ah, sí —dijo la mujer—. El profesor Wanstead, y la señora es… —Vaciló.

—Miss Jane Marple —manifestó Wanstead—. Hablé por teléfono con la hermana Barker.

—Eso es. La hermana Barker me informó que ella le acompañaría.

—¿Cómo está miss Temple?

—Hasta el momento no se ha producido ninguna mejora —La

mujer se levantó—. Les llevaré con la hermana Barker.

La enfermera jefe era una mujer alta y delgada. Hablaba en voz baja y con tono firme, y sus ojos tenían el hábito de mirar fugazmente a sus interlocutores, dejándolos con la sensación de que habían sido evaluados en un instante.

—No sé qué arreglos habrá dispuesto usted —comentó el profesor Wanstead.

—Le diré a miss Marple lo que hemos organizado. En primer lugar, quiero dejarle bien claro que la paciente, miss Temple, está en coma y sólo tiene algunos breves momentos de lucidez en los que reconoce el entorno y es capaz de articular unas pocas palabras. Pero no se puede hacer nada para estimularla. Todo se reduce a una cuestión de paciencia. Supongo que el profesor Wanstead ya le habrá informado de que, en uno de los intervalos de lucidez, dijo con toda claridad: «Miss Jane Marple», y después añadió: «Quiero hablar con ella. Miss Jane Marple». Luego volvió a perder el conocimiento. El médico consideró aconsejable que nos pusiéramos en contacto con el grupo de viajeros. El profesor Wanstead vino a vernos, nos explicó la situación y dijo que volvería con usted. Mucho me temo que sólo podemos pedirle que se instale en la habitación privada donde está miss Temple y se prepare para tomar nota de lo que diga si vuelve a despertar. El pronóstico no es muy alentador. Con toda sinceridad, y creo que es lo mejor dado que usted no es una pariente cercana y difícilmente se sentirá molesta por esta información, el médico cree que las esperanzas de que se recupere son mínimas y que puede morir sin recuperar el conocimiento. No se puede hacer nada para aliviar el trauma craneal. Es importante que alguien escuche lo que pueda decir, y el doctor es partidario de que no vea a mucha gente a su alrededor si es que se despierta. Miss Marple estará sola, excepto por la presencia de una enfermera que la paciente no verá desde la cama y que no intervendrá si no se lo pide. Estará sentada en un rincón detrás de un biombo. También tenemos a un policía preparado para tomar cualquier declaración. El doctor cree más prudente que miss Temple no la vea. La presencia de una sola persona, que sea precisamente la persona que ella espera ver, no la asustará ni le hará perder el hilo de lo que quiera decir. Espero que todo esto no

le resulte demasiado complicado.

—Oh, no —respondió miss Marple—. Estoy preparada. Tengo una libreta y un bolígrafo que procuraré disimular. Puedo recordar lo que se diga, aunque no por mucho tiempo, así que no me verá tomando nota de sus palabras. Puedo confiar en mi memoria y tampoco estoy sorda, quiero decir en el sentido literal de la palabra. No creo que mi oído sea tan bueno como antes, pero si estoy sentada junto a la cama, escucharé todo lo que me diga aunque lo susurre. Estoy acostumbrada a las personas enfermas. He tratado mucho con ellas a mis años.

Una vez más, la rápida mirada de la hermana Barker se posó en miss Marple. Esta vez, un gesto apenas perceptible demostró su aprobación.

—Es muy amable de su parte, y estoy segura de que nos ayudará en todo lo que pueda. Si el profesor Wanstead prefiere esperar en la sala de abajo, lo llamaremos inmediatamente si es necesario. Bien, miss Marple, si tiene usted la bondad de acompañarme.

Miss Marple siguió a la hermana hasta una habitación privada. Elizabeth Temple yacía en la cama, alumbrada por una luz tenue porque las cortinas estaban echadas. Permanecía inmóvil como una estatua, pero no daba la impresión de estar dormida. Respiraba con cierta dificultad. La hermana Barker examinó a la paciente y luego le señaló a miss Marple la silla que había junto al lecho. Después se acercó a un biombo, y apareció un joven con una libreta en la mano.

—Órdenes del doctor Reckitt —dijo la hermana Barker.

También apareció la enfermera que había estado sentada en otra esquina de la habitación.

—Llámeme si es necesario, enfermera Edmonds —ordenó la hermana Barker—, y facilite a miss Marple cualquier cosa que pueda necesitar.

Miss Marple se desabrochó el abrigo. Hacía calor en la habitación. La enfermera cogió el abrigo y volvió a ocultarse detrás del biombo. Miss Marple se sentó en la silla. Miró a Elizabeth Temple y admiró una vez más la perfección de su cabeza. El pelo, peinado hacia atrás, resaltaba la pureza de sus facciones. Sí, era algo muy lamentable, se dijo miss Marple, una auténtica pena que

el mundo estuviera a punto de perder a Elizabeth Temple.

La anciana se acomodó mejor el cojín en la espalda, acercó la silla un poco más a la cama y se sentó a esperar tranquilamente. No tenía la menor certeza de acabar consiguiendo algo positivo. Pasó el tiempo. Diez minutos, veinte, media hora, treinta y cinco minutos. Entonces, sin previo aviso, sonó una voz baja, un tanto ronca, sin nada de la sonoridad que había tenido, pero clara.

—Miss Marple…

Elizabeth Temple había abierto los ojos. Miraba a miss Marple con toda lucidez. La paciente observaba el rostro de la mujer sentada junto a su cama sin ninguna señal de sorpresa o emoción. Era un escrutinio atento y consciente.

—Miss Marple… ¿Es usted Jane Marple?

—Así es. Sí. Soy Jane Marple.

—Henry me hablaba a menudo de usted. Me contó cosas.

La voz se detuvo.

—¿Henry? —preguntó miss Marple.

—Henry Clithering, un amigo mío, un viejo amigo mío.

—También era un viejo amigo mío, Henry Clithering.

Miss Marple recordó a su amigo y los muchos años de amistad que les habían unido, las cosas que le había dicho, la ayuda que él le había solicitado en algunas ocasiones y la que ella le había pedido en otras. Un viejo amigo.

—Recordé su nombre. Lo vi en la lista de pasajeros, y me dije que no podía ser otra persona. Usted puede ayudar. Eso es lo que él diría, me refiero a Henry, si estuviese aquí. Usted puede ayudar. Descubrirlo. Es importante. Sí, es muy importante, aunque haya pasado mucho tiempo, muchos… años.

La voz flaqueó un poco, la mujer entornó un poco los párpados. La enfermera se acercó a la cama, cogió un vaso de agua y lo acercó a los labios de la paciente. Miss Temple bebió sólo un sorbo, y asintió. La enfermera dejó el vaso y volvió a su puesto en el rincón.

—Si puedo ayudar lo haré —manifestó miss Marple sin hacer ninguna pregunta.

—Bien. —Miss Temple permaneció en silencio durante un par de minutos y después repitió—: Bien.

Una vez más, guardó silencio y mantuvo los ojos cerrados unos

dos o tres minutos. Entonces, abrió los ojos bruscamente.

—¿Cuál? —preguntó—. ¿Cuál de ellas? Eso es lo que debemos averiguar. ¿Sabe usted de qué estoy hablando?

—Creo que sí. Murió una muchacha, ¿no? ¿Nora Broad?

Miss Temple frunció el entrecejo.

—No, no. La otra chica. Verity Hunt. —Hizo una pausa para después añadir—: Jane Marple. Usted es muy vieja, más vieja que cuando él hablaba de usted. Es muy vieja, pero todavía es capaz de descubrir cosas, ¿no es así?

La voz de miss Temple sonó más aguda, más insistente.

—Lo hará, ¿verdad? Diga que sí. No tengo mucho tiempo, lo sé. Una de ellas, pero ¿cuál? Descúbralo. Henry diría que usted puede hacerlo. Quizá pueda ser peligroso para usted, pero lo descubrirá, ¿no es así?

—Lo descubriré si Dios quiere —respondió miss Marple. Era una promesa.

—Ah.

Los ojos se cerraron por un momento y después volvieron a abrirse. Algo parecido a una sonrisa pasó fugazmente por el rostro de la mujer.

—La piedra desde lo alto. La piedra de la muerte.

—¿Quién hizo rodar la piedra?

—No lo sé. No importa, sólo importa Verity. Descubra lo de Verity. La verdad. Otro nombre para la verdad. Verity.

Miss Marple vio como el cuerpo comenzaba a aflojarse. Apenas si alcanzó a oír las últimas palabras.

—Haga todo lo que pueda.

El cuerpo de miss Temple se relajó al tiempo que se le cerraban los ojos. La enfermera apareció una vez más junto a la cama. Le tomó el pulso a la paciente y, después, le hizo una señal a miss Marple, que se levantó obedientemente y la siguió fuera de la habitación.

—Ha sido un esfuerzo tremendo para ella —comentó la enfermera—. Tardará en volver a recuperar la conciencia, si es que la recupera. Espero que se haya usted enterado de algo útil.

—No lo creo, pero nunca se sabe.

—¿Consiguió algo que nos pueda servir? —le preguntó el

profesor en cuanto subieron al coche.

—Un nombre. Verity. Ése era el nombre de la muchacha, ¿verdad?

—Sí. Verity Hunt.

Elizabeth Temple falleció una hora y media más tarde sin recuperar el conocimiento.

Capítulo XIV

Las Dudas De Mr. Broadribb

—¿Has leído *The Times* esta mañana? —le preguntó Mr. Broadribb a su socio Mr. Schuster. Mr. Schuster respondió que no podía permitirse el lujo de leer *The Times*. Su periódico era el *Telegraph*.

—Quizá también lo hayan publicado —comentó Mr. Broadribb —. En las necrológicas. Miss Elizabeth Temple.

Mr. Schuster mostró una expresión de extrañeza.

—La directora de Fallowfield —le ayudó el socio mayor—. Has oído hablar de Fallowfield, ¿verdad?

—Por supuesto. Un colegio de señoritas. Lleva funcionando medio siglo o más. Un colegio excelente y carísimo. Así que ella era la directora. Creía que había abandonado el cargo hacía ya tiempo. Seis meses como mínimo. Estoy seguro de que leí la noticia en el periódico. Había un pequeño artículo sobre la nueva directora. Una mujer casada. Joven. Entre treinta y cinco y cuarenta años. Ideas modernas. Las muchachas tienen clases de maquillaje y pueden llevar pantalones. Algo así.

—Hum —dijo Mr. Broadribb con el tono que los abogados de su edad suelen utilizar cuando oyen algo que despierta su crítica basada en una larga experiencia—. No creo que llegue a tener la fama de Elizabeth Temple. Era todo un personaje. Llevaba muchos años en el colegio.

—¿Sí? —contestó Mr. Schuster sin darle mucha importancia, mientras se preguntaba a qué venía tanto interés por las directoras de colegio difuntas.

Las escuelas y los colegios no tenían mayor interés para ninguno de los dos caballeros. Sus retoños estaban más o menos colocados.

Los dos hijos de Mr. Broadribb trabajaban uno en la administración pública y el otro en una empresa petrolera. En cuanto a los dos de Mr. Schuster, estaban en universidades diferentes, dedicados a crear el máximo posible de disturbios a las autoridades universitarias.

—¿Qué pasa con ella? —añadió.

—Participaba en un viaje en autocar.

—Lo de los autocares es terrible —opinó Mr. Schuster—. No dejaría que nadie de mi familia fuera en un viaje en autocar. La semana pasada en Suiza, uno se cayó por un precipicio y, hace un par de meses, otro chocó en una autopista y murieron veinte personas. En la actualidad contratan a cualquiera para conducir un autocar.

—Se trataba de uno de los viajes organizados por la agencia de Casas, Jardines Famosos y Objetos de Interés de Gran Bretaña o algo así. Sé que no es el nombre correcto, pero tú ya sabes a la que me refiero.

—Oh, sí. Era en el que viajaba la tal miss No-sé-cuantos. El viaje que contrató el viejo Rafiel.

—Miss Jane Marple era una de las personas del autocar.

—No se habrá matado, ¿verdad?

—No que yo sepa. Pero estaba pensando en el asunto.

—¿Fue un accidente de carretera?

—No. Ocurrió en uno de esos lugares pintorescos. Caminaban por un sendero colina arriba. Una caminata bastante dura, una colina con peñascos y cosas así. Se ve que se desprendieron algunos de los peñascos, que rodaron colina abajo. Una de las piedras alcanzó a miss Temple. La llevaron al hospital, pero no pudieron salvarla.

—Mala suerte —opinó Mr. Schuster, que esperaba más información.

—Me llamó la atención —añadió Mr. Broadribb—, porque recordé que Fallowfield era el colegio donde había estudiado la muchacha.

—¿Qué muchacha? La verdad, Broadribb, es que no sé de qué me estás hablando.

—La muchacha que murió a manos del joven Michael Rafiel. Estaba recordando algunas cosas que podrían tener alguna relación

con todo este curioso asunto que tanto interesaba al viejo Rafiel. Es una pena que no nos contara nada más.

—¿Cuál es la relación? —preguntó Mr. Schuster.

Ahora parecía más interesado. Su mente legal se había activado y se preparaba para dar una opinión sensata y precisa sobre lo que fuera que su socio se dispusiera a confiarle.

—Aquella muchacha… ahora no recuerdo el apellido. El nombre era Esperanza, Caridad o algo así. Alto, ya lo tengo: Verity. Ése era su nombre: Verity Hunt. Fue una de las muchachas asesinadas. Encontraron el cadáver en una zanja a unas treinta millas de su lugar de residencia. Llevaba muerta unos seis meses. La habían estrangulado y, después, le habían destrozado la cabeza para impedir la identificación, pero la identificaron sin problemas. Las prendas, el bolso, las alhajas, algún lunar o una cicatriz. Sí, desde luego, la identificaron fácilmente.

—A él lo juzgaron por ese crimen, ¿no es así?

—Efectivamente. Sospechaban que Michael había matado a otras tres muchachas durante el año, pero las pruebas no pasaban de ser circunstanciales en los otros crímenes, así que la policía se concentró en éste: había muchas pruebas y tenía pésimos antecedentes. Otros casos de asalto y violación. Todos sabemos en qué consiste hoy en día eso de las violaciones. La madre le dice a la muchacha que debe acusar al joven de violación aunque el pobre no podía hacer otra cosa, con ella persiguiéndole todo el día para que fuera a su casa, mientras la madre estaba en el trabajo o el padre de vacaciones, y así constantemente, hasta obligarlo a acostarse con ella. Luego, como digo, la madre le dice a la muchacha que lo acuse de violación. Sin embargo, ésa no es la cuestión. Me pregunto si todo esto no encaja con la proposición hecha a miss Marple, que estuviera relacionada en cierto modo con Michael.

—Le declararon culpable y lo condenaron a cadena perpetua, ¿verdad?

—Ahora no lo recuerdo. Han pasado muchos años. No sé si no acabaron dando un veredicto de demencia temporal.

—¿Verity Hunter o Hunt se educó en aquel colegio, en el de miss Temple? Sin embargo, creo que, cuando la asesinaron, ya no era una estudiante, al menos que yo recuerde.

—No, no, tenía dieciocho o diecinueve años. Vivía con unos parientes o amigos de sus padres, o algo parecido. Una buena casa, una buena familia, una buena muchacha en opinión de todos. Una de esas chicas cuyos familiares siempre dicen: «era una muchacha muy discreta, un tanto tímida, no salía con extraños ni tenía novio». Las familias nunca saben nada de los novios que tienen las chicas. Ellas ya se encargan de mantenerlo bien oculto. Por otra parte, se decía que el joven Rafiel era muy atractivo.

—¿Se planteó alguna duda sobre la autoría de los hechos? —preguntó Mr. Schuster.

—Ninguna. Contó un montón de mentiras cuando se sentó en el banquillo. Su abogado se equivocó al dejar que prestara declaración. Unos cuantos amigos suyos intentaron fabricarle una coartada, pero no les sirvió de nada. Por lo visto, todos ellos eran mentirosos consumados.

—¿Qué opinas de todo esto, Broadribb?

—No tengo ninguna opinión formada. Sólo me preguntaba si la muerte de aquella mujer podría tener alguna relación.

—¿En qué sentido?

—Me da mala espina eso de que los peñascos caigan ladera abajo y aplasten a una persona. No es algo que entre en el curso normal de la naturaleza. Por lo que sé, los peñascos se suelen quedar donde están.

Capítulo XV

Verity

—Verity —dijo miss Marple en voz bien alta.

Elizabeth Margaret Temple había muerto la tarde anterior. Había sido una muerte tranquila. Miss Marple, sentada en una de las butacas de la sala de la vieja casona, había dejado a un lado la prenda de bebé de lana rosa y ahora se ocupaba en tejer una bufanda rojo oscuro. Esta nota de duelo concordaba con sus ideas victorianas del comportamiento más adecuado ante una tragedia.

Al día siguiente, a las once de la mañana, tendría lugar la encuesta judicial. Habían hablado con el vicario para celebrar un servicio religioso tan pronto como fuera posible. Un representante de la funeraria, después de consultar con la policía, se había hecho cargo de todo. Todos los participantes en la excursión habían aceptado asistir a la encuesta y varios de ellos también habían manifestado su intención de asistir al servicio religioso.

Mrs. Glynne se había presentado en el Golden Boar para invitar a miss Marple a que se alojara en la casona hasta que se decidiera reanudar el viaje.

«Se evitará las molestias de los reporteros», le dijo.

Miss Marple agradeció el interés de las hermanas y aceptó la invitación.

El viaje se reanudaría después de celebrarse el servicio religioso. Primero irían a South Bedestone, a unas treinta y cinco millas, donde había un hotel de primera clase que en un principio sólo figuraba como una de las paradas de la excursión. A partir de allí, el viaje seguiría de acuerdo con el programa original.

Sin embargo, algunas personas, como miss Marple ya había

supuesto, pensaban desistir de proseguir el viaje. Regresarían a sus hogares o se marcharían a otros lugares. Ninguna de estas dos cosas era criticable. Desistir de un viaje ensombrecido por penosos recuerdos o continuar una excursión por la que habían pagado una cantidad considerable y que había sido interrumpida por uno de esos dolorosos accidentes que pueden ocurrirle a cualquier grupo de viajeros. Todo dependería, se dijo miss Marple, del resultado de la encuesta. Miss Marple, después de intercambiar varios comentarios convencionales propios de la ocasión con las tres anfitrionas, se dedicó a su labor mientras consideraba su próxima línea de investigación, y entonces, mientras sus manos manejaban hábilmente las agujas, pronunció la palabra «Verity» como quien arroja una piedra al agua, sólo para observar cuál sería el resultado si es que había alguno. ¿Significaría algo para las tres hermanas? Tal vez sí o tal vez no. Si no conseguía nada, lo volvería a probar cuando se reuniera con los demás participantes del viaje a la hora de la cena en el hotel. Estaba segura de que había sido la última palabra o tal vez la penúltima que había pronunciado Elizabeth Temple.

Por eso había dicho «Verity», sin interrumpir su trabajo porque podía leer un libro o mantener una conversación mientras sus dedos, aunque un tanto endurecidos por el reumatismo, seguían efectuando automáticamente los movimientos correctos.

¿Como una piedra arrojada a un estanque que provocaba ondas en el agua, un chapoteo, algo? O nada. Sin duda tenía que producirse alguna reacción. Sí, no se había equivocado. Aunque su expresión permanecía impasible, su mirada alerta detrás de las gafas observaba a las tres personas a un tiempo, de la manera que había aprendido a hacer hacía muchos años, cuando tenía interés en observar a sus vecinos en la iglesia, en las reuniones de su madre, o en cualquier acto público en St. Mary Mead y no perderse así alguna noticia o un chisme interesante.

Mrs. Glynne dejó caer el libro que leía para mirar a la anciana con cierta sorpresa. Al parecer, le había sorprendido que miss Marple la dijera, pero no la palabra en sí.

Clotilde reaccionó de una manera diferente. Levantó la cabeza, se inclinó un poco hacia adelante y, después, miró no a miss

Marple, sino en dirección a la ventana. Apretó los puños mientras permanecía inmóvil como una estatua. Miss Marple, aunque simulaba no fijarse, advirtió unas lágrimas en sus ojos que, un segundo después, corrían por sus mejillas. No hizo ningún intento de sacar un pañuelo. Miss Marple se sintió impresionada por el dolor que parecía transmitir la pobre mujer.

La única que reaccionó con viveza, excitada y casi alegre, fue Anthea.

—¿Verity? ¿Ha dicho usted Verity? ¿La conocía? No lo sabía. ¿Se refiere usted a Verity Hunt?

—¿Es un nombre de pila? —preguntó Lavinia Glynne.

—No conozco a nadie con ese nombre —respondió miss Marple —, pero me refiero a un nombre de pila. Sí. Creo que es un nombre muy poco habitual. Verity —repitió con expresión pensativa.

Dejó el ovillo de lana roja y miró a sus anfitrionas con la expresión un tanto avergonzada de quien se da cuenta de que ha cometido una grave equivocación, pero desconoce el motivo.

—Lo siento. ¿He dicho algo que no debía? Lo dije sólo…

—No, por supuesto que no —la tranquilizó Mrs. Glynne—. Verá usted, es un nombre bien conocido por nosotras, el nombre de una persona con la que tuvimos relación.

—Me ha venido a la memoria así, sin más —añadió miss Marple, con un tono de disculpa—, porque fue la pobre miss Temple quien la mencionó. Fui a verla ayer por la tarde. El profesor Wanstead me llevó al hospital. Al parecer, creía que yo sería capaz de… no sé si es la palabra correcta… despertarla. Estaba en coma y creyeron, no porque fuera amiga de ella, sino porque habíamos hablado durante el viaje, sobre todo cuando nos sentábamos juntas en el autocar, el profesor creyó que yo podría ayudarla. Mucho me temo que no fue así en absoluto. Estuve sentada en la habitación, junto a la cama. Pasó más de media hora y entonces dijo una o dos palabras, pero no parecían tener ningún sentido. Por último, cuando ya estaba a punto de marcharme, abrió los ojos y me miró, no sé si me confundió con alguna otra persona, y dijo aquella palabra: «¡Verity!». Por supuesto, se me quedó grabada porque ella murió al cabo de unas horas. Sin duda, se refería a alguna cosa o a algo que le daba vueltas por la cabeza. Claro que quizá sólo se refería a la

verdad. Eso es lo que significa Verity, ¿no es así?

Miró a las hermanas sucesivamente.

—Era el nombre de una muchacha que conocimos —admitió Lavinia Glynne—. Por eso nos sorprendió.

—Sobre todo porque tuvo una muerte horrible —señaló Anthea.

—¡Anthea, no es necesario entrar en esos detalles! —intervino Clotilde, con un tono de reproche en su voz.

—Pero si todo el mundo sabe muy bien lo que le sucedió —replicó Anthea. Miró a miss Marple—. Creía que usted ya estaba al corriente porque usted conoció a Mr. Rafiel. Quiero decir que él nos escribió una carta hablándonos de usted y, por lo tanto, tenían que conocerse. Imagino que él le habría contado todo el caso.

—Lo siento mucho, pero me temo no saber de qué me está hablando.

—Encontraron su cadáver en una zanja.

No había manera de hacer callar a Anthea, se dijo miss Marple, cuando contaba una cosa. Pero le pareció que la voz chillona de Anthea ponía a Clotilde cada vez más tensa. La hermana mayor sacó un pañuelo y se secó las lágrimas con mucha discreción. Después se sentó muy erguida, con la espalda recta y una expresión trágica en sus ojos.

—Verity era una muchacha a la que queríamos mucho —señaló Clotilde—. Vivió aquí durante un tiempo. Yo le tenía muchísimo cariño.

—También ella te lo tenía a ti —dijo Lavinia.

—Sus padres eran amigos míos —manifestó Clotilde—. Murieron en un accidente de aviación.

—Ella iba al colegio Fallowfield —explicó Lavinia—. Supongo que ésa es la razón por la que miss Temple la mencionó.

—Comprendo —dijo miss Marple—. Miss Temple era la directora, ¿verdad? He oído mencionar a Fallowfield muy a menudo, por supuesto. Es un colegio excelente.

—Sí —asintió Clotilde—. Verity era una de sus alumnas. Después de la muerte de sus padres vino a vivir con nosotras durante algún tiempo hasta que decidiera qué quería hacer con su futuro. Tenía dieciocho o diecinueve años. Era una muchacha encantadora, muy dulce y cariñosa. Había manifestado interés por

hacerse enfermera, pero era muy inteligente y miss Temple insistió mucho en que debía ir a la universidad, por lo que estaba preparando las pruebas de ingreso cuando ocurrió aquello tan terrible. —Desvió la mirada y después de una breve pausa, añadió —: ¿Le importa si abandonamos el tema?

—No, por supuesto que no —respondió miss Marple—. Lamento mucho haber sacado a relucir esta tragedia. No sabía nada, quiero decir que no tenía… —La anciana se volvió cada vez más incoherente.

Aquel mismo día se enteró de algo más. Mrs. Glynne se presentó en su dormitorio cuando miss Marple se cambiaba para ir a cenar al hotel.

—Me pareció que debía venir y contarle algo más sobre aquella muchacha —dijo Mrs. Glynne—. Por supuesto, usted no podía saber que nuestra hermana Clotilde la quería muchísimo y que su muerte le produjo una consternación tremenda. Nunca la mencionamos si podemos evitarlo, pero creo que todo resultará más fácil si le cuento todos los detalles para que usted lo entienda. Al parecer, Verity, sin saberlo nosotras, había trabado relación con un joven indeseable, más que un indeseable porque resultó ser muy peligroso, una persona con antecedentes delictivos. Vino a visitarnos un día cuando estaba de paso. Conocíamos muy bien a su padre. Creo que lo mejor será decirle toda la verdad si no la sabe y no parece que la conozca. Se trataba de Michael, el hijo de Mr. Rafiel.

—Vaya —exclamó miss Marple—, no recordaba el nombre, pero sí sabía que él tenía un hijo que no había salido muy buena pieza.

—Mucho más que eso. Siempre le había causado problemas. Lo habían juzgado un par de veces por diversos delitos: asalto a una adolescente y cosas por el estilo. Por supuesto, siempre he pensado que los jueces son demasiado clementes en estos casos. No quieren entorpecer los estudios universitarios de los jóvenes. Los dejan marchar con… ahora no recuerdo como lo llaman, una sentencia suspendida, libertad condicional o algo así. Si a esos muchachos los enviaran a la cárcel por lo menos una vez, les serviría de advertencia sobre los riesgos de la vida delictiva. También era un ladrón. Robaba cosas, falsificaba cheques. Era un delincuente empedernido. Éramos amigas de su madre. Creo que fue una suerte

para ella morir joven y evitarse las molestias de ver el camino que seguía su hijo.

»Mr. Rafiel hizo todo lo posible. Intentó buscarle trabajos adecuados, pagó las multas y todo lo que hacen los padres, pero creo que fue un gran golpe para él, aunque intentaba aparentar indiferencia y lo consideraba como una de esas cosas que pasan. Tuvimos, como la gente del pueblo le dirá, una racha de asesinatos y de violencia en este distrito. No sólo aquí, sino también en otros lugares, a veinte millas, incluso a cincuenta, y hubo un par que la policía consideró obra del mismo autor, aunque ocurrieron a cien millas del pueblo. Pero la mayoría de los delitos se concentraron en esta zona. La cuestión es que un día Verity salió para ir a visitar a una amiga y ya no regresó. Acudimos a la policía, la buscaron por toda la región, pero no encontraron ningún rastro. Se publicaron anuncios, pero la policía sugirió que podía haberse marchado con un amigo. Entonces circuló el rumor de que la habían visto con Michael Rafiel. Para entonces, la policía ya le había echado el ojo como presunto autor de varios delitos, aunque no habían encontrado ninguna prueba directa. Se dijo que a Verity la habían visto, por la descripción de sus prendas y otras cosas, en compañía de un joven que podía ser Michael y en un coche cuya descripción correspondía con el suyo, pero no tenían nada hasta que encontraron el cadáver unos seis meses más tarde, a unas treinta millas de aquí en la zona boscosa. Lo habían enterrado en una zanja y cubierto con piedras y tierra suelta. Clotilde tuvo que ir a identificarlo. Era Verity. La habían estrangulado y, a continuación, le habían destrozado la cabeza. Clotilde nunca se recuperó del todo. Además de un lunar y una vieja cicatriz, la identificaron por las prendas y el contenido del bolso. Miss Temple quería mucho a Verity. Sin duda pensó en ella antes de morir.

—Lo siento mucho —se disculpó miss Marple—. Lo siento muchísimo. Por favor, dígale a su hermana que no lo sabía. No tenía ni idea.

Capítulo XVI

La Encuesta

Miss Marple caminaba lentamente por la calle principal del pueblo en dirección a la plaza del mercado. La encuesta judicial tendría lugar en un edificio de estilo georgiano que desde hacía un siglo se conocía con el nombre de Curfew Arms. Miró la hora. Disponía de más de veinte minutos. Se entretuvo mirando los escaparates y se detuvo ante una tienda que vendía lanas y prendas de punto para niños. Una dependienta joven atendía a una madre con dos hijos pequeños. En el otro extremo del mostrador había una mujer mayor.

La anciana entró en la tienda, caminó hasta el extremo del mostrador y después de sentarse delante de la mujer mayor, sacó una muestra de lana rosa. Explicó que se le había acabado la lana de este color y que necesitaba acabar una prenda infantil. No tardaron en encontrar la lana de marras y traerle otras muestras que podían interesarle. En cuestión de minutos, charlaban amigablemente. Empezaron por el trágico accidente. Mrs. Merrypit, si su nombre era el mismo que aparecía escrito en el cristal del escaparate, se explayó a gusto y comentó que ya iba siendo hora de que el ayuntamiento hiciera algo para evitar los peligros en los senderos y las vías públicas.

—La lluvia arrastra la tierra, los peñascos se aflojan y caen. Recuerdo un año en que cayeron tres piedras y se produjeron tres accidentes. Un niño estuvo a punto de perder la vida y, al cabo de unos seis meses, un hombre acabó con un brazo roto. El último acabó con la pobre Mrs. Walker. Era medio ciega y casi sorda del todo. Dijeron que no había oído nada, porque si no se hubiera

apartado. Alguien vio rodar el peñasco y comenzó a dar voces, pero estaba demasiado lejos como para correr en su ayuda y la pobre acabó muerta.

—Qué pena —opinó miss Marple—. Algo realmente trágico. Son cosas que son difíciles de olvidar.

—Tiene usted toda la razón. Supongo que el coroner lo mencionará.

—Seguro que sí. Aunque nos parezca terrible es un accidente con una explicación natural, aunque claro que a veces ocurren las desgracias porque alguien interviene. Empuja una piedra y, antes de que pueda evitarlo, se produce una avalancha. Esa clase de cosas.

—Eso es cierto. Los chicos son capaces de todo. Pero no creo que nunca nadie los haya visto rondando por allá arriba.

Miss Marple pasó al tema de los jerseys, pero especialmente de colores brillantes.

—No es para mí —aclaró—, sino para uno de mis sobrinos nietos. Quiere uno de cuello alto y de colores vivos.

—Sí, ahora les gustan los colores vivos —admitió Mrs. Merrypit —, pero sólo para los jerseys, las camisas y las chaquetas. En cambio, los pantalones tienen que ser negros o azul oscuro.

Miss Marple describió un jersey a cuadros de colores vivos. Había un amplio surtido de jerseys con dibujos de todo tipo y colores, pero no había nada en rojo y negro, ni tampoco se mencionó que lo hubieran tenido en existencia. Después de mirar unos cuantos, miss Marple se dispuso a marcharse, no sin antes mencionar los asesinatos que, según le habían dicho, se habían cometido en la región.

—Al final pillaron al culpable —manifestó Mrs. Merrypit—. Un chico muy guapo, en el que nadie hubiera pensado. Un muchacho bien educado. Había ido a la universidad y todo. Dijeron que su padre era muy rico. Supongo que estaría algo perturbado. No lo enviaron a Broadway o como se llame el lugar donde los mandan. No, no lo hicieron, pero creo que era un caso de locura. Hablaron de cinco o seis chicas más. La policía interrogó a todos los jóvenes de los alrededores. Al primero que se llevaron fue Geoffrey Grant. Estaban casi seguros de que había sido él. Siempre había sido un poco raro desde que era un niño. Buscaba a las niñas pequeñas

cuando iban a la escuela, les ofrecía caramelos y después se las llevaba a pasear por el bosque para que vieran los flores o algo así. Sospechaban que había sido él, pero no lo era. Después buscaron a otro, Bert Williams. Pero no había estado por aquí cuando ocurrieron dos de los casos. Dijeron que tenía una coartada. Luego cogieron al último, ahora no recuerdo el nombre. Creo que era Luke, no, no, Mike no-sé-qué. Un chico muy guapo, pero como le digo, con pésimos antecedentes. Robos, falsificación de cheques y no sé cuántas cosas más. También había estado metido en eso que llaman posible paternidad. No es exactamente eso, pero usted ya me entiende. Cuando una muchacha va a tener un bebé. Dictan una orden y el tipo tiene que pagar. Se ve que ya había hecho lo mismo con otras dos chicas.

—¿La muchacha iba a tener un hijo?

—Así es. Al principio, cuando encontraron el cadáver, todos creímos que se trataba de Nora Broad, la sobrina de Mrs. Broad, la que tiene una tienda de comestibles. Se las pintaba de maravilla con los chicos. Desapareció de su casa. Nadie sabía dónde estaba. Así que, cuando encontraron el cuerpo al cabo de seis meses, creyeron que era ella.

—¿No lo era?

—No, era otra persona.

—¿Encontraron su cuerpo?

—No. Supongo que algún día lo encontrarán, pero la policía cree que lo arrojaron al río. Claro que nunca se sabe, ¿verdad? Nunca se sabe lo que puedes encontrar cuando aran un campo o algo así. Una vez me llevaron a ver todo un tesoro. Se llamaba Luton Soo, ¿no? En algún lugar al este del país. Lo encontraron en un campo arado. Hermoso. Naves de oro, barcos vikingos y platos de oro, unas fuentes enormes. Sí, nunca se sabe. Cuando menos te lo esperas, encuentras un cadáver o una cosa de oro, y bien puede llevar enterrado cientos de años o sólo cuatro, como Mary Lucas, que llevaba cuatro desaparecida. La encontraron en algún lugar cerca de Reigate. La vida es muy triste. Sí, es una vida muy triste. Nunca sabes lo que te puede pasar.

—Había otra muchacha que vivía por aquí —dijo miss Marple—, a la que también asesinaron.

—¿Se refiere usted al cadáver que creyeron que era el de Nora Broad, pero que no lo era? Se me ha olvidado el nombre. Esperanza o Caridad, uno de esos nombres. Usted ya me entiende. Estaban muy de moda en la época victoriana, pero ahora ya casi no se oyen. Vivía en la casona. Estaba allí desde que murieron sus padres.

—Murieron en un accidente, ¿verdad?

—Efectivamente. En un avión que volaba a Italia o a España, a uno de esos países del Mediterráneo.

—¿Dice usted que vino a vivir aquí? ¿A casa de unos parientes?

—No sé si eran parientes, pero creo que Mrs. Glynne era gran amiga de su madre o algo así. Mrs. Glynne, por supuesto, estaba casada y vivía en el extranjero pero miss Clotilde, la mayor de las hermanas, la morena, quería muchísimo a la muchacha. La llevaba con ella al extranjero, a Italia, a Francia y a otros muchos lugares. La mandaba a clases de mecanografía y taquigrafía, y a clases de arte. Miss Clotilde es muy aficionada al arte. Quería muchísimo a la chica. Cuando desapareció, se llevó un disgusto terrible y nunca más ha vuelto a ser la misma, todo lo contrario de miss Anthea.

—Miss Anthea es la más joven, ¿no?

—Sí. Algunas personas dicen que no está muy bien de la cabeza. Muchas veces se la ve paseando por la calle, hablando sola y moviendo la cabeza de una manera muy extraña. Los niños le tienen miedo. Dicen que está loca. No lo sé. En los pueblos la gente dice de todo. Su tío abuelo, que era el dueño de la casona, también era un poco rarillo. Practicaba el tiro al blanco con un revólver en el jardín, aunque nadie averiguó nunca por qué lo hacía. Al parecer, estaba muy orgulloso de su puntería.

—¿También miss Clotilde es rara?

—Oh, no, es muy inteligente. Creo que habla latín y griego. Le hubiese gustado ir a la universidad pero tuvo que cuidar de su madre que era invalida durante muchos años. Pero sentía un gran aprecio y cariño por aquella chica. No consigo recordar su nombre. La cuestión es que la quería y la trataba como a una hija, y entonces apareció aquel muchacho, creo que se llamaba Michael, y un buen día la chica desapareció sin más, sin decirle ni una palabra a nadie. No sé si miss Clotilde sabía que iba a tener un bebé.

—Pero usted sí lo sabía —señaló miss Marple.

—Ah, bueno, tengo mucha experiencia. Por lo general, sé cuando una muchacha está embarazada. Salta a la vista. No es sólo la figura, sino que lo sabes por la mirada en sus ojos, la manera que tienen de caminar y sentarse, y todas esas cosas. Sí, me dije, aquí tenemos a otra más. Miss Clotilde tuvo que ir a identificar el cadáver. Fue un golpe terrible. Se convirtió en otra persona. Estaba loca por aquella muchacha.

—¿Cómo reaccionó miss Anthea?

—Diría que de una manera muy curiosa. Iba por ahí con una expresión complacida, sí, no se me ocurre otra palabra. Complacida. No es agradable, ¿verdad? Tenía la misma expresión que la hija del granjero Plummer que siempre iba a ver cómo mataban a los cerdos. Se divertía. Pasan cosas muy curiosas en las familias.

Miss Marple se despidió de la vendedora, vio que disponía de otros diez minutos y entró en la oficina de Correos. La tienda de ramos generales y estafeta de Jocelyn St. Mary estaba en la esquina de la plaza del mercado.

Compró los sellos que necesitaba, echó un vistazo a las tarjetas postales y después dirigió su atención a los libros que estaban en un exhibidor. La mujer de expresión avinagrada que atendía la estafeta acudió en su ayuda cuando miss Marple tuvo dificultades para sacar un libro del exhibidor.

—Algunas veces se enganchan —comentó la empleada—. La gente los coge y después no los pone bien.

No había nadie más en el local. Miss Marple miró la cubierta del libro con evidente desagrado. La ilustración mostraba a una muchacha desnuda con manchas de sangre en el rostro y a un asesino de aspecto siniestro que se inclinaba sobre ella con un puñal en la mano.

—La verdad es que parece horrorosa —opinó miss Marple.

—Yo creo que son realmente repugnantes, y hay muchos que opinan lo mismo, pero parece que cada vez hay más afición a la violencia.

Miss Marple cogió otro libro.

—«*¿Qué pasó con Baby Jane*?» —leyó—. Dios mío, qué mundo tan triste.

—Dígamelo a mí. El otro día leí en el periódico que una mujer

dejó a su bebé en el coche, delante del supermercado, y entonces vino alguien y se lo llevó sin ninguna razón aparente. La policía rescató al bebé y detuvo a la autora. Todos declaran lo mismo, ya sea que roben en un supermercado o secuestren a un bebé. Dicen que no saben por qué lo hicieron.

—Quizá sea cierto —sugirió miss Marple.

La expresión de la mujer se avinagró todavía más.

—Me cuesta mucho creerlo.

Miss Marple echó un vistazo. La estafeta seguía desierta. Se acercó a la ventana.

—Si no está usted muy ocupada, quisiera hacerle una pregunta. He cometido una verdadera estupidez. A medida que pasan los años, cometo más errores. Se trata de un paquete para una entidad benéfica. Les enviaba ropa: jerseys, prendas infantiles y cosas por el estilo. Preparé la caja, escribí la dirección y la envié, pero resulta que esta mañana me di cuenta de que había cometido un error y que había escrito la dirección que no era. Supongo que no llevarán ustedes una lista con las direcciones de los envíos, pero se me ocurrió que quizás alguien lo recordaría. La dirección que quería escribir era la de la Asociación Benéfica de la Zona Portuaria.

La expresión de la empleada se suavizó, sin duda conmovida por la evidente incapacidad y chochez de miss Marple.

—¿Lo trajo usted misma?

—No. Me alojaba en la casona y una de ellas, creo que Mrs. Glynne o una de las hermanas se ofreció a traerlo. Fue muy amable de su parte.

—Déjeme ver. Tuvo que ser el martes. Pero no fue Mrs. Glynne la que trajo el paquete, sino la más joven, miss Anthea.

—Sí, sí, creo que fue el martes.

—Lo recuerdo muy bien. Era un paquete muy voluminoso; mejor dicho, una caja que pesaba lo suyo. Pero no me suena la dirección que usted dice. El envío era para la asociación que dirige el reverendo Matthews.

—Eso es, claro —exclamó miss Marple, uniendo las manos con una alegría infantil—. Es usted muy espabilada. Ahora veo cual fue mi error. Por Navidad siempre envío cosas a la East Ham para la colecta de prendas de lana, así que sin duda copié la dirección

equivocada. ¿Podría repetírmela? —Anotó la dirección en la agenda.

—Mucho me temo que ya no se puede hacer nada. El paquete se envió el mismo martes.

—Sí, pero puedo escribir para explicarles el error y pedirles que reenvíen el paquete a la otra entidad. Muchísimas gracias.

Miss Marple se marchó a toda prisa.

La empleada atendió a la clienta que esperaba, mientras le comentaba a su colega:

—Pobre mujer, chochea de mala manera. Supongo que no es la primera vez que le pasa.

Mientras tanto, miss Marple se cruzó con Emlyn Price y Joanna Crawford que iban hacia el edificio donde tendría lugar la encuesta. Advirtió que Joanna estaba muy pálida y alterada.

—Tengo que declarar —dijo la muchacha—. ¿Qué me preguntarán? Tengo tanto miedo. Esto no me gusta nada. Ya se lo conté todo al sargento. Le dije lo que me pareció ver.

—No te preocupes, Joanna —la consoló Price—, no es más que la encuesta preliminar del coroner. Es una persona muy amable, un médico si no me equivoco. Sólo te hará unas cuantas preguntas y tú le contarás lo que viste.

—Tú también estabas allí y lo viste.

—Sí. Al menos, vi a una persona allá arriba. Cerca de los peñascos. Tranquilízate, Joanna.

—Vinieron y revisaron nuestras habitaciones en el hotel —añadió la muchacha—. Nos pidieron permiso, pero traían una orden. Buscaron en los armarios y en las maletas.

—Creo que buscaban el jersey a cuadros que tú les describiste. En cualquier caso, no tienes motivos para preocuparte. Si hubieses tenido un jersey a cuadros rojos y negros no se lo hubieras mencionado. Era un jersey a cuadros negros y rojos, ¿no es así? Te lo pregunto porque me cuesta recordar los colores. Lo único que recuerdo es que era de colores vivos. Eso es todo lo que sé.

—No lo encontraron —afirmó Joanna—. Después de todo, ninguno de nosotros lleva mucho equipaje. Nadie lleva gran cosa cuando viaja en autocar. No encontraron ningún jersey a cuadros rojos y negros entre las pertenencias del grupo. No recuerdo que

ninguno de nosotros vistiera nunca una prenda con esos colores, por lo menos hasta ahora. ¿Tú sí?

—No, pero tampoco puedo afirmarlo —respondió Emlyn—. No sabría decirlo, porque soy incapaz de distinguir los colores.

—Eres un poco daltónico, ¿no es así? —comentó Joanna—. Me di cuenta el otro día.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo te diste cuenta?

—Por mi pañuelo rojo. Te pregunté si lo habías visto. Dijiste que habías visto el verde pero me trajiste el rojo que me había dejado en el comedor. No te diste cuenta de que era rojo.

—Bueno, ahora no se te ocurra ir diciendo por ahí que soy daltónico. No me gusta. La gente se hace ideas extrañas.

—Hay más daltónicos entre los hombres que entre las mujeres —manifestó Joanna—. Es una de esas cuestiones de sexo —añadió con aire de erudito—. Ya sabes, se transmite a través de las mujeres y se manifiesta en los hombres.

—Ni que fuera el sarampión —protestó Emlyn—. Bueno, ya estamos aquí.

—No parece importarte —dijo Joanna, mientras subían los escalones de la entrada.

—La verdad es que no. Nunca he estado en una encuesta. Las cosas siempre son interesantes cuando las haces por primera vez.

El doctor Stoker era un hombre de mediana edad, pelo canoso y gafas. En primer lugar, repasó el informe de la policía y, después, la explicación del médico forense, plagada de palabras técnicas sobre las heridas que habían causado la muerte de miss Temple. Mrs. Sandbourne informó sobre la excursión de aquella tarde y dio detalles del accidente. Miss Temple, dijo, aunque no era joven, era buena andarina. El grupo caminaba por un sendero muy transitado que rodeaba la colina trazando una curva y subía poco a poco hacia la vieja iglesia de Moorland, construida originalmente en la época isabelina, pero que había sido objeto de diversas reparaciones y mejoras a lo largo de los años. En otra colina cercana había lo que llamaban el Bonaventure Memorial. Allí la pendiente era mucho más pronunciada y cada uno la subía a su ritmo. Los más jóvenes a menudo corrían o por lo menos avanzaban a paso rápido y llegaban mucho antes que los demás. Los mayores se lo tomaban con más

calma. Ella solía permanecer en la retaguardia para poder sugerir a las personas fatigadas que emprendieran el camino de regreso. Miss Temple había charlado un rato con Mr. y Mrs. Butler, pero aunque tenía más de sesenta años, se había impacientado con la lentitud del paso de la pareja y los había dejado atrás para desaparecer de la vista más allá de un recodo. No era la primera vez que lo hacía durante una excursión. Le irritaba esperar a los demás y prefería avanzar a su aire. Al poco rato habían oído un grito, y ella y los demás habían echado a correr. Al rodear el recodo se encontraron a miss Temple en el suelo. Un enorme peñasco de un grupo que había en lo alto de la colina había rodado ladera abajo, con tan mala fortuna que había alcanzado a la mujer que avanzaba por el sendero. Un accidente lamentable y trágico.

—¿Está usted segura de que fue un accidente?

—Sí, por supuesto. No se me ocurre ninguna otra explicación del suceso. Fue un accidente.

—¿No vio usted a nadie en lo alto de la colina?

—No. Caminábamos por el sendero principal que rodea la colina pero hay quien sube directamente a la cumbre. Sin embargo, aquella tarde no vi a nadie que lo hiciera.

Llamaron a Joanna Crawford. Después de dar su nombre y su edad, el doctor Stoker le preguntó:

—¿Caminaba usted sola o acompañada?

—Me acompañaba Mr. Emlyn Price.

—¿No iba nadie más con ustedes?

—No. íbamos charlando y nos entreteníamos mirando las flores. Eran de una variedad poco común. Emlyn es aficionado a la botánica.

—¿Estaban fuera de la visión del grupo?

—No siempre. Ellos caminaban por el sendero principal, un poco más abajo que nosotros.

—¿Vio usted a miss Temple?

—Creo que sí. Iba por delante de los demás y, si no recuerdo mal, la vi doblar por un recodo del camino. Después ya no la volví a ver porque la ocultaba la altura de la colina.

—¿Vio usted a alguien más en las alturas?

—Sí. Vi a una persona que se movía entre una formación de

peñascos en la ladera.

—Conozco el lugar al que se refiere —señaló el Dr. Stoker—. Se trata de un conjunto de peñascos de granito que la gente del pueblo llama las Ovejas o las Ovejas Grises.

—Supongo que, vistos desde lejos, pueden tener el aspecto de un rebaño de ovejas, pero nosotros no estábamos lejos.

—¿Vio alguien allá arriba?

—Sí. Había alguien que parecía apoyarse en uno de los peñascos.

—¿Cree usted que lo estaba empujando?

—Sí, eso pensé, y me pregunté el porqué. Parecía estar empujando uno de los peñascos exteriores, el más cercano al borde. Se veían tan grandes y pesados que me parecía imposible que alguien pudiera empujarlos. Pero el peñasco que él o ella estaba empujando parecía estar en equilibrio como una piedra suelta.

—Primero ha dicho él, y ahora dice él o ella, miss Crawford. ¿Qué cree usted que era?

—Creí, mejor dicho supuse que era un hombre, pero en aquel momento no estaba pensando en ello. Podía ser un hombre o una mujer. Vestía pantalón y un jersey de cuello alto.

—¿De qué color era el jersey?

—Era un jersey a cuadros negros y rojos. Llevaba una gorra y el pelo le llegaba casi hasta los hombros, como el de una mujer, pero bien podía ser el de un hombre.

—Desde luego que sí —manifestó el Dr. Stoker, con un evidente tono de disgusto—. Identificar a una figura masculina o femenina por el pelo no resulta fácil en estos tiempos. ¿Qué pasó después?

—El peñasco cayó por el borde y comenzó a ganar velocidad. Le dije a Emlyn: «Baja rodando por la pendiente». Entonces oímos un fuerte estruendo y me pareció oír un grito pero quizá sólo me lo imaginé.

—¿Qué más?

—Corrimos hasta un lugar desde donde se veía el camino para saber qué había pasado con el peñasco.

—¿Qué vio?

—Vimos el peñasco en el camino y un cuerpo debajo. También vimos a las personas del grupo que se acercaban corriendo.

—¿Era miss Temple la persona que gritó?

—Supongo que sí. Claro que también pudo ser alguien del grupo que gritó en cuanto rebasó el recodo y vio lo sucedido. Fue algo horrible.

—Sí, no me cabe ninguna duda. ¿Qué pasó con la figura que vio en la cumbre? ¿El hombre o la mujer con el jersey a cuadros? ¿Continuaba moviéndose entre los peñascos?

—No lo sé. No volví a mirar. Estaba muy ocupada mirando el accidente mientras corría ladera abajo, dispuesta a ayudar en lo que pudiera. Es posible que en algún momento mirara hacia la cumbre, pero ya no se veía a nadie, sólo las piedras. Es un terreno muy desigual y las ondulaciones impiden la visión.

—¿Pudo ser alguien del grupo?

—Oh, no, estoy segura de que no fue ninguno de nosotros. Me hubiera dado cuenta porque más o menos sabes cómo va vestido cada uno. Ninguno de nosotros llevaba un jersey a cuadros rojos y negros.

—Muchas gracias, miss Crawford.

El próximo en declarar fue Emlyn Price. Su relato fue prácticamente idéntico al de Joanna.

Se tomaron otras declaraciones que no aportaron nada nuevo.

El coroner decidió que no había pruebas suficientes para demostrar una intencionalidad en la muerte de Elizabeth Temple y aplazó la encuesta hasta al cabo de quince días.

Capítulo XVII

Miss Marple Hace Una Visita

Nadie del grupo hizo comentario alguno mientras regresaban al hotel después de la encuesta. El profesor Wanstead caminaba junto a miss Marple y, como ella iba a su ritmo, no tardaron mucho en quedar rezagados.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó miss Marple.

—¿Se refiere usted legalmente o a nosotros?

—Supongo que a ambas cosas —replicó la anciana—, porque sin duda una afectará a la otra.

—Todo indica que la policía continuará con las investigaciones a partir de lo que han dicho los dos jóvenes.

—Sí.

—Tendrán que seguir averiguando. Era lógico que se aplazara la encuesta. No se podía esperar que el coroner diera un veredicto de muerte accidental.

—Eso ya lo comprendo —manifestó miss Marple—. ¿Qué opina usted de las declaraciones?

El profesor Wanstead la miró con viveza.

—¿Tiene usted alguna idea en particular, miss Marple? —dijo con un tono sugerente—. Por supuesto, nosotros sabíamos de antemano lo que declararían.

—Así es.

—Por lo tanto, lo que me está pidiendo es mi opinión sobre la pareja, sobre sus sentimientos ante lo ocurrido.

—Es interesante —afirmó la anciana—. Muy interesante. El jersey rojo y negro. No deja de tener su importancia, ¿no le parece? ¿Un tanto sorprendente?

—Sí, eso es —El profesor volvió a mirarla—. ¿A usted qué le sugiere?

—Creo que la descripción de la prenda nos puede dar una pista muy valiosa.

Llegaron al hotel. Sólo eran las doce y media y Mrs. Sandbourne propuso beber algo antes de pasar al comedor. Mientras servían jerez, zumo de tomate y otras bebidas, la representante de la agencia les comunicó los cambios de planes.

—He pedido el consejo del coroner y el inspector Douglas. Dado que el forense ha concluido su trabajo, mañana a las once se celebrará un funeral en la iglesia. Me encargaré de hacer los arreglos con Mr. Courtney, el vicario local. Pasado mañana reanudaremos el viaje. El programa sufrirá algunos cambios porque hemos perdido tres días, así que nos atendremos a los lugares más importantes. Sé que hay un par de personas que prefieren regresar a Londres. Comprendo los sentimientos detrás de la decisión y no pretendo interferir en sus planes. La muerte de miss Temple ha sido muy lamentable. No es la primera vez que ocurre una desgracia en aquel sendero, aunque en este caso no parece haber ninguna explicación geológica o ambiental. Creo que proseguirán las investigaciones hasta esclarecer los hechos. Claro que es posible que algún excursionista hubiera podido empujar el peñasco sin darse cuenta del peligro que representaba para las personas que transitaban por el sendero. Si así fuera y la persona se presentara a la policía, todo quedaría resuelto en un plazo relativamente corto, pero admito que no lo podemos dar por sentado. Es poco probable que la difunta miss Temple tuviera un enemigo o que alguien deseara causarle algún daño. Propongo que no hablemos más del accidente. Las autoridades locales se encargarán de las investigaciones pertinentes. Supongo que todos querrán asistir al servicio religioso de mañana y después continuar con el viaje. Nos ayudará a olvidar el trágico suceso. Todavía nos quedan por ver muchas casas muy famosas e interesantes, y también algunos panoramas muy hermosos.

Pasaron al comedor y nadie discutió el tema, al menos abiertamente. Después de comer, tomaron café en el vestíbulo y se formaron pequeños grupos que hablaban sobre los nuevos planes

para el viaje.

—¿Continuará usted con la excursión? —le preguntó el profesor Wanstead a miss Marple.

—No —respondió la anciana con voz pensativa—. Creo que lo ocurrido me obliga a permanecer aquí un poco más.

—¿En el hotel o en la casona?

—Eso depende de si recibo o no una invitación de las tres hermanas. No quiero presentarme sin más porque la invitación era para las dos noches que el grupo debía estar aquí. Creo que lo mejor será quedarme en el hotel.

—¿No prefiere regresar a St. Mary Mead?

—Todavía no. Hay un par de cosas que podría hacer aquí. Una ya la he hecho —Advirtió la mirada de curiosidad del profesor—. Si usted piensa continuar con el resto del grupo, le diré lo que me llevo entre manos y le sugeriré una línea de investigación secundaria que podría ayudar. La otra razón por la que quiero quedarme se la contaré más tarde. Quiero hacer ciertas indagaciones en el pueblo. Quizá no den ningún resultado y, por lo tanto, no sirve de nada que se las mencione. ¿Qué hará usted?

—Me gustaría regresar a Londres, tengo trabajos pendientes, a menos que usted considere que le puedo ayudar aquí.

—No, al menos de momento. Supongo que usted también tiene cosas que investigar.

—Vine a este viaje para conocerla, miss Marple.

—Pues ya me ha conocido y sabe tanto como yo o prácticamente lo mismo que yo sé. Pero antes de que usted se marche, creo que hay un par de cosas en las que podría ayudar y conseguir algún resultado.

—Comprendo. Tiene usted ideas.

—Sólo estoy recordando lo que usted dijo.

—¿Quizás ha olido usted el olor del mal?

—Es difícil saber exactamente el significado de aquello que percibes como malo.

—¿Nota usted algo malo en el ambiente?

—Sí, con toda claridad.

—Sobre todo después de la muerte de miss Temple que, por supuesto, no fue un accidente por mucho que se empeñe Mrs.

Sandbourne en negarlo.

—No, no fue un accidente. Creo que no le he dicho lo que miss Temple me manifestó en un momento de la excursión, que esto era para ella una peregrinación.

—Interesante, sí, muy interesante. ¿No le mencionó cuál era el objetivo de su peregrinación?

—No, pero si hubiese vivido un poco más y no hubiera estado tan débil, quizá me lo hubiese dicho. Desgraciadamente, la muerte le llegó demasiado pronto.

—¿O sea que no tiene usted más ideas sobre el tema?

—Así es. Sólo la seguridad de que su peregrinaje tenía por objetivo reparar un mal. Alguien quiso evitar que llegará a su punto de destino o impedir que cumpliera con su objetivo. Sólo nos queda la esperanza de que el azar o la providencia nos den alguna pista.

—¿Ése es el motivo por el que se quedará aquí?

—Hay algo más. Quiero averiguar todo lo que pueda sobre una muchacha llamada Nora Broad.

—Nora Broad —repitió Wanstead intrigado.

—La otra muchacha que desapareció más o menos al mismo tiempo que Verity Hunt. Recuerde que fue usted quien la mencionó. Una muchacha que tenía muchos novios y que, según tengo entendido, quería tenerlos. Una tonta, pero aparentemente atractiva para los hombres. Creo que, si averiguo algo más de ella, me será útil en mis pesquisas.

—Como usted diga, inspectora Marple.

El funeral se ofició a la mañana siguiente. No faltó ninguno de los participantes en la excursión. Miss Marple observó a la concurrencia. Había unas cuantas personas del pueblo. Mrs. Glynne y su hermana Clotilde entre ellas. La más joven, Anthea, no estaba. No reconoció a los otros, pero supuso que habían venido atraídos por una curiosidad morbosa ante lo que ahora se sospechaba que no era un accidente. También estaba presente un viejo clérigo con polainas que debía tener los setenta y pico, un hombre de hombros anchos y una abundante cabellera blanca. Padecía de un leve cojera y le costaba trabajo arrodillarse. Tenía unas facciones nobles, se dijo miss Marple, mientras se preguntaba quién podría ser. Tal vez un viejo amigo de Elizabeth Temple o alguien que hubiera venido

de muy lejos para asistir al oficio.

Cuando salían de la iglesia, miss Marple intercambió algunas palabras con sus compañeros de viaje. Ahora ya sabía lo que haría cada uno. Los Butler regresaban a Londres.

—Le dije a Henry que no podía seguir con esto —afirmó Mrs. Butler—. Tengo la sensación permanente de que, en cualquier momento, cuando lleguemos a cualquier esquina, alguien, cualquiera, podría dispararnos o tirarnos una piedra, alguien que tiene algo en contra de las Casas Famosas de Inglaterra.

—Venga, Mamie, por favor —le rogó Mr. Butler—, no te dejes llevar por la fantasías. Es imposible.

—Tú qué sabes de lo que puede pasar en estos tiempos. Terroristas que secuestran aviones, atentados, tiroteos y todo lo demás. La verdad es que no me siento segura en ninguna parte.

La vieja miss Lumley y miss Bentham, ya mucho más tranquilas, continuarían el viaje.

—Hemos pagado nuestro buen dinero por este viaje y nos parece una pena perdernos algo bueno sólo porque haya ocurrido este lamentable accidente. Anoche llamamos a una muy buena vecina nuestra y ella se ocupará de los gatos, así que no tenemos motivos para preocuparnos.

La muerte de miss Temple sería siempre un accidente para las dos solteronas. Habían decido que así sería más cómodo.

Mrs. Riseley-Porter también seguiría. El coronel y Mrs. Walker tenían muy claro que nada les impediría ver una rarísima colección de fucsias en el jardín que visitarían pasado mañana. El arquitecto, Jameson, tampoco quería perderse varias casas que tenían un interés especial. En cambio, Mr. Caspar regresaría a Londres en el primer tren. Miss Cooke y miss Barrow parecían indecisas.

—Hay muchos sitios agradables para pasear por estos alrededores —comentó miss Cooke—. Creo que nos quedaremos en el Golden Boar un poco. Eso mismo hará usted, ¿no es así, miss Marple?

—Creo que sí. No me siento con ánimos de reemprender el viaje ahora mismo. Creo que un par de días de descanso me ayudarían mucho después de lo sucedido.

Mientras el pequeño grupo se dispersaba, miss Marple se alejó

discretamente. Sacó del bolso la hoja que había arrancado de su libreta y en la que había anotado dos direcciones. La primera correspondía a una bonita casa blanca con un jardín bien cuidado al final de la calle, donde vivía una tal Mrs. Blackett. Una mujer baja y muy pulcra abrió la puerta.

—¿Mrs. Blackett?

—Sí, sí, señora, soy yo.

—Me preguntaba si podría pasar y hablar con usted un par de minutos. Acabo de asistir al servicio fúnebre y estoy un poco mareada. ¿Podría sentarme un momento?

—Oh, cuanto lo siento. Pase, señora, pase, no le pasará nada. Siéntese aquí. Ahora mismo le traeré un vaso de agua ¿o prefiere que le prepare un té?

—No, muchas gracias. Sólo quiero un vaso de agua. En cuanto beba se me pasará.

Mrs. Blackett volvió con un vaso de agua. Su rostro mostraba una expresión de placer ante la perspectiva de una amable charla sobre mareos y enfermedades diversas.

—Tengo un sobrino al que le pasa lo mismo. A su edad no tendría que pasarle, no hace tanto que cumplió los cincuenta, pero de vez en cuando se marea sin más y si no se sienta de inmediato… bueno, no me creerá, se desploma inconsciente. Terrible. Algo realmente terrible. Los médicos no saben qué hacer para que no le pase. Aquí tiene el vaso de agua.

—Ah, muchas gracias —Miss Marple bebió un trago—. Ya me siento mucho mejor.

—¿Ha estado en el funeral por la pobre señora a la que mataron según unos y que murió en un accidente según otros? Yo digo que fue un accidente, pero cada vez que hay una encuesta judicial, siempre quieren que sea un homicidio.

—Sí, estuve en el funeral. Por cierto que me han contado muchas cosas por el estilo ocurridas hace años. He oído hablar mucho de una muchacha llamada Nora. Creo que se llamaba Nora Broad.

—Ah, Nora, sí. Era la hija de mi prima. Sí. Pasó hace mucho tiempo. Se marchó y ya no regresó nunca más. No hay manera de retener a las chicas. Se lo dije a Nancy Broad, mi prima. Le dije: «Te

pasas todo el día trabajando fuera de casa» y le dije: «¿Sabes lo que está haciendo Nora? Es de ésas a las que les gustan mucho los chicos. Pues ya verás que cualquier día tendrá problemas». Eso le dije y no me equivoqué.

—¿Se refiere a…?

—La historia de siempre. Sí, se quedó embarazada. Creo que mi prima Nancy todavía hoy no lo sabe. Pero, por supuesto, yo ya tengo sesenta y cinco años y sé muy bien cómo son estas cosas. Sé cómo cambian las chicas y creo que también sé quien fue, pero no estoy segura porque él continuó viviendo aquí y lo pasó muy mal cuando Nora desapareció.

—Se marchó, ¿verdad?

—Aceptó la invitación de alguien que se ofreció a llevarla en su coche. Un extraño. Fue la última vez que la vieron. Ya no recuerdo la marca del coche. Tenía un nombre curioso. Un Audit o algo así. La cuestión es que la habían visto un par de veces en aquel coche. Así que se largó. Dijeron que era el mismo coche donde también habían visto a la muchacha que asesinaron. Pero no creo que le pasara lo mismo a Nora. Si la hubieran asesinado, el cadáver ya tendría que haber aparecido, ¿no cree?

—Desde luego, eso parece lo más probable —admitió miss Marple—. ¿La muchacha era una buena estudiante?

—No, que va. Era muy haragana y nada inteligente. No. Sólo le interesaban los chicos. Desde que cumplió los doce no pensaba en otra cosa. Supongo que al final decidió largarse con alguno, convencida de que era el hombre de su vida, pero no se lo dijo a nadie. Ni siquiera se molestó en enviar una tarjeta postal. Para mí que se marchó con alguien que le prometió el oro y el moro. Cuando yo era joven, una vez conocí a una muchacha que se fue con un africano. Le dijo que su padre era un jeque en algún lugar de África o de Argelia. Sí, en Argelia o en algún lugar de por allí. Le prometió que tendría las cosas más maravillosas. Le contó que su padre tenía seis camellos y un montón de caballos y que ella viviría en una casa fantástica, con alfombras en las paredes, lo cual parece un lugar bastante curioso para poner las alfombras. Así que ella se marchó. Sí, la pobre lo pasó fatal. Fue horrible. Vivían en una casucha miserable hecha con ladrillos de barro. Sí, algo espantoso.

Sólo comían una cosa que llamaban cus-cus. Yo siempre creí que era algo así como lechuga, pero no lo era. Se parecía más a una papilla de sémola. Fue terrible. Para colmo, un día el africano le dijo que ella no era una buena esposa y se divorció. Le explicó que sólo tenía que decir: «Me divorcio de ti» tres veces, cosa que hizo y se fue. Así que ella se encontró sin nada y tuvo suerte de que una sociedad benéfica accediera a pagarle el billete de regreso a Inglaterra. Así acabó la historia. Pero han pasado treinta o cuarenta años. En cambio, lo de Nora ocurrió hará unos siete años. Estoy convencida de que aparecerá el día menos pensado con el rabo entre las piernas. Al menos habrá aprendido la lección y no volverá a creer en falsas promesas.

—¿Tenía alguien a quien acudir además de su madre, me refiero a su prima, alguien que…?

—Había muchas personas que la apreciaban. Estaban las señoras de la casona. Mrs. Glynne no estaba allí por aquel entonces, pero sí miss Clotilde, que siempre se ha mostrado muy atenta con todas las chicas que van a la escuela. Sí, le hizo muchos regalos a Nora. En una ocasión, le regaló un pañuelo y un vestido muy bonito, un vestido de verano y un pañuelo de seda. Miss Clotilde era muy buena. Siempre se preocupaba por los estudios de Nora y hacía todo lo posible para que fuera más aplicada y cosas parecidas. Le aconsejó que cambiara de conducta, le dijo que no iba por buen camino. No quiero hablar mal de nadie y menos tratándose de la hija de mi prima, aunque sólo sea mi prima porque se casó con mi primo. Pero me refiero a que era terrible la locura que sentía por los chicos. Se dejaba ligar por cualquiera. Al final te daba pena, porque ya la veías haciendo la calle. No creo que pudiera tener otro futuro. No me gusta decir estas cosas, pero es la verdad. En cualquier caso, creo que quizá no esté tan mal que la asesinaran como le pasó a miss Hunt, que vivía en la casona. Aquello fue algo muy cruel. Al principio, creyeron que se había marchado con alguien y la policía investigó el asunto. Hicieron un montón de preguntas y se llevaron a comisaría a muchos jóvenes que la habían conocido para interrogarlos. Entre ellos estaban Geoffrey Grant, Billy Thompson y Harry, el hijo de los Landford, todos en el paro, aunque podían haber aceptado cualquiera de los muchos empleos que les ofrecían.

Las cosas ya no son como cuando yo era joven. Las chicas se comportaban correctamente y los chicos sabían que el trabajo era la única manera de prosperar.

Miss Marple charló un rato más. Después dijo que ya se sentía bien, le dio las gracias a Mrs. Blackett por sus atenciones y se marchó.

Su siguiente visita fue a una muchacha que estaba plantando lechugas.

—¿Nora Broad? Oh, hace años que no está en el pueblo. Se marchó con alguien. Estaba loca por los chicos. Siempre he querido saber cómo acabó. ¿La quería ver por alguna razón en particular?

—Recibí una carta de un amiga en el extranjero —mintió miss Marple—, una familia muy agradable que estaban pensando en contratar a una tal miss Nora Broad. Creo que había tenido algunos problemas. Se casó con alguien muy poco recomendable. El marido la abandonó por otra mujer y ella buscaba un trabajo cuidando niños. Mi amiga no sabía nada de ella, pero al parecer era de este pueblo. Así que, como estoy de paso por aquí, me dije que quizás encontraría a alguien que pudiera darme algunas referencias. Usted y ella fueron compañeras de escuela, ¿verdad?

—Sí, estábamos en el mismo curso. Pero yo nunca aprobé la conducta de Nora. Tenía locura por los muchachos. Por aquel entonces, ya salía con un chico muy bueno, y le dije que no le beneficiaría en nada salir con el primero que se ofreciera a llevarla en su coche o que la invitara a un pub, donde tenía que mentir sobre su edad porque era menor. Pero, como estaba muy desarrollada y parecía mayor de lo que era, se salía con la suya.

—¿Era morena o rubia?

—Tenía el pelo oscuro y muy bonito por cierto. Siempre lo llevaba largo, como todas las chicas.

—¿La policía se preocupó de investigar la desaparición?

—Sí. Verá, ella no dejó ninguna nota ni le dijo nada a nadie. Sencillamente salió una noche y ya no volvió. Por aquel entonces, se habían cometido unos cuantos asesinatos. No todos por aquí, pero sí en la región. La policía interrogó a muchos jóvenes. Todos pensamos que acabarían por encontrar el cadáver de Nora en alguna parte, pero no fue así. No me extrañaría nada que ahora

mismo esté ganando un montón de dinero en Londres o en cualquiera de esas grandes ciudades, haciendo strip-tease o algo así en algún cabaret. Era de esa clase de chicas.

—No creo —señaló miss Marple—, si se trata de la misma persona, que sea la más adecuada para trabajar en la casa de mi amiga.

—Nora tendría que cambiar mucho para serlo —opinó la joven.

Capítulo XVIII

El Archidiácono Brabazon

La recepcionista del Golden Boar salió al encuentro de miss Marple en cuanto la vio entrar en el vestíbulo.

—Miss Marple, hay alguien que la está esperando. Quiere hablar con usted. El archidiácono Brabazon.

—¿El archidiácono Brabazon? —dijo miss Marple extrañada.

—Sí. Se ve que la estaba buscando. Al parecer se enteró de que usted participaba en el viaje y quería hablar con usted antes de que continúe el recorrido. Le informé de que algunos de los viajeros se marchaban de regreso a Londres esta misma tarde con el último tren. Tiene mucho interés en verla antes de que se marche. Está en la sala de la televisión. Allí no hay tanto jaleo como en la sala de juegos.

Miss Marple, un tanto sorprendida, se dirigió a la sala indicada. El archidiácono Brabazon resultó ser el hombre mayor que había visto en el oficio fúnebre. El clérigo se levantó para saludarla.

—Miss Marple. ¿Miss Jane Marple?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo servirle?

—Soy el archidiácono Brabazon. Vine esta mañana para asistir al funeral de una muy vieja amiga mía, miss Elizabeth Temple.

—¿Sí? Por favor, siéntese.

—Muchas gracias. Ya no resisto tanto como antes —Se sentó con mucho cuidado.

Miss Marple se sentó junto al clérigo.

—¿Cuál es el motivo de su visita?

—Se lo explicaré. Me doy cuenta de que usted no me conoce. Verá, esta mañana estuve en el hospital de Carristown y hablé con

la directora antes de venir aquí para asistir al funeral. Fue ella la que me comentó que Elizabeth, antes de morir, había preguntado por una de sus compañeras de viaje: miss Jane Marple. También me dijo que usted la había visitado y que había estado con ella un par de horas antes de producirse el fallecimiento.

El archidiácono miró a miss Marple con una expresión ansiosa.

—Sí —admitió la anciana—, así es. Reconozco que me sorprendió mucho que me llamara.

—¿Era usted una vieja amiga suya?

—No. Nos vimos por primera vez en este viaje. Por eso me sorprendió. Habíamos charlado un par de veces y también nos sentamos juntas en el autocar en algunas ocasiones. Me pareció una persona encantadora. Pero, así y todo, me sorprendió que preguntara por mí cuando estaba tan grave.

—Sí, sí, me lo imagino. Como le he dicho, era una muy vieja amiga mía. La verdad es que hacía este viaje para venir a verme. Vivo en Fillminister, que es donde la excursión llegará pasado mañana. Al parecer, quería hablar conmigo sobre diversos asuntos, convencida de que yo podría ayudarla.

—Comprendo. ¿Puedo hacerle una pregunta? Espero que no la considere demasiado íntima.

—Por supuesto, miss Marple. Puede usted preguntarme lo que quiera.

—Una de las cosas que me comentó miss Temple fue que su presencia en este viaje no sólo se debía a un deseo de ver las casas y jardines históricos. Empleó una palabra poco habitual para describirlo. Dijo que era una peregrinación.

—¿Eso dijo? Sí, es interesante. —El archidiácono hizo una pausa y después añadió—: Muy interesante y quizá significativo.

—De ahí mi pregunta. ¿Cree usted que al hablar de peregrinación se refería a la visita que le haría a usted?

—No podía ser otra cosa —opinó Brabazon—. Creo que sí.

—Estuvimos hablando —continuó miss Marple— de una muchacha, una joven llamada Verity.

—Ah, sí, Verity Hunt.

—No sabía el apellido. Creo que miss Temple sólo la mencionó como Verity.

—Verity Hunt está muerta —le informó el archidiácono—. Murió hace años. ¿Lo sabía?

—Sí, lo sabía. Miss Temple y yo hablamos de esa muchacha. Miss Temple me dijo algo que yo no sabía. Me comentó que Verity había estado prometida en matrimonio con el hijo de Mr. Rafiel. Por cierto que Mr. Rafiel era amigo mío. Fue él quien tuvo el gesto de invitarme a hacer este viaje con todos los gastos pagados. Creo que su intención era que conociera a miss Temple en este viaje. Supongo que pretendía que me diera cierta información.

—¿Información referente a Verity?

—Sí.

—Ésa era la razón por la que ella venía a verme. Quería conocer ciertos hechos.

—Quería saber —precisó miss Marple— por qué Verity rompió su compromiso con el hijo de Mr. Rafiel.

—Verity —replicó el archidiácono— no rompió el compromiso. Estoy seguro de que no lo hizo.

—¿Miss Temple no lo sabía?

—No. Creo que estaba intrigada y muy triste por lo ocurrido. Si no me equivoco, su intención era preguntarme por qué no se casaron.

—¿Puede usted decirme por qué no se casaron? Por favor, no me tome por una entrometida. No es la curiosidad lo que me mueve. Yo también tengo un propósito definido, aunque lo mío no es un peregrinaje sino una misión. Yo también quiero saber por qué no se casaron Michael Rafiel y Verity Hunt.

El archidiácono miró a su interlocutora con una expresión pensativa.

—Veo que está usted involucrada en este asunto, aunque no sé sus razones.

—Estoy involucrada por expreso deseo del padre de Michael Rafiel. Antes de morir me pidió que lo hiciera.

—No hay ningún motivo que me impida decirle lo que sé —manifestó el archidiácono—. Usted me pregunta lo mismo que me hubiera preguntado Elizabeth Temple, me pregunta algo que no sé. Aquellos dos jóvenes, miss Marple, querían casarse. Habían hecho los preparativos para la boda. Yo oficiaría la ceremonia. Era una

boda, por lo que entendí, que debía mantenerse en secreto. Conocía a los dos jóvenes. Conocía a mi querida Verity desde que era una niña. Yo la preparé para la confirmación. Yo oficiaba las misas de Cuaresma, la Pascua y, en ciertas ocasiones, en el colegio de Elizabeth Temple. Era un colegio excelente y ella una mujer extraordinaria, una maestra única en su clase, con una gran capacidad para valorar la capacidad de sus alumnas, para saber cuál era su vocación. Aconsejaba que estudiaran una carrera a aquéllas que disfrutarían haciéndolo y no obligaba a aquéllas que no sacarían ningún provecho.

»Era una gran mujer y una gran amiga. Verity era una niña, mejor dicho muchacha, de las más bellas que he conocido a lo largo de mi vida. Hermosa de mente y de corazón, además de la belleza física. Tuvo la gran desgracia de perder a sus padres antes de llegar a la edad adulta. Ambos murieron en un accidente de avión cuando volaban hacia España. Cuando acabó el colegio, Verity se fue a vivir con miss Clotilde Bradbury-Scott a la que sin duda usted conoce, ya que vive aquí. Era amiga íntima de la madre de Verity. Eran tres hermanas, aunque la mediana estaba casada y vivía en el extranjero, o sea que sólo dos vivían aquí.

«Clotilde, la hermana mayor, quería muchísimo a Verity. Hizo todo lo posible por darle una vida feliz. La llevaba al extranjero, le pagó los estudios de arte en Italia y se ocupó de ella con un gran cariño en todos los sentidos. Verity llegó a quererla como si fuera su verdadera madre. Dependía de Clotilde, que era una intelectual y muy culta. No insistió en que Verity estudiara una carrera, pero eso sólo porque Verity no quería estudiar ninguna. Prefería estudiar arte, música y cosas por el estilo. Vivía aquí, en la casona, y creo que tuvo una vida muy feliz. Por lo menos, parecía serlo. Naturalmente, no la volví a ver cuando se trasladó aquí porque Fillminister, donde yo era párroco de la catedral, está a unas sesenta millas de aquí. Le escribía por Navidad y por las fiestas, y ella siempre me recordaba enviándome una felicitación. Pero no supe nada más de ella, hasta que un buen día apareció sin más, convertida en una hermosa mujer, en compañía de un joven muy atractivo a quien yo conocía, el hijo de Mr. Rafiel, Michael. Vinieron a verme porque estaban enamorados y querían casarse.

—¿Accedió usted a la petición?

—Sí, lo hice. Quizá crea usted, miss Marple, que no debí acceder a la petición. Era obvio que había venido a verme en secreto. Me imaginé que Clotilde Bradbury-Scott había intentado impedir el romance entre ellos. Estaba en todo su derecho. Michael Rafiel, y se lo digo con toda franqueza, no era el marido que nadie querría para una hija o un familiar. Ella, en realidad, era muy joven para tomar una decisión así y Michael siempre había causado problemas desde muy joven. Había tenido que presentarse ante el tribunal de menores, tenía amigos delincuentes, había participado en actividades del crimen organizado, había saqueado edificios y cabinas de teléfono. Había mantenido relaciones íntimas con varias muchachas y debía pagar varias pensiones de paternidad. Sí, era un demonio en cuestión de mujeres, pero era muy guapo y atractivo. Las muchachas se enamoraban de él y se comportaban como verdaderas tontas. También había estado en la cárcel en dos ocasiones. A pesar de su juventud, tenía un largo historial delictivo. Yo conocía a su padre, y creo que él hizo todo lo posible, todo lo que podía hacer un hombre de su carácter para ayudar a su hijo. Acudió en su ayuda, le consiguió trabajos en los que podría haber destacado, pagó sus deudas, pagó los daños. Hizo todo eso, pero no sé si…

—¿Cree usted que podría haber hecho más?

—No. He llegado a una edad en la que sé que debemos aceptar a los seres humanos tal como son. No creo que Mr. Rafiel sintiera afecto por su hijo, al menos un afecto normal entre padre e hijo. Digamos que, como mucho, lo apreciaba. En ningún momento le dio el amor de un padre. Tampoco sé si las cosas hubieron sido de otro modo si se lo hubiese dado. Quizá no hubiera representado ninguna diferencia. La situación era penosa. El muchacho no era un estúpido. Tenía inteligencia y talento. Podría haber triunfado de habérselo propuesto, pero su naturaleza le empujaba a ser un delincuente.

«Tenía algunas cualidades que sería injusto negarle. Tenía sentido del humor, era generoso y amable. Era capaz de echar una mano a un amigo, siempre dispuesto a ayudarle a salir de un apuro. En cambio, trataba muy mal a sus amigas, las ponía en una

situación comprometida y después las abandonaba para irse con alguna otra chica. Así que me enfrenté a aquellos dos y acepté casarlos. Le expliqué a Verity, le expliqué sin pelos en la lengua, cómo era el muchacho con el que quería casarse. Descubrí que él no había intentado engañarla. Se lo había contado todo. Sus problemas con la policía y su comportamiento con las otras chicas. Le había prometido que el matrimonio sería el punto de partida de una nueva vida, que estaba dispuesto a pasar página y a cambiar. Le advertí a Verity que eso no pasaría, que las personas no cambian, que sólo tienen la intención de hacerlo. Creo que Verity lo sabía tan bien como yo. Admitió que lo sabía. Me dijo: "Sé como es Michael. Sé que siempre será como ahora, pero le quiero. Quizá pueda ayudarle o quizá no, pero debo correr el riesgo."

»Le diré una cosa, miss Marple. He casado a muchos jóvenes, he visto hundirse sus matrimonios, pero también he visto muchos que han salido adelante. Sé cuando una pareja está enamorada de verdad. Y no me refiero sólo a sentirse atraídos sexualmente. Hoy se habla mucho del sexo, se le presta demasiada atención. No quiero decir que haya nada malo en el sexo, eso es una tontería, pero el sexo no puede reemplazar al amor; lo acompaña, pero no puede triunfar en solitario. Amar significa cumplir los votos matrimoniales para bien o para mal, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad. Esos son los compromisos que asumes cuando estás enamorado y te casas. Aquellos dos se querían hasta que la muerte los separara. Aquí termina mi relato —afirmó el archidiácono—. No puedo seguir porque no sé lo que ocurrió. Sólo sé que acepté hacer lo que me pedían, que hice todos los preparativos. Fijamos un día, la hora y el lugar. Creo que sólo se me puede reprochar haber aceptado mantenerlo en secreto.

—¿No querían que nadie lo supiera?

—No. Verity no quería que nadie se enterara y estoy seguro de que Michael compartía el mismo deseo. Tenían miedo de que alguien se interpusiera. Creo que en el caso de Verity, además del amor, había un deseo de libertad, algo muy natural si consideramos las circunstancias de su vida. Había perdido a sus padres, había entrado en una nueva etapa de su vida, después de la muerte de éstos, a una edad en que las colegialas sienten un afecto

extraordinario por una persona determinada. Es un estado que no dura mucho y es una parte natural de la vida. A partir de entonces, pasas a una nueva etapa donde te das cuenta de que lo que quieres en la vida es algo que te complemente: una relación entre un hombre y una mujer. Empiezas a buscar pareja, la que quieres para toda la vida. Si eres prudente, te tomas tu tiempo, tienes amigos, pero continúas esperando, como les decían las viejas niñeras a sus pupilas, que aparezca Mr. Perfecto. Clotilde Bradbury-Scott era muy buena con Verity y creo que ella la tenía en un pedestal. Tenía mucha personalidad. Era una persona inteligente, capacitada, interesante. Creo que Verity la quería de una manera casi romántica y que Clotilde llegó a quererla como si fuese su hija.

»Por lo tanto, podemos decir que Verity llegó a la madurez como una persona muy querida, que llevaba una vida interesante con estudios cuidadosamente elegidos para estimular su intelecto. Llevaba una vida feliz, pero creo que poco a poco fue consciente, aunque sin saberlo, de que necesitaba escapar para sentirse libre. Quería escapar, aunque no tenía claro porqué o dónde. Pero lo supo después de conocer a Michael. Quería ser libre para disfrutar de una vida en la que el hombre y la mujer se unen para dar un nuevo paso en este mundo.

»Pero, al mismo tiempo, sabía que era imposible hacerle comprender sus sentimientos a Clotilde. Era consciente de que Clotilde se opondría tenazmente a tomar en serio el amor que sentía por Michael. En cuanto a Clotilde, mucho me temo que tenía razón. Ahora lo comprendo. Michael no era el marido que Verity se merecía. El camino que deseaba emprender no la llevaría a una vida plena de felicidad y alegría, sino al dolor, a la desesperación y a la muerte. Verá, miss Marple, tengo un terrible sentimiento de culpa. Mis intenciones eran buenas, pero no comprendía algo que debería haber tenido muy claro. Conocía a Verity, pero no conocía a Michael. Comprendí el deseo de Verity de mantener el secreto porque sabía que Clotilde tenía una personalidad muy fuerte, la suficiente como para convencer a Verity de que desistiera del matrimonio.

—¿Cree usted que eso fue lo que hizo? ¿Cree que Clotilde la convenció de que Michael era un delincuente empedernido y que su

matrimonio sería una desgracia?

—No, no lo creo. Sigo sin creérmelo. Verity me lo hubiera dicho. De alguna manera, se las habría arreglado para mandarme un aviso.

—¿Qué pasó aquél día?

—Todavía no se lo he dicho. Se fijó una fecha: el día, el lugar y la hora, y los esperé. Esperé a una pareja de novios que no se presentaron, que no dijeron ni una palabra, que no enviaron ninguna excusa, nada. ¡No supe el porqué entonces y sigo sin saberlo ahora! Todavía me parece increíble. Cuando digo increíble no me refiero a que no vinieran, eso se podría explicar fácilmente, pero no que no me avisaran. Una nota, una llamada. Por eso confiaba en que Elizabeth Temple le hubiera dicho algo antes de morir, que quizá le hubiese dado algún mensaje para mí. Si sabía o intuía que estaba a punto de morir, cabía la posibilidad de que le hubiera dejado algún mensaje.

—Quería obtener información de usted —afirmó miss Marple—. Ése era el motivo por el que iba a visitarle.

—Sí, supongo que ésa es la verdad. Siempre he supuesto que Verity no dijo nada a las personas que hubieran podido impedir el matrimonio, Clotilde y Anthea, pero, como siempre había sentido un profundo cariño por Elizabeth y ella había ejercido una gran influencia en la joven, me pareció lógico pensar que le hubiera escrito o le hubiera dado alguna información.

—Creo que lo hizo.

—¿Cree usted que le dio información?

—La información que le dio a miss Temple fue la siguiente: le comunicó que iba a casarse con Michael Rafiel. Miss Temple lo sabía. Fue una de las cosas que me dijo. «Conocí a una muchacha llamada Verity que iba a casarse con Michael Rafiel» y la única persona que pudo decírselo era la propia Verity. Tuvo que escribirle o enviarle un aviso. Cuando le pregunté: «¿Por qué no se casó?», sólo me respondió: «Ella murió».

—Entonces, hemos llegado al final del camino —manifestó el archidiácono. Exhaló un suspiro—. Elizabeth y yo sólo sabíamos dos hechos. Elizabeth, que Verity iba a casarse con Michael, y yo, que se casarían, que habían fijado el día, el lugar y la hora, y que los esperé, pero que no hubo boda, ni novios ni aviso alguno.

—¿No tiene usted la menor idea de lo que pudo pasar?

—Me niego a creer bajo ningún concepto que Verity o Michael decidieran separarse, no seguir adelante con la boda.

—Pero algo tuvo que pasar entre ellos, algo que quizá le abriera los ojos a Verity, que viera ciertos aspectos del carácter y la personalidad de Michael que no había conocido hasta entonces.

—Ésa sigue siendo una respuesta poco satisfactoria porque ella me lo hubiera hecho saber. No me habría dejado esperando en la sacristía para unirlos en santo matrimonio. Aunque parezca ridículo, era una muchacha con unos modales excelentes, de una educación perfecta. Me hubiera mandado algún aviso. No, sólo se me ocurre una explicación para que no lo hiciera.

—¿La muerte? —dijo miss Marple. Recordó la palabra que había dicho miss Temple y que le había sonado como un toque de difuntos.

—Sí —asintió Brabazon—. La muerte.

—El amor —manifestó miss Marple pensativamente.

—¿Quiere usted decir…? —El clérigo vaciló.

—Es lo que me dijo miss Temple. Le pregunté: «¿Qué la mató?» y ella respondió «El amor» y ese «amor» sonó como la palabra más terrible del mundo. Una palabra aterradora.

—Comprendo, o por lo menos eso creo.

—¿Cuál es su solución?

—La doble personalidad. Algunas veces no es evidente para los demás, a menos que estén capacitados técnicamente para observarla. El Dr. Jekyll y Mr. Hyde son reales. No fueron una invención de Stevenson. Michael Rafiel era… tuvo que ser un esquizofrénico. Tenía una doble personalidad. Carezco de conocimientos médicos o psicológicos, pero lo único que se me ocurre es la solución de las dos identidades. Una de ellas corresponde a un muchacho bien intencionado, un chico casi encantador, alguien cuyo mayor atractivo era el deseo de hacer felices a los demás y a él mismo. Pero la otra es la de alguien que se ve forzado, quizá por alguna deformación mental, algo de lo que todavía no estamos seguros, a matar, no a un enemigo, sino a la persona que ama, y por eso mató a Verity, sin saber tal vez por qué tenía que hacerlo o lo que representaba. Hay muchas cosas

aterradoras en este mundo: enfermedades mentales, deformidades en el cerebro. Una de mis feligresas fue uno de esos casos trágicos. Dos mujeres jubiladas que vivían juntas. Eran amigas desde hacía muchos años. Parecían llevarse muy bien. Sin embargo, un día una de ellas mató a la otra. Después fue a ver al vicario, que era un viejo amigo, y le dijo: «He matado a Louisa. Es muy triste, pero vi al diablo que miraba a través de sus ojos y comprendí que era mi deber matarla». Cosas como ésas te producen una desesperación tremenda. Uno se pregunta ¿por qué? y ¿cómo? Y sin embargo, algún día lo sabremos. Los médicos descubrirán algún día que se debe a una pequeña alteración en un gen o en un cromosoma, alguna glándula que trabaja demasiado o deja de funcionar.

—¿Usted cree que fue eso lo que pasó?

—Pasó. Sé que no encontraron el cadáver hasta al cabo de unos meses. Verity desapareció sin más. Se marchó de su casa y no la volvieron a ver.

—Pero entonces tuvo que ocurrir aquel mismo día.

—Sin duda, en el juicio…

—¿Se refiere a después de que encontraran el cadáver, cuando la policía arrestó a Michael?

—Él fue el primero al que la policía interrogó. Le habían visto en compañía de la muchacha, la habían visto en su coche. Estaban seguros de que él era el hombre que buscaban. Fue el primer sospechoso y no dejaron de sospechar de él en ningún momento. También interrogaron a otros jóvenes que habían conocido a Verity, pero todos tenían una coartada. Siguieron sospechando de Michael y, finalmente, encontraron el cadáver. Estrangulado y con la cabeza y el rostro destrozados a golpes. Un ataque propio de un demente. No estaba en su sano juicio cuando descargó los golpes. Digamos que Mr. Hyde tenía el control.

Miss Marple se estremeció.

—Sin embargo, incluso ahora —prosiguió el archidiácono con una voz muy triste—, tengo la sensación de que fue algún otro joven el autor del crimen, algún loco al que nadie conoce. Quizás un extraño que ella encontró por casualidad en el vecindario, una persona que se ofreció a llevarla en su coche y entonces… — Brabazon meneó la cabeza.

—Supongo que eso podría ser cierto —opinó miss Marple.

—Mike causó una pésima impresión en el jurado —manifestó el clérigo—. Contó un montón de mentiras a cual más tonta e insensata. Mintió sobre el paradero del coche. Hizo que sus amigos presentaran coartadas inverosímiles. Estaba asustado. En ningún momento mencionó los planes de matrimonio. Creo que su abogado era de la opinión que podía ser una baza en su contra, que creyeran que se trataba de un matrimonio a la fuerza. Ha pasado mucho tiempo y no recuerdo los detalles, pero las pruebas eran concluyentes. Era culpable y lo parecía.

«Supongo que ahora comprende por qué soy un hombre triste y desdichado. Tomé una decisión equivocada. Lancé a una muchacha muy dulce y encantadora a las garras de la muerte por culpa de mi desconocimiento de la naturaleza humana. No me di cuenta del peligro que corría. Siempre me ha quedado la duda de que, si ella le hubiese tenido miedo o hubiera averiguado cualquier cosa mala de su prometido, si eso la hubiese empujado a romper el compromiso y a acudir a mí a contármelo. Pero no fue así. ¿Por qué la mató? ¿La asesinó quizá porque sabía que ella iba a tener un bebé? ¿La mató porque tenía una nueva amiga y no quería verse forzado al matrimonio? No me lo puedo creer. Tal vez fue por otra razón muy distinta. ¿De pronto ella sintió miedo y decidió romper la relación? ¿Verity provocó la ira de Michael y él, en un arrebato de furia, la asesinó? No podemos saberlo.

—Usted no lo sabe —señaló miss Marple—, pero sí sabe y sigue creyendo en una cosa, ¿verdad?

—¿A qué se refiere usted cuando habla de creer? ¿Está hablando desde un punto de vista religioso?

—No, de ninguna manera. No me refería a eso. Quiero decir que está usted firmemente convencido, o al menos a mí me lo parece, que aquellos dos jóvenes se querían, que estaban dispuestos a casarse, pero que ocurrió algo que lo impidió, algo que acabó con la muerte de Verity. No obstante, usted sigue creyendo que, de no haber sido por algo que ocurrió, se habría celebrado la boda.

—Tiene usted toda la razón. Sí, sigo creyendo en una pareja de novios que deseaban casarse, que estaban dispuestos a aceptar todas las obligaciones del matrimonio. Ella le amaba y estaba dispuesta a

aceptarlo para bien o para mal. Fue para mal y le costó la vida.

—Usted lo sigue creyendo —afirmó miss Marple—. Yo también creo lo mismo.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—No lo sé. No estoy segura, pero creo que Elizabeth Temple sabía o comenzaba a sospechar lo que había ocurrido. Utilizó aquella palabra terrible. Amor. Cuando la dijo creí que Verity se había suicidado por un asunto amoroso porque había descubierto algo de Michael o porque él había hecho algo que le fue imposible tolerar. Pero no pudo ser un suicidio.

—No, no lo fue —ratificó el archidiácono—. El forense describió las heridas con toda claridad. Nadie se suicida y después se destroza la cabeza.

—¡Horrible! —exclamó miss Marple—. No hay nadie capaz de hacer eso con la persona amada, incluso si la mata «por amor», ¿no le parece? Pudo estrangularla, pero ¿destrozar el rostro amado? —La anciana hizo una pausa y después añadió—: Amor, amor, una palabra terrible.

Capítulo XIX

Despedidas

El autocar estaba aparcado delante de la entrada del Golden Boar. Miss Marple había bajado para despedirse de sus compañeros de viaje. Saludó a Mrs. Riseley-Porter que estaba francamente indignada.

—La verdad es que las muchachas de hoy en día no tienen aguante. En seguida se cansan.

Miss Marple la miró un tanto desconcertada.

—Me refiero a Joanna. Mi sobrina —le aclaró la buena señora.

—Vaya. ¿No se encuentra bien?

—Dice que no. No creo que le pase nada malo. Dice que le duele la garganta y que tiene algo de fiebre. Pamplinas.

—Lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por ella? ¿Ver si necesita cualquier cosa?

—Yo en su lugar no me preocuparía —afirmó la tía—. Para mí no es más que una excusa.

Miss Marple volvió a mirarla en busca de una aclaración.

—Las muchachas son unas tontas. En cuanto menos te lo esperas, se enamoran.

—¿Emlyn Price?

—Ah, usted también se ha dado cuenta. Sí, parecen dos tontos que no dejan de mirarse. No me parece un muchacho muy adecuado para una chica decente. Es uno de esos estudiantes melenudos, de los que va a «manis» y cosas por el estilo. ¿Por qué no dicen manifestaciones? Detesto las abreviaturas. Además, ¿cómo voy a arreglármelas yo sola, sin nadie que me atienda, alguien que se ocupe del equipaje, de subirlo y de bajarlo? He pagado una

fortuna por este viaje por las dos.

—Siempre me pareció que era muy atenta con usted —comentó miss Marple.

—No lo ha sido tanto en los últimos dos días. Las muchachas parecen incapaces de comprender que las personas necesitan que las ayuden un poco cuando se hacen mayores. Ella y ese chico, Price, tienen la idea absurda de ir a visitar no sé qué montaña. Es una caminata de ocho millas ida y vuelta.

—Pero si le duele la garganta y tiene fiebre…

—Ya verá usted como en cuanto se marche el autocar le desaparecerá el dolor de garganta y se le bajará la fiebre —declaró Mrs. Riseley-Porter—. Vaya, ya tenemos que subir. Adiós, miss Marple, ha sido un placer conocerla. Lamento mucho que no venga con nosotros.

—Yo también, pero ya ve, no soy tan joven ni tan vigorosa como usted, y la verdad es que, después de todo lo ocurrido en estos últimos días, necesito por lo menos veinticuatro horas de descanso.

—Bien, espero tener el placer de volver a verla en alguna otra ocasión.

Se dieron la mano y la tía de Joanna subió al autocar.

—*Bon voyage* y no vuelva —dijo una voz detrás de miss Marple.

La anciana se volvió. Emlyn Price la miraba con una sonrisa.

—¿Se lo decía usted a Mrs. Riseley-Porter? —preguntó miss Marple.

—Sí. ¿A quién más se lo podía decir?

—Lamento mucho que Joanna no se encuentre bien esta mañana.

Emlyn Price volvió a sonreír.

—Mejorará muchísimo en cuanto se marche el autocar.

—Vaya, ¿quiere usted decir que…?

—Sí, es tal como le digo. Joanna está hasta las narices de su tía, que no deja de darle órdenes a todas horas.

—Entonces, ¿usted tampoco continuará con el grupo?

—No. Me quedaré aquí un par de días. Quiero hacer algunas excursiones por estos parajes. No me mire así, miss Marple. No puede ser que le parezca algo tan reprobable.

—He visto hacer lo mismo en mi juventud —respondió miss

Marple—. Las excusas variaban un poco y, por lo general, no teníamos tantas posibilidades de salirnos con la nuestra como ocurre con los jóvenes en estos tiempos.

Aparecieron el coronel Walker y su esposa que se despidieron con mucho afecto.

—Ha sido un verdadero placer conocerla y le agradecemos todas esas charlas de horticultura tan amenas —manifestó el coronel—. Creo que pasado mañana vamos a disfrutar de algo interesantísimo, si no ocurre nada más que lo impida. El accidente ha sido algo muy trágico y penoso. Soy de la opinión de que fue un accidente y me desconcertó un poco el empeño del coroner por calificarlo de otra manera.

—La verdad es que resulta extraño que nadie se haya presentado si estaba en la cima, trasteando con las rocas, para informar a las autoridades.

—No dirá ni una palabra, eso se lo aseguro. Si había alguien, se lo tendrá bien callado. No querrá correr el riesgo de que le acusen de un homicidio involuntario. Bien, adiós. Le enviaré un esqueje de magnolio y otro de mahonia, aunque no estoy muy seguro de que prosperen mucho en la zona donde usted vive.

Subieron al autocar. Miss Marple se volvió. El profesor Wanstead agitaba una mano, despidiéndose de los viajeros. Mrs. Sandbourne fue la última en salir del hotel, se despidió de miss Marple y del profesor. Subió al autocar y el vehículo se puso en marcha. Miss Marple sujetó al profesor por el brazo.

—Aguarde, quiero hablar con usted. ¿Hay algún lugar donde podamos ir?

—¿Qué le parece si volvemos al lugar donde nos sentamos el otro día?

—Ah, sí, ya lo recuerdo. La pequeña terraza.

Fueron hasta la esquina del hotel y se sentaron en la terraza que daba a la otra calle. Se oyó la bocina del autocar como despedida final.

—Creo que habría preferido —dijo el profesor— verla partir y saber que se encontraba sana y salva a bordo del autocar. —La miró con viveza—. ¿Por qué se ha quedado? ¿Es sólo el deseo de descansar o hay algo más?

—Hay algo más. No estoy muy cansada, pero me pareció la excusa natural para alguien de mi edad.

—Creo que debería quedarme y no perderla de vista.

—No, no es necesario. Hay otras cosas de las que podría usted ocuparse.

—¿Cuáles? ¿Se le ha ocurrido alguna idea o sabe usted algo?

—Creo que sé algo, pero primero tendré que comprobarlo. Hay algunas cosas que no puedo hacer por mí misma. Usted podrá ayudarme porque está en contacto con aquéllos que yo llamo las autoridades.

—¿Se refiere usted a Scotland Yard, jefes de policía y alcaides de las prisiones de Su Majestad?

—Sí. A todos ellos. Por lo que sé, es probable que incluso sea amigo del Ministro del Interior.

—¡Qué cosas se le ocurren! ¿Qué quiere que haga?

—En primer lugar le daré una dirección.

Miss Marple sacó su libreta del bolso, arrancó una página y se la entregó al profesor.

—¿Qué es esto? Ah, sí, ya lo sé. Es una entidad benéfica muy conocida.

—Una de las mejores. Hacen mucho bien. Recogen prendas de abrigo para mujeres y niños: chaquetas, abrigos, jerseys, toda esa clase de prendas.

—¿Quiere usted que haga una donación?

—No, lo que quiero es pedirle un favor que tiene relación con lo que estamos haciendo, lo que usted y yo estamos haciendo.

—¿De qué se trata?

—Quiero que haga ciertas averiguaciones sobre un paquete que fue enviado desde aquí hace dos días.

—¿Quién lo envió? ¿Usted?

—No, yo no. Pero asumo la responsabilidad.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —respondió miss Marple con una leve sonrisa— que fui a la estafeta de correos y expliqué de una manera bastante torpe y confusa, tal como corresponde a una vieja como yo, que le había pedido a una persona que enviara un paquete y que, como una tonta, me había equivocado a la hora de escribir la dirección.

La responsable me informó muy amablemente que recordaba el paquete, pero que la dirección no correspondía con la mencionada y me dio la que figuraba en el paquete, que es la que tiene usted escrita en esa hoja. Me explicó que ya era muy tarde para enmendar el error porque el paquete ya había sido enviado. Le respondí que eso tenía fácil arreglo. Dije que escribiría una carta a la entidad, explicándoles la confusión y que si podían hacer el favor de remitirlo a la otra entidad.

—Suena un tanto rebuscado.

—Hay que dar alguna explicación. Tampoco pienso hacer nada de eso. Usted será quien se encargue del asunto. ¡Tenemos que saber qué hay dentro de ese paquete! No tengo ninguna duda de que usted dispone de los medios para averiguarlo.

—¿Encontraremos algo que nos diga quién lo envió?

—No lo creo. Quizás haya una nota con un nombre y una dirección ficticia, de forma tal que, si alguien se interesa por el donante, no se le pueda encontrar.

—Vaya. ¿Alguna otra alternativa?

—Bien podría ser, aunque parece poco probable, que en la nota aparezca el nombre de miss Anthea Bradbury-Scott.

—¿Ella fue…?

—Ella lo llevó al correo.

—Entonces, ¿fue usted quien le pidió que lo llevara?

—No. No le he pedido a nadie que llevara ningún paquete al correo. La primera noticia que tuve del paquete fue cuando vi pasar a Anthea camino de la estafeta cuando usted y yo estábamos aquí mismo.

—Pero usted se presentó en la estafeta y dijo que el paquete era suyo.

—Así es —admitió miss Marple—, aunque no era cierto. Pero el correo es muy celoso y yo necesitaba averiguar quién era el destinatario.

—¿Quería saber si el paquete lo había enviado cualquiera de las hermanas o si era cosa de Anthea?

—Sabía que era Anthea porque la vimos.

—Me ocuparé del tema —afirmó el profesor, mirando el papel con el nombre—. ¿Cree que el contenido del paquete será

interesante?

—Creo que el contenido puede ser muy importante.

—Le gusta guardar sus secretos, ¿no?

—No son exactamente secretos —replicó la anciana—. Son sólo posibilidades que quiero explorar. No se pueden hacer afirmaciones si no disponemos de unos hechos más concretos.

—¿Algo más?

—Creo que la persona encargada de estos asuntos tendría que ser advertida de la posible aparición de un segundo cadáver.

—¿Se refiere a un segundo cadáver que tiene relación con el asesinato que hemos estado considerando? ¿Un crimen que se cometió hace diez años?

—Sí. Es algo de lo que estoy muy segura.

—Otro cadáver. ¿De quién es?

—Sólo tengo una ligera idea de su identidad.

—¿Tiene alguna idea de dónde está el cadáver?

—Sí, por supuesto. Sé donde está, pero necesito un poco más de tiempo antes de decírselo.

—¿Es el cadáver de un hombre, una mujer, un niño, una muchacha?

—El de otra muchacha que continúa desaparecida —contestó miss Marple—. Se llama Nora Broad. Un buen día desapareció de este pueblo y nunca más tuvieron noticias de su paradero. Creo que su cadáver está en un lugar determinado.

El profesor Wanstead miró a la anciana.

—Cuantas más cosas dice, menos me atrae la idea de dejarla aquí sola. Con todas esas ocurrencias, hay la posibilidad de que cometa alguna locura, aunque cabe la posibilidad de que todo no sea más que… —Se interrumpió.

—¿Cree que son tonterías?

—No, no quería decir eso. Pero si usted sabe tanto, algo que podría resultar peligroso… Creo que me quedaré aquí para vigilarla.

—No, de ninguna manera. Regresará usted a Londres y se ocupará de poner las cosas en marcha.

—Habla usted con la seguridad de quien sabe muchas cosas, miss Marple.

—Efectivamente, pero necesito confirmar lo que sé.

—Sí, pero puede ser que encontrar esa confirmación sea la última cosa que haga. No queremos un tercer cadáver y mucho menos que sea el suyo.

—No espero que ocurra nada parecido.

—Puede haber peligro, sabe usted, si cualquiera de sus ideas resulta ser correcta. ¿Sospecha de alguna persona en particular?

—Creo que tengo ciertos conocimientos en cuanto a una persona. Tengo que descubrir… Tengo que quedarme aquí. Usted me preguntó una vez si percibía el olor del mal. Ese olor está aquí. Se huele la maldad, el peligro, la desdicha. Tengo que hacer algo, todo lo que esté en mis manos, pero una vieja como yo no puede hacer gran cosa.

—Uno, dos, tres, cuatro… —contó el profesor con una voz casi inaudible.

—¿Qué está usted contando?

—Las personas que se marcharon en el autocar. Es evidente que no le interesaban, puesto que las dejó partir y usted permanece aquí.

—¿Por qué iban a interesarme?

—Porque usted dijo que Mr. Rafiel quiso que participara en este viaje por una razón determinada, que debía hacerlo en el autocar por una razón determinada, y que la envió a la vieja casona por una razón determinada. De acuerdo, la muerte de miss Temple se relaciona con alguien del autocar. Que usted permanezca aquí se relaciona con la casona.

—Comete usted un pequeño error —señaló miss Marple—. Hay conexiones entre las dos. Quiero que alguien me cuente más cosas.

—¿Cree usted que lo conseguirá?

—Creo que sí. Si no se marcha perderá el tren.

—Cuídese —le recomendó el profesor.

—Descuide, lo haré.

Se abrió la puerta del vestíbulo y aparecieron dos personas: miss Cooke y miss Barrow.

—Hola —saludó Wanstead—. Creía que ustedes dos se habían marchado en el autocar.

—Cambiamos de opinión en el último minuto —contestó miss Cooke con un tono jovial—. Acabamos de descubrir que hay por

aquí algunos parajes muy bonitos y un par de lugares que me interesan especialmente. Una iglesia con una fuente sajona muy curiosa. Está a unas cuatro o cinco millas de aquí y hay un autocar local que te lleva hasta allí. No sólo me interesan las casas famosas y los jardines, sino que soy muy aficionada a la arquitectura religiosa.

—Yo también —afirmó miss Barrow—. Además, hay un jardín precioso que está a un tiro de piedra. Pensamos que sería mucho más agradable quedarnos por aquí durante un par de días más.

—¿Se alojan ustedes en el Golden Boar?

—Sí. Hemos tenido la suerte de conseguir una habitación doble que está muy bien. Mucho mejor que la que tuvimos estos días.

—Perderá usted el tren —le recordó miss Marple al profesor.

—Me gustaría que…

—No se preocupe. Estaré perfectamente. Adiós. —La anciana le miró mientras se marchaba, y después añadió—: Es un caballero tan amable. Se preocupa mucho por mí. Es como si fuera una vieja tía suya o algo así.

—La verdad es que han sido momentos muy duros —comentó miss Cooke—. Quizá quiera usted venir con nosotras cuando vayamos a visitar St. Martins in the Grove.

—Son ustedes muy amables, pero todavía no me veo con fuerzas suficientes para afrontar ningún paseo. Quizá mañana si hay algo interesante.

—Bien, entonces nos vamos.

Miss Marple las despidió con una sonrisa y entró en el hotel.

Capítulo XX

Las Ideas De Miss Marple

Miss Marple comió en el comedor y salió a tomar café en la terraza. Estaba saboreando la segunda taza cuando una figura alta y delgada subió los escalones y se acercó a ella para hablarle en tono agitado. Se trataba de Anthea Bradbury-Scott.

—Acabamos de enterarnos que, después de todo, no se ha marchado usted con el autocar, miss Marple. Creíamos que continuaría usted el viaje. No sabíamos nada de que estuviera usted aún por aquí. Clotilde y Lavinia me envían para decirle que queremos invitarla a nuestra casa y que se quede con nosotras. Estoy segura de que se encontrará mucho más a gusto. En el hotel siempre hay tanta gente que entra y sale, sobre todo los fines de semana. Por lo tanto, nos complacería mucho que quisiera usted alojarse con nosotras.

—Es muy amable de su parte —respondió miss Marple—, muy amable, por supuesto, pero es que… quiero decir que sólo era una visita de dos días. Tenía la intención de marcharme en el autocar al cabo de un par de días. De no haber sido por este tan terrible y trágico accidente… Pero ahora ya no puedo seguir. Necesito por lo menos una noche entera de descanso.

—Entonces lo mejor es que venga con nosotras. Haremos lo imposible para que esté usted cómoda.

—Oh, eso no hace falta decirlo. Estuve comodísima. Sí, me lo pasé muy bien. La casa es tan bonita y todas las cosas que tienen son preciosas. La porcelana, la cristalería, los muebles. Es mucho más agradable estar en una casa que en un hotel.

—En ese caso, ha de venir conmigo ahora mismo. Sí, debe usted

venir. Puedo prepararle la maleta si quiere.

—Es muy amable de su parte, pero puedo hacerlo sola.

—¿Quiere que la acompañe?

—Encantada.

Subieron a la habitación donde Anthea llenó la maleta de miss Marple amontonando las prendas de cualquier manera. La anciana, que tenía su manera de doblar las prendas, tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para mantener una expresión complacida, mientras que se decía que aquella mujer no tenía ni la más mínima idea de lo que era hacer una maleta.

Anthea buscó a un botones del hotel y el muchacho se encargó de llevar la maleta hasta la casona. Miss Marple le dio una propina y, después, con muchas palabras de agradecimiento y disculpas, volvió a reunirse con las hermanas.

«¡Bueno, ya estamos otra vez aquí con las tres hermanas!» pensó, mientras se sentaba en la sala y cerraba los ojos durante unos momentos. Le faltaba un poco el aliento. Era algo natural a su edad y, después de todo, Anthea y el botones la habían hecho caminar a buen paso. Pero en realidad lo que hacía manteniendo los ojos cerrados era recuperar la sensación que había tenido al volver a esta casa. ¿Había aquí algo siniestro? No, no percibía nada siniestro, sino una gran desdicha, tanta que casi daba miedo.

Abrió los ojos y miró a sus dos acompañantes. Mrs. Glynne acababa de entrar procedente de la cocina, cargada con la bandeja del té. Tenía el mismo aspecto de siempre: tranquila, sin demostrar ninguna emoción o sentimiento. Su placidez llegaba a un extremo que resultaba extraña. ¿Tal vez porque había pasado por muchas situaciones difíciles se había acostumbrado a no expresar nada de lo que sentía, a mantener una actitud de reserva para que nadie supiera cuáles eran sus sentimientos?

Miró a Clotilde. Tenía el mismo aire de Clitemnestra. Desde luego no había matado a su marido porque nunca había tenido uno y parecía poco probable que fuera la asesina de la muchacha a la que había querido tanto. Esto último era muy cierto, se dijo miss Marple, porque había visto las lágrimas de Clotilde cuando había mencionado la muerte de Verity.

¿Qué pasaba con Anthea? Había llevado el paquete a la estafeta.

Había ido a buscarla al hotel. Tenía sus dudas sobre Anthea. ¿Estaba ida? Demasiado ida para alguien de su edad. Su mirada no paraba quieta ni un momento. Daba la impresión de ver cosas que los demás no veían. «Está asustada —pensó miss Marple—. Hay algo que la asusta». ¿Qué podía ser? ¿Sufría trastornos mentales? ¿Tenía miedo de que la ingresaran en alguna clínica? ¿Tenía miedo de que sus hermanas decidieran que era un peligro dejarla en libertad? ¿Tenían miedo sus hermanas de lo que Anthea pudiera decir o hacer?

Se respiraba algo raro en el ambiente. Se preguntó, mientras se acababa el té, qué estarían haciendo miss Cooke y miss Barrow. ¿Habrían ido a visitar la iglesia o aquello sólo había sido una excusa? No dejaba de ser extraño. Le parecía extraño que se hubieran presentado en St. Mary Mead como si hubiesen querido saber qué aspecto tenía y que, después, cuando se encontraron otra vez en el autocar, simularan no haberla visto antes.

Había un montón de preguntas que necesitaban una respuesta urgente. Mrs. Glynne retiró el servicio de té, Anthea se marchó al jardín y miss Marple se quedó sola con Clotilde.

—Creo que usted conoce al archidiácono Brabazon, ¿no es así? —comentó miss Marple.

—Sí, por supuesto. Ayer estaba en la iglesia cuando se celebró el funeral por miss Temple. ¿Es amigo suyo?

—No, pero se presentó en el Golden Boar para hablar conmigo. Según me dijo, había estado en el hospital para que le dieran detalles sobre el fallecimiento de miss Temple. Al parecer, creía que miss Temple le había dejado un mensaje. Por lo que me dijo, miss Temple tenía la intención de ir a visitarle. Como es lógico, le respondí que no podía ayudarle porque, mientras yo estuve en el hospital, miss Temple no recuperó el conocimiento. Fue un viaje inútil.

—¿Ella no le dijo nada, no le dio ninguna explicación de lo ocurrido?

Clotilde formuló la pregunta sin mucho interés. Miss Marple se preguntó si pretendía disimularlo, pero llegó a la conclusión de que no era así. Los pensamientos de Clotilde iban por otros derroteros.

—¿Cree usted que fue un accidente? —preguntó la anciana—.

¿Da usted algún crédito a la historia que contó la sobrina de Mrs. Riseley-Porter? Aquello de que había visto a una persona empujando un peñasco.

—Supongo que, si ella y Mr. Price lo declararon así, entonces había alguien allá arriba.

—Sí, ambos lo dijeron aunque no con los mismos términos. Claro que eso puede ser algo natural.

Clotilde la miró con una expresión de curiosidad.

—Parece estar usted intrigada.

—La verdad es que resulta un tanto extraño, una historia poco creíble, a menos que…

—¿A menos que qué?

—Sólo me lo preguntaba.

Mrs. Glynne entró en la sala.

—¿Qué se preguntaba?

—Estábamos hablando del accidente o de lo que no fue un accidente —le explicó Clotilde.

—Pero ¿quién pudo…?

—A mí me parece una historia muy curiosa —insistió miss Marple.

—Hay algo en este lugar —afirmó Clotilde bruscamente—, hay algo en el ambiente. Nunca ha desaparecido. Nunca. Desde que murió Verity. Han pasado varios años, pero no se va. Aquí hay una sombra. —Miró a miss Marple—. ¿No cree usted que tengo razón? ¿No percibe la presencia de una sombra?

—Yo soy una extraña —replicó la anciana—. Es diferente para usted y sus hermanas que viven aquí y conocían a la chica muerta. Tengo entendido, por lo que me dijo el archidiácono Brabazon, que era una joven encantadora y muy bella.

—Era una muchacha adorable —afirmó Clotilde.

—Lamento no haberla conocido mejor —comentó Mrs. Glynne —. Claro que en aquellos años yo vivía en el extranjero. Mi marido y yo sólo veníamos cuando él disfrutaba de alguna licencia, pero permanecíamos la mayor del tiempo en Londres. No veníamos aquí muy a menudo.

Anthea regresó de su paseo por el jardín, cargada con un enorme ramo de lilas.

—Flores para el funeral —explicó—. Es lo que tendríamos que tener hoy aquí, ¿no? Las pondré en un jarrón. Flores para el funeral —repitió y después se echó a reír sin más, con una risa extraña, aguda, histérica.

—Anthea, no hagas eso —le suplicó Clotilde—. No está bien.

—Ahora mismo las pondré en un jarrón —añadió Anthea alegremente y salió de la habitación.

—La verdad es que Anthea dice cada cosa —manifestó Mrs. Glynne—. Creo que…

—Cada día está peor —señaló Clotilde.

Miss Marple adoptó una actitud como si no estuviera presente. Cogió una cajita de metal esmaltado y la observó con admiración.

—Es capaz de romper el jarrón —dijo Mrs. Glynne, que se levantó para ir a la cocina.

—¿Están ustedes preocupadas por su hermana? —preguntó miss Marple.

—Sí, no tiene objeto negarlo. Siempre ha sido un poco desequilibrada. Es la menor de nosotras y tuvo una infancia complicada, pero creo que en los últimos tiempos empeora a ojos vista. No tiene ni la menor idea de la gravedad de las cosas. Tiene esos ridículos ataques de histeria. Se ríe de cosas que son muy serias. No queremos… bueno, ya sabe, llevarla a una institución o algo así. Tendría que recibir algún tratamiento, pero no creo que quiera dejar esta casa. Después de todo, éste es su hogar, aunque no niego que algunas veces la situación es muy difícil.

—Siempre hay dificultades en esta vida.

—Lavinia habla de marcharse —añadió Clotilde—. Dice que quiere irse a vivir al extranjero. A Taormina. Es un lugar donde fue muy feliz con su marido. Ahora lleva con nosotras varios años, pero siempre ha tenido el ansia de viajar. Algunas veces creo que no le gusta estar en la misma casa que Anthea.

—Conozco el caso. He visto más de uno.

—Tiene miedo de Anthea, eso está claro, y eso que yo le digo que no tiene motivos. Anthea sólo es un poco excéntrica. Se le ocurren ideas extrañas y muchas veces dice lo primero que le viene a la cabeza, pero no creo que eso sea un peligro para nadie. Es incapaz de hacerle daño a nadie.

—¿Alguna vez han tenido problemas de esa clase? —preguntó miss Marple.

—No, nunca ha pasado nada. A veces pilla una rabieta o le coge tirria a alguna persona. También es muy posesiva y celosa. Siente celos si se le presta demasiada atención a otras personas. No lo sé. Hay ocasiones en las que pienso que lo mejor para todos sería vender esta casa y marcharnos.

—Supongo que para usted tiene que ser muy triste —comentó miss Marple—. Comprendo que debe resultarle muy triste vivir aquí con todos esos recuerdos del pasado.

—Usted lo comprende, ¿verdad? Sí, ya me doy cuenta. No se puede evitar. Recuerdo constantemente a aquella niña tan adorable. Era como una hija para mí. Tenía dotes de artista y era muy inteligente. Descollaba en los estudios de arte y diseño. Yo me sentía muy orgullosa. Pero entonces apareció aquel monstruo, aquel muchacho que era un demonio.

—¿Se refiere usted a Michael, el hijo de Mr. Rafiel?

—Sí. No sé por qué tuvo que venir aquí. Ocurrió que estaba por la zona y su padre le propuso que nos hiciera una visita. Nos llamó y le invitamos a cenar. Podía ser muy encantador, pero era una mala pieza, un delincuente. Había estado en la cárcel en dos ocasiones, y su historial con las muchachas era pésimo. Pero nunca imaginé que Verity… fue uno de esos flechazos que sufren las muchachas a esa edad. No le veía ningún defecto. Insistía en que todo lo que le había ocurrido no era culpa suya. Ya sabe usted las cosas que dicen las muchachas. «Todo el mundo está contra él.» y «Nadie le perdona el más mínimo error». Una termina harta de oír esas cosas. ¿Es que es imposible que las muchachas tengan un poco de sentido común?

—Es algo que francamente escasea entre las jóvenes —manifestó miss Marple.

—No quiso escucharme. Intenté mantenerlo fuera de esta casa. Le dije que no volviera más por aquí, que no era bien recibido. Desde luego, fue algo estúpido por mi parte. Después me di cuenta. Sólo conseguí que ella se reuniera con ese joven fuera de la casa. No sé dónde. Se citaban en diversos lugares. Él iba a buscarla con el coche a un lugar determinado y la traía a casa muy tarde. En un par

de ocasiones, no regresó hasta el día siguiente. Procuré convencerlos de que eso no podía ser, que aquello debía terminar, pero no me escucharon. Verity no me hizo el menor caso y él todavía menos.

—¿Verity quería casarse?

—No creo que estuviera dispuesta a llegar hasta ese extremo, ni tampoco creo que a él se le hubiera pasado por la cabeza la idea de casarse.

—Lo siento mucho por usted. Sin duda, sufrió muchísimo.

—Sí. Lo peor de todo fue tener que identificar su cuerpo. Aquello fue al cabo de un tiempo, después de su desaparición. Por supuesto todos creíamos que se había fugado y que tendríamos alguna noticia. También sabía que la policía lo consideraba como un hecho más grave que la simple fuga de casa de una muchacha. Llamaron a Michael a comisaría y el relato que ofreció no concordaba con las declaraciones de los vecinos.

«Entonces la encontraron. Muy lejos de aquí, a unas treinta millas. En una zanja cerca de un sendero casi abandonado. Sí, tuve que ir al depósito a identificar el cadáver. Un espectáculo terrible. La crueldad, la fuerza que se había utilizado. ¿Por qué tuvo que destrozarle la cabeza? ¿Es que no tuvo bastante con estrangularla? La estranguló con la bufanda. Lo siento, no puedo seguir hablando. No lo soporto, no lo soporto.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Clotilde.

—Lo siento muchísimo, se lo aseguro.

—Gracias. —Clotilde miró a miss Marple con los ojos llorosos y entonces añadió bruscamente—: Pero no sabe usted lo peor.

—¿A qué se refiere?

—Es que no sé, no estoy segura de Anthea.

—¿Qué pasa con Anthea?

—Se comportó de una manera muy extraña. Estaba muy celosa. De pronto pareció volverse contra Verity. La miraba de una manera como si la odiara. Algunas veces he pensado que quizá… No, es algo horrible, es algo que no puedes pensar de tu propia hermana. En una ocasión atacó a alguien en un arranque de furia. Me preguntaba si no sería posible… No, ya está bien. No diré nada más. Por favor, olvide lo que he dicho. No tiene la menor importancia.

No significa nada, aunque sí debo reconocer que no es del todo normal. Ya cuando era muy joven le ocurrieron cosas extrañas con los animales. Teníamos una cotorra. La pobre repetía palabras, tonterías como todas las cotorras. Anthea le retorció el cuello y yo nunca más volví a tenerle confianza. Comencé a tenerle miedo, a dudar. Vaya, comienzo a comportarme como una histérica.

—Vamos, vamos, no piense en esas cosas.

—Ya es bastante malo saber que Verity está muerta, que la asesinaron. Al menos cabe el consuelo de que otras muchachas están a salvo de ese monstruo. Lo condenaron a cadena perpetua. Sigue en la cárcel y no le dejarán salir para que vuelva a hacer daño. Tampoco entiendo como es que no alegaron demencia temporal o algunas de esas argucias de los abogados. Tendrían que haberlo internado en Broadmoor. Estoy segura de que no era plenamente responsable de ninguno de los actos que cometió.

Se levantó. Mrs. Glynne entró en la sala en el momento mismo de marcharse su hermana.

—No le haga mucho caso a Clotilde —manifestó—, nunca se recuperó del todo de aquella tragedia. Quería con locura a la pobre Verity.

—Parece preocupada por su otra hermana.

—¿Por Anthea? A Anthea no le pasa nada. Bueno, es un poco despistada, le da por tener fantasías extrañas y a veces se enfada mucho, pero tampoco es nada del otro mundo. Clotilde hace mal en preocuparse tanto. Dios mío. ¿Quiénes son esas personas?

Dos figuras acababan de aparecer en el ventanal.

—Oh, discúlpenos —dijo miss Barrow—. Sólo estábamos dando un rodeo a la casa para ver si encontrábamos a miss Marple. Nos dijeron que había venido aquí con usted y me preguntaba… Vaya, pero si está usted aquí, miss Marple. Queríamos decirle que, después de todo, decidimos no ir a la iglesia esta tarde. Por lo visto, está cerrada por obras de mantenimiento, así que por hoy se acabaron las excursiones y ya se verá mañana. Espero que no le moleste que hayamos venido por aquí. Tocamos el timbre pero, al parecer, no funciona.

—Mucho me temo que tiene usted toda la razón —admitió Mrs. Glynne—. Tiene sus caprichos. Algunas veces suena y otras no. Por

favor, siéntense. No sabía que hubieran decidido ustedes no irse en el autocar.

—No. Decidimos quedarnos por aquí y visitar los sitios más interesantes de los alrededores. Nos pareció que continuar el viaje nos resultaría un tanto doloroso después de lo ocurrido.

—Les serviré un jerez —dijo Mrs. Glynne.

Salió y, al cabo de unos minutos, regresó en compañía de Anthea, que parecía muy tranquila, con una bandeja con las copas y la botella de jerez.

—La verdad es que me interesa saber qué pasará con todo este asunto —comentó Lavinia después de sentarse junto a su hermana —. Me refiero a la pobre miss Temple. Es imposible saber lo que opina la policía. Al parecer, continúan ocupándose del caso y, a la vista de que la encuesta se reanudará dentro de un par de semanas, es obvio que no están satisfechos. No sé si tendrá algo que ver con la fractura del cráneo.

—No lo creo —replicó miss Barrow—. Me refiero a que un golpe en la cabeza, es la consecuencia lógica del impacto del peñasco. Lo único que parece estar en discusión es si el peñasco se cayó sólo o alguien lo hizo rodar.

—No creerá que alguien fuera capaz… —intervino miss Cooke —. ¿Qué motivos podría tener alguien para empujar un peñasco o algo parecido? Claro que siempre hay gamberros. Jóvenes extranjeros o estudiantes. Me pregunto si…

—Se pregunta si no habrá sido alguien de nuestro grupo —dijo miss Marple.

—Yo no diría tanto —respondió miss Cooke.

—Sin embargo, es inevitable pensarlo. Quiero decir que tiene que haber una explicación. Si la policía está segura de que no fue un accidente, entonces tuvo que hacerlo alguien. Recuerde que miss Temple era una forastera en este lugar, o sea que no parece probable que lo hiciera alguien de por aquí. Por lo tanto, tendría que haber sido alguno de los que viajábamos en el autocar, ¿no les parece?

Miss Marple se rió con una risa cascada.

—¡Qué cosas se le ocurren!

—Supongo que no tendría que decirlas. Pero, sabe usted, los

crímenes son muy interesantes. Algunas veces ocurren las cosas más extraordinarias.

—¿Tiene usted alguna idea, miss Marple? Me gustaría oírla —manifestó Clotilde.

—Bueno, una piensa en todas las posibilidades.

—Mr. Caspar —dijo miss Cooke—. No me gustó nada el aspecto de ese hombre desde el primer momento. Me miraba como si tuviera algo que ver con el espionaje. Quién sabe si no vino a este país en busca de secretos atómicos o algo por el estilo.

—No creo que tengamos secretos atómicos por aquí —opinó Mrs. Glynne.

—Por supuesto que no —señaló Anthea—. Quizás era alguien que la seguía. Tal vez la vigilaba porque ella había cometido algún acto criminal.

—Tonterías —proclamó Clotilde—. Era la directora jubilada de un famoso colegio de señoritas, además de una erudita de fama. ¿Por qué razón la iban a seguir?

—No lo sé. Quizá hubiera perdido la chaveta o algo por el estilo.

—Estoy segura de que miss Marple tiene alguna idea —afirmó Mrs. Glynne.

—Sí que la tengo. A mí me parece que las únicas personas que pudieron… Vaya, sí que es difícil decirlo. Pero me refiero a que hay dos personas que destacan como las más probables. La verdad es que no creo que hayan sido ellas porque ambas son muy agradables. Sin embargo, la lógica nos indica que son los sospechosos naturales.

—¿A quiénes se refiere? Es muy interesante.

—No creo que esté bien decirlo, porque no es más que una conjetura.

—¿Quién cree usted que empujó el peñasco? ¿Quién cree usted que era la persona que vieron Joanna y Emlyn?

—Lo que yo pienso es que quizá no vieron a nadie.

—No lo entiendo —intervino Anthea—. ¿Qué quiere decir con eso de que no vieron a nadie?

—Que quizá se lo inventaron.

—¿Se inventaron qué? ¿Que vieron a alguien?

—Es posible, ¿no les parece?

—¿Dice usted que lo pudieron declarar sólo por divertirse?

¿Para gastar una broma?

—En la actualidad, los jóvenes hacen las cosas más extraordinarias —respondió miss Marple—. Ponen cosas en los ojos de las cerraduras, rompen las ventanas de los consulados, atacan a las personas. Cada vez que alguien ataca a pedradas a la gente en la calle, se trata de un joven, ¿me equivoco? Ellos eran los únicos jóvenes del grupo, ¿no es así?

—¿Está usted diciendo que Emlyn y Joanna empujaron el peñasco ladera abajo?

—Son los únicos que pudieron hacerlo, ¿no?

—¡Nunca se me hubiera ocurrido mirarlo de esa manera! —afirmó Clotilde—. Pero lo que ha dicho no deja de tener su lógica. Claro que yo no conozco a ninguno de los dos y no sé como son. No he viajado con ellos.

—Son muy amables y encantadores —comentó miss Marple—. Joanna me pareció una muchacha muy capaz.

—¿Capaz de cualquier cosa? —preguntó Anthea.

—Anthea, cállate.

—Sí, muy capaz —respondió miss Marple—. Después de todo, si haces algo que puede acabar en un asesinato, tienes que ser capaz de hacerlo sin que te vean.

—Lo más lógico es que sean cómplices —opinó miss Barrow.

—Sí, por supuesto —contestó la anciana—. Están en esto juntos y la prueba es que contaron historias prácticamente idénticas. Son los sospechosos obvios, es lo único que puedo decir. Se encontraban fuera de la vista de los demás. El resto del grupo caminaba por el sendero principal. Nada les impedía subir hasta la cumbre y empujar el peñasco. Tal vez no tenían la intención de matar a miss Temple. Sólo querían comportarse como anarquistas o causar daño sólo por el placer de hacerlo. Lo empujaron. Después se inventaron el cuento del desconocido en la cumbre, alguien vestido de una manera muy llamativa, lo que no parece muy lógico. Sé que no se deben decir estas cosas, pero eso he pensado.

—A mí me parece algo muy interesante —opinó Mrs. Glynne—. ¿Tú qué dices, Clotilde?

—Creo que es una posibilidad. A mí no se me había ocurrido.

—Bien —dijo miss Cooke, levantándose—, debemos regresar al

Golden Boar. ¿Viene usted con nosotras, miss Marple?

—No, no. Supongo que ustedes no lo saben. Me olvidé de comentarlo. Miss Bradbury-Scott ha tenido la amabilidad de invitarme y pasaré una noche aquí, o tal vez dos, en esta casa.

—Comprendo. Estoy segura de que estará usted comodísima. Mucho mejor que en el hotel. Cuando salimos, acababa de llegar un grupo que parecía muy bullanguero.

—¿No quieren venir a tomar café con nosotras? —sugirió Clotilde—. Hace una noche muy agradable. No las invito a cenar porque no contábamos con nadie más, pero si quieren venir a tomar café, serán bienvenidas.

—Será un placer —manifestó miss Cooke—. Sí, creo que aceptaremos su hospitalidad.

Capítulo XXI

El Reloj Da Las Tres

1

Durante la cena, Anthea le preguntó a miss Marple quiénes eran las dos damas que vendrían a tomar café.

—Resulta muy curioso que desearan quedarse.

—No, no lo creo —replicó miss Marple—. Me parece bastante natural. Si no me equivoco siguen un plan bien definido.

—¿Qué quiere decir con un plan? —intervino Mrs. Glynne.

—Yo diría que están siempre preparadas para las más diversas contingencias y que tienen un plan para cada caso.

—¿Se refiere usted a que tienen un plan para resolver un asesinato? —quiso saber Anthea.

—Desearía que no hablaras de la muerte de la pobre miss Temple como un asesinato —protestó Mrs. Glynne.

—Por supuesto que fue un asesinato —insistió Anthea—. Lo único que me pregunto es quién quería asesinarla. Yo creo que fue obra de alguna antigua alumna suya que se la tenía jurada.

—¿Cree usted que se puede odiar a una persona durante tantos años? —preguntó miss Marple.

—Yo diría que sí. Creo que se puede odiar a alguien durante años y más años.

—Yo opino lo contrario. Creo que el odio acaba por desaparecer. Se puede intentar mantenerlo artificialmente, pero sería un intento inútil. No es una fuerza tan poderosa como el amor.

—¿No cree usted posible que miss Cooke o miss Barrow, o quizás ambas, pudieran cometer el asesinato?

—¿Por qué iban a asesinarla? —exclamó Mrs. Glynne—. ¡La verdad, Anthea, dices unas cosas! A mí me parecieron muy agradables.

—Creo que hay algo misterioso en las dos —replicó Anthea—. ¿Tú no, Clotilde?

—Me parece que tienes razón. A mí me dieron la impresión de ser un tanto artificiales, tú ya me entiendes.

—Creo que son unas personas muy siniestras —afirmó Anthea.

—Siempre te dejas llevar por esa imaginación calenturienta que tienes —comentó Lavinia—. Además, iban con el grupo por el sendero principal. Usted las vio, ¿no es así, miss Marple?

—No, no pude verlas. La verdad es que no tuve ocasión.

—¿Quiere usted decir que…?

—No estaba allí —la interrumpió Clotilde—. Estaba aquí, en nuestro jardín.

—Por supuesto, lo había olvidado.

—Hacía un día precioso y muy tranquilo —dijo miss Marple—. Lo disfruté mucho. Mañana por la mañana me gustaría ir otra vez a aquel lugar del fondo del jardín donde está el montículo. La trepadora estaba a punto de florecer y supongo que ahora será toda una bella masa blanca. No olvidaré nunca esa parte del jardín como recuerdo de mi estancia.

—Yo lo detesto. Quiero que la quiten. Quiero que vuelvan a construir el invernadero. ¿No te parece, Clotilde, que si ahorráramos dinero podríamos hacerlo?

—No comencemos otra vez con el tema. No quiero que toquen ese montículo. ¿Para qué queremos un invernadero? Pasarían años antes de que pudiéramos comer ni un solo grano de uva.

—Venga, no vale la pena discutir —les recordó Mrs. Glynne—. Pasemos a la sala. Nuestras invitadas no tardarán en presentarse.

Miss Cooke y miss Barrow se presentaron puntualmente a las nueve menos cuarto. Una vestía de gris con encajes y la otra de

verde oliva.

Clotilde se encargó del café. Sirvió las tazas y las distribuyó. No había acabado de servirle la taza a miss Marple, cuando miss Cooke intervino.

—Perdóneme, miss Marple, pero la verdad es que yo en su lugar no me lo tomaría. El café no sienta bien a estas horas de la noche. Después no pegará ojo.

—¿Usted cree? Estoy acostumbrada a tomar café por la noche.

—Sí, pero éste es un café de primera, muy fuerte. Le recomiendo que no se lo beba.

La anciana miró a miss Cooke. La mujer parecía un tanto angustiada, un mechón de pelo teñido le tapaba un ojo. El otro le hizo un guiño.

—Sí, creo que tiene usted razón. Seguiré su consejo. Por lo visto, entiende usted mucho de dietas.

—Por supuesto. Asistí a unas cuantas clases como parte de un curso de enfermera.

—¿Sí? —Miss Marple apartó la taza—. Supongo que no tendrán ustedes una foto de la muchacha, ¿verdad? ¿De Verity Hunt? El archidiácono Brabazon me habló de ella. Al parecer, la apreciaba muchísimo.

—Así es. El archidiácono siempre ha mostrado un gran aprecio por los jóvenes —manifestó Clotilde.

Se levantó para ir al otro extremo de la sala. Abrió un cajón del escritorio, sacó una foto y se le trajo a miss Marple.

—Ésta era Verity.

—Un rostro muy bello. Sí, un rostro muy bello y poco corriente. Pobre niña.

—Es terrible ver las cosas que ocurren en estos tiempos —afirmó Anthea—. Las muchachas no se preocupan nada de la catadura moral de los jóvenes que las acompañan. Nadie se toma la molestia de velar por ellas.

—Ahora cuidan de ellas mismas —replicó Clotilde— y no tienen ni idea de cómo hacerlo. ¡Que Dios las proteja!

Tendió una mano para coger la foto que sostenía miss Marple y, al hacerlo, la manga de su vestido tocó la taza de café y la tiró al suelo.

—¡Vaya! —exclamó miss Marple—. ¿Ha sido por mi culpa? ¿Le he tocado el brazo?

—No, ha sido la manga que es muy ancha. Tal vez prefiera usted un vaso de leche, si tiene miedo de tomar café.

—Se lo agradezco. Un vaso de leche caliente antes de acostarse relaja y te asegura un sueño placentero.

Después de intercambiar unas cuantas banalidades, miss Cooke y miss Barrow se marcharon. Fue una marcha un tanto confusa porque primero una y después la otra regresaron para recoger algo que se habían dejado atrás. Un pañuelo, un bolso, los guantes.

—Dios, creía que no acabarían nunca —se quejó Anthea, cuando las dos mujeres se marcharon definitivamente.

—Creo que coincido con Clotilde en que esas dos no parecen reales —le comentó Mrs. Glynne a miss Marple—. Usted ya me entiende.

—Sí, estoy de acuerdo con usted. No parecen muy reales. A mí también me llaman mucho la atención. Me pregunto para qué vinieron a este viaje y si lo disfrutaban.

—¿Ha descubierto las respuestas a sus preguntas? —intervino Clotilde.

—Creo que sí —La anciana exhaló un suspiro—. He descubierto las respuestas a un buen número de preguntas.

—Espero que haya disfrutado —dijo Clotilde.

—La verdad es que me alegro de no seguir con el viaje. Ya no me resulta atractivo.

—La comprendo.

Clotilde fue a la cocina a buscar el vaso de leche y, después, acompañó a miss Marple hasta su habitación.

—¿Puedo hacer algo más por usted? ¿Necesita cualquier cosa?

—No, muchas gracias —respondió miss Marple—. Tengo todo lo que necesito. Le agradezco una vez más a usted y a sus hermanas la amabilidad de acogerme en su casa.

—No podíamos hacer menos, después de la carta que nos envió Mr. Rafiel. Era un hombre muy concienzudo.

—Sí, era de la clase de hombres que piensan en todo. Una persona muy inteligente.

—Creo que era una persona que destacaba en las finanzas.

—No sólo en las finanzas. No descuidaba ningún detalle. Bueno, ha llegado la hora de acostarse. Buenas noches, miss Bradbury-Scott.

—¿Prefiere desayunar en la cama? Diré que le suban el desayuno si usted lo desea.

—No, no quiero trastornar la rutina de la casa. Bajaré a desayunar con ustedes. Quizás una taza de té no estaría mal, pero quiero salir al jardín. Tengo muchas ganas de ver el montículo cubierto de flores blancas, tan hermosas y espectaculares.

—Buenas noches —dijo Clotilde—. Que duerma bien.

2

En el vestíbulo de la casona, el reloj de péndulo tocó las dos de la mañana. Los relojes de la casa no sonaban todos al unísono y algunos sencillamente no sonaban. Conseguir que funcionaran bien no era una tarea fácil. A las tres sonó el reloj que había en el primer rellano. Las campanadas sonaron con mucha suavidad. Un rayo de luz se coló por el resquicio de la puerta.

Miss Marple se sentó en la cama con la mano puesta en el interruptor de la lámpara que había en la mesilla de noche. La puerta se abrió silenciosamente. Ahora no había luz en el rellano pero se oyó crujir una de las tablas del suelo cuando alguien entró en la habitación. La anciana encendió la luz.

—Ah, es usted, miss Bradbury-Scott. ¿Ocurre algo?

—Sólo entré para ver si necesitaba usted alguna cosa —contestó la mujer.

Miss Marple la miró. Clotilde vestía una bata larga de color rojo. «Qué mujer tan elegante», pensó contemplando la figura todavía esbelta, las facciones y el peinado. Pero también la vio una vez más como una figura trágica, un personaje salido de una obra griega: Clitemnestra.

—¿Está usted segura de que no necesita nada?

—No. muchas gracias. Ni siquiera me ha apetecido beberme el vaso de leche.

—¿Por qué no se lo tomó?

—Algo me dijo que no me sentaría bien —Clotilde se acercó a los pies de la cama—. Me pareció poco saludable.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Clotilde con un tono áspero.

—Creo que usted lo sabe muy bien —respondió miss Marple—. Diría que lo sabe desde el primer momento.

—No sé de qué me habla.

—¿No? —Miss Marple se las arregló para dar al monosílabo un tono de ironía.

—Ahora la leche está fría. Bajaré a la cocina y se la calentaré.

Clotilde recogió el vaso que estaba en la mesilla de noche.

—No se moleste. Aunque me la sirva caliente, no me la beberé.

—La verdad es que no la entiendo. Qué mujer más extraña. ¿Por qué me dice estas cosas? ¿Quién es usted?

Miss Marple se quitó la toquilla de lana rosa que le tapaba la cabeza.

—Uno de mis nombres es Némesis —declaró.

—¿Némesis? ¿Qué significa?

—Creo que usted lo sabe. Es una mujer culta. A veces tarda, pero siempre llega.

—¿De qué está hablando?

—Hablo de una hermosa muchacha a la que usted asesinó.

—¿Que asesiné? ¿A quién se refiere?

—Me refiero a Verity.

—¿Por qué iba a matarla?

—Porque la quería.

—Por supuesto que la quería. Con locura, y ella también me quería.

—Alguien me dijo no hace mucho que amor es una palabra terrible. Lo es. Usted quería demasiado a Verity. Para usted lo era todo en el mundo. Ella correspondió a su amor hasta que apareció alguien más y conoció otra clase de amor. Se enamoró de un joven. No era muy recomendable, no tenía buenos antecedentes, pero ella

le quería y era correspondida. Verity quería escapar, verse libre del yugo amoroso que la unía a usted. Quería llevar la vida normal de cualquier mujer. Vivir con el hombre amado, darle hijos. Quería casarse y ser feliz como todo el mundo.

Clotilde se movió. Fue hasta una silla y se sentó sin apartar la mirada de miss Marple.

—Parece usted comprenderlo todo muy bien.

—Sí, lo comprendo.

—Lo que usted dice es cierto. No lo negaré. No tiene importancia que lo niegue o no.

—No, en eso tiene toda la razón. No la tiene.

—¿Tiene usted idea, es usted capaz de imaginar todo lo que sufrí?

—Sí, me lo imagino. Tengo muy buena imaginación.

—¿Se imagina la agonía, el terrible dolor de pensar, de saber que se está a punto de perder lo que más quieres en el mundo? Yo lo iba a perder a manos de un miserable delincuente, de un depravado, por culpa de un hombre indigno de una muchacha tan bella e inteligente. Tenía que impedirlo, no podía hacer otra cosa.

—Sí. Antes que dejarla marchar, prefirió matarla. La mató porque la quería.

—¿Me cree capaz de hacer algo semejante? ¿Cree que estrangulé a una muchacha que quería como si fuera hija mía? ¿Me cree capaz de aplastarle la cabeza, destrozarle el rostro? Nadie que no fuera un hombre vil y depravado podría hacer algo así.

—No, usted no lo haría. Usted la quería y nunca le hubiera hecho algo así.

—Bien, entonces comprenderá que ha dicho usted una tontería.

—Usted no le hizo nada de eso. La muchacha que acabó con la cabeza destrozada no era la joven que usted quería. Verity todavía está aquí, ¿verdad? Está aquí, en el jardín. No creo que usted la estrangulara. Creo que le dio a beber una taza de café o un vaso de leche con una sobredosis de algún somnífero. Después, cuando estuvo muerta, la llevó al jardín, apartó los ladrillos del invernadero derruido, construyó un sepulcro para ella y lo tapó con tierra. Luego sembró la *polygonum* que, a medida que pasan los años, cada vez es más grande y más florida. Verity ha permanecido aquí con usted.

No la dejó marchar.

—¡Está loca! ¡Usted no es más que una vieja loca! ¿Cree usted que podrá salir de aquí para esparcir su historia a los cuatro vientos?

—Creo que sí, aunque no estoy muy segura. Es usted una mujer fuerte, mucho más que yo.

—Me alegro de que se dé cuenta.

—Tampoco tiene usted muchos escrúpulos. Nadie se detiene después de cometer el primer asesinato. Lo he comprobado a lo largo de mi vida y lo que sé sobre crímenes. Usted mató a dos muchachas, ¿no es así? Asesinó a la que amaba y a otra más.

—Maté a una buscona, a una chica que sólo pensaba en los hombres: Nora Broad. ¿Cómo se enteró?

—Desde el primer momento me dije que usted no era capaz de estrangular y desfigurar a la muchacha que tanto quería. Pero otra chica desapareció más o menos por aquellas fechas y su cuerpo nunca se encontró. Sin embargo, me dije que sí lo habían encontrado, aunque no descubrieron que era el de Nora Broad. Llevaba las prendas de Verity, fue identificada como tal por la persona que mejor la conocía. Fue usted a la morgue y dijo que era el cadáver de Verity. Afirmó que la muerta era Verity.

—¿Por qué iba yo a hacer algo así?

—Porque quería castigar al muchacho que le había arrebatado a Verity, al muchacho del que ella se había enamorado y que la quería. Usted quería verlo juzgado por asesinato. Así que escondió el segundo cadáver en un lugar donde tardarían en descubrirlo. Si lo encontraban, creerían que era Verity y no la otra. Usted se aseguró de ello. La vistió con las prendas de Verity, dejó el bolso, un par de cartas, un pequeño crucifijo y, después, le destrozó la cabeza y el rostro.

»Hace solo una semana cometió usted un tercer asesinato. Mató a Elizabeth Temple. La mató porque venía aquí y tuvo miedo de que ella pudiera saber algo. Cabía la posibilidad de que Verity le hubiera mandado una carta y creyó que, si miss Temple se reunía con el archidiácono Brabazon, entre los dos podrían llegar a desentrañar parte del misterio. No podía permitir que Elizabeth Temple se reuniera con el archidiácono. Usted es una mujer muy

fuerte. Usted empujó el peñasco para que rodara colina abajo. Sin duda, no fue una tarea fácil, pero repito que es usted una mujer muy fuerte.

—Lo bastante como para ocuparme de usted.

—No creo que se lo permitan.

—¿Qué quiere decir, maldita vieja?

—Sí, soy una vieja y apenas si tengo fuerzas en los brazos y las piernas, pero a mi manera soy una emisaria de la justicia.

Clotilde se echó a reír.

—¿Quién me impedirá que acabe con usted?

—Creo que mi ángel de la guarda.

—¿Confía usted en su ángel de la guarda? —Clotilde soltó otra carcajada mientras se acercaba a la cama.

—Es posible que sean dos. Mr. Rafiel siempre hacía las cosas a lo grande.

Metió la mano debajo de la almohada y, cuando la sacó, sostenía un silbato. Se lo llevó a la boca y sopló. Era algo serio como silbato. Sonó con una fuerza capaz de despertar a los muertos. Dos cosas sucedieron simultáneamente. Se abrió la puerta de la habitación. Clotilde se volvió. Miss Barrow estaba en el umbral. Al mismo tiempo, se abrió la puerta del armario empotrado y apareció miss Cooke. Las dos tenían ahora un aire de profesionalidad que contrastaba muchísimo con su conducta anterior.

—Mis dos ángeles de la guarda —anunció miss Marple alegremente—. Como decíamos en mis tiempos, Mr. Rafiel me honra.

Capítulo XXII

Miss Marple Cuenta Su Historia

—¿Cuándo se enteró de que aquellas dos mujeres eran detectives privados que la acompañaban para protegerla? —preguntó el profesor Wanstead.

Estaba inclinado sobre la mesa mirando con expresión pensativa a la anciana de cabellos blancos que se mantenía sentada muy erguida en su silla. Se encontraban en un despacho de un edificio gubernamental en Londres y había otras cuatro personas presentes que eran el Ministro del Interior, el segundo jefe de Scotland Yard, sir James Lloyd; el alcaide de la prisión de Manstine, sir Andrew McNeil y un representante de la fiscalía del Reino.

—No fue hasta la última noche —respondió miss Marple—. Hasta entonces no sabía a ciencia cierta quienes eran. Miss Cooke se presentó en St. Mary Mead y no tardé en descubrir que no era quien pretendía ser, porque intentó hacerse pasar por una experta en jardinería que había venido al pueblo para ayudar a una amiga con su jardín. Por lo tanto, llegué a la conclusión de que su verdadero objetivo era conocerme en persona. Cuando la volví a ver en el autocar, tuve que decidir entre si su presencia era protegerme o si, por el contrario, las había enviado el enemigo.

«Sólo estuve segura cuando durante la última noche miss Cooke me advirtió de una manera inequívoca que no bebiera el café que Clotilde Bradbury-Scott me había servido. Lo hizo de una manera muy astuta, pero la advertencia era muy clara. Más tarde, cuando nos despedíamos, una de ellas me cogió una mano entre las suyas de una manera muy amistosa. Al hacerlo, dejó algo en mi mano que resultó ser un silbato. Me lo llevé a la cama conmigo, acepté el vaso

de leche que me ofreció mi anfitriona y le di las buenas noches, procurando mantener una actitud sencilla y cordial.

—¿Se bebió la leche?

—Por supuesto que no. ¿Por quién me toma?

—Perdón, no pretendía molestarla. Lo que sí me sorprende es que no cerrara usted la puerta con llave.

—Eso hubiera sido un error muy grave. Quería que Clotilde entrara en la habitación. Necesitaba saber qué me diría o haría. Di por sentado que se presentaría al cabo de unas cuantas horas, para asegurarse de que el narcótico en la leche había hecho su efecto y que ya no volvería a despertar de mi sueño.

—¿Ayudó usted a miss Cooke a ocultarse en el armario?

—No. Fue una sorpresa verla salir del mueble. Supongo —añadió miss Marple con un tono pensativo—, que se ocultó en el armario aprovechando que en ese momento me encontraba en el lavabo.

—¿Sabía que las dos mujeres estaban en la casa?

—Di por hecho de que no podían estar muy lejos ya que me habían facilitado el silbato. No creo que les costara mucho entrar en la casa. No había rejas en las ventanas, ni alarmas de ningún tipo. Una de ellas regresó con la excusa de que se había olvidado el bolso y después apareció la otra diciendo que se había dejado un pañuelo. Es lógico pensar que dejaron una ventana abierta y que se colaron en la casa en cuanto las hermanas subieron a las habitaciones.

—Corrió usted un gran riesgo, miss Marple.

—Esperaba conseguir buenos resultados. En esta vida hay que asumir riesgos cuando es necesario.

—Sus estimaciones sobre el contenido del paquete enviado a aquella entidad resultaron acertadas. Dentro había un jersey de hombre a cuadros rojos y negros. ¿Cómo llegó a la conclusión de que Clotilde se había deshecho del jersey enviándolo a una obra de caridad?

—Fue algo muy sencillo. La descripción que hicieron Emlyn y Joanna de la figura que habían visto indicaba que el propósito de la prenda de colores brillantes era precisamente que resultara bien visible y, por lo tanto, era también muy importante no guardarla entre las pertenencias personales ni destruirla en el lugar. Sin

embargo, había que desprenderse de ella lo antes posible. Sólo hay una manera de librarse de algo sin problemas y es a través del correo. Sobre todo si se trata de una prenda que se puede donar a la beneficencia. Imagínese la alegría de la persona que recolecta prendas de invierno para las madres desempleadas o como se llame la entidad, al encontrarse con un jersey de lana nuevo. Sólo tenía que averiguar la dirección del envío.

—¿Usted se lo preguntó a los empleados de la oficina de Correos? —El Ministro del Interior mostró una expresión un tanto asombrada.

—No lo hice directamente. Tuve que comportarme con una vieja algo chocha y explicar que me había equivocado a la hora de escribir la dirección de la obra de beneficencia y si, por casualidad, podrían informarme si el paquete que había traído mi amable anfitriona ya había sido enviado. La empleada de correos se mostró muy amable y recordó que no era la dirección mencionada. Entonces me informó de la dirección que recordaba. Creo que en ningún momento sospechó que yo pudiera ser otra cosa que una vieja tonta y muy preocupada por no haber enviado el paquete a la dirección correcta.

—Veo que es usted una gran actriz, miss Marple, además de una vengadora —comentó el profesor—. ¿Cuándo comenzó a vislumbrar la solución de lo que había pasado diez años atrás?

—En primer lugar, me pareció todo muy difícil, algo imposible de aclarar. Digamos que me enfadé con Mr. Rafiel por no haberme dado explicaciones más claras. Pero ahora comprendo que fue muy inteligente por su parte. Era un hombre inteligentísimo. Veo con toda claridad por qué fue un genio de las finanzas y ganaba dinero con tanta facilidad. Trazó muy bien sus planes. Me fue dando la información con un cuentagotas para dirigirme. Primero envió a mis guardianas para que me conocieran. Después me organizó el viaje y a las personas que participaban en el recorrido turístico.

—¿Sospechó usted de alguien del grupo?

—Sólo como posibilidades.

—¿No percibió el mal?

—Ah, veo que lo recuerda. No, en ningún momento. Tampoco se me informó de la identidad de mi contacto en el grupo, pero ella

misma se encargó de darse a conocer.

—¿Elizabeth Temple?

—Así es. Era como un faro iluminando las cosas en una noche oscura. Hasta ese momento, yo había estado a oscuras. Había algunas cosas que eran lógicas, porque entraban dentro de las indicaciones de Mr. Rafiel. En alguna parte había una víctima y un asesino. Tenía que haberlo porque era el único vínculo entre Mr. Rafiel y yo. En las Antillas se cometió un crimen en el que ambos nos vimos involucrados y aquél había sido el único contacto entre nosotros. Por lo tanto, no podía ser otra cosa y tampoco podía ser un crimen cualquiera. Tenía que ser obra de alguien que aceptaba el mal. Me encontraba ante la típica lucha entre el bien y el mal. Al parecer, había dos víctimas: alguien había resultado muerto y, la otra, era una víctima de la injusticia. Alguien había sido acusado de un asesinato que no había cometido. No tuve ninguna pista hasta que hablé con miss Temple. En ese momento surgió el primer vínculo que tenía con Mr. Rafiel.

»Miss Temple me habló de una muchacha que había conocido, una muchacha que había estado comprometida con el hijo de Mr. Rafiel. Aquí apareció el primer rayo de luz. Mencionó que el matrimonio no se había celebrado. Le pregunté la razón y me respondió: «Ella murió». Entonces le pregunté cómo había muerto, qué la había matado, y me contestó con aquella voz tan sonora que todavía oigo clara como una campana: «El amor». Después dijo que no había una palabra más terrible que «amor». No la entendí muy bien. Se me ocurrió que la muchacha se había suicidado por culpa de un desengaño amoroso. Ocurre con mucha frecuencia y siempre es algo muy trágico. Eso fue todo lo que averigüé y también que su viaje no era de placer. Se trataba, dijo, de un peregrinaje. Iba a un lugar o a ver a una persona. No supe quién era hasta que vino a verme.

—¿El archidiácono Brabazon?

—Así es. Entonces no tenía ni idea de su existencia, pero, a partir de entonces, comprendí que los actores principales de la tragedia no estaban en el grupo de viajeros. Claro que, durante un tiempo no muy largo, tuve mis dudas sobre un par de personas. Me preocupaban Joanna Crawford y Emlyn Price.

—¿Por qué se fijó en ellos?

—Porque eran jóvenes y todos sabemos que la juventud se asocia muy a menudo con el suicidio, la violencia, los celos y los amores trágicos. Es común que un joven mate a su novia. Sí, pensé en ellos, pero no descubrí ninguna relación, ni el menor rastro del mal, de desdicha o desesperación. Después me valí de ellos para utilizarlos como cebo mientras tomábamos un jerez en la casona. Dije que eran los sospechosos más lógicos en la muerte de miss Temple. La próxima vez que los vea —manifestó miss Marple muy contrita— les pediré disculpas por lo que hice.

—¿El hecho siguiente fue la muerte de miss Temple?

—No. En realidad, fue mi llegada a la casona. Me recibieron y me trataron con una gran hospitalidad. Eso también fue obra de Mr. Rafiel. Por lo tanto, sabía que era mi obligación ir aunque desconocía la razón. Bien podía tratarse de un lugar donde recoger información para continuar con la búsqueda —Miss Marple hizo una pausa—. Perdonen, creo que les estoy aburriendo con mi charla. No es necesario que les cuente todo lo que pensaba en esos momentos.

—Por favor, continúe —dijo el profesor—. Puede que usted no lo sepa, pero todo lo que me cuenta es muy interesante. Se relaciona con mucho de lo que he aprendido y visto en mi trabajo. No vacile en contarme todo lo que pensó.

—Sí, hágalo —manifestó sir McNeil.

—Era una sensación. No se trataba en realidad de una deducción lógica. Se basaba en algo así como una reacción emocional o susceptibilidad a lo que yo sólo puedo llamar atmósfera.

—Sí, es algo que se aprecia en las casas, en los lugares, en los jardines, en el bosque, en un local público, en una cabaña.

—Las tres hermanas. Eso es lo que pensé, sentí y me dije a mí misma cuando fui a la casona. Lavinia Glynne me recibió con la máxima amabilidad. Había algo en aquella frase: las tres hermanas, que sonaba siniestro. Encaja con las tres hermanas de la literatura rusa y las tres brujas de Macbeth. Allí había una sensación de pena, de profunda desdicha y también de miedo que se enfrentaba a otra que sólo puedo denominar de normalidad.

—Esa última palabra me interesa —señaló Wanstead.

—Creo que se debía a Mrs. Glynne. Fue ella quien vino a mi encuentro cuando llegó el autocar y me trasmitió la invitación. Era una viuda, una mujer normal y agradable. No era muy feliz, pero cuando digo que no era muy feliz no tiene nada que ver con la desdicha de las otras. Sencillamente, se encontraba en un ambiente que no le iba a su carácter. Me llevó con ella y me presentó a las otras dos hermanas. A la mañana siguiente, una vieja criada me habló de una vieja tragedia, una joven asesinada por su novio, y también mencionó los casos de otras varias muchachas de la vecindad que habían sido víctimas de ataques o asaltos sexuales.

«Llegó el momento de hacer la segunda apreciación. Había descartado a las personas del autocar porque no tenían nada que ver con mi misión. Sin embargo, en algún lugar había un asesino. Me pregunté si no estaría en la casona, en la casa a la que me habían enviado; si se trataba de Clotilde, Lavinia o Anthea. Los nombres de las tres hermanas eran bastante extraños. ¿Eran felices, desdichadas? ¿Qué eran? La primera que me llamó la atención fue Clotilde. Una mujer alta y bien parecida, una personalidad con mucho carácter, lo mismo que Elizabeth Temple. Me pareció que comenzaba a limitar el campo. Debía averiguar todo lo posible sobre aquellas tres mujeres. ¿Cuál podía ser una asesina? ¿Qué clase de crimen podría cometer? Poco a poco comencé a percibir, como si se tratara de una miasma, una atmósfera. No se me ocurren otras palabras para expresarlo, aparte de una atmósfera malvada. No es que alguna de las tres fuera malvada, pero desde luego vivían en un lugar donde había ocurrido un acto malvado, que había dejado su huella o que aún las amenazaba. Me centré en Clotilde, la mayor. Era robusta y fuerte. Una mujer capaz de sentir emociones muy fuertes. La vi, lo reconozco, como una posible Clitemnestra.

—Hacía poco —añadió miss Marple, cambiando de tono—, que había asistido a una obra griega representada por un grupo de estudiantes de un colegio no muy lejos de mi pueblo. Me impresionó el personaje de Agamemnon y todavía más la muchacha que interpretaba a Clitemnestra. Una representación muy buena. Me pareció que en Clotilde podía imaginarme a una mujer capaz de asesinar a su marido en el baño.

El profesor Wanstead hizo todo lo posible por contener la risa. El

tono tan serio de miss Marple le resultaba gracioso. La anciana le guiñó un ojo.

—La verdad es que suena ridículo —admitió—, pero así es como me la imaginaba. Por desgracia, nunca había tenido marido y, por lo tanto, no podía asesinarlo. Luego consideré a Lavinia Glynne. Parecía una mujer íntegra y muy agradable. No obstante, hay muchos asesinos que han dado esa impresión, son personas encantadoras. Muchos asesinos lo fueron y la gente se llevó grandes sorpresas cuando acabaron en la cárcel. Son los que llamo asesinos respetables, aquéllos que cometen un asesinato por razones puramente prácticas, sin emoción, que sólo buscan un fin determinado. Aunque no parecía probable, no podía descartar a Mrs. Glynne. Había tenido un marido. Era viuda desde hacía años. Podía ser. Lo dejé así y pasé a la tercera hermana: Anthea. Una personalidad inquietante. Histérica, algo ida, y presa de un estado emocional que califiqué como miedo. Tenía miedo de algo. Había algo que le provocaba muchísimo miedo. Eso también encajaba. Si había cometido un crimen, un delito que creía olvidado, quizá la presencia de miss Temple y el temor de lo que pudiera haber averiguado, la hubieran llevado a pensar que resucitaría el pasado y que acabarían por descubrirla. Tenía una manera muy curiosa de mirar. Primero miraba a ambos lados y después por encima del hombro, como si presintiera la presencia de alguien a su espalda, algo que le provocara miedo. Por lo tanto, ella podía ser la respuesta. Una asesina algo desquiciada que podía haber matado al sentirse perseguida, porque tenía miedo.

»No eran más que ideas, pero el ambiente en la casona me resultaba cada vez más opresivo. Al día siguiente, salí a dar un paseo por el jardín en compañía de Anthea. Al final del sendero principal, había un montículo, construido con los restos de un viejo invernadero desmoronado. Debido a la falta de las reparaciones necesarias y a la escasez de jardineros al finalizar la guerra, la construcción se había desmoronado, y lo que habían hecho había sido amontonar los ladrillos, taparlos con hiedra y plantar una trepadora que se llama *polygonum*. Se utiliza mucho precisamente para ocultar algo desagradable o feo en un jardín. Es capaz de crecer en cualquier terreno y acaba con todas las demás plantas. A

veces resulta siniestra, pero da unas flores blancas muy bonitas. Aún no había florecido, aunque no le faltaba mucho. Mientras estábamos allí, Anthea me manifestó su profundo pesar por la pérdida del invernadero. Dijo que tenía allí unas uvas deliciosas; al parecer, era lo que más recordaba de su infancia. También parecía desesperada por conseguir el dinero necesario para quitar el montículo, nivelar el suelo, reconstruir el invernadero y volver a cultivar uvas y melocotones. Lo que sentía era una tremenda nostalgia por el pasado y también algo más. Una vez más, percibí el miedo con toda claridad. Había algo en aquel montículo que la asustaba. Entonces no se me ocurrió qué podría ser. Ustedes ya saben lo que ocurrió después: la muerte de Elizabeth Temple, y no hay duda, por las declaraciones de Emlyn Price y Joanna Crawford, de que no fue un accidente, sino un asesinato intencionado.

»Creo que fue a partir de aquel momento que lo supe. Llegué a la conclusión de que se habían producido otros tres asesinatos. Escuché toda la historia del hijo de Mr. Rafiel, el delincuente, el violador, y me dije que sería todas esas cosas, pero que ninguna de ellas demostraba que fuera un asesino. Todas las pruebas estaban en su contra. Nadie dudaba de que él había matado a Verity Hunt. Pero el archidiácono Brabazon fue quien puso la guinda. Había conocido a los jóvenes. Habían ido a verle para solicitarle que él los casara. Consideró que no era un matrimonio muy recomendable, pero que estaba plenamente justificado por el hecho de que se amaban. La muchacha amaba a su novio con lo que él llamó verdadero amor, un amor tan verdadero como su nombre. Se dijo que el muchacho, a pesar de sus pésimos antecedentes, quizá se redimiría de sus malas tendencias por el amor que sentía. El archidiácono no era optimista. Tampoco creía que fuera a ser un matrimonio muy feliz, pero sí necesario. Digo necesario porque, si amas mucho, tienes que pagar un precio, aunque sea la desilusión y algo de desdicha. Pero aquí había otra cosa de la que estaba segura: el rostro desfigurado y la cabeza aplastada no podían ser obra de un muchacho enamorado. No se trataba de un ataque sexual. Estaba dispuesta a aceptar la palabra del archidiácono, pero también sabía que tenía la pista correcta, la que me había dado Elizabeth Temple. Había dicho que el amor había sido la causa de la muerte de Verity.

»Ahora estaba claro. Creo que ya lo sabía desde hacía tiempo. Sólo hacía falta encajar los pequeños detalles. Encajaban con lo que miss Temple había dicho. La causa de la muerte de Verity. Primero había dicho: «El amor» y, después, «Amor puede ser una palabra terrible». Todo aparecía con una claridad asombrosa. El tremendo amor que Clotilde había sentido por la muchacha. La devoción y, la dependencia de la joven pero, después, a medida que maduraba, la aparición de los instintos normales: quería amor, quería ser libre para amar, casarse, tener hijos. En el momento oportuno apareció el muchacho del que se enamoró. Sabía que no era de fiar, que era lo que se llamaba una mala pieza, pero eso no desanima a las muchachas. Al contrario, siempre les ha gustado. Se enamoran de ellos.

»Verity se enamoró de Michael Rafiel, y Michael estaba dispuesto a pasar página, a casarse y a no volver a mirar a otra mujer. No digo que fueran a vivir un cuento de hadas, pero lo suyo era, como dijo Brabazon, el verdadero amor. Así que decidieron casarse. Creo que Verity le escribió a Elizabeth para decirle que se casaría con Michael. Querían mantenerlo en secreto porque, a mi juicio, Verity era consciente de que lo suyo era una fuga. Escapaba de una vida que la ahogaba, de una persona a la que quería, pero no como quería a Michael. Pero era consciente de que no se lo permitirían, que le pondrían mil y un obstáculos. Por lo tanto, como tantas otras parejas jóvenes, se fugarían. Tenían la edad legal para el matrimonio, y ella apeló a su viejo amigo, el archidiácono Brabazon, que la había confirmado siendo ella una niña.

»Se convino el día, la hora y el lugar. Es probable que Verity comprara en secreto un vestido de novia. Sin duda, quedaron en encontrarse en un lugar determinado. Creo que él fue allí, pero ella no se presentó. Michael la esperó en vano. Después, tal vez intentó averiguar la razón. Creo que entonces le dieron un mensaje e incluso recibió una carta falsa, diciendo que ella había cambiado de opinión, que se había acabado todo y que se marchaba por un tiempo. No lo sé, pero estoy segura de que Michael nunca llegó a imaginar el verdadero motivo. Ni por un momento pensó que la habían asesinado con toda deliberación. Clotilde no estaba dispuesta a perder a la persona que adoraba. No la iba a dejar

escapar, no se la entregaría a un joven al que despreciaba. Retendría a Verity, la retendría a su manera.

»Pero lo que me negaba a creer y me parecía imposible era que, además de estrangularla, le hubiera destrozado el rostro. Lo que hizo fue construir una especie de mausoleo con los restos del viejo invernadero y panes de césped. La muchacha ya había tomado el somnífero, todo muy en la tradición griega de beber la cicuta, aunque no fuera cicuta, y ella la enterró en el jardín.

—¿Ninguna de las otras hermanas llegó a sospechar?

—Mrs. Glynne no estaba. Su marido aún vivía y se encontraban en el extranjero. Pero Anthea sí que estaba. Creo que Anthea intuyó algo de lo ocurrido. No sé si sospechó que Verity estaba muerta, pero sabía que Clotilde se había ocupado de plantar una trepadora en el montículo al final del jardín. Quizá se enteró poco a poco de la verdad. Clotilde, mientras tanto, después de aceptar el mal y de hacerlo, no tuvo reparos a la hora de cometer el paso siguiente. Creo que disfrutó planeándolo.

»Tenía cierta influencia sobre una muchacha de bastante mala fama en el pueblo. Supongo que un día la invitó a que la acompañara a una excursión o algo así hasta un lugar bastante alejado y que ya había escogido, a unas treinta o cuarenta millas. Estranguló a la muchacha, le destrozó la cabeza, metió el cadáver en una zanja y lo tapó con tierra suelta y ramas. ¿Por qué iba nadie a sospechar que ella había hecho algo así? Había dejado el bolso de Verity y un collar de la muchacha. Según sus cálculos, tardarían en encontrarla y aprovechó el tiempo para divulgar rumores sobre la relación de Nora Broad con Michael. Tal vez incluso llegó a decir que Verity había roto el compromiso a la vista de las reiteradas infidelidades de su novio. Pudo decir cualquier cosa y creo que disfrutó haciéndolo, pobre mujer.

—¿Por qué dice «pobre mujer», miss Marple?

—Porque supongo que tuvo que ser una agonía terrible vivir durante diez años con aquel sufrimiento, verse obligada a convivir cada día con aquello. Había retenido a Verity, la tenía en la casona, en el jardín, la había retenido para siempre. Al principio, no se dio cuenta de lo que significaba, pero luego le invadió la desesperación por devolverle la vida. No creo que sintiera remordimientos, ni

siquiera tuvo ese consuelo. Sufrió año tras año. Ahora comprendo lo que quiso decir Elizabeth Temple. El amor es algo terrible y, si lo anima el mal, es todavía peor, y ella tenía que aguantarlo. Creo que de allí venía el miedo de Anthea. Tenía cada vez más claro lo que Clotilde había hecho y que su hermana sospechaba que ella lo sabía. Tenía miedo de lo que pudiera hacer Clotilde. La hermana mayor mandó a Anthea con el paquete a la estafeta. Me habló de los trastornos mentales de Anthea, de su manía persecutoria, de sus celos por Verity. No me extrañaría que ya hubiera pensado en matar a Anthea, justificándolo como un suicidio.

—No obstante, siente usted pena por esa mujer —intervino sir Andrew—, una persona maligna como un cáncer, que sólo provocó el sufrimiento de los demás.

—Por supuesto.

—Supongo que ya sabe lo que ocurrió aquella noche, después de que sus ángeles guardianes la sacaron de la casa, ¿verdad? —manifestó el profesor.

—¿Se refiere a Clotilde? Recuerdo que cogió mi vaso de leche. Lo tenía en la mano cuando miss Cooke me sacó de la habitación. Supongo que se lo bebió.

—Sí. ¿Está enterada de las consecuencias?

—No he pensado en el tema, pero me las imagino.

—Nadie tuvo tiempo de detenerla. Actuó con mucha rapidez y nadie se dio cuenta de que pudiera haber nada letal en la leche.

—¿O sea que se la bebió?

—¿Le sorprende?

—No. Para ella tuvo que ser algo de lo más natural. En aquel momento no quería otra cosa que escapar, verse libre de todas las cosas con las que había vivido, de la misma manera que Verity había querido escapar de la vida que llevaba en la casa. Es curioso que la retribución que recibió se pareciera tanto a la que causó.

—Parece usted sentir más pena por la asesina que por la víctima.

—No es así. Son dos cosas muy distintas. Siento pena por Verity, por todas las cosas que se perdió, por aquello que estuvo muy cerca de conseguir: una vida de amor, devoción y servicio al hombre que había elegido y amaba de todo corazón. La perdió y nada puede devolvérsela. Siento pena por ella, por lo no que no tuvo. Sin

embargo, se evitó lo que Clotilde tuvo que sufrir: la desdicha, la pena y el miedo. Clotilde tuvo que vivir con todo eso, con la tristeza y el amor frustrado que no podía recuperar, con dos hermanas que sospechaban de ella, que la temían y, además, tenía que vivir con la muchacha.

—¿Se refiere a Verity?

—Sí, enterrada en el jardín, sepultada en la tumba que Clotilde le había preparado. Estaba en la casa y creo que Clotilde lo sabía. Puede que incluso la viera o imaginara verla cuando iba a recoger unas cuantas flores de *polygonum*. En aquellos momentos tuvo que sentirse muy cerca de Verity. No podía pasarle nada peor que eso, ¿no les parece?

Capítulo XXIII

Las Últimas Piezas

1

—Esa vieja me produce escalofríos —dijo sir Andrew McNeil, después de darle las gracias y despedir a miss Marple.

—Tan amable y al mismo tiempo despiadada —manifestó el segundo jefe.

El profesor Wanstead acompañó a miss Marple hasta el coche que la esperaba y luego volvió al despacho.

—¿Qué opina de ella, Edmund?

—Es una mujer temible —contestó el ministro.

—¿Despiadada?

—No, no diría tanto, pero sí temible.

—Némesis —dijo el profesor en tono pensativo.

—Aquellas dos mujeres —comentó el representante de la fiscalía — encargadas de su protección hicieron un relato impresionante de su comportamiento. Entraron en la casa sin problemas, se ocultaron en una pequeña habitación de la planta baja hasta que todas se fueron a sus habitaciones y, después, una se metió en el armario y la otra permaneció en el rellano. La que estaba en el dormitorio dijo que, cuando salió del armario, se encontró con la vieja sentada en la cama, con una toquilla rosa en la cabeza y una expresión plácida,

charlando la mar de tranquila. La verdad es que se quedaron impresionadas.

—Una toquilla rosa —murmuró Wanstead—. Sí, sí, lo recuerdo.

—¿Qué recuerda?

—Al viejo Rafiel. Me habló de ella y después se echó a reír. Dijo que nunca la olvidaría. Me contó que una noche, durante un viaje a las Antillas, una vieja con un aspecto ridículo se había presentado en su dormitorio en plena noche, con una toquilla rosa en la cabeza, para decirle que necesitaba su ayuda para impedir un crimen. Él le preguntó: «¿Qué demonios se cree usted que es?» y miss Marple le respondió que era Némesis. ¡Némesis! A mí me gusta el detalle de la toquilla rosa. Sí, me gusta mucho.

2

—Michael —dijo el profesor Wanstead—, quiero presentarte a miss Jane Marple, alguien que ha hecho mucho en tu favor.

El joven de unos treinta y dos años miró a la anciana de cabellos blancos y aspecto un tanto ridículo con una leve expresión de duda.

—Sí, me han hablado de usted. Muchas gracias —manifestó Michael. Después se dirigió al profesor—. ¿Es cierto que me concederán el indulto o una tontería por el estilo?

—Sí. La orden no tardará en llegar. Dentro de muy poco volverás a ser un hombre libre.

—Vaya.

—Supongo que tardará usted un tiempo en acostumbrarse a la idea —intervino miss Marple con un tono bondadoso.

Miró al joven pensativamente. Veía en retrospectiva cómo había sido diez años antes. No había perdido todo su encanto, a pesar de los años pasados en prisión. Había sido un joven muy atractivo, con un encanto especial. Ahora esto había desaparecido, pero podía volver a recuperarlo. La boca débil y unos ojos capaces de mirar a

la cara, y que probablemente le habían sido muy útiles a la hora de contar mentiras. Se parecía mucho a… ¿a quién se parecía? Buceó en sus recuerdos. Por supuesto, a Jonathan Birkin. Había cantado en el coro. Una voz de barítono preciosa. ¡Las chicas se volvían locas por el muchacho! Tenía un buen trabajo en la empresa de Mr. Gabriel. Fue una lástima que tuviera aquel pequeño desliz con los cheques.

—Oh, ha sido usted muy amable —manifestó Michael cada vez más incómodo—. Le agradezco que se tomara tantas molestias por mí.

—He disfrutado haciéndolo. Me alegro mucho de haberle conocido. Adiós. Le deseo todo lo mejor. Sé que nuestro país no va muy bien en estos momentos, pero estoy segura de que encontrará algún empleo digno.

—Sí, sí, muchas gracias. Se lo agradezco.

El tono de Michael reflejaba una profunda desconfianza.

—No es a mí a quien debe dárselas sino a su padre.

—¿Papá? Él nunca se preocupó mucho por mí.

—Su padre, poco antes de morir, estaba muy interesado en que se le hiciera justicia.

—¿Justicia?

—Sí, su padre creía que la justicia era importante. Creo que era un hombre muy justo. En la carta que me envió para hacerme la propuesta, incluyó una cita: *«Que la justicia corra como una riada y la rectitud como un manantial eterno*».

—¿De quién es? ¿De Shakespeare?

—No, de la Biblia —Miss Marple desenvolvió el paquete que había traído—. Me dieron esto. Creyeron que me gustaría tenerlo, porque les ayudé a descubrir la verdad. Sin embargo, creo que usted es el primer interesado, si es que desea tenerlo. Quizá no lo quiera ya tener.

Le entregó el retrato de Verity Hunt que Clotilde le había enseñado en la sala de la casona.

Michael cogió la foto. La expresión de su rostro se suavizó mientras la contemplaba, pero después volvió a endurecerse.

Miss Marple le observó en silencio. Por su parte, el profesor miraba a la anciana y al joven. Pensó que estaba asistiendo a una

crisis, a un instante que podía cambiar toda una vida.

Michael Rafiel exhaló un suspiro, al tiempo que le devolvía la foto a miss Marple.

—Tiene usted razón, no la quiero. Toda esa vida ha desaparecido. Ella se ha ido, no puedo tenerla ya conmigo. Todo lo que haga ahora tendrá que ser nuevo, tengo que seguir adelante —Miró a la anciana—. Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí, le comprendo. Tiene usted razón. Le deseo buena suerte en su nueva vida.

El muchacho se despidió y salió de la habitación.

—Bueno, no parece muy entusiasmado —comentó el profesor—. Podría haberse mostrado un poco más agradecido.

—No se preocupe. No esperaba que lo hiciera. Eso le habría avergonzado aún más. Es muy duro tener que darle las gracias a los demás mientras te enfrentas a una nueva vida y tienes que verlo todo desde otra perspectiva. Creo que saldrá adelante. No está resentido y eso es muy importante. Comprendo muy bien por qué aquella muchacha se enamoró de Michael.

—Quizás esta vez siga por el camino recto.

—No sé que decirle. Por supuesto, lo mejor para él sería encontrar a una muchacha buena de verdad.

—Lo que más me gusta de usted es su sentido práctico —manifestó el profesor.

3

—No tardará en llegar —le dijo Mr. Broadribb a Mr. Schuster.

—Todo este asunto ha sido bastante extraordinario.

—Al principio no me lo podía creer —afirmó Mr. Broadribb—. Ya sabe, cuando el pobre Rafiel se estaba muriendo, me pareció que todo el asunto era producto de una mente senil. Pero tampoco era tan viejo como para chochear.

Sonó el interfono. Mr. Schuster atendió la llamada.

—¿Está aquí? Hágala pasar. Sabe, es la cosa más extraña que he visto en mi vida —comentó—. Llamar a una vieja y enviarla a dar vueltas por esos mundos de Dios en busca de algo que ni sabía qué era. La policía está convencida de que aquella mujer no cometió uno, sino tres asesinatos. ¡Tres! El cadáver de Verity Hunt estaba enterrado en el montículo tal como dijo la vieja. No la habían estrangulado ni le habían machacado la cabeza.

—Yo me pregunto cómo es que miss Marple no acabó asesinada. Es demasiado vieja para cuidar de sí misma.

—Al parecer, había un par de mujeres detectives encargadas de protegerla.

—¿Qué? ¿Dos detectives?

—Sí. Yo tampoco lo sabía.

Miss Marple entró en el despacho.

—La felicito, miss Marple —dijo Mr. Broadribb, levantándose para saludarla.

—Mis más sinceras felicitaciones —manifestó Mr. Schuster, mientras le estrechaba la mano.

Miss Marple se sentó muy compuesta.

—Como les comuniqué en mi carta, creo que he cumplido con los términos de la propuesta. He salido airosa en lo que se me pidió que hiciera.

—Lo sabemos. El profesor Wanstead y la policía nos lo ha comunicado. Un trabajo excelente, miss Marple. Nuestras felicitaciones.

—No niego que al principio me pareció una tarea imposible, algo demasiado difícil.

—A mí también. No sé cómo pudo hacerlo.

—Sólo era cuestión de perseverancia. Con tesón y empeño consigues lo que quieres.

—Bien, ocupémonos ahora del dinero. Está a su disposición. No sé si quiere usted que lo ingresemos en su banco o si prefiere consultar con nosotros respecto a la posibilidad de invertirlo. Es una cantidad considerable.

—Veinte mil libras. Sí, es una cantidad considerable.

—Si lo desea, podemos ponerla en contacto con nuestros agentes

de bolsa y ellos le recomendarán las mejores inversiones.

—No, no quiero invertirlo.

—Pero, sin duda…

—No tiene ningún sentido ahorrar a mi edad. Estoy segura de que Mr. Rafiel esperaba que yo disfrutara de ese dinero.

—Lo comprendo. ¿Quiere usted que lo ingresemos en su banco?

—Sí. En el Middleton's Bank, 132 High Street, St. Mary Mead.

—Supongo que tendrá usted una cuenta de ahorros. ¿Lo depositamos en la cuenta de ahorros?

—Por supuesto que no. Ingréselo en mi cuenta corriente.

Miss Marple se levantó dispuesta a marcharse.

—Podría usted consultar con el director de su banco. Nunca se sabe si en algún momento puede hacernos falta en un día lluvioso.

—Lo único que necesito para un día lluvioso es mi paraguas —afirmó miss Marple. Estrechó las manos de los abogados—. Muchas gracias a las dos. Han sido ustedes muy amables al darme toda la información que necesitaba.

—¿De verdad quiere que depositemos el dinero en una cuenta corriente?

—Sí. Me lo voy a gastar. Quiero divertirme un poco.

Llegó a la puerta y, antes de salir, soltó una risita. Por un momento, a Mr. Schuster, que era un hombre con más imaginación que su socio, le pareció ver a una joven bonita dándole la mano a un vicario durante una fiesta al aire libre. Comprendió que era un recuerdo de su juventud, pero miss Marple le recordó por un instante a aquella joven alegre, dispuesta a divertirse.

—Es lo que querría Mr. Rafiel —añadió al salir del despacho.

—Némesis —dijo Mr. Broadribb—. Así la llamó Rafiel. Némesis. En mi vida he visto a nadie que se parezca menos a Némesis. ¿Tú sí?

Mr. Schuster meneó la cabeza.

—Sin duda, fue otra de las bromas de Mr. Rafiel —afirmó Mr. Broadribb.

AGATHA CHRISTIE. Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976. Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una

desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] «Broad» significa ancho *(N. del T.)* <<